TAMARA MARÍN



INDOMABLE

Grijalbo

TAMARA MARÍN

Indomable

Grijalbo

Para todas las personas que intentan
esconder sus sentimientos bajo
un millón de capas.
Para mi hija mayor que, por más que se
empeñe en ocultarla, yo sí veo la inmensa
sensibilidad que hay dentro de ella.
Para mi hija pequeña, que nos enseña cada día a
destruir cada una de esas capas

1

La llamada

AITANA

Apagué la alarma del móvil antes de que sonara y, nada más poner un pie en el suelo, cogí las cajas de pastillas que estaban en mi mesilla de noche. Me tomé una de cada: colágeno, ácido hialurónico, calcio, creatina, magnesio, omega-3 y vitamina D. Como todas las mañanas, me las tragué con una botellita de agua mineral. La hidratación también era importante.

Me puse las zapatillas de estar por casa y me dirigí al balcón. Tras subir la persiana, abrí la puerta y, disfrutando de aquel breve momento, contemplé durante unos instantes la ciudad. Aún no era hora punta, pero ya había bastante movimiento de coches: era lo que tenía vivir en el centro de Barcelona, no existía ni la calma ni el silencio. Por suerte, mi ático contaba con un sistema de insonorización magnífico.

Pero el momento había terminado: tenía que darme prisa, así que me dirigí al lavabo, donde pasé la siguiente media hora. Debía lavar e hidratar bien mi piel; a pesar de que muchas personas no lo

entendieran, no podía empezar el día sin ducharme, aunque fuera a hacer deporte justo después.

En el aparcamiento, guardé la mochila en el maletero de mi coche nuevo, un precioso Mini Cooper azul con el techo de color blanco roto, del mismo tono que los asientos. Lo había comprado una semana antes y era mi gran orgullo. Lo pagué con un plus que gané en el trabajo. No se trataba de que no tuviera dinero para comprármelo, de hecho, me ganaba muy bien la vida y casi no gastaba más allá de la ropa que me compraba para el bufete, que era toda de marca. Simplemente no sabía en qué invertir aquel extra y pensé que un coche me resultaría útil. Subí y arranqué rumbo al gimnasio.

En ocasiones, una vocecilla dentro de mi cabeza me decía que madrugaba demasiado solo para hacer deporte, pero se callaba de golpe en cuanto veía la cantidad de personas que había ya dándolo todo a las cinco y media de la mañana. Cada día me repetía que debería acondicionar una de las habitaciones de mi ático como gimnasio, pero sabía perfectamente que nunca tendría tiempo para recibir las máquinas, contratar a alguien para montarlas, adecuar la habitación… Por esa razón seguía acudiendo al gimnasio todas las mañanas. Incluidos los fines de semana.

Una vez terminado mi entrenamiento diario, salí casi a la carrera. Prefería volver a casa a ducharme, ya que tenía todas mis cosas allí y, de ese modo, no tendría que ir para arriba y para abajo con la ropa que llevaría al trabajo. Odiaba ponerme las prendas arrugadas, aunque fuera solo un poco. Tras asearme y maquillarme, me vestí con una falda de tubo marrón claro y una camisa blanca que me sentaba muy bien, unos zapatos de aguja con un tacón de más de

diez centímetros y un bolso a juego. Desayuné un bol de avena y leche desnatada de pie en la cocina. Limpié el cuenco enseguida y volví a guardarlo en su sitio. Tenía un lavavajillas grande, pero jamás lo usaba, pues tardaba siglos en llenarlo, ya que la mayoría de los días comía y cenaba fuera.

Eran las siete en punto. Igual que cada mañana, salí en dirección al bufete.

El trabajo quedaba muy cerca. Precisamente ese fue el motivo por el que había elegido aquel ático enorme y precioso. Por eso y por la luz. Una pena que solo pudiera apreciarla los días de verano por la mañana, porque el resto de las horas las pasaba en el trabajo. Seguro que por ese motivo, a mis veintiocho años, tenía una maravillosa proyección laboral.

Llegué antes que nadie y me encerré en mi despacho para terminar de preparar el juicio que tendría ese mismo día. Se trataba de un caso sencillo, es más, podría decirse que aquel litigio mercantil era la especialidad de la casa. Una disputa entre accionistas que había acabado en los juzgados. Mi cliente intentó llegar a un acuerdo conciliatorio, pero al no ser viable, decidió demandar. Me había preparado aquel caso con tanta meticulosidad como todos y sabía que lo tenía prácticamente ganado. Como solía evadirme cuando me concentraba, siempre dejaba el móvil sobre la mesa y me ponía una alarma: lo último que quería era llegar tarde.

Justo antes de que sonara, mi ayudante entró en el despacho.

—Quedan cinco minutos para que sea la hora de marcharte —me avisó.

María llevaba casi un año trabajando para mí y era, con diferencia, la que más tiempo había durado. Y, sobre todo, la que nunca había

perdido los nervios y hecho algo tan estúpido, ridículo e inapropiado como echarse a llorar, cosa que no podía decir de sus predecesoras. Era menuda, elegante, siempre con la ropa pulcra y un moño discreto. Eficiente, aunque no perfecta. De momento, era lo mejor que había encontrado.

—Lo sé —me limité a responder.

Ya me había puesto en pie cuando dejó sobre la mesa una carpeta llena de documentos que le había encargado el día anterior.

—Acompáñame hasta la puerta y me vas poniendo al día —le pedí en un tono un poco más amable.

María caminó conmigo y recorrimos juntas el bufete. Ella, sin dejar de sonreír a la vez que me iba explicando lo que contenían aquellos informes, y yo, sin mirar a nadie en particular.

—María, comemos juntas, ¿verdad? —dijo en un tono elevado una mujer que no hacía mucho que trabajaba en el bufete y cuyo nombre no recordaba.

—Sí, por supuesto, Nati —respondió María sin borrar la sonrisa.

Mi ayudante se llevaba bien con todo el mundo, era capaz de recordar los nombres de los hijos de los trabajadores, sabía cuándo estaban enfermos e incluso se interesaba por su recuperación. No lograba entender cómo lo hacía. Yo siempre pensé que la vida privada era justo eso, parte de la intimidad, y que no había que airearla en los pasillos del trabajo, pero estaba claro que María no pensaba igual que yo. Debía reconocer que se me hacía un poquito pesada, pero quizá no fuera demasiado objetiva, pues se me hacía pesado cualquiera que me hiciera un par de preguntas personales.

Me despedí de ella en la puerta, pedí un taxi y me dirigí hacia los juzgados.

El juicio salió exactamente como tenía previsto e incluso mejor, porque además de ganarlo, logré para mi cliente una jugosa indemnización. Cuando quedó demostrado que el resto de los accionistas, a los que mi cliente había demandado, habían vulnerado los estatutos, supe que habíamos ganado. A pesar de ello, al verlos sin argumentos para contraatacar, me di cuenta de que la indemnización con la que no contábamos al cien por cien también sería nuestra. Y no me equivoqué. Los cinco abogados que llevaba la parte contraria me miraron con respeto y cierto miedo cuando salí. Me gustaba despertar ese respeto. Me encantaba ser la mejor en lo que hacía, y más aún que ellos lo tuvieran claro.

En pocos años había pasado de tener casos importantes a coger solo los que a mí me interesaban. Algunos sabía desde el principio que los ganaría sin ninguna dificultad, otros los aceptaba porque suponían un reto, aunque los terminaba ganando igualmente. Hasta ese día solo había perdido un caso y ya nadie lo recordaba porque fue al inicio de mi carrera. Por supuesto, yo sí, porque seguía siendo una espinita que aún dolía.

Me despedí de mi cliente y ya caminaba hacia la puerta cuando alguien se interpuso en la salida.

Mario y yo habíamos coincidido en muchos juzgados. Él trabajaba para otro bufete y no podía soportar que alguien —menos aún una mujer— ganara más casos que él.

—Estarás contenta —soltó con acidez.

—Pues no voy a negarlo. Todo ha salido a pedir de boca —respondí enderezando la espalda porque sabía bien que no podía mostrar ante él ni el más leve signo de debilidad.

—Eres demasiado agresiva en los juicios, eso terminará pasándote factura.

No contuve la sonora carcajada que salió de mi boca.

—¿Vuestro bufete ha necesitado cinco abogados y me dices que yo soy agresiva? Vamos, Mario, no me jodas. Se te ve el plumero. No soportas que sea mejor que tú, pero eso es algo con lo que vas a tener que vivir.

Me desvié un poco para esquivarlo y me largué de allí antes de que dijera nada más. Que no me amedrentara no quería decir que me gustaran los enfrentamientos.

Salí sola de la sala y a pesar de que podía tomarme la tarde libre —todos mis compañeros lo hacían cuando iban a los juzgados—, decidí volver al despacho y adelantar unas cuantas cosas que tenía pendientes de otros casos.

Paré un taxi en la puerta y durante el trayecto me dediqué a contestar algunos correos y mensajes. Todos del bufete. Ninguno personal.

El resto los respondí al llegar a mi oficina. Mientras me encontraba allí sentada, miré por la ventana un momento. Se había hecho tarde y el sol estaba a punto de ponerse, llenando el cielo de unos colores anaranjados realmente bonitos. Era raro el día que no salía de allí cuando ya había caído la noche. Esas horas en las que apenas quedaba nadie en el bufete y reinaba el silencio eran mis favoritas.

Al contrario que mis compañeros, yo no tenía una familia con la que pasar mi tiempo libre. A mi padre casi no lo recuerdo, y mi madre murió cuando cumplí los veinte. Sin embargo, de alguna forma había conseguido que la tristeza jugara a mi favor: lo único

que me quedaba era mi carrera, y no tenía pensado perderla, como había sucedido con todo lo demás.

El sonido del móvil me sobresaltó. Me resultó extraño, porque nadie solía llamarme, sabían de sobra que no me gustaba. Abrí el bolso, algo cabreada, pero el enfado se disipó cuando vi el nombre que parpadeaba en la pantalla.

Víctor.

¿Qué hacía llamándome después de tanto tiempo? ¿Se habría equivocado? Estaba claro que si quería salir de dudas, tendría que descolgar, pero me temblaban las manos, algo que no me pasaba nunca, ni siquiera cuando un juicio se ponía especialmente difícil.

2

Lo más parecido a una cita

AITANA

Ese día tenía que salir más pronto del bufete. No antes de mi horario, pues debería haber terminado hacía más de tres horas, pero sí mucho antes de lo que acostumbraba. No me entusiasmaba la idea porque cambiar mis rutinas me costaba bastante, y ser la primera en llegar y la última en salir formaba parte de ellas.

Por eso mientras recogía la mesa de mi despacho, el mal humor se apoderó de mí. Sin embargo, intenté pensar que hacía todo aquello por una buena causa y que volver a ver a Víctor bien merecía el esfuerzo.

Cuando recibí aquella llamada dos días antes y por fin fui capaz de descolgar el teléfono, comprobé que no me llamaba por error y que no solo quería hablar conmigo, sino que deseaba que nos viéramos. Había venido a Barcelona a pasar unos días y se había acordado de mí.

Víctor fue… ¿qué fue? Aquella era una pregunta estupenda, porque decir que fue mi amigo no sería del todo correcto, pero tampoco llegamos a nada más.

Él era el chico más deseado del instituto: deportista, guapo, simpático, con don de gentes… Lo tenía todo. No logro recordar a ninguna chica que no suspirara por él. Pero, claro, en la adolescencia yo era muy diferente. Recuerdo que mi atuendo no me importaba lo más mínimo y que solía hacer unas combinaciones de colores muy desafortunadas. Si a eso le añadimos que era la mejor estudiante de mi curso y que mis notas no bajaban del sobresaliente, el resultado era la mezcla idónea para que los matones me tuvieran en el punto de mira.

Fue uno de esos días, en los que un par de chicos y una chica se estaban metiendo conmigo en los pasillos, cuando apareció él.

—¿Se puede saber qué hacéis? —preguntó con una voz mucho más seria e inflexible de lo que le había oído jamás.

A mí me faltó poco para que la mandíbula se me descolgara, no podía creerme que el mismísimo Víctor hubiera salido en mi defensa.

A los tres matones les faltó tiempo para balbucear algo y largarse corriendo.

—¿Estás bien? —me susurró.

Fue entonces cuando me di cuenta de que si aún no me había enamorado por completo de él, había sucedido en ese mismo instante.

Aquel día me acompañó a clase y desde entonces quedábamos un par de veces a la semana para hacer los deberes, incluso alguna tarde merendábamos en una cafetería. Supongo que podría decirse que, en efecto, nos hicimos amigos, pero es que para mí siempre fue mucho más que eso. Acabé tan pillada por él que cuando nos separamos para marcharnos a la universidad, se me rompió el corazón. Era verdad que mantuvimos el contacto durante el primer

año, pero poco a poco dejamos de escribirnos tan a menudo y terminamos por enviarnos un mensaje anodino para felicitarnos nuestros cumpleaños y Navidad. Hacía años que no nos llamábamos ni oía su voz.

No quería hacerme ilusiones, pero quedar con él era lo más parecido a una cita que había tenido en años. Supongo que por ese motivo aquella mañana me había esmerado más de lo normal en mi aspecto. Elegí una de mis faldas favoritas, me peiné con cuidado y el tiempo que dediqué a maquillarme no fue de cuarenta y cinco minutos como siempre, sino de una hora.

Miré el reloj. Si no me daba prisa, llegaría tarde.

—¿Ya te vas? —preguntó María, confusa, cuando me vio salir del despacho con el bolso colgado al hombro.

Entendí el desconcierto, más que nada porque jamás me marchaba la primera.

—Sí —respondí sin querer dar explicaciones. «Es que he quedado con mi gran amor de juventud después de años sin verlo». No, estaba claro que no podía decirle algo así.

—¿Estás bien? —Debía reconocer que parecía preocupada de verdad.

—Perfectamente.

—Estás muy guapa esta noche. ¿Vas a salir?

—Sí, esto…, he quedado. —Me aturullé al responderle.

—Vaya, vaya, así que la mujer de hielo también tiene citas.

—No es que sea una cita, más bien se trata de un reencuentro entre amigos.

—¿Y te has vestido, maquillado y peinado así para un simple reencuentro? —preguntó con escepticismo.

Supe que si continuaba allí, María acabaría sacándome hasta mi número de pie, por lo que decidí que lo mejor sería despedirme de ella antes de confesarle algo de lo que luego me arrepintiera.

—Hasta mañana, María —me despedí.

—Hasta mañana, jefa —murmuró mientras yo ya caminaba hacia la salida.

Decidí parar un instante en el baño para comprobar que todo estuviera en su lugar y que no necesitaba ningún retoque. Los ojos verdes me brillaban y el pelo oscuro me caía por debajo de los hombros en unos bucles no demasiado pronunciados. Me retoqué el carmín, de un color bastante sutil que resaltaba el grosor de mis labios sin resultar excesivo, y sonreí para ver si me había manchado los dientes, pero aquella sonrisa —o, mejor dicho, mueca— solo me devolvió un esmalte completamente blanco.

Mi imagen podía parecer perfecta, pero yo me notaba cansada y parecía mentira que no se reflejara en mi rostro. De un tiempo a esa parte sentía que me faltaba algo, como un vacío que no era capaz de explicar. Con toda seguridad, necesitaba un nuevo reto profesional, un caso que me hiciera vibrar, algo con lo que entusiasmarme… Eso sería suficiente para hacer que desapareciera.

Sacudí la cabeza para centrarme en lo que estaba haciendo. Coloqué un mechón de pelo que no estaba en su sitio, me alisé la falda, planté una sonrisa en la cara que, al mirarme en el espejo, tuve que abandonar dado que me parecía demasiado artificial, y me marché del baño.

El local donde había quedado con Víctor se encontraba a una calle del bufete, así que, a pesar de que los tacones empezaban a molestarme un poco, decidí ir caminando.

Llegué dos minutos antes de la hora acordada y él aún no había llegado. Me senté a la mesa que María había reservado y pedí un vaso de agua con hielo. Cuando transcurrieron quince minutos y Víctor aún no había aparecido, decidí sacar el móvil y me puse a revisar asuntos de trabajo.

—¿Aitana?

Aparté mis ojos de la pantalla, me di la vuelta y ahí estaba él. El corazón empezó a bombearme con fuerza, como si no recordara el tiempo que había transcurrido, como si Víctor alguna vez hubiera sido algo mío.

Podría reconocerlo entre un millar, tan alto, tan rubio, con esos ojos claros que parecían traspasarte. Daba la sensación de que pudieran ver cosas que el resto de las personas no fueran capaces de ver. Exactamente igual que estaba haciendo en aquellos momentos.

Yo tragué saliva para intentar recomponerme. Tuve que recordarme el poder que Víctor solía ejercer sobre mí. Algo que tendría que evitar a toda costa.

—Hola, Víctor. Estás igual —aseguré y me levanté para saludarlo. Y era verdad que apenas había cambiado.

—No puedo decir lo mismo, me ha llevado un rato reconocerte —respondió mientras me daba dos besos.

—Bueno, es que hace bastante que no nos vemos.

—Sí, pero es que tú pareces otra persona —dijo un poco desconcertado.

No me costó recordar la imagen que Víctor tendría de mí, cuando aún era una chica a la que la vida no había golpeado, con la cabeza llena de pájaros.

Atrás quedaron las ropas de colores, cómodas y chillonas, los cortes de pelo atrevidos y la cara limpia de maquillaje. Sí, imaginaba que debía de verme muy distinta. Él, en cambio, siempre fue el más formal de los dos, supongo que por eso el traje hecho a medida que llevaba, la corbata de seda natural y el corte de pelo caro no me llamaron demasiado la atención; solo sirvieron para que mis nervios se dispararan porque, a pesar del tiempo que había transcurrido, la atracción que sentía por él continuaba siendo la misma.

—¿Qué tal la vida en la gran ciudad? Se comenta que eres la mejor abogada de Barcelona…

—No es para tanto. —Sonreí, tratando de que no se me notase el placer que me causaba aquel comentario—. Pero siéntate, no te quedes de pie. —Por más que me propuse no actuar con él como si estuviera en una reunión laboral, no lo estaba consiguiendo.

Víctor tomó asiento sin quitarme los ojos de encima. No se trataba de vanidad, pero estaba acostumbrada a que los hombres me miraran, ya fuera con odio o con deseo; esos parecían ser los dos sentimientos que más despertaba en ellos.

—¿Y a ti? ¿Qué tal te ha ido la vida? —pregunté sin aflojar ni un ápice la rigidez de mi cuerpo.

Podía asegurar sin miedo a equivocarme que me sentía mucho más a gusto en una reunión de trabajo que con cualquier interacción social. Si a eso le añadimos lo confusa que me encontraba por estar con él, la combinación no resultaba ser demasiado buena.

—Pues... acabo de divorciarme —me dijo con una sonrisa afectada —. Con todo, no puedo quejarme. Desde hace un par de años vivo en un pueblecito en la montaña y allí tengo una empresa dedicada al esquí que funciona bastante bien.

—¿Dedicada al esquí? —pregunté, algo desconcertada.

—Sí, ya sabes, mantenimiento de pistas, *forfait*, alquiler de motos…

—No sigas, no tengo mucha idea. Jamás he esquiado.

—No puedo creerlo, habrá que ponerle remedio a eso. —Sonrió y clavó su mirada en mí, haciendo que se me secara la garganta—. Y a ti, ¿qué tal te va?

—Bien —respondí escueta. Aunque la realidad era que no sabía cómo explicarle que él me conoció en una etapa de mi vida que nada tenía que ver con la que estaba viviendo en aquellos momentos—. Yo tampoco puedo quejarme.

—No, desde luego que no. Aunque he de confesar que me ha sorprendido encontrarte… así.

—¿Así cómo? —inquirí alzando una ceja.

—No sé, soy consciente de que me estoy repitiendo una y otra vez, pero estás tan distinta... Esperaba ver a aquel torbellino de color e ideales que no callaba nunca, y no hay ni rastro de ella en ti.

—Es que los ideales no dan de comer —sentencié.

—No, desde luego que no. La cuestión es que cuando me dijeron que tú eras la mejor en lo tuyo, tuve mis dudas, no por nada, sino porque para llegar a donde tú estás hay que tener… un carácter que distaba mucho del de la chica que conocí en el instituto.

Esbocé una sonrisa que trataba de ocultar mi incomodidad y… ¿acaso sentía algo de tristeza? No tenía sentido. Estaba orgullosa de

mi evolución, había trabajado mucho para llegar hasta donde me encontraba.

—Esa chica ya no existe —concluí.

—Me cuesta pensar que sea posible cambiar tanto. Si no llego a estar aquí contigo, no lo hubiera creído.

Empezaba a impacientarme, pues imaginé que Víctor venía buscando algo que claramente no había encontrado. Eso hizo que me pusiera a la defensiva y que lo que yo entendía como sinceridad se convirtiera, tal y como venía siendo habitual en mí, en sincericidio.

—¿Qué quieres de mí? ¿Por qué me has llamado después de tantos años? —Sabía que no debería haber preguntado aquello, o por lo menos no de la forma en la que lo hice porque, a pesar de que necesitaba saberlo, no estaba segura de querer oír su repuesta, pues todo indicaba que no lo había hecho por el simple placer de verme.

—Vaya, ya veo que no te gusta la charla. Vas directa al grano.

—No me malinterpretes, estoy encantada de volver a verte, pero me temo que no me has llamado solo para cenar y charlar. —Aquellas palabras parecieron avergonzarlo un poco, lo que confirmó que no me equivocaba.

—La verdad es que quería contratar tus servicios como abogada —confesó.

Ahora sí, la tensión empezó a disminuir en mi cuerpo, ya tocábamos terreno mucho más seguro y familiar, aunque no pude evitar desilusionarme al saber que aquello era lo único que quería Víctor. Desde su llamada había fantaseado con que aquel encuentro fuera algo más que una cena entre amigos, pero acababa de

convertirse en una reunión de trabajo. Levanté los muros que apenas había dejado caer por un momento y la abogada que había en mí se hizo cargo de la situación.

—Te escucho.

—Quiero interponer una demanda contra un rancho que hay cerca de donde vivo, en el Pirineo aragonés. —Hizo una pausa para ver si yo añadía algo, pero permanecí callada para dejar que él siguiera hablando—. Tengo razones para creer que los dueños maltratan a los animales. Y seguro que recuerdas lo mucho que a mí me gustan. Lo mal que lo pasé cuando murió Tom. —Su perro murió durante los años de instituto y Víctor lo pasó fatal—. Por lo que no soporto la idea de que a pocos kilómetros de mi casa esté sucediendo algo tan horrible. Aitana, explotan caballos, hacen un maldito circo con ellos… Quiero que lo cierren porque…

Decidí cortarle antes de que pudiera continuar.

—Víctor, me encantaría ayudarte, de verdad que sí, pero no sé si estoy preparada para llevar un caso como este. Lo que me has explicado no tiene nada que ver con mi especialidad.

Me estaba costando negarle algo a Víctor y más cuando me lo pedía de aquella manera. Que tenía cierta —mucha— debilidad por él, estaba claro para cualquiera.

—Aitana, no hace falta ser modesta. Tu fama te precede, estoy seguro de que serás capaz de hacerlo. Piénsalo, por favor, te pagaría muy bien y…

—Espera un momento —pedí alzando la mano—. No se trata de dinero, Víctor. Es un caso complejo, tendría que ir yo misma y recabar pruebas, testimonios... No tengo tiempo para irme a un pueblo en mitad de la nada…

—No hace falta que vengas, yo te lo puedo pasar todo.

Me entraron ganas de reírme. ¿De verdad pensaba que había llegado hasta donde estaba trabajando desde la comodidad de mi despacho, fiándome de cualquiera y sin contrastar la información? Por mucho que mi cliente fuera Víctor, no estaba dispuesta a dejarlo todo en sus manos. Debió percatarse de mi expresión, porque cambió su argumento.

—Bueno, pues si es necesario que vayas, con un par de días te darás cuenta de que lo que digo es verdad. —Yo ya estaba negando con la cabeza, pero siguió intentando convencerme—: Tengo que ganar este caso y ya ha quedado claro que tú eres la mejor.

—No van a ser solo dos días, Víctor. Y no voy a dejarlo todo para irme al Pirineo aragonés. Es que hasta hace un momento ni siquiera sabía que existían los ranchos en España. Pensaba que solo estaban en Estados Unidos.

—Por supuesto que existen. Los ranchos, los *cowboys*… —Ahí no pude contenerme y solté una carcajada. Me sorprendí, pues hacía mucho tiempo que no me ocurría—. Hablo en serio —dijo Víctor en tono grave.

—Lo siento, es que lo de *cowboy* me ha sonado tan americano…

—Si aceptas, podrás comprobarlo por ti misma.

Aguanté la risa e intenté ponerme seria.

—No voy a ir —concluí categórica.

—Yo te acompañaría, podríamos pasar tiempo juntos. Vivo allí y puedo asegurarte que es un lugar precioso. Vamos, solo serán unas minivacaciones.

—Víctor, una no llega a donde yo estoy yéndose de vacaciones.

—Ya, pero es que en realidad no lo serán. Y pienso pagarte muy muy bien.

—Yo no…

En esa ocasión fue él quien alzó la mano, sacó un papel y un boli del bolsillo y apuntó algo. Había visto demasiadas veces aquel gesto como para que me sorprendiera.

Él ofrecería una cifra, yo pediría el doble y no pararíamos hasta llegar a un acuerdo. Con todo, en aquella ocasión no iba a ceder, pues no pensaba marcharme de Barcelona.

Sin embargo, me equivoqué, porque Víctor no negoció, simplemente dejó el papel encima de la mesa boca abajo y se levantó.

—Tienes mi teléfono. Llámame cuando tomes una decisión. Ha sido un placer volver a verte, Aitana. Que hayas cambiado no quiere decir que no me guste la mujer en la que te has convertido.

No despegué los ojos de él hasta que salió. Después los dirigí hacia el papel, lo cogí y a punto estuve de romperlo, pero la curiosidad me pudo y lo miré. Entonces sí me sorprendí, pues la cantidad de ceros que Víctor había añadido en aquella cifra me pareció casi obscena.

Los ojos se me abrieron mucho y ya no estuve segura de nada.

3

Salir de mi zona de confort

AITANA

Dos semanas después

Se me había pasado la hora de comer. Estaba tan inmersa en un nuevo caso que el tiempo volaba. Sonreí al recordar el que acababa de ganar. Se había complicado más y más con el transcurso de los días, tanto que llegué a temerme lo peor. Sin embargo, después de pasarme la última semana casi sin dormir y comiendo frente al ordenador de mi despacho o de casa, al final lo había logrado. Me sentía especialmente orgullosa de ello. Y sabía que mis jefes también: por esa razón, o mucho me equivocaba o la reunión a la que Gustavo me había convocado en diez minutos sería para ofrecerme un ascenso.

Me levanté de la silla y me encaminé hacia la puerta con paso enérgico.

—Aitana, te he pedido algo de comer —anunció María en cuanto puse un pie fuera del despacho. Tuve que contenerme para no indicarle que aquel no era un buen momento, que estaba demasiado

nerviosa como para pensar en nada más que no fuera aquella reunión.

—Gracias —solté con una tensión en la voz que sonó a todo menos a un agradecimiento real.

—Jefa, llevas días sin descansar y comiendo regular. Lo mejor será que cuando acabes esa reunión, comas algo o terminarás por ponerte enferma.

Otra cosa no, pero a María no se le escapaba nada que tuviera relación conmigo y con mi vida. Me mordí la lengua, no porque estuviera diciendo ninguna mentira, sino porque sabía que con lo alterada que estaba, podría responderle mal y tampoco se lo merecía.

—Está bien —cedí más por dejar de hablar de mí que otra cosa—. Por cierto, ¿podrías ir a buscar los papeles del caso Guzmán? Los necesitaré en mi mesa cuando vuelva.

—Claro —respondió poniéndose en pie.

Entonces enfilé el pasillo, que se me hizo interminable, hasta el despacho de Gustavo. Antes de llegar, ralenticé mis pasos y respiré profundamente. No deseaba, por nada del mundo, que alguien notara mi nerviosismo, y menos la secretaria, que tenía fama de cotilla.

—Hola, Esperanza. Tengo una reunión con Gustavo —saludé al llegar junto a su mesa.

—Ahora aviso al señor Rodríguez. —Hizo hincapié en el trato, pues no era habitual llamar a los socios por su nombre y estaba claro que no lo aprobaba—. Puedes sentarte ahí —dijo señalando con la cabeza la sala contigua.

Esperé a que me diera paso. Cuando lo hizo y me adentré en su despacho no pude evitar pensar lo mismo que al entrar en cualquier despacho de un socio: era mucho más amplio, bonito y luminoso que el mío.

—Hola, Aitana. Adelante, siéntate. —Lo primero que percibí y que no me gustó fue la voz engañosamente suave de Gustavo.

Me acomodé en la silla, cosa que agradecí porque las piernas me temblaban con ligereza, y esperé a que él hablara.

—Verás, Aitana, los demás socios del bufete y yo hemos estado hablando sobre ti. —Sonreí y me recliné en el respaldo de la silla ya más calmada, pues aquello pintaba muy bien—. Ayer recibimos una llamada muy interesante de alguien que te conoce… ¿Te suena Víctor Arteaga?

Me quedé muda de la sorpresa.

—Nos contó que quería interponer una demanda por maltrato animal —continuó Gustavo, impasible—. Insistió bastante en que fueras tú quien llevara su caso.

Intenté disimular la impresión que sentí ante aquellas palabras. Ya no solo por el hecho de que no había hablado de ningún ascenso, sino porque Víctor decidiera pasar por encima de mí para conseguir su propósito. Era verdad que le dije que lo pensaría y que no le había contestado aún, pero aquello, a pesar de entenderlo, no terminó de gustarme.

—Estamos todos de acuerdo en que lo que te propuso es muy diferente a todo lo que has hecho hasta ahora.

—Sí, de hecho, ni siquiera es mi especialidad —me defendí—. Y por eso lo rechacé cuando me lo planteó en su momento.

—Ya, pero esto es un bufete y al final hay que aceptar y defender cualquier tipo de caso. Además, todos hemos tenido que salir de nuestra zona de confort en algún momento.

—No se trata solo de mi zona de confort, es…

—Mira, Aitana, voy a explicártelo de otra manera —me interrumpió —. Aceptar este caso sería muy beneficioso para el bufete, ya no solo por la parte económica, que también, sino porque el ecologismo está muy de moda. No podemos permitirnos rechazar algo así. Un caso de este estilo sería fantástico para nuestra reputación.

—¿Qué tendría que hacer? —indagué a sabiendas de que aquella simple pregunta era ceder demasiado.

—Entiendo que conoces el caso.

—Un poco, sí —reconocí a pesar de que me faltaban datos.

—Nuestro potencial cliente está convencido de que hay un… rancho, como él lo llama, en el Pirineo aragonés en el que están maltratando a los animales. Por lo que tú deberás ir a dicho rancho y pasar unos días allí para investigar, recabar pruebas, hablar con los trabajadores, la gente del pueblo… Cuando lo tengas todo, regresas y lo cerramos desde aquí. Serán solo unos días, o unas semanas, a lo sumo. Podrías tomártelo casi como unas vacaciones.

Resoplé al reconocer en sus palabras lo mismo que me había dicho Víctor en la reunión.

—Pero es que no puedo marcharme y dejar los casos que tengo, eso no sería…

Gustavo no me dejó terminar.

—Aitana, tienes que aprender a priorizar, y esta es una oportunidad única: deberás delegar alguno. Pero si quieres trabajar desde allí con alguno de ellos, tampoco creo que haya problema.

—Pero es que yo…

Mi jefe volvió a interrumpirme, dejando claro que le importaba más bien poco mi opinión.

—Mira, no voy a andarme con rodeos. En la junta se ha hablado de que si logras ganar este caso, darnos la publicidad necesaria con los ecologistas y, sobre todo, demostrar que puedes salir de tu zona de confort y hacer cualquier cosa por el bufete, lo tendrías muy fácil para que te concediéramos un ascenso.

Vale, casi podría decirse que aquello era coacción, pues se trataba de una forma vedada de exponer que, si no aceptaba aquel caso, podía ir despidiéndome de escalar en mi carrera. Me tenía entre la espada y la pared y él lo sabía.

Decidí no darle más vueltas a algo que tenía claro que terminaría aceptando, pues por más que me costara dejar mi ático y mi despacho para irme al culo del mundo durante un tiempo incierto, también sabía lo mucho que deseaba ese ascenso.

—De acuerdo, iré.

Gustavo se relamió como un gatito frente a un plato de leche.

—Sabía que lo harías.

—Tampoco me habéis dado muchas opciones. —Quizá aquella frase no era la más apropiada para decírsela a un jefe, pero es que no podía creer lo que acababa de aceptar. Necesitaba tiempo para hacerme a la idea.

—Será bueno para tu carrera, ya lo verás. —Odiaba que me hablaran con condescendencia, pero me callé.

Me levanté para marcharme, necesitaba salir de allí. Un incipiente dolor de cabeza estaba haciendo acto de presencia y quería llegar a mi despacho para tomarme una pastilla.

—Que vaya muy bien —añadió Gustavo mientras yo me dirigía hacia la puerta.

—Espera un segundo —dije. Me detuve y me volví hacia él—. ¿Cuándo tengo que marcharme?

—En un par de semanas, en cuanto la denuncia esté puesta —respondió y yo contuve el grito que estuve a punto de soltar.

Volví a darme la vuelta despacio y al salir de allí, ni siquiera me despedí. ¡Dos semanas! Tenía dos semanas para dejarlo todo cerrado e irme a un pueblo en medio de la nada.

Caminé a paso ligero hacia mi despacho. Sabía que si no me tomaba una aspirina lo antes posible, después sería muy difícil mitigar el dolor de cabeza.

María no estaba, imaginé que debía de haber ido a buscar los papeles que le pedí. Cerré la puerta al entrar y me fui directa a mi mesa. Me senté y abrí el último cajón, el de las emergencias. Allí guardaba compresas, tiritas, desodorante, un bote de champú en seco, unas medias de recambio y varias clases de pastillas. Cogí el blíster y saqué dos, me las tomé con un poco de agua y recosté la cabeza en el respaldo de la silla ergonómica. Iba a necesitar una media hora para que hicieran efecto y lo mejor durante ese tiempo era descansar, así que me di la vuelta para orientar la silla hacia la ventana y poder mirar al exterior mientras se me pasaba.

Era curioso porque, a pesar de que el ruido no llegaba hasta allí, el constante trasiego de gente, la cantidad de coches, el bullicio que sabía que reinaba abajo, parecían envolverme. Las personas que inundaban el centro de aquella ciudad iban siempre rápido, siempre corriendo. El sonido del claxon de los coches se convertía en algo

tan habitual que terminabas por no oírlos. Nadie se detenía y todo el mundo tenía prisa.

Volví a cerrar los ojos porque el paisaje que se divisaba tampoco me estaba ayudando a calmarme. Esperé justo media hora y aunque no se me había ido del todo, sí se mitigó bastante, por lo que decidí enfrentarme a aquella llamada. Cuando antes dejara las cosas resueltas, mucho mejor.

Cogí el móvil de mi bolso, busqué su número y le di al botón de llamada.

—Víctor Arteaga —contestó, con tono autoritario, al cabo de un momento.

—Hola, Víctor, soy Aitana.

—Hola, Aitana. Espero que me llames para decirme que aceptas. —Aunque no podía verlo, supe que estaba sonriendo y, a pesar de que estaba un poco mosqueada con él, yo también lo hice.

—No deberías haber llamado a mi bufete —le eché en cara.

—Lo siento, pero es que no sabía nada de ti y pensé que si se lo comentaba a tus jefes, ellos lograrían convencerte. De verdad que no quería incomodarte. —Las disculpas de Víctor siempre conseguían ablandarme, había sido así durante años.

—Bueno, ya está hecho. Al final has conseguido que vaya a ese pueblo perdido.

—¿De verdad? No sabes la ilusión que me hace. —Y mi sonrisa aún se amplió más—. Me encantó verte el otro día —añadió y yo me sonrojé como si aún estuviéramos en el instituto.

—A mí también —susurré un poco avergonzada. Ya no estaba acostumbrada a exponerme tanto.

—¿Cuándo te veré por aquí? —La alegría en su voz se me contagió.

—Por eso te llamo. Vas a tener que enviarme toda la información que tengas para interponer la demanda. En cuanto terminemos con eso, saldré hacia allí. Si te parece bien, te llamo antes y acabamos de concretar.

—Me parece perfecto —respondió bajando la voz y por cómo se me erizó la piel supe que Víctor volvía a tenerme atrapada en su red.

4

El viaje

AITANA

Volví a repasar aquella lista. Comprobé, taché y, al terminar, la dejé junto a las otras dos. Una para la ropa, el calzado y los bolsos; otra para jabones, cremas y maquillaje y la última para medicamentos y tecnologías.

Guardé el portátil, que era lo último que me faltaba, y cerré la cremallera. Ya estaba, por fin había logrado meter en aquellas tres maletas —una por cada lista, por supuesto— todo lo que iba a necesitar.

Miré hacia la cama y comprobé que hubiera dejado fuera la ropa, el calzado y el bolso que llevaría para el viaje. Todo estaba perfecto, así que me dirigí al baño y me metí en la ducha. Menos mal que siempre tenía dos cosas exactamente iguales de cada, es decir: dos champús, dos geles, dos cremas faciales, dos pintalabios… Así podía ducharme y maquillarme con las maletas ya cerradas.

En cuanto terminé, observé mi ático por última vez desde la puerta. Ya había comprobado un par de veces que nada estuviera fuera de lugar y había cortado el agua y la luz. Debía marcharme ya

o al final se me haría tarde. Cogí las maletas y bajé al garaje. Cuando lo tuve todo dentro del coche, arranqué y puse el GPS, que me llevó a mi destino en unos veinte minutos.

La vi nada más parar. María se acercó hacia donde yo me encontraba, abrió el maletero, guardó la única maleta que llevaba y se subió al coche. Me volví lo justo para mirarla; o mucho me equivocaba, o estaba bastante enfadada.

La saludé y el gruñido que me pareció oír como respuesta confirmaba mi teoría del cabreo.

—¿Qué te sucede? —pregunté, un poco preocupada, porque mi ayudante no solía estar tanto tiempo en silencio. Noté cómo tomaba aire y lo soltaba con lentitud.

—Llevo trabajando para ti casi un año, y en este tiempo creo que he sido eficaz, rápida, honesta, trabajadora…

—Bueno, María, tal vez todo eso tenga que decirlo yo.

—A ti no te hace falta que nadie te diga que eres la mejor para creértelo.

—Yo tengo datos, cifras, casos ganados que lo corroboran. —No quería parecer impertinente, pero era lo que pensaba.

—Yo también. ¿O quién crees que te proporciona todos esos documentos, investigaciones e informes para que ganes? Igual te piensas que caen del cielo.

—No, no es eso, pero…

—Soy buena en mi trabajo. Por eso, cuando me llamaron del bufete para decirme que una de las condiciones que habías puesto para aceptar el caso del rancho era que yo te acompañara, no podía creerlo…

—Pensé que te sentirías halagada. —Casi quise tragarme aquellas palabras por el modo en el que María me miró.

—¡Ni siquiera me lo has pedido directamente! —respondió alzando la voz.

—No sabía que tenía que pedírtelo —contrapuse, sorprendida.

—¿Dejar mi ciudad y mi casa durante semanas? ¿Trasladarme a un pueblo en mitad de la nada para hacerme pasar por una turista? Pues sí. Tal vez no quiera acompañarte, quizá tenga familia u otras cosas que hacer.

—Pensando así, no ascenderás nunca —le reproché.

—Quizá me importan otras cosas además de ascender. No todo el mundo es como tú. Yo estoy bien en mi trabajo, me gusta y, sobre todo, me olvido de él en cuanto salgo por la puerta.

—Entonces ¿qué querías que hiciera? ¿Mandar una solicitud para que me acompañaras? —ironicé.

—Hubiera sido tan fácil como preguntarme. Seguramente habría protestado, pero no tendría este soberano enfado.

Podía llegar a comprenderla. Hubo una época en la que yo también pensaba como María, pero desde luego ya no lo hacía, lo que le había venido muy bien a mi carrera. Y tampoco lograba concebir que alguien de mi propio bufete tuviera tan poca ambición.

Con todo, no pensaba disculparme por pedirle que hiciera su trabajo.

—De acuerdo, lo tendré en cuenta para la próxima vez.

María resopló, aunque no añadió nada más. Mientras programaba el GPS y la radio, ella se mantuvo en absoluto silencio y pensé que tendría suerte y que el cabreo haría que no hablara durante todo el trayecto, pero ¿desde cuándo yo era tan afortunada?

—Cuando me llamaron del bufete, no me explicaron exactamente qué es lo que vamos a hacer, me contaron lo justo, que vamos a un rancho que ha recibido una denuncia por maltrato animal y poco más. Ni siquiera sé dónde es.

—En Monte Perdido, Ordesa.

En cuanto lo mencioné, María lo buscó en el móvil.

—Vaya, es precioso.

—Sí, pero no hace falta que te recuerde que no vamos allí de vacaciones aunque finjamos estarlo. Tenemos un nuevo caso entre manos y lo vamos a ganar.

—Por supuesto. —El retintín en la voz de María casi me hizo gracia.

Y entonces, para mi sorpresa, sí se calló, y así se mantuvo durante las siguientes tres horas. Aquella tregua me dio tiempo para ordenar mis ideas, para ser consciente de la distancia que ponía con el bufete y con mi casa. No pude evitar que la imagen de Víctor también entrara en mis cavilaciones. Había estado mucho tiempo sin saber de él y me daba la sensación de que había regresado para volver a poner mi mundo patas arriba. Cuando me percaté de que me estaba montando unos castillos en el aire impresionantes —y que me estaban quedando la mar de bonitos—, me esforcé por sacar a Víctor de la cabeza y me puse a repasar cómo iba a enfocar aquel caso. Ya casi lo tenía todo estructurado en mi mente cuando María volvió a hablar y fui consciente, al mirar el reloj, de la hora que era.

—Esto es precioso —murmuró.

—¿El qué? —pregunté perpleja, porque después de tres horas sin decir palabra no tenía ni idea de a qué se refería.

—El paisaje, ¿qué va a ser?

—Ah, eso.

Sí que me había fijado en el cambio que había experimentado el entorno, en cómo había ido pasando de ciudades y autopistas que se cruzaban unas con otras a un espacio cada vez más verde.

A nuestro alrededor se alzaba un paisaje que era mucho más virgen, más salvaje y frondoso, con montañas a ambos lados de la carretera, que provocaba la extraña sensación de adentrarte en un lugar muy diferente, un lugar que podía resultar acogedor o inhóspito dependiendo del momento. Pero no pensaba decirle todo aquello a María.

—¿No irás a decirme que no te has fijado? —preguntó con incredulidad.

—Estoy conduciendo —respondí como si no fuera obvio.

—Ya sé que estás conduciendo, pero también sé que llevas desde que hemos salido repasando mentalmente el próximo caso. Si no te hubiera visto parar para comer e ir al baño, dudaría que fueras humana.

La miré unos segundos con una ceja alzada. María solía ser muy directa, pero desde que la recogí había subido un par de peldaños en la confianza con la que se dirigía a mí. Aunque también era verdad que, a pesar de llevar casi un año trabajando juntas, no habíamos intercambiado conversaciones sobre nuestra vida personal, sino que nos limitábamos a hablar de cosas relacionadas con el trabajo.

—Anda, mira a tu alrededor y disfruta del paisaje. Disfruta de algo, mujer —espetó de pronto y entonces sí reaccioné.

—Mira, María, no comparto los motivos de tu enfado, pero lo respeto. Con todo, quiero que quede claro que, aunque no estemos en el bufete, sigo siendo tu jefa y no voy a tolerar que me hables así.

—Tienes razón, lo siento —dijo con suavidad—. No pretendía molestarte, solo que hagamos lo posible por vivir el lado bueno de esta experiencia.

Siempre llamó mi atención la rapidez que tienen ciertas personas para disculparse, tal vez porque a mí pedir perdón me costaba un mundo. Asentí para darle a entender que no debía preocuparse más por ello.

El resto del trayecto lo hicimos rodeadas de un maravilloso silencio.

Yo continué conduciendo y dándole vueltas a todo. Víctor no vendría a recogernos: aquella mañana habíamos hablado para acabar de concretar algunos detalles sobre el caso y se excusó por no poder darnos la bienvenida, ya que tenía una reunión importante en la ciudad. Lo cierto era que aquello no me suponía ningún problema, e incluso estaba más tranquila sin la perspectiva de enfrentarme a su presencia, siempre tan imponente para mí. Prefería llegar cuanto antes y ponerme manos a la obra, y tampoco era que mis jefes me dieran mucho margen. Además, estaba acostumbrada a moverme con el coche por la ciudad, por lo que supuse que no me costaría nada encontrar aquel rancho.

Pero me equivocaba.

Me negaba a reconocerlo. Ni por todo el oro del mundo iba a confesar que estaba perdida. Aquel lugar se encontraba en el culo del mundo y había tramos en los que no había cobertura. ¿Así cómo demonios iba a funcionar el GPS? ¿Y cómo llegaríamos al maldito rancho?

—Te has perdido, ¿verdad? —soltó María con una media sonrisa en la cara que me hubiera encantado borrar.

Si estuviéramos en el bufete, haría que se quedase un par de horas extra. Sin embargo, estábamos en medio de la nada y ya no podía obligarla a hacer más de las que estaba haciendo.

—No hay cobertura. —Antes muerta que reconocerlo.

—Pues lo que te decía, que te has perdido.

—Y dígame usted, señora que parece saberlo todo, ¿qué se te ocurre que hagamos?

—Parar en la primera gasolinera o pueblo que encontremos y preguntar. Como se hacía antes de que existieran los GPS —añadió con exasperación.

No entendía cómo era posible que aquella opción ni siquiera se me hubiera pasado por la cabeza.

Continué conduciendo y no le respondí, pero cuando divisé una gasolinera —si es que podía llamarse así, porque jamás había visto una tan pequeña—, paré el coche y me bajé para hablar con la persona que había detrás del mostrador.

No me gustó ni un ápice la forma en la que aquel chico, que apenas dejaba atrás la adolescencia y que aún tenía la cara repleta de granos, me miró. Como si yo fuera algo extraño, insólito o raro. Tal vez aquella panda de paletos no había visto jamás a alguien

vestido con unas prendas que debían de costar lo que él ganaba en un año.

Carraspeé al llegar a su altura para ver si así lograba que aquel tipo pestañeara. No surtió efecto.

—Hola, ¿podría indicarme dónde está Monte Perdido? Aunque parezca una ironía, nos hemos perdido. —Obvié comentarle el nombre del rancho porque ya me parecía excesivo, y es que Rancho Perdido ya ponía la guinda a toda aquella situación.

Pon fin parpadeó y empezó a procesar lo que le había preguntado. Al observarlo con detenimiento, pensé que quizá no era un paleto, simplemente no era muy espabilado, pues tenía pinta de haberse sacado la comunión a la segunda.

—Lo ha pasado hace nada. Tiene que volver para atrás y tomar la anterior salida. ¿Está segura de que es ahí donde se dirige? —preguntó extrañado.

—Suelo tener claro dónde voy, sí.

—Pues nada, que le vaya bien. —Noté el punto de ironía en su voz, pero ya nos habíamos retrasado lo suficiente y decidí terminar con aquella conversación.

—Que tenga una buena tarde —me despedí.

—Lo mismo digo. —¿Era yo o aquella sonrisa también estaba repleta de socarronería?

Salí de allí y regresé al coche. Arranqué y me dispuse a dar la vuelta.

—Es increíble que puedas caminar con esos tacones, pero es que conducir con ellos me parece un superpoder. ¿Qué te han dicho?

Ignoré su primer comentario y me centré en responder a la pregunta.

—Que nos hemos pasado la salida, hay que volver atrás, pero estamos cerca.

—Te la has pasado tú. Yo no estoy conduciendo.

—No, no estás conduciendo, pero desde luego eres una pésima copiloto —protesté, porque encima de que no se había preocupado de nada…

Mientras avanzábamos, recapacité. Pensé que no conocía nada de la vida de María y que quizá había estado en silencio porque tenía problemas que se me escapaban. Por no saber, ni siquiera sabía si estaba casada, si tenía hijos… Eso me hizo llegar a la conclusión de que tal vez sí debería de haberle preguntado antes de embarcarla unas semanas fuera de su entorno, de su casa. Sin embargo, se me pasó rápido, pues tener familia no era una excusa para no entregarse al trabajo. Yo lo sabía muy bien, no por experiencia propia, pero tenía a mis compañeros de ejemplo, que no mostraban ningún inconveniente en pasar tiempo alejados de sus mujeres e hijos. ¿Por qué iba a ser diferente con ella? Aunque una vocecita interior me dijo que sabía a la perfección por qué era distinto: María era una mujer. Y, por mucho que se insistiera en que eso no suponía un obstáculo, comprendía que no era la misma situación para nosotras que para ellos.

El chico raro de la gasolinera tenía razón, porque no tardamos en llegar a Monte Perdido.

Contemplé con asombro aquellas casas con fachadas de piedra y tejados de pizarra, tan parecidas entre ellas. Ninguna con ventanas de aluminio, todas de madera, lo que conseguía que nada se viera fuera de lugar, que encajaran en perfecta armonía. Sus callecitas con

suelos adoquinados eran tan estrechas que, con toda probabilidad, no podría acceder por ellas ningún vehículo.

Lo más impresionante era que estaba rodeado de montañas. Un pueblo encajado allí en medio, como si fuera el diamante de una corona. Salpicados por todas partes había árboles de distintos tamaños, de todas las tonalidades de verde que una pudiera imaginar. No pude evitar preguntarme cómo se vería aquel lugar cuando el otoño tiñera sus hojas de increíbles colores amarillos, marrones e incluso rojos. Y por si todo aquel verde no fuera suficiente para hacer del pueblo una estampa idílica, también lo cruzaba un río, coronado con un espléndido y seguramente antiquísimo puente de piedra.

Siempre me han gustado los pueblos y las ciudades con río. En Barcelona lo más parecido que teníamos era la playa, pero el agua estaba siempre turbia y sus orillas apenas podían contener a todos los turistas que la visitaban. Aquello era muy distinto.

Debía reconocer que era precioso, un sitio maravilloso para desconectar, aunque me parecía asombroso que alguien pudiera vivir allí. ¿Qué hacían para divertirse? ¿Qué sucedía si te rompías un pie o había una urgencia? ¿Cómo sería vivir sin centros comerciales, restaurantes, gimnasio…?

—Es precioso —susurró María sacándome de mi monólogo interno.

—Es demasiado pequeño para poder llamarlo pueblo, ¿no crees?

Mi ayudante no contestó y yo continué conduciendo. Tomé un desvío por un camino que no auguraba nada bueno, pues no estaba asfaltado y parecía que tampoco lo transitaban demasiados vehículos, pero unos diez minutos después llegamos sanas y salvas a

nuestro destino, tal y como me informó el GPS. Y es que el rancho se encontraba un poco apartado del pueblo.

Aparqué el coche junto a otros dos que había en algo que podría llamarse aparcamiento, pero que no lo era. Solo era un descampado lleno de barro.

Alcé la vista para toparme con una casa impresionante. Era mucho más grande de lo que había imaginado. A diferencia de las del pueblo, esta no era de piedra, sino que tenía un revestimiento de madera con un tejado gris oscuro, pero sin duda lo más bonito y lo que más me llamó la atención fueron las columnas de madera repartidas por su increíble porche. Justo en la parte de delante, un vallado circular albergaba un par de caballos espectaculares. Al otro lado del cercado se levantaba otro edificio y, a pesar de no entender mucho de granjas ni de ranchos, me pareció que eran los establos.

Desvié la mirada un poco más abajo. Apartada de las dos grandes construcciones había una casita que parecía sacada de un cuento. No era grande u ostentosa, sino todo lo contrario. Con el tejado de tejas marrones rojizas, una fachada de piedra de mitad para abajo y luego pintada de un color amarillo apagado. Podría parecer que ese color no encajaba, pero rodeada de todo aquel verde le daba un aspecto irreal. La hiedra cubría buena parte de uno de los laterales como si la casa perteneciera a aquellas montañas, como si la naturaleza la reclamara.

Con reticencia, volví la mirada hacia el rancho y pensé que de verdad parecía que me había traslado a la América más profunda.

—Aquí todo parece estar diseñado para aportar paz. Es que no puede ser más bonito —comentó María mientras salía del coche.

Yo la imité y esquivé los charcos para no mancharme los zapatos nuevos. Debía reconocer que, mirándolo en conjunto, era bonito, mucho, aunque también se trataba de un rancho apartado de la civilización, cosa que no me encantaba, y el olor tampoco me entusiasmó.

Decidimos dejar las maletas en el coche y acercarnos a la recepción a buscar las llaves de nuestras habitaciones. No me importaba conducir, pero hacerlo durante más de cuatro horas, con la tensión añadida de no conocer el camino, me había dejado un poco cansada. Necesitaba colocar y ordenar mis cosas en la habitación que me hubieran asignado. Eso me aportaba paz y me relajaba.

Entramos en lo que parecía el salón principal del rancho. Me detuve en el umbral solo para ratificar lo que había pensado antes. Las impresionantes vigas de madera del techo, las paredes de piedra, la enorme chimenea que lo coronaba… Todo eso hubiera hecho pensar en una granja, sin embargo, la decoración te transportaba al viejo Oeste: ruedas de carros de madera, bidones vacíos, percheros con sombreros y con cuerdas colgadas, cactus… Incluso el hilo musical estaba en sintonía, pues sonaba una canción country. Me entraron ganas de poner los ojos en blanco.

—Aquí no hay nadie —dije al comprobar que tanto detrás de la pequeña barra de la recepción como en el resto de la sala no había nadie.

—Eso parece. Voy a salir a ver si veo a alguien.

—Qué falta de profesionalidad, sabiendo que íbamos a llegar —espeté sin disimular mi enfado.

—Aitana, de verdad que intento morderme la lengua, pero es que me lo pones tan difícil.

—¿Qué quieres decir?

—Que el mundo no gira en torno a ti —soltó. Y acto seguido salió de allí como si no acabara de faltarle al respeto a su jefa.

Achaqué aquel comentario a las horas de viaje y al mal humor originado por haberla arrastrado hasta allí y la dejé estar.

Impaciente, me asomé a ver si detrás de aquel mostrador había una llave o algo que coger para encontrar un poco de paz en la habitación donde ya debería de estar.

El mostrador era alto, más de lo que calculé a simple vista, por eso al asomarme tuve que alzarme bastante. Debo reconocer que los tacones no ayudaron a lo que me sucedió unos segundos después… perdí el equilibrio y me caí de morros contra la mesa que había justo debajo con tan mala suerte que me golpeé la frente. O conseguía recuperar el equilibrio o terminaría besando el suelo.

No era una alternativa que me entusiasmara, pero no vi ninguna otra solución. Así que grité. Grité mucho y muy fuerte.

—¡Se puede saber qué diablos…! —tronó una potente voz detrás de mí, pero yo era incapaz de ver a quién pertenecía porque continuaba con la cabeza metida allí. Y tampoco me agradaba pensar en la visión que aquel desconocido tendría de mí y de mi culo, que era lo que tendría en primer plano.

Alguien me agarró con fuerza de la cintura y logró estabilizarme antes de dejarme con ímpetu —demasiado, por si alguien me preguntaba— en el suelo.

Alcé la vista y me pareció retroceder en el tiempo, justo a aquellas películas del Oeste que tanto le gustaban a mi madre. Porque aquel

hombre parecía un *cowboy*, no le faltaba de nada: botas, pantalones ajustados, camisa de cuadros… Incluso llevaba un sombrero enorme que le llegaba casi hasta las cejas, pero que dejaba ver unos profundos e impresionantes ojos negros, del mismo color que la barba y el pelo que asomaba por detrás y que le cubría la nuca. Estaba bronceado, seguramente por el tiempo que pasaba al aire libre, como un buen vaquero. Bajé un poco la mirada para ocultar la sonrisa de burla, pero si era sincera conmigo misma debía reconocer que, a pesar de su ridículo atuendo, era guapísimo. Y alto, muy alto, porque aunque yo calzaba tacones de diez centímetros, apenas le llegaba a la barbilla.

—¿Se encuentra usted bien? —preguntó.

Quería mostrarse preocupado, pero casi pareció que me estaba regañando. No necesité mucho más para darme cuenta de que aquel tipo y yo no íbamos a llevarnos bien.

5

Mi hogar

ABEL

Llevaba un día de perros, aunque eso era quedarse muy corto. Todo empezó a torcerse desde la maldita denuncia que había recibido hacía unos días. No tenía ni idea de cómo había sucedido, pero hacía tiempo que me estaban saboteando. Sabía que personas de Monte Perdido —pocas— no estaban de acuerdo con el cambio que había hecho en mi rancho y, de rebote, en el pueblo, pero de ahí a acusarme de maltratar a mis animales había un mundo. Intentar cerrarlo con esa acusación falsa me parecía una de las cosas más ruines que se podía hacer y no imaginaba quién podría ser capaz de algo así. Cada vez que lo pensaba, me hervía la sangre. ¡Acusarme de algo así a mí, que siempre los había cuidado lo mejor que sabía y podía, que de verdad me preocupaba por ellos! E incluso eso era quedarse muy corto, pues había caballos a los que quería más que a algunas personas. Parecía un chiste, aunque sin un ápice de gracia.

La demanda iba a nombre de un bufete de abogados que no me sonaba de nada, al igual que la empresa que denunciaba. A pesar de que busqué información de los dos por internet, el bufete de

abogados parecía de esos que tenías que donar algún órgano para que te representara, y de la empresa no había demasiada información, por lo que no logré encontrar el punto de conexión ni con el pueblo ni conmigo. Cuantas más vueltas le daba, más me convencía de que por mucho que algunas personas no estuvieran de acuerdo con lo que había hecho en aquel lugar, esto debía de venir de alguien de fuera, pero se me escapaba qué buscaba con algo así.

Desde entonces, el problema era que vivía con el miedo a que todo por lo que había luchado se fuera a la mierda de un momento a otro.

Acabé de recoger las cuatro cosas que quedaban y, al salir de las cuadras, me topé con Lorena. Llevaba trabajando aquí desde que cumplió la mayoría de edad, aunque yo la recordaba trotando cuando apenas levantaba dos palmos del suelo. Su madre trabajaba para mi padre desde antes de que yo naciera y, con el paso de los años, se habían hecho amigos.

Lorena era para mí algo así como mi hermana pequeña, y desde luego cumplía bien con su cometido, pues la mayoría de los días me sacaba de quicio. Si no fuera porque era pelirroja, con una piel blanca como la leche, un millón de pecas repartidas por todas partes, bajita y con los ojos azules —es decir, todo lo contrario a mí —, estoy convencido de que más de una persona que hubiera presenciado nuestras discusiones habría afirmado que éramos familia.

Cuando llegó hasta mí, observé que tenía un poco de harina en la mejilla izquierda y supe que había estado ayudando a Encarna en la cocina.

—¿Han llegado ya nuestros huéspedes?

—No, pero deben de estar al caer. Voy a avisar a tu padre, ya sabes que pierde la noción del tiempo cuando está con los animales.

—Sí, es que…

No pude terminar la frase porque un grito agudo llegó a nosotros y antes de que a Lorena le diera tiempo a pestañear, yo ya corría hacia la recepción, pues provenía de allí.

Frené en seco cuando llegué al umbral, me costó entender lo que veía. Alguien, era obvio que se trataba de una mujer, estaba a punto de caerse de morros por encima del mostrador. Corrí para cogerla e intenté que mi enfado no se me notara demasiado al hablar.

La mujer me repasó de arriba abajo y, con el impacto de su mirada, estuve a puntito de dar un paso atrás. No podía obviar que era tremendamente atractiva, con un precioso pelo negro que le caía en bucles por debajo de los hombros y que hacía resaltar unos ojos verdes enormes e impresionantes, de un tono tan imposible que parecían de gata. Pero lo que más me llamó la atención fue su boca, pues el labio inferior era un poco más grueso que el superior, haciendo que el conjunto resultara tentador, demasiado para mi gusto. Con todo, había algo en ella que me hacía querer salir de allí, dejarla justo donde estaba y no mirar atrás. Cada poro de su piel exudaba complicaciones y yo lo sabía. Y, a pesar de ello, no me moví.

—¿Qué estaba haciendo? —Tosí en un intento de aguantarme la risa y no ofender a la clienta.

—Creo que es obvio. Intento encontrar la llave de mi habitación, ya que por aquí no parece haber nadie para entregármela —dijo en tono acusador.

—Podría haberse hecho daño. —Me mordí la lengua para no decirle que lo único obvio que había visto era que estaba a punto de partirse la cara.

—Mire, señor…

—Abel García —la interrumpí solo por el placer de hacerlo.

—Señor García, no tengo tiempo para perderlo con usted. Necesito la llave de mi habitación, ¿sabe cómo puedo conseguirla?

—Enseguida vendrá Lorena para entregársela —respondí lo más amable que pude y sin olvidar que se trataba de una huésped.

—Esa tal Lorena ya debería estar aquí.

Si continuaba mordiéndome la lengua, terminaría por hacerme daño. ¿De dónde había salido aquella pija insoportable? ¿Qué leches se le había perdido en mi rancho si parecía ser la típica que se relajaba en un spa de cinco estrellas?

—Justo se dirigía hacia aquí antes de que viniera a ayudarla. —Intenté sonreír, aunque estoy convencido de que me salió una mueca.

—Tampoco hubiera hecho falta, yo sola habría logrado levantarme.

—Por la forma en la que ha gritado, yo no diría eso. Hay cerdos en plena matanza que chillan menos que usted.

Vale, me había pasado y lo confirmó la forma en la que entrecerró los ojos.

—¿Me está llamando cerda? —preguntó—. ¿Disfruta del sufrimiento ajeno, señor García?

Pero ¿qué demonios…? Agradecí no tener que responderle porque apareció Lorena seguida de otra mujer.

—¿Está todo bien? —preguntó mi compañera preocupada.

—Sí, todo bien. Si fueras tan amable de ayudar a la princesa, te lo agradecería.

—No puede dirigirse a mí en esos términos, no nos conocemos y no…

Volví a interrumpirla, a ese paso terminaría cogiéndole el gusto.

—Siento mucho haberla molestado. —No lo sentía en absoluto y por el sarcasmo que transmitía mi voz, supe que las tres mujeres lo sabían—. Creí que «princesa» le pegaba bastante. —Me callé que aquello estaba lejos de ser un halago.

Pasé por delante de Lorena y de la otra mujer antes de que aquella diva insufrible volviera a hablar. No recordaba que ninguno de nuestros clientes me hubiera exasperado de la forma que lo había hecho ella.

Hubiera preferido darme una ducha y cenar algo, pero desde luego no lo haría hasta que la nueva huésped estuviera instalada y encerrada en su ansiada habitación.

Me daba la sensación de que por mucho que Lorena se hubiera esmerado en dejar los cuartos bastante decentes, no estarían, ni de lejos, a la altura de la princesa.

Tomé una bocanada de aire fresco en cuanto puse un pie fuera. Nada como la calma de aquel lugar, sobre todo cuando se ponía el sol y la actividad del rancho disminuía tanto que ya solo se oía el sonido del viento y de algún caballo.

Caminé con tranquilidad por los alrededores. Ya no solo era la paz que se respiraba, sino la magia de aquel lugar, uno por el que lo había dejado todo.

Cuando la enfermedad de mi padre me obligó a regresar hacía unos años, no lo hice de muy buena gana, pero no necesité

demasiado tiempo para volver a enamorarme de ese sitio, de su paisaje, de su entorno y de su gente.

Ya no me imaginaba volviendo a una gran ciudad, viviendo con prisas, contaminación, ruidos y rodeado de gente que ni siquiera saben de tu existencia. Siempre me pareció curioso que donde más personas hay, sea donde menos se preocupan las unas de las otras. En el rancho, si alguien se ponía enfermo o necesitaba ayuda, todos los vecinos se volcaban en proporcionársela. Era maravilloso contar con aquella red de protección.

—¿Qué haces todavía por aquí? —preguntó mi padre sacándome de mis pensamientos.

—Dando una vuelta, me gusta el rancho a estas horas.

—No te engañes, hijo, a ti te gusta a todas las horas —dijo con una sonrisa—. Nunca imaginé que te costaría tan poco adaptarte. No es una vida fácil y menos si estás acostumbrado a otra cosa.

—Crecí aquí —le recordé.

—Sí, pero saliste por patas en cuanto pudiste.

En realidad no le faltaba razón, por aquella época vivir allí no me entusiasmaba lo más mínimo y hacerlo en una gran ciudad me parecía una idea mucho mejor.

—Papá, quería estudiar, ver mundo… —me excusé, aunque me constaba que mi padre lo entendía.

—No te lo estaba echando en cara, hijo, es normal. La gente joven no suele quedarse en los pueblos.

—Con todo, yo pude marcharme, estudiar, formarme y volver aquí para hacerme cargo del rancho desde otra perspectiva.

—Y ya sabes lo feliz que me ha hecho. Tu idea de convertirlo en una casa de huéspedes y hacer terapia con niños le ha dado a

nuestra casa y a este pueblo una nueva vida.

En eso tenía toda la razón, aunque al principio fue duro y nos costó que la gente de los alrededores entendiera las virtudes de la terapia equina, cuando se apuntaron los dos primeros niños y empezaron a ver los resultados, el boca a boca hizo el resto.

Lo que me sorprendió fue la buena aceptación que tuvo la casa de huéspedes. Nos dio miedo por la inversión inicial que necesitamos para montar, arreglar y amueblar las habitaciones, pero empezamos por unas poquitas y al final, con todas funcionando a pleno rendimiento, teníamos lista de espera.

—Pues a eso me refiero, a que no nos va tan mal.

—No, claro que no, solo digo que me hubiera gustado que las cosas hubieran sido de otra manera.

No estaba acostumbrado a que mi padre se quejara, era una persona con un carácter positivo que siempre buscaba el lado bueno de las cosas.

—¿No eres tú el que dice que de nada sirve lamentarse? —verbalicé.

—Sí, es verdad. Pero ¿sabes? Al principio me sentí culpable por obligarte a volver, cuando ya no pude hacerme cargo de todo.

Mi padre tenía artritis reumatoide y hasta que lograron estabilizar la enfermedad, los brotes le resultaban tan dolorosos que se pasaba días enteros en cama. Los vecinos se turnaron para cuidar de él y del rancho hasta que yo llegué.

—Te aseguro que ahora lo último en lo que pienso es en salir por patas de aquí. Este sitio se ha convertido en mucho más que mi hogar.

—Hijo, nunca digas nunca. Además, el hogar jamás es solo un sitio. Ya lo comprenderás cuando llegue la hora. —A veces la forma tan críptica en la que hablaba mi padre, como si él supiera algo que yo desconocía, me ponía de los nervios—. Me voy ya, quiero ducharme antes de bajar a cenar.

—¿Por qué será? —bromeé.

—No seas impertinente, niño. El aseo es fundamental y más aquí, que este olor a caballo se impregna tanto que cuesta sudor y lágrimas sacártelo de la piel.

—Claro, claro… —continué bromeando y no vi venir el capón que me pegó. Mi padre podía tener días malos, pero las collejas no habían perdido ni un ápice de fuerza—. ¡Au! —me quejé frotándome la nuca.

Se alejó con una sonrisa. A pesar de que no podía verlo, sabía que la mantendría todo el camino. Él siempre había tenido esa clase de carácter que parecía que nada le afectaba, aunque su lema era algo así como: «Si no tiene solución, ¿para qué preocuparse? Y si la tiene, ¿para qué preocuparse?». Era bonito, pero por más que lo intentaba, me sentía incapaz de llevarlo a la práctica.

Me dirigí a la recepción con la esperanza de que la princesa ya estuviera en sus aposentos, aunque antes de entrar, alcé la cabeza en una especie de ritual que siempre seguía. Había oscurecido y no había cielo más bello que aquel, donde la limpieza del ambiente y la falta de contaminación lumínica dejaban al descubierto todas y cada una de las estrellas. Encima, aquel día la luna estaba llena y el brillo que desprendía era impresionante. Por más veces que contemplara aquella estampa, seguía pareciéndome sobrecogedora.

No, en aquello mi padre no tenía razón. No habría nada ni nadie que me hiciera moverme de aquel lugar.

6

El viejo Oeste

AITANA

A pesar de que el trato de quienes regentaban aquel lugar me había parecido muy poco profesional, por fin conseguí las llaves y ya me encontraba en el que sería mi cuarto durante los próximos días. Suspiré en cuanto cerré la puerta y miré a mi alrededor. Aquella estancia no tenía casi muebles, solo una cama, una mesita de noche, un sillón y un armario. Aun así, debía reconocer que habían elegido bien la decoración y no daba la sensación de estar vacío. Seguramente la alfombra, los jarrones y los cuadros ayudaban, aunque sin duda lo que más llamaba la atención era la impresionante pared de piedra natural donde reposaba el cabecero, pues le daba a aquel espacio un encanto único.

Si tenía que ponerle alguna pega, me decantaría por la extrema sencillez y por la colcha, que me parecía un poco cutre, pero eso solo estaba supeditado a mi gusto.

Deshice mis maletas en orden: primero la de la ropa, calzado y bolsos, después jabones, cremas y maquillaje y por último, medicamentos y tecnologías.

El armario era pequeño y tuve que colocar las prendas bastante apretadas, por lo que estaba convencida de que se terminarían arrugando. El baño fue una agradable sorpresa porque era muy grande y contaba con una preciosa bañera con patas. Ya ni siquiera recordaba la última vez que me había concedido el lujo de bañarme.

No tardé en tenerlo todo colocado y, como después del encontronazo con aquel sucedáneo de sheriff no me apetecía ver a nadie, decidí quedarme allí. Estaba más cansada de lo que creía porque me metí en la cama con la intención de ver alguna serie en el móvil y me quedé dormida antes de terminar el primer capítulo.

Como me había dormido tan temprano, por la mañana me levanté como nueva. También ayudó no haberme despertado ni una sola vez, algo extraño teniendo en cuenta que, cuando pasaba la noche fuera, no solía descansar bien.

Me duché y nada más salir del baño, recibí un wasap de Víctor.

Buenos días, Aitana.
Espero que ya estés instalada y que hayas podido descansar.
Te va bien que nos veamos en un rato en el pueblo?

¿Que si me iba bien? Como si allí tuviera muchas cosas que hacer, eso sin contar las ganas que tenía de verlo.

Perfecto.
Dime el sitio y la hora

Te espero sobre las diez en una taberna llamada El Viejo Oeste.

El pueblo es pequeñito, no creo que te cueste encontrarla, pero cualquier cosa me llamas y voy a buscarte

De acuerdo, no te preocupes.
Nos vemos allí en un rato

Hasta ahora

Abrí el armario sonriendo; me resultaba imposible ocultar lo que me gustaba la idea de volver a verlo. Observé mi ropa y me decanté por un vestido elegante pero cómodo que no solía llevar a la oficina por considerarlo demasiado informal.

Una vez lista, llamé a María para asegurarme de que estaba despierta y luego bajamos a desayunar juntas al salón.

Eran las ocho de la mañana y no éramos las únicas que tenían un café con leche delante, aunque ya había bastante movimiento de gente. Yo que imaginaba que en aquel sitio tan idílico dormirían hasta hartarse y resultaba que se levantaban con el alba.

—Se supone que estamos de vacaciones. ¿¡Qué leches hacemos levantándonos a la misma hora que cuando vamos a trabajar!? —refunfuñó María antes de darle un sorbo a la curiosa taza, que tenía forma de bota de *cowboy*.

—Tú lo has dicho: se supone, así que baja la voz —susurré—. Tenemos un montón de cosas por hacer.

—Uy, sí, se nos acumula el trabajo. —Me costaba reconocer a mi ayudante. María no era precisamente de las que se callaban, pero parecía que con el paso de las horas se volvía cada vez más irónica y descarada—. Jefa, haz el favor de echar un vistazo a tu alrededor.

Respira, disfruta del desayuno y, cuando terminemos, ya hablamos de nuestro siguiente paso. Que parece que no eres capaz de…

No supe cómo pretendía acabar la frase porque Lorena, la chica que nos atendió la noche anterior, llegó con el desayuno.

—A ver, unas tostadas sin nada por aquí y unos huevos con beicon para ti. Por cierto —dijo dirigiéndose a mí—, Encarna, la cocinera, te ha puesto un trozo de pastel de arándanos, lo hace ella y está buenísimo.

—Muchas gracias —respondí cogiendo mi plato y sin ninguna intención de comerme el pastel. En cuanto se fuera, se lo daría a María.

—¡Madre mía, Lorena, esto huele estupendamente! —exclamó mi ayudante.

—Sí, a mi madre hasta unos simples huevos fritos le quedan de muerte. Y el pan también lo hace ella; como todo, en realidad. La cocina es su reino, como dice siempre. Todo lo hace de maravilla.

—No hace falta que lo jures, no hay más que verte.

Casi me rompí el cuello de lo rápido que me giré para mirarla. Estaba claro que el cambio de aires le había soltado la lengua más de la cuenta.

—Vaya, gracias —le siguió el rollo Lorena, tenía los ojos clavados en María.

Se quedaron tan embobadas que carraspeé, pues la situación empezaba a volverse incómoda. La primera en reaccionar fue Lorena. Sin embargo, María no dejó de mirarla en ningún momento.

—Gracias. Pero comed, que se os va a enfriar —dijo como si no hubiera sucedido nada extraño antes de desaparecer por la puerta.

Preferí no hacer ninguna alusión a lo ocurrido. Lo que sí hice fue poner el trozo de pastel en el plato de María, o sería más correcto decir que lo intenté.

—¿Qué haces? —preguntó ofendida.

—No pienso comerme esto —respondí como si fuera algo obvio.

—Pues entra en la cocina y dile a Encarna que no te gusta.

—¡No voy a hacer eso! —repliqué indignada.

—Entonces te lo comes.

La fulminé con la mirada, pero debía de estar perdiendo facultades porque pareció no afectarle en absoluto.

Pensé en partirlo en trocitos y comerme solo un poco por disimular, pero aquello fue antes de probarlo. Estaba tan espectacular que, al metérmelo en la boca, hasta cerré los ojos y, para mi absoluta consternación, hice un ruidito extraño, una mezcla entre un gemido y un quejido.

—Voy a pedirle a Encarna un camión de eso, parece que está bueno —dijo una voz a mi espalda, sobresaltándome. Había que ver la gracia que tenía ese hombre, Abel.

—Buenos días, señoritas. Soy Fernando, el padre de Abel —se presentó muy educadamente el hombre que lo acompañaba. No hacía falta aquella matización, pues el *cowboy* era una réplica exacta de él. Las únicas diferencias consistían en las arrugas que surcaban su piel, las canas que salpicaban sus sienes y que era un poco más bajo. Nada más.

—Buenos días —respondimos al unísono, aunque a María no se le entendió mucho, pues tenía la boca llena.

—Supongo que debisteis de llegar anoche. Espero que tengáis una estancia agradable. Nosotros haremos todo lo que esté en nuestra

mano para que así sea.

Yo desvié la mirada hacia Abel solo para comprobar que había puesto los ojos en blanco. Volvía a lucir lo que debía de ser su uniforme habitual: vaqueros, camisa de cuadros abierta con una camiseta negra debajo, botas de vaquero y aquel ridículo sombrero. No pude evitar preguntarme si se quitaría las botas en algún momento o si dormiría con el sombrero.

Al contrario de lo que me había ocurrido con su hijo, Fernando me gustó de inmediato. Aunque me reprendí, pues aquel rancho tenía una demanda interpuesta por explotación animal, así que tampoco debían de ser muy buenas personas.

—Muchas gracias, señor —respondió mi ayudante.

—No hay por qué darlas. Ahora, si me disculpáis, necesito otro café. Ya voy yo, no llames a Lorena, no te preocupes.

—Claro, todos sabemos que no vas a desperdiciar una ocasión para ver a Encarna —escupió el pastor de pacotilla con todo el retintín del mundo.

—¿Qué pasa conmigo? —preguntó una mujer desde el umbral de la puerta.

—Nada, nada —respondió Abel alzando las manos.

—Buenos días, soy Encarna, la cocinera. Espero que os haya gustado el desayuno —se presentó tras acercarse a nosotras.

Era bajita, con el pelo teñido de rubio y unos ojos marrones grandes y expresivos. En conjunto no había nada en ella que la hiciera destacar, pero era una mujer muy guapa.

Llevaba un pantalón negro con una blusa blanca y un delantal de girasoles que le daba un toque de color.

—Encantada. Sí, estaba todo muy bueno —reconocí con educación.

—Mañana tenéis que probar el pastel de queso, es mi especialidad —sugirió la mujer con una enorme y franca sonrisa que la hacía aún más guapa.

—Ufff, por supuesto —se apuntó María.

—Pues si alguien me pone un café, me lo tomo y vuelvo al trabajo —pidió el *cowboy* de tres al cuarto.

—Perdone usted, señorito, pero sabes perfectamente dónde está la cocina, así que andando —lo reprendió la cocinera de un modo que dejaba entrever la gran confianza que había y que, con toda seguridad, lo conocía desde hacía un puñado de años, incluso podría asegurar que desde pequeño.

Abel se fue refunfuñando algo como: «Pagar sueldos para esto. Tendría que haber contratado a desconocidos…». Lo último no llegué a oírlo porque ya se había marchado del salón.

Encarna y Fernando también desaparecieron detrás de él y, al rato, Lorena volvió para recoger nuestros platos.

—¿Os apetece algo más? —preguntó y de nuevo noté la mirada de María fija en ella.

—No, gracias, nada más —respondí un poco seca, pero es que necesitaba quedarme a solas con mi ayudante para hablar de lo que haríamos aquel día.

Cuando Lorena se marchó, informé a María de que vería a Víctor en un rato y que ella debía quedarse allí para investigar por su cuenta. Pareció encantada con la idea de no tener que acompañarme.

Aparqué el coche en la entrada del pueblo, pues tal y como me había imaginado al llegar, los vehículos no podían acceder por sus estrechas calles.

En cuanto bajé y avancé un poco, me percaté de que mis zapatos de tacón no eran una buena combinación con aquel suelo adoquinado, así que caminé despacio por miedo a tropezarme y dejarme los dientes en aquel pueblo que dudaba que tuviera un médico, como para tener dentista.

Al ir tan despacio, me entretuve contemplando el pueblo. Me pareció precioso, con sus calles de piedra y sus casas que, a pesar de ser todas distintas, ninguna destacaba entre el resto.

Al final de la calle había una plaza. Contemplé la fuente que había justo en el centro y me llamó la atención la cantidad de árboles, plantas y flores que inundaban cada rincón. En alguna de las puertas de las casas había personas mayores conversando animadamente con sus sillas sentadas al sol. Sonreí al imaginar lo imposible que sería ver algo parecido en el centro de Barcelona. Y borré la expresión de golpe al pensar en lo solas que debían de sentirse muchas personas en las grandes ciudades.

Sin embargo, a medida que me iba adentrando más en aquel lugar, me fijé en que no era un pueblo normal de montaña. Lo constaté al acercarme a una de esas tiendas de souvenirs, y es que los objetos de regalo que había allí distaban mucho de ser los típicos. Todo volvía a girar en torno al antiguo Oeste: tazas en forma de botas iguales que en las que habíamos tomado café aquella misma mañana, sombreros de *cowboy*, imanes de caballos, de cactus, de herraduras… Levanté la mirada para clavarla en la mujer

que había tras el mostrador y a puntito estuve de resoplar, pues llevaba una réplica casi exacta de la vestimenta de Abel.

Salí de allí un poco perpleja, pero es que cuando un poco más adelante encontré la taberna en la que había quedado con Víctor, aluciné aún más. Me detuve antes de entrar para leer el enorme cartel que había allí. La palabra «Saloon» presidía la entrada y yo resoplé. De verdad que no entendía qué diablos le pasaba a aquel pueblo.

Abrí las dos pequeñas puertas abatibles y retrocedí en el tiempo. Detrás de la barra había un hombre y dos mujeres, el hombre con el atuendo que ya parecía el uniforme de aquel pueblo y las mujeres, que salían a servir las mesas, iban vestidas con faldas de vuelo, botas, corpiños y sombreros. Pero es que lo peor ni siquiera era eso, sino que el bar en sí estaba forrado por completo en madera, con fotografías por todas partes y varias cabezas de ganado disecadas que me pusieron la piel de gallina. Era exactamente igual que en cualquier película de vaqueros.

Parpadeé perpleja y oí que alguien me llamaba. Me giré y vi a Víctor, que se había levantado de la mesa del rincón y me hacía señas para que lo viera, pues a pesar de lo temprano que era, el local estaba lleno.

—¿Qué es esto? —pregunté en cuanto llegué, sin saludarle siquiera.

—Buenos días, Aitana —dijo con una media sonrisa—. Imagino que te refieres al espectáculo de este bar, ¿no?

—Sí, claro, es que… es… es… —Me quedé sin palabras.

—¿Ridículo?, ¿horrible?, ¿vergonzoso?

—Bueno, cuando menos, yo diría que curioso.

—Es mucho más que eso, roza lo absurdo, pero desde que Rancho Perdido decidió remodelar la casa grande y ambientarla con la temática del viejo Oeste, la gente empezó a venir en masa y el pueblo vio el filón, así que todo Monte Perdido se ha unido a este despropósito.

—A ver, a mí no es que me entusiasme, pero si la gente está contenta y todo esto atrae el turismo, pues no es tan mala idea, ¿no?

—El problema es que el turismo debería de venir por otras cosas, es un pueblo precioso, con un entorno increíble y ¿vienen a ver este circo? Hay muchas personas que piensan como yo. Lo de los ranchos, los *cowboys* y el Oeste no le convence a todo el mundo.

—Vaya, y yo pensando que todo eso no existía más allá de América y resulta que es capaz de atraer al turismo.

—Debo reconocer que se lo han montado bien. Hacen unas cuantas fiestas al año enfocadas en distintos temas, pero todas giran en torno al Oeste, y eso…

El fuerte saludo de un hombre que acababa de entrar captó nuestra atención.

—¿Qué tal, sheriff? ¿Lo de siempre? —gritó el hombre de la barra.

—¡¿Qué?! ¿He oído bien? —pregunté alzando la voz, pues no podía creerlo.

—Ya te había avisado de que esto roza lo ridículo. Es el jefe de policía, pero todo el mundo lo llama «sheriff» —añadió Víctor enfurruñado y soltando un fuerte resoplido al final.

No podía culparlo; a mí, que ni siquiera vivía allí, me parecía que habían llevado aquel tema demasiado lejos.

—Ese rancho no trae nada bueno, debería desaparecer, ya no solo por este circo, sino por el daño que le está haciendo al pueblo y a su gente.

Estaba a punto de decirle que creía que tenía razón cuando alguien nos interrumpió. Cuando me di la vuelta, me topé con un anciano de pelo blanco y piel muy arrugada; no sabría precisar la edad que tendría, solo que parecía bastante mayor.

—Buenos días, no he podido evitar escucharlos, la distancia entre las mesas no es que sea demasiada. Solo quería ratificar todo lo que están diciendo, desde que el pequeño de los García volvió al rancho, todo ha ido de mal en peor. Ese chico no es trigo limpio, os lo digo yo.

—¿El pequeño? —pregunté sin entender a quién se refería.

—Habla de Abel —murmuró Víctor—, aquí los hijos siempre son los pequeños.

—Ese chico vino con un montón de proyectos nuevos, pero en realidad no tiene ni idea de cómo llevar un rancho. Y así le va, que tiene a los animales destrozados.

—No podría estar más de acuerdo con usted, ¿señor…? —quiso saber Víctor.

—Severino, Severino Pardo.

—Encantado, Severino, yo soy Víctor y ella es Aitana. Tiene usted toda la razón.

—Si es que este pueblo parece una constante función de teatro, ya uno no puede tomarse siquiera algo tranquilo. Desde que él llegó…

El hombre se marchó hacia la barra sin despedirse, solo murmuraba enfadado y no dejó de hacerlo hasta cuando fue a

pagar.

—Vaya, parece cabreado. Tenías razón en que no todo el mundo está contento con esto —añadí.

—Sí, era lo que te comentaba, que, a pesar de que muchas personas del pueblo ven este cambio como algo bueno que atrae a los turistas, muchas otras se resisten y, claro, luego está lo que ha comentado de los animales…

—Es increíble que alguien que vive de ellos sea capaz de tratarlos así de mal —dije con indignación.

—Lo es —respondió Víctor acercando su silla a la mía. Lo que desde luego no me esperaba fue que cogiera mi mano entre las suyas—. Muchas gracias por venir hasta aquí para hacerte cargo de esto —me susurró al oído, lo que hizo que se me tensara todo el cuerpo.

—No hay de qué —respondí, y me prometí a mí misma que haría todo lo necesario para ayudarle.

7

¡Qué suerte la nuestra!

AITANA

A la mañana siguiente me sobresaltaron unos golpes en la puerta. Lo primero que hice fue mirar el reloj, ¡eran casi las nueve! No podía creerme que hubiera dormido tanto. ¿Y la alarma, por qué no había sonado? Salté de la cama y me dirigí hacia la puerta antes de que la tiraran abajo. Abrí en pijama y sin peinarme porque sabía de quién se trataba.

—¿Te he despertado? ¿En serio? —preguntó mi ayudante perpleja.

—No sé qué me ha pasado —murmuré con consternación.

—Uy, sí, es que quedarse dormida es una cosa tan grave que no le sucede a casi nadie —dijo María con ironía.

—No es eso, solo que… Bueno, da igual. ¿Vas a desayunar?

—Sí, y después he reservado para hacer una excursión a la montaña con pícnic incluido —anunció con una sonrisa enorme.

—Cuando dices reservado, ¿te refieres para las dos?

—Pues claro, se supone que estamos de vacaciones, tenemos que apuntarnos a las actividades que tienen programadas.

—Yo hoy no podré ir, tengo que avanzar en el único caso que no delegué y debería ponerme al día con varias cosas que se me han acumulado.

—Bueno, tú verás, hace una mañana estupenda para estar al aire libre.

—Pásalo genial —dije, pues necesitaba ducharme y ponerme en marcha.

—Esta tarde, cuando regrese, me paso a verte y te cuento si he visto algo raro.

—Perfecto. Gracias, María.

—Vaya, jefa, ¿tú dándome las gracias por hacer mi trabajo? No te reconozco —bromeó.

Le cerré la puerta en la cara y me metí en el baño.

Solo salí de mi cuarto para bajar al salón a tomarme un café con unas tostadas y volví a la habitación en cuanto acabé.

Estaba tan abstraída en el trabajo que cuando llamaron de nuevo a la puerta me extrañé. Imaginé que se trataría de María, pero al mirar la hora me pareció demasiado pronto para que hubiera regresado. Desde luego, a quien no esperaba encontrarme era a la cocinera.

—Hola —me saludó con una sonrisa afable—, me han dicho que no has ido de excursión y como has desayunado pronto, me he tomado la libertad de subirte algo de picar, por si te apetece.

Parpadeé unas cuantas veces porque no estaba acostumbrada a que nadie se preocupara por si había comido o no, excepto María cuando estábamos en mitad de un caso complicado y temía por mi supervivencia. Que aquella mujer se hubiera tomado la molestia de prepararme algo me ablandó un poco.

—Muchas gracias. La verdad es que no me había dado cuenta de la hora que era —le dije cogiendo la bandeja que llevaba entre las manos.

—No hay de qué. Te dejo para que puedas seguir con lo tuyo. Que aproveche.

—Gracias —respondí.

Coloqué la bandeja encima de la cama con cuidado y, a pesar de que no tenía intención de comer, destapé el plato. No me hubiera apetecido una comida pesada, pero Encarna me había traído un bol con varias frutas cortadas y una tostada con aguacate y un huevo, y eso sí me abrió el apetito. No dejé ni una miga y regresé al trabajo de mejor humor.

Cuando volvieron a llamar a la puerta, sí supe que se trataba de María. Me la encontré muy sonriente y con la cara ligeramente roja, no sabía si del esfuerzo de la excursión o porque le había dado el sol y, para mi total consternación, más habladora de lo que ya era habitual en ella.

—¡Tendrías que haber venido! —exclamó, irrumpiendo en mi cuarto—. Ha sido increíble, los paisajes de este lugar son espectaculares y no sé si era el hambre que tenía después de caminar tanto o si el pícnic que nos ha preparado Encarna era lo más rico que he probado nunca, el caso es que…

—María —la corté, porque si no lo hacía me explicaría hasta el tipo de plantas con las que se había cruzado—. ¿Algo interesante relacionado con el caso?

—No, la verdad es que he ido solo con Lorena y no he visto nada raro.

—¿Os habéis ido las dos solas? —pregunté, entrecerrando los ojos.

—Sí, los otros huéspedes han preferido otras actividades —respondió apresuradamente, como quitándole importancia—. También quería decirte que será mejor que mañana te apuntes a alguna, queda muy raro que estés de vacaciones y te pases el día encerrada en la habitación; Lorena ya me ha preguntado por ti un par de veces.

—Sí, supongo que tienes razón —suspiré—. Hoy he adelantado bastante. Si me quedo trabajando esta noche, mañana podré ir a la dichosa excursión.

—Eso es, jefa. Así me gusta, con buena predisposición —ironizó María.

—Venga, va, será mejor que te marches, si no, no podré avanzar.

—Qué forma tan sutil de echarme.

—No pretendía…

—Estaba bromeando. ¿Necesitas que te eche una mano? —se ofreció mi ayudante.

—No, ya casi lo tengo listo —aseguré.

Pero la realidad fue que, entre el papeleo y la preparación de futuros casos, me quedé despierta hasta la madrugada para dejarlo todo como a mí me gustaba.

A la mañana siguiente me desperté en cuanto sonó el despertador. A mí me pasaba al contrario que a otras personas: cuanto menos dormía y más estrés y trabajo tenía, más activa estaba.

Me preparé y fui a buscar a María a la habitación para bajar con ella, pero aún no se había vestido, así que me adelanté para tomarme un café mientras la esperaba.

Cuando por fin llegó, yo ya iba por la segunda taza, que aquel día era un sombrero de *cowboy*.

—Buenos días. Eh, esto… ¿vas a ir vestida así?

—Así, ¿cómo? —No entendía lo que quería decir, pues había elegido unas mallas, un top y unas deportivas que solía llevar para ir al gimnasio. Ni que me hubiera presentado con zapatos de tacón de aguja.

—Bueno, es igual. Vamos a desayunar, que ya casi es la hora.

—¿Dónde se hará hoy el pícnic? —pregunté removiendo el café con una cucharilla en forma de herradura.

—¿Qué pícnic? La excursión de hoy es diferente a la de ayer, cada día hacen cosas nuevas. ¿No es emocionante?

—Ufff, muchísimo, no sabes lo contenta que estoy —dije poniendo los ojos en blanco—. Entonces ¿qué toca hoy?

María no respondió porque Abel entró en el salón y pidió que le prestáramos atención.

—Os ruego que vayáis acabando porque saldremos en media hora y quiero que todos estéis en los establos veinte minutos antes para que pueda explicaros algunas cosas. Gracias.

—Por favor, dime que él no es el encargado de la actividad de hoy —casi rogué.

—Es el que más entiende de caballos.

—¿Y qué tienen que ver los caballos en esto?

—Ah, ¿no te lo había dicho? Nos toca montar a caballo.

Me hubiera encantado que el suelo bajo mis pies se hubiera abierto y me tragara. Por supuesto, aquello no ocurrió y diez minutos después estaba en el punto de encuentro frente a aquel hombre que no me caía nada bien.

—Vale, Lorena se ha llevado al otro grupo, que ya sabe montar bastante bien, y yo me quedaré con vosotras dos para enseñaros lo básico. No os preocupéis, estaré cerca en todo momento.

—¡Qué suerte la nuestra! —murmuré, pero por la media sonrisa que se le escapó imaginé que me había oído.

—He seleccionado a dos caballos para vosotras. María, tú montarás a Conguito y tú, princesa, a Furia.

Nada en aquella frase estaba bien y no pude callármelo.

—Primero, te agradecería que no me llamaras así; y segundo, ¿por qué su caballo tiene un nombre dulce y el mío se llama Furia?

—He pensado que la yegua sería muy adecuada para ti. Anda, acompáñame hasta ella y te explico su historia..., princesa —dijo, burlón—. María, a Conguito ya lo hemos sacado, es ese de ahí. Puedes ir familiarizándote con él.

—Perfecto, gracias —dijo la traidora de mi pronto exayudante antes de dejarme sola con él.

Lo seguí hasta las cuadras y nos paramos frente a un cubículo en el que había un caballo grande de un color negro intenso y brillante. Todo en él era del mismo tono: ojos, pelo, cuerpo… excepto una pequeña mancha blanca que tenía justo en el entrecejo. Era un animal imponente y con un punto salvaje que me hizo encogerme ligeramente. Junto a él había un potro precioso. El pequeño se acercó a mí y me pareció tan tierno que le acaricié la cabeza.

—Será mejor que no lo toques —escupió con voz grave ese intento de *cowboy*.

—No seas borde. Pobre animal, solo quiere que lo acaricien y…

Estaba concentrada regañando a aquel insensible cuando un fuerte golpe en el hombro me hizo perder el equilibrio. Si Abel no llega a estar allí, hubiera besado el suelo, pero me agarró con fuerza de tal manera que mi cuerpo impactó contra el suyo. No se me pasó por alto lo fuerte que estaba y que, a pesar de estar en constante contacto con los caballos, olía a cuero, a algo parecido al clavo y a limón. Inspiré un poco para detectar con exactitud qué era lo que le hacía oler tan jodidamente bien, pero me topé con sus ojos clavados en los míos.

—¿Me estás oliendo?

—¡No, claro que no! —grité indignada.

—Princesa, yo juraría que sí. —Decidí que lo mejor sería permanecer callada—. ¿Sabes que últimamente no hago otra cosa que evitar que caigas de morros?

—Pero ¿qué demonios ha sido eso? —pregunté y me volví hacia el caballo que me había golpeado; agradecí que Abel hubiera dejado de lado el tema de mi maldita curiosidad olfativa.

—Ya te he advertido que no lo tocaras. Bruja es hija de Furia, y esta es muy territorial con su cría.

—Ya me he dado cuenta —dije mientras me masajeaba el hombro dolorido—. ¿Quién les pone los nombres a estos pobres animales?

—Yo mismo —soltó con una falsa sonrisa.

—Debí imaginarlo.

—Venga, voy a sacar a la yegua.

—Ah, ¿te refieres a que me tengo que subir en ella?

—Sí, así es.

—No pienso montarme en un animal que me tiene manía.

—No te tiene manía, lo que pasa es que Furia no ha llevado una vida fácil y no se siente demasiado cómoda con los humanos. Pero eso va cambiando poco a poco, ¿verdad que sí, preciosa? —dijo dirigiéndose el caballo, pero manteniendo cierta distancia.

—¿Qué le pasó? —me interesé.

—La trajeron de una granja donde no la trataban demasiado bien, por decirlo con suavidad. Venía tan débil que pensamos que el embarazo no saldría adelante. Menos mal que nos equivocamos.

Aquello me recordó el motivo que me había llevado allí. Que aquel tipo se mostrara tan sensible con Furia no quería decir que él no hiciera lo mismo con los animales. De hecho, tenía hasta cierta lógica que lo criticara para parecer que él jamás lo haría.

—Pues venga, vámonos —pedí cambiando bruscamente de tema; no iba a dejarme embaucar por aquel maltratador.

—No tan deprisa, princesa. ¿No pretenderás subir a un caballo así? —dijo mirándome de arriba abajo y no supe a qué se refería—. Necesitas un casco, protecciones y unas botas en condiciones.

—Ah. —Fue todo lo que dije, porque lo del casco lo entendí, pero todo lo demás… Había que ver la de cosas que se necesitaban para montar a caballo.

Era la primera vez que me subía a un caballo. A simple vista parecía fácil, incluso al contemplar a Abel podría decirse que estaba chupado, pero es que a mí, tras un largo rato montada, me dolía todo. Bastante tenía con lograr mantenerme sentada en aquella

horrible montura de cuero —que no tenía ni un poquito de acolchamiento—, y sufría porque estaba convencida de que no podría volver a caminar nunca más. Aun así, me negaba a demostrarle a aquel tío ni una sola debilidad. Por eso, cuando hacía ya más de una hora que María había decidido que no podía más y se había bajado de Conguito para llevarlo a pie de vuelta al rancho y él insistió en que yo también podía marcharme si estaba cansada, respondí que no, que estaba bien y que iba a continuar. Había veces que a tozuda no me ganaba nadie, pero me arrepentí cada maldito minuto que pasó y no sabía cómo decirle a Abel que estaba destruida por completo.

Como si me hubiera leído el pensamiento, dijo:

—Se está haciendo tarde, será mejor que regresemos.

Y hasta me entraron ganas de llorar.

Cuando empecé a divisar el rancho y creí que casi había acabado, a punto de cantar victoria, todo se torció. De repente, Furia salió galopando como si la persiguiera el mismísimo diablo.

Oí a Abel llamar a mi yegua a gritos una y otra vez, pero no sirvió de nada. Empecé a escurrirme de la montura y me agarré con fuerza a las riendas, pero el trote del animal era frenético y yo no aguantaría mucho. Las manos me quemaban, el culo me dolía horrores y las piernas no me sostenían; estaba hecha un cromo. Cuando al fin Furia decidió detenerse, no lo hizo de forma muy suave y, tal y como temí desde que había salido corriendo, me caí al suelo. Menos mal que ya estaba bastante cerca de él y que habíamos parado, por lo que el golpe solo le dolió a mi ego.

Pensé en levantarme, pero me percaté de que había caído sobre la hierba, así que decidí quedarme tumbada. Ni tres sesiones de

crossfit seguidas me dejaban tan hecha polvo. Cerré los ojos unos segundos, pero cuando noté que el sol había dejado de darme en la cara, los volví a abrir solo para encontrarme con la odiosa —aunque atractiva, eso era indiscutible— cara de Abel.

—¿Estás bien? —preguntó.

—No, no estoy bien —respondí a punto de lloriquear.

—Eso ha sido… ha sido… —balbuceó y me quedé estupefacta cuando me percaté de que estaba aguantándose la risa.

—No creo que tenga nada de divertido, podría haberme hecho daño. Es más…

—Tienes razón, no debería tomármelo a broma, pero es que no dejo de visualizarte encima de Furia como si… —Tuvo que parar porque estuvo a punto de soltar una carcajada.

Mi intención era incorporarme y largarme de allí demostrándole toda la indignación que sentía. En cambio, cuando logré ponerme en pie y estuve a punto de dar el primer paso, las piernas me jugaron una mala pasada y, una vez más, Abel tuvo que sostenerme para que no me cayera.

—Tendrías que haberte marchado con María. Cuatro horas a caballo, sin estar acostumbrada, es demasiado.

Agaché la cabeza para mirar la mano que aún me sostenía del brazo. No quise pensar en el calor inesperado que me provocaba.

—Sería maravilloso que me soltaras para que pudiera marcharme.

—¿Seguro que puedes andar?

Me solté de un tirón y me concentré en poner un pie detrás de otro, aunque estaba segura de que parecía un bebé dando sus primeros pasos. Me temblaba todo.

Mientras me alejaba a paso de tortuga, oí la sonora carcajada de aquel idiota. De verdad, qué manía le estaba cogiendo.

Aquella noche dormí fatal y si pensaba que el día anterior me dolía el cuerpo, desde luego no tenía ni idea de lo que se me venía encima. Porque cuando desperté a la mañana siguiente, las agujetas no me dejaban casi ni pestañear. Me daba a mí que iba a ser un día muy largo.

8

La princesita

ABEL

Salí del despacho a media tarde. De todas las cosas que tenía que hacer en el rancho, el papeleo era lo que menos me gustaba, pero se me había acumulado y ya no podía posponerlo más. Me dolía el cuello y la espalda de haber estado tanto tiempo sentado. Además, pasar horas encerrado no iba conmigo y me ponía de mal humor.

Me dirigí a la cocina, pues me moría de hambre; necesitaba uno de los platos de Encarna, capaces de arreglar todos los males. Mientras iba hacia allí me acordé del día anterior y se me dibujó una sonrisa en el rostro. Debía reconocer que elegir a Furia para Aitana no había sido la mejor de las ideas, porque, a pesar de ser inofensiva, aquella yegua aún era un tanto salvaje. No voy a negar que me asusté un poco, pero enseguida me di cuenta de que Aitana no se haría daño.

En cuanto la vi aparecer con aquellas mallas y aquel top ridículo pensé: ¿dónde se creía esa mujer que iba? ¿A una clase de yoga? Aunque aquella ropa era de lo más absurda para montar a caballo —algo que me repetía una y otra vez—, no podía dejar de pensar en lo

bien que le sentaba, en cómo se ceñía a su cuerpo, en cómo le marcaba cada forma y cada curva, en la manera en la que…

Sacudí la cabeza en un burdo intento de sacarme aquella imagen e intenté centrarme en otra cosa —a poder ser negativa— como, por ejemplo, lo cabezota y obstinada que era. Todo habría sido más sencillo si se hubiera ido con María. Yo sabía que con una hora era más que suficiente para alguien que no estaba acostumbrado a montar, pero ella no, ella tenía que aguantar cuatro puñeteras horas y terminar casi sin poder caminar.

No era la primera vez que venía alguien así, chicas de ciudad que elegían aquel destino para desconectar, aunque la mayoría jamás se acercaban a los establos y tampoco lograban sacarme tanto de quicio como ella.

—Buenas tardes, Encarna —saludé en cuanto entré en su reino.

—Hola, muchacho. He preparado unas lentejas, carne en salsa y una ensalada. ¿Qué te apetece?

—¿Y no puede ser un poco de cada? —Todo lo que cocinaba aquella mujer me encantaba.

Me serví unas raciones de todo e iba tan absorto en mis pensamientos que estaba a punto de salir cuando Encarna me reprendió.

—Ah, ¡muy bonito! Vienes, coges la comida y te marchas sin ni siquiera darme un beso. Precioso, sí —refunfuñó medio enfadada.

Dejé los platos en una mesa y me acerqué a ella. Apenas llegaba al metro sesenta y para achucharla fuerte me era más cómodo cogerla en brazos; por eso y porque me encantaba hacerlo.

—Suéltame, muchacho, ¿no ves que estoy trabajando? —se quejaba, pero se moría de la risa.

Antes de dejarla en el suelo, le di un beso en la mejilla.

—Nos vemos a la hora de cenar —me despedí y fui a por la comida.

—Aquí estaré —dijo, esa vez con una gran sonrisa.

La observé un poco más antes de salir. Aquella extraordinaria mujer me había tratado como a un hijo, como si fuera tan suyo como Lorena. Fue quien nos cuidaba cuando enfermábamos; como aquella vez que los dos cogimos la varicela y nuestras constantes quejas de lo mucho que nos picaban los granos terminaron minando su paciencia. O cuando nos caíamos y corríamos hacia ella para que nos curara y nos consolara. Nos escuchaba cuando, al sufrir un desamor o teníamos un día malo, nos sentábamos en aquella cocina con un vaso de leche con Cola Cao y unas galletas caseras que lograban curarte hasta el alma. Aunque más que las galletas, lo que nos sanaba era la charla con aquella maravillosa mujer.

Había terminado de comer cuando la vi bajar por las escaleras. Si contemplarla montar a caballo el día anterior había resultado ser un espectáculo, aquella imagen era casi mejor. No podía ni dar un paso, imaginaba que por las intensas agujetas que tendría. Se notaba que intentaba disimular el dolor, pero lo único que conseguía era que su caminar pareciera aún más extraño. La seguí con la mirada hasta que se sentó en una de las mesas libres. El dolor y el esfuerzo que debió de sentir al hacerlo se reflejó en su cara. Tuve que contener la risa: aquella mujer empezaba a parecerme muy cómica, aunque estaba convencido que si me oía reírme, me soltaría una fresca de las suyas.

Me había levantado para marcharme, pero me supo mal no saludarla… y, de paso, chincharla un poquito.

—¡Buenas tardes! —exclamé sentándome en la silla que había junto a ella, más que nada porque si esperaba que me invitara, me saldrían canas—. ¿Qué tal te encuentras?

—¿Te sirve si te digo que como si me hubiera atropellado un camión? ¿Varias veces?

—Sí, me sirve —respondí intentando no reír—. ¿Te he dicho ya que deberías haberte ido con María? —Aitana alzó la cabeza y me fulminó con la mirada, cosa que me tomé como un gran «sí»—. Será mejor que le pidas a Encarna un vaso de su remedio secreto para las agujetas.

—¿Existe algo así? —preguntó con tanta esperanza que me enterneció.

—Nos lo lleva dando desde que éramos unos críos —asentí—. Es una maravilla, aunque no hay manera de que suelte la receta.

—Si en una conversación tuya sale la palabra «receta», es porque estás hablando de mí —dijo una voz familiar a mis espaldas, y no tuve que girarme para saber que se trataba de la cocinera.

—Le comentaba a la princesa —la miré al utilizar ese mote y vi cómo ponía los ojos en blanco, aunque ya había desistido de corregirme— que tienes una poción secreta para curar las agujetas.

—Ay, chiquita, no me digas que estás con agujetas. ¿Cuánto tiempo estuviste subida en el caballo? —Me tensé ante la pregunta porque sabía lo que se me venía encima.

—Poco más de cuatro horas —explicó Aitana con naturalidad y yo cerré los ojos.

—Pero, ¡niño! ¡¿Tú eres tonto o qué te pasa?! —gritó y me apuntó con el índice—. ¿Cómo se te ocurre dejarla montar tanto tiempo sabiendo que no está acostumbrada? —continuó regañándome sin bajar el dedo.

Comprobé cómo Aitana se recostaba en la silla y la expresión de su cara se iba transformando hasta esbozar una media sonrisa que, lejos de tranquilizarme, me inquietó más.

—Quizá fuera más tiempo, no estoy segura, pero a mí se me hizo larguísimo, la verdad —añadió la muy bruja sin dejar de mirarme.

—Voy a prepararte mi remedio y verás que dentro de un rato estás mejor. ¿A quién se le ocurre tener a la chiquilla tanto tiempo encima de un caballo? Es que no…

Encarna se fue refunfuñando y cuando la perdí de vista, me volví hacia aquella arpía disfrazada de princesa.

—No puedo creer que seas tan… tan…

—Vaya, se te traba la lengua. Pobrecito.

—La próxima vez te despertaré al alba y te haré cabalgar durante horas. —Sonreí cuando la vi sonrojarse, porque justo aquella era la reacción que esperaba. En el fondo, no iba tan desencaminado: era una princesita.

Ya me había levantado para marcharme cuando la oí decir:

—Ten cuidado, *cowboy*, o al final voy a pensar que eso es lo que quieres de verdad.

Me alejé de allí sonriendo y sin querer hacerle demasiado caso a la imagen que se había metido en mi cabeza de la princesita sin ropa.

Nada más llegar a los establos me encontré con Raúl, el fisioterapeuta; había comenzado hacía unos meses y desde el primer momento me había parecido un fichaje estupendo. Era un tío un poco más joven que yo, bajito y tan blanco de piel que tenía que ir siempre con un bote de protección solar en el bolsillo. Se mostraba reticente a utilizar sombrero de *cowboy* y prefería llevar una gorra, aunque la mayoría de los días terminaba quemándose.

Raúl no había trabajado nunca en un pueblo tan pequeño, pero supo adaptarse bien y se preocupaba de los animales, de los niños y del rancho. En poco tiempo había logrado que confiara plenamente en él.

—Buenas tardes, Raúl, ¿qué tal?

—Pues regular. Sombra parece no encontrarse muy bien.

—Mierda, ¿en serio?

Eché a correr y contemplé con impotencia que aquel caballo presentaba los mismos síntomas que los demás: salivación excesiva, náuseas, vómitos…

Cuando llamamos al veterinario, nos dijo que probablemente habían ingerido algo que les había sentado mal. Nos pautó una medicación y no le dio mayor importancia, como si aquello no fuera grave. Mi padre y yo habíamos recorrido todo el rancho intentando localizar plantas que sabíamos que eran dañinas para los caballos, como la cicuta, el tejo, la belladona, el laurel en flor… No encontramos ninguna, pero los animales seguían enfermando y aquello fue lo que nos llevó a que la denuncia que nos pusieron por explotación se llevara a término, ya que los caballos parecían exhaustos.

La guinda del pastel fue que el veterinario que envió el juzgado consideró que los síntomas que presentaban podrían ser compatibles con el cansancio extremo. Pero mi abogado interpuso un recurso, pues el veterinario se basaba en meras conjeturas y no había tomado muestras de ningún caballo enfermo.

Hacía días que todos estaban sanos y yo ya albergaba la esperanza de que aquello hubiera terminado. Que no fuera así me llenó de tristeza y de ese miedo que solía embargarme cuando la posibilidad de perderlo todo se hacía real.

Raúl y yo nos quedamos allí hasta que el medicamento hizo efecto y Sombra logró tranquilizarse.

Me pasé la tarde entera en los establos. Cuando salí de allí, ya había oscurecido. Raúl estuvo conmigo la mayor parte del tiempo, pero lo había obligado a marcharse hacía ya algunas horas.

Aún no había llegado a la casa grande cuando me encontré con mi padre.

—Hijo, no he podido acercarme a los establos hoy. ¿Qué ha ocurrido? —preguntó preocupado.

—Lo mismo de siempre, papá. Esta vez ha sido Sombra, pero parece que ya está mejor.

—Es que no lo entiendo, con el cuidado que tenemos nosotros con las plantas y con todo lo demás… —Ese tema tenía a mi padre sumamente disgustado y, aunque yo intentaba quitarle hierro al asunto para no preocuparlo más, algunas veces me resultaba imposible.

—Lo sé, yo tampoco acabo de entenderlo. Estoy agotado, me voy directo a la cama —corté la conversación, pues sabía que

terminaríamos dándole vueltas a lo mismo de siempre y mi padre se iría a dormir más inquieto de lo que ya estaba.

—Pasa antes por la cocina, Encarna ha hecho croquetas de pescado.

—¡Ay, joder! Voy volando. —Me sentía tan cansado que no me había percatado del hambre que tenía.

La cena me sentó de maravilla, pero aquella noche casi no logré pegar ojo. La salud de mis caballos, y el futuro del rancho, me tenían demasiado preocupado para dormir tranquilo.

9

Escuchar a escondidas

AITANA

¡Madre mía, no podía moverme! El simple hecho de levantarme me costó horrores y ya no digamos caminar, así que por primera vez en muchísimo tiempo —ni siquiera recordaba cuánto—, me quedé en la cama hasta tarde. No podía creer que montar a caballo provocase semejantes agujetas. Cuando me sonaron las tripas, me di cuenta de que era el momento de ponerme en marcha, así que me desplacé —como buenamente pude— hasta la ducha con la esperanza de que el agua calentita mitigara el dolor. Claro está, no funcionó.

Supuse que María ya habría bajado a comer, así que me preparé mentalmente para bajar las escaleras.

En cuanto puse el pie en el primer escalón, comprendí que aquello resultaría más complicado de lo que imaginaba. Y eso que aún no había intentado sentarme en una silla. ¡Si me dolían músculos que no sabía ni que tenía!

Aún no había empezado a comer cuando vi por el rabillo del ojo cómo alguien se acomodaba a mi lado. Me volví solo para comprobar que se trataba del *cowboy*. Pero ¿cómo tenía tanto morro de

sentarse ahí sin que lo invitase? ¿Quién se pensaba que era? Ser el dueño del rancho no le daba derecho a incomodar a los huéspedes, ¿verdad?

Aguanté estoicamente todas sus burlas, incluso la última con la que pretendió incomodarme. Ese hombre no tenía ni idea de lo acostumbrada que estaba a lidiar con comentarios de mierda día sí y día también.

La parte positiva fue que Encarna se ofreció a prepararme aquel brebaje en el que no tenía puestas demasiadas esperanzas, pero el simple gesto de prepararlo para que me sintiera mejor, me enterneció.

Cuando Encarna regresó, Abel ya se había marchado, algo que mi paz mental agradeció mucho.

—Toma, chiquita, intenta tomártelo de un trago. Ya sé que no sabe demasiado bien, pero te aseguro que funciona —dijo mientras me tendía una taza.

Miré el contenido y arrugué la boca; desde luego, buena pinta no tenía. Pero aquella mujer se había tomado la molestia de preparármelo cuando seguramente estaba hasta arriba de faena, y yo no iba a hacerle el feo de rechazarlo, así que me lo bebí de un trago. El sabor era soportable.

—Muchas gracias, Encarna —agradecí y le devolví la taza.

—No hay de qué, ya verás como en una horita estarás mejor. Te vendrá bien ejercitar los músculos. Date una vuelta por el rancho, eso ayudará.

Al mirarla, se me dibujó una sonrisa espontánea en la cara. Que se tomara tantas molestias por mí decía mucho de ella.

—Eso haré —respondí sin mudar la expresión y en sus labios se extendió una sonrisa inmensa

—Tengo que irme, nos vemos luego —se despidió ya caminando hacia la cocina.

—Hasta luego.

Decidí hacerle caso y salir a dar un paseo. Tendría que ir despacio porque las piernas apenas me respondían, pero decían que las agujetas se quitaban con más ejercicio, por lo que aquello no me haría ningún daño.

Respiré hondo y me levanté. Aunque antes de salir me detuve en el porche. Siempre me habían gustado, pero debía reconocer que aquel era realmente bonito. El típico lugar que te invitaba a sentarte en uno de sus asientos sin importar la hora del día, pues cada una de ellas tendría su encanto.

No le faltaba detalle: las vigas de madera del techo eran del mismo tono que el suelo, había unos sofás y sillones con cojines mullidos que parecían muy cómodos, mantas dobladas y bien colocadas en los respaldos y una estufa que en aquellos momentos estaba apagada, pero que imaginaba lo bien que vendría en una mañana o noche fría. Al final, colgada de los postes, había una hamaca. Nunca había probado una de ese estilo, así que me planteé hacerlo antes de marcharme, al igual que me propuse desayunar un día allí fuera. A regañadientes, admití que María tenía algo de razón: era difícil recordar que no estábamos de vacaciones en un entorno como aquel.

Aparté la mirada y bajé los poquitos peldaños —con mucha dificultad—. Como Dorothy en *El mago de Oz*, seguí un camino de baldosas amarillas que llegaba hasta los establos. Mientras lo

recorría no pude dejar de contemplar el paisaje. Hacía un día increíble, el sol calentaba y no había ni una sola nube en el firmamento, lo que hacía que el contorno de las montañas se apreciara con una nitidez impresionante. Los picos aún nevados en contraste con aquel precioso día le daban a la estampa un toque aún más bonito, si cabe.

Me detuve antes de entrar. El día anterior había estado tan nerviosa con el tema de montar a caballo que ni siquiera me fijé en lo impresionante que era el edificio y, al entrar, más me lo pareció. Los techos eran altísimos y las vigas de madera lo cubrían por completo. Sobre los habitáculos donde se encontraban los animales había varios ventanales por los que entraba una maravillosa luz natural. Me acerqué a una de las puertas —no demasiado, por temor a molestar al caballo— y comprobé las magníficas dimensiones que tenía la cuadra, además de lo limpia y cuidada que parecía. Nadie diría que aquellos animales estuvieran maltratados: quizá el problema principal era que los hacían trabajar demasiado y no tanto la falta de higiene… O tal vez aquellas cuadras eran precisamente las mejor cuidadas por ser las que enseñaban al público. Decidí adentrarme y continuar comprobando cómo estaba el resto. Sin embargo, el sonido de una voz conocida me hizo cambiar de planes.

Me acerqué hacia el lugar de donde provenía y me pegué a la pared para que no me vieran. Abel estaba hablando con un tipo al que había visto por el rancho, pero que no me habían presentado; imaginaba que sería un trabajador. Caminé un poco más porque desde donde estaba no lograba escuchar lo que decían. Al dar un par de pasos más, los vi mejor. Se encontraban agazapados junto a

un caballo que estaba tumbado en el suelo y que no parecía ser capaz de levantarse. Por fin oí la conversación:

—Hacemos lo que podemos —dijo el tipo al que no conocía.

—No es suficiente, hay que hacer más —exigió Abel con un tono de voz que no le había escuchado nunca.

—Podemos volver a llamar al veterinario —sugirió el otro.

—Ya sabemos lo que sucederá si viene, exactamente lo mismo de la otra vez. No, no voy a dejar que se acerque a nuestros caballos. Lo que haremos es evitar que los huéspedes lo vean. No podemos permitírnoslo.

Abel se puso en pie y yo me alejé por miedo a que me sorprendieran allí, pero ya tenía suficiente.

Había descubierto, por pura casualidad, la verdadera cara del *cowboy*. Estaba claro que quería que los caballos trabajaran más de la cuenta, se negaba a llamar al veterinario y su única preocupación era que los huéspedes no vieran al animal enfermo. Desde luego, ya había averiguado bastantes cosas aquel día. Me dirigí hacia la salida pensando en que tenía que contarle aquello a María y llamar al bufete con urgencia para informarles.

Hasta que llegué al porche y subí los tres escalones, no me percaté de que ya casi no tenía agujetas. No habían desaparecido del todo, pero me dolían mucho menos. Encarna había hecho magia. En cuanto me cruzara con ella, se lo agradecería.

Encontré a María en el salón y le pedí que me acompañara a mi habitación, pues no quería que nadie oyera lo que tenía que explicarle.

—Madre mía, cuánto secretismo. ¿Qué ha pasado? —preguntó acercándose hacia mi cama para sentarse.

Me callé que no me gustaba nada que se sentaran en mi cama cuando no estaba hecha. Yo me metía con el pijama limpio en ella, y mi ayudante iba con la ropa de la calle. Ropa que ya estaba sucia. Pero tenía cosas más importantes en las que centrarme.

—He descubierto algo —dije sin poder contener la emoción.

—¿En serio? ¿El qué?

Le conté la conversación que acababa de oír entre Abel y aquel tipo. Todo apuntaba a que Víctor tenía razón —algo de lo que yo nunca dudé— y que estaban explotando a los animales.

—Jolín, me cuesta creerlo. Parecen tan buena gente —alegó María con cierta tristeza.

—Eso suelen decir de los asesinos. Ya sabemos que no podemos fiarnos de las apariencias.

—Lo sé, lo sé, pero…

—Pero nada, María. Hemos venido justo a esto y ya tenemos algo de lo que tirar. Voy a llamar al bufete para contarles nuestros avances.

En cuanto María salió de mi cuarto, cogí el teléfono y llamé a Gustavo.

—Eso está bien, ya sabemos que hay algo —celebró—. Pero, obviamente, necesitamos pruebas. Tendrás que quedarte allí hasta conseguirlas.

—¿Cuánto tiempo? —pregunté con exasperación.

—El que haga falta, Aitana —sentenció.

—De acuerdo —me rendí—. Volveré a llamarte en cuanto consiga algo más.

—Estamos en contacto.

Colgué con una sensación extraña. Había aceptado venir al rancho a regañadientes y no entraba en mis planes quedarme más tiempo del estrictamente necesario. Pero, pensándolo un poco, lo cierto era que alargar la estancia ya no me sonaba tan mal como había creído al principio.

10

Día de mercado

AITANA

A la mañana siguiente, María y yo dijimos de bajar a desayunar juntas.

—¿No puedes darte un poquito más de brío? —le pedí un poco exasperada, ya que llevaba sentada en su cama casi diez minutos.

—Ya me dirás para qué tienes tanta prisa —respondió ella mientras se recogía el cabello en una coleta frente al espejo del baño—. ¿Demasiadas cosas por hacer hoy? ¿Te espera alguien? ¿Estás muerta de hambre y no puedes aguantar?

No, la verdad era que no me ocurría nada de aquello. Habíamos quedado en que lo mejor sería que no me vieran merodeando de nuevo por los establos, no fuera que empezase a levantar sospechas, así que teníamos todo el día por delante. No habíamos hecho planes porque yo me negaba a apuntarme a otra actividad; necesitaba por lo menos otro día para que se me olvidara lo mal que lo había pasado en aquella fatídica excursión a caballo. Al recordarlo, me relajé un poco. Hacía muchísimo tiempo que no tenía un día libre. Era verdad que los fines de semana no iba a trabajar, pero

siempre se me juntaba un puñado de tareas pendientes, por lo que se me hacía raro no saber qué me depararía aquel día.

Desayunamos con tranquilidad y, cuando estábamos terminando el milhojas con frutas que había preparado Encarna y que era un auténtico placer gustativo, se pasó a saludarnos. Solía salir de la cocina y pararse a hablar con unos y con otros huéspedes.

—Buenos días. ¿Qué tal habéis dormido?

—De maravilla —respondió María limpiándose la boca que tenía manchada de crema.

Me detuve a pensarlo y caí en la cuenta de que yo también había dormido bien, que, desde que estaba allí, no me costaba nada conciliar el sueño y no me despertaba durante la noche.

—¿Qué hacéis hoy? —se interesó la cocinera.

—Pues no mucho, no nos apetece otra excursión y no hemos pensado en nada —aclaré.

—Entonces podéis acercaros al pueblo. Hoy es día de mercado.

Noté la mirada de María puesta en mí. No era lo que había imaginado, pero estaría bien salir del rancho y dar un paseo tranquilo.

—Muchas gracias, Encarna. Iremos —concluí sin esperar a preguntarle a María, pues por su sonrisa entusiasta estaba segura de que diría que sí.

En cuanto la cocinera se marchó, María se volvió hacia mí.

—¿De verdad vamos a ir al mercado? —preguntó incrédula.

—Sí, eso es lo que he dicho.

—Es que no puedo creerme que vayas a hacer algo que no tenga nada que ver con el trabajo.

—Bueno, estar aquí ya tiene que ver con eso, ¿no? —murmuré.

—Lo sé, pero ya me entiendes.

—Sí, te entiendo. Además, tú no has visto el pueblo.

—¿Qué tiene de especial?

—Es… cuando menos, curioso. —Me callé lo que me parecía porque quería que lo descubriera por ella misma.

Media hora más tarde estábamos subidas en mi coche, dirección a Monte Perdido.

—No entiendo por qué vamos en coche si el pueblo está aquí al lado —se quejó mi ayudante.

—Porque no tengo ganas de caminar campo a través.

—Madre mía, no puedes negar que eres de ciudad.

Decidí no contestarle porque era obvio. Aparqué en el mismo sitio de la otra vez y me acordé de Víctor y de que no lo había llamado para contarle las novedades. En cuanto regresara del mercado, lo haría.

Atravesamos la misma calle que había tomado yo y comprobé que María lo observaba todo con interés.

Hasta que llegamos a la puerta de la taberna y se quedó con la vista clavada en la entrada.

—Espera un momento… —dijo y, acto seguido, entró.

Yo la esperé fuera, pues quería ver la cara que ponía al salir. Efectivamente, se había quedado tan desconcertada como yo.

—Esto es… —empezó a decir.

—Ridículo, horrible… —terminé la frase por ella.

—Iba a decir que es increíble. El rancho ya me lo parecía, aunque no imaginé que la temática se trasladara también al pueblo. Pero ¿tú lo has visto? Parece el antiguo Oeste —casi gritó entusiasmada. Desde luego, no dejaba de sorprenderme, porque aquella respuesta

no era precisamente lo que imaginaba—. Es una maravilla que se hayan reinventado, que organicen todo esto. ¿Te imaginas lo divertido que será para todas esas personas que les entusiasmen los westerns?

—Vamos, María, reconocerás que esto roza lo absurdo —contesté, incrédula—. No creo que valga la pena hacer todo esto solo por unos cuantos frikis.

—Mira, que tú no seas capaz de ilusionarte por un tema que no tenga nada que ver con el trabajo no quiere decir que al resto de la humanidad no le guste. A mí, que tampoco es que sea una experta en el tema de los vaqueros, me parece una pasada.

Decidí continuar hacia el mercado y dar a mi ayudante por imposible. ¿Cómo podía decir que aquel circo le gustaba?

Desembocamos en la plaza donde me detuve la última vez que había visitado el pueblo. Pensaba que se trataría de un mercado semanal de comida, pero resultó ser mucho más que eso: había puestos con cerveza artesanal, otros con un horno de leña para hacer el pan allí mismo, otro de artículos de tela cosidos a mano… Todos los puestos eran de productos artesanos. Por supuesto, no faltaban aquellos que vendían sombreros de *cowboy* y otros accesorios que hasta entonces solo había visto en series como *Yellowstone*.

Seguí a María de un lado a otro, pues parecía no saber hacia dónde ir y no se estaba quieta. Por fin se detuvo en uno con jabones hechos a base de plantas que, por lo que ponía en las etiquetas, tenían distintas propiedades.

—Hola, ¿qué tal? ¿Qué necesitáis? —dijo la vendedora.

Una mujer curiosa, reconocí. Llevaba un moño alto, despeinado, unos cuantos piercings y ropa un poco estrafalaria. No me habría llamado tanto la atención si no fuera porque era bastante mayor; de hecho, se trataba de una anciana.

—Yo voy a llevarme este jabón de aquí que dice que va bien para tonificar la piel y el pelo —dijo María con convicción.

—Oh, el romero tiene múltiples propiedades, también es un potente antiséptico, por lo que va bien para tratar heridas.

—Además, huele fenomenal —añadió mi ayudante.

—Sí, eso también. Y ¿tú cuál quieres? Si tuviera que recomendarte alguno, sería este —dijo la mujer dirigiéndose a mí y cogió una pastilla de jabón de color lila claro. Estaba a punto de comentarle que yo no quería ninguno cuando continuó—: La lavanda tiene propiedades relajantes y ayuda a combatir el estrés y el insomnio.

—Yo no… —intenté protestar, pues me negaba a que aquella anciana me dijera lo que necesitaba.

—Tú sí —sentenció categórica y yo alcé las cejas—. Las mujeres de mi familia llevamos siglos tratando y ayudando a otras con las propiedades de las plantas. Hay personas que me rehúyen, incluso me llaman bruja. Y las entiendo, porque soy capaz de ver cosas que a los demás les pasan desapercibidas. Lo que no saben es que, para mí, es un halago, no un insulto. Pero os puedo asegurar que no hay ni un solo habitante de este pueblo que no haya acudido a mí cuando lo ha necesitado. Y una cosa te digo —continuó con los ojos clavados en los míos, extremadamente seria—, cuando todo se destape, vas a necesitar mucho más que una pastilla de jabón para relajarte, pero por algo hay que empezar. Recuerda: cuando no sepas qué hacer, piensa en ti y sigue tu instinto.

Bajó la cabeza para guardar la pastilla de jabón en una bolsa de color marrón y cuando levantó la mirada, sonreía.

—Son siete con cincuenta —le pidió a María—. A ti te invito yo —me dijo alzando la bolsa.

La cogí porque, de pronto, tenía un montón de ganas de largarme de allí.

—Que tengáis buen día —dijo la anciana con naturalidad, como si lo que acababa de pasar no fuera la cosa más extraña que me había sucedido jamás.

—Igualmente, señora —se despidió María y cuando se volvió hacia mí, me percaté de que se estaba aguantando la risa.

—No sé qué leches te hace tanta gracia —le solté un poco mosqueada.

—Venga, Aitana, te han regalado un jabón y un consejo que no has pedido, ¿qué más quieres? —bromeó.

—Ha sido raro.

—No, ha sido jodidamente raro, aunque… —No llegó a terminar la frase porque la interrumpí agarrándola del brazo—. ¿Qué pasa? —preguntó desconcertada.

—Es Víctor.

—¿Dónde?

—Justo ahí —dije señalándolo antes de que nos viera, pues se dirigía hacia nosotras.

—Ufff, ya lo veo. Como para no hacerlo, con lo que destaca.

—Es guapo, ¿verdad?

—Supongo que no es feo, pero no lo decía por eso, me refería a que con ese traje y esas pintas de estirado desentona demasiado.

No tuve tiempo de responderle porque ya lo teníamos delante.

—Víctor, ¿qué haces por aquí?

—Hola, Aitana, no esperaba verte hoy. —Me saludó con dos besos y un olor a colonia cara me invadió las fosas nasales.

—Hemos venido a dar un paseo por el mercado —comenté.

—Pues me alegro mucho de verte.

—Y yo. —Lo miré, seguramente un poco embelesada, hasta que María me agarró la manga del jersey y recordé que no los había presentado—. Víctor, ella es María, mi ayudante. María, él es Víctor.

—Encantado —dijo con educación y también le dio dos besos.

—Igualmente —murmuró María sin mucha convicción.

Después, Víctor se dirigió de nuevo a mí con una mirada que hizo que me pusiera un poco nerviosa ante su escrutinio.

—¿Qué tal estás? Espero que por lo menos estés disfrutando de la estancia.

—Sí, no está mal —respondí más cohibida de lo que pretendía—. He de reconocer que esto es muy bonito.

—Sí, la verdad es que los mercados y las fiestas están bastante bien. A ver si puedes asistir a alguna y, si lo haces, me encantaría acompañarte, por supuesto.

Tragué saliva y asentí como una tonta, menos mal que al final pude pronunciar algunas palabras.

—Sería estupendo ir contigo, sí.

Víctor sonrió dejando ver una hilera de dientes blanquísimos. Me quedé tan absorta en su boca que cuando volvió a hablar casi me sobresalté.

—Bueno, ha sido un placer verte, pero tengo que regresar. Te llamo un día de estos y quedamos.

—Sí, claro, tengo cosas que contarte.

—¿En serio? Pues entonces no tardaré mucho en hacerlo. Hasta pronto, Aitana.

—Adiós, Víctor.

Mientras se alejaba, oí el resoplido de María.

—¿Qué te pasa? —pregunté alzando las cejas.

—No me gusta.

—¿Que no te gusta quién? —pregunté sin entenderla.

—Víctor.

—Acabas de conocerlo. ¿En qué te basas para decir eso?

—Cuando eres ayudante y no ejerces de abogada, se sabe, más que nada por la forma en que me tratan las personas que creen estar por encima de mí.

—Me parece que eso no me deja en buen lugar —le rebatí un pelín avergonzada.

—Oh, tú tratas igual de mal a todo el mundo, independientemente de su posición social —me contestó como sin darle importancia.

—Creo que eso es aún peor.

—Lo que quiero decir es que ese tipo ni siquiera me ha mirado y solo se ha despedido de ti. En cuanto ha sabido que era tu ayudante, he dejado de existir para él.

—Imagino que no es por eso. Víctor siempre ha sido muy justo y educado. —Entendía sus reservas hacia él por su aspecto distante, pero quería que comprendiera que yo lo conocía más allá de esa primera impresión y que bajo esa capa había mucho más—. Mira, cuando íbamos al instituto, unos chicos de clase se metían mucho conmigo. Se reían de la ropa que llevaba, de mi pelo… Eran cosas de críos, pero yo lo pasaba muy mal. Víctor era uno de los alumnos más populares de la clase, apenas me conocía, pero fue el único que

salió en mi defensa cuando vio lo que estaba pasando. No solo eso, sino que nos hicimos amigos y, gracias a él, mi vida en el instituto se volvió mucho más agradable.

—¿Lo conoces desde el instituto? ¿Salisteis juntos o algo así? —preguntó María interesada.

—No, qué va. Hacíamos los deberes juntos y quedábamos alguna tarde, pero nunca salimos como pareja. Yo por aquel entonces era un poco diferente. Y después, con los años, perdimos el contacto. Hasta ahora, claro.

—¿Diferente en qué sentido? Porque como me digas que las suspendías todas, me da un síncope —bromeó María.

—Siempre he sido muy buena estudiante. Pero mi aspecto, o mi actitud, eran… En fin, digamos que he cambiado desde la adolescencia. Para bien —aseguré, no sabía si para convencerme a mí o a ella.

—Eso imaginaba. Pero está claro que a ti Víctor te gustaba —me pinchó María.

—¿Por qué lo dices? —pregunté algo alarmada.

—Porque me he dado cuenta de cómo lo miras. Sé que nunca me has hablado de tu vida privada, pero también que jamás te he visto mirar a nadie así.

—¿Así cómo? ¿Como tú miras a Lorena? —le devolví el interrogatorio.

—Ah, pero es que a mí Lorena me gusta, me gusta mucho, no tengo ningún problema en reconocerlo.

—Pues supongo que igual que a mí Víctor —confesé.

—Lo malo es que, si no lo ves desde el instituto, quizá tengas una versión de él un poco distorsionada, ¿no crees?

—No puede haber cambiado tanto —apunté.

—Bueno, has sido tú la que has dicho que habías cambiado un montón. Todos lo hacemos. ¡Anda, mira quién está ahí! —gritó María entusiasmada y casi corrió hasta donde se encontraba Lorena.

Sí, estaba claro que le gustaba mucho. De lo que yo no estaba convencida era de si a mí Víctor me gustaba igual que antes o si solo eran las brasas de lo que una vez sentí. María tenía razón: ya no estábamos en el instituto, y yo no era la misma de entonces. Pero algo en mí no había cambiado. En el fondo, todavía sentía la necesidad de gustarle al chico guapo y exitoso, al hombre que no había logrado que se fijase en mí cuando éramos adolescentes. Pero ahora todo era distinto. Quizá ahora tuviera una oportunidad… Si todavía la quería.

11

Belén

ABEL

Aquella mañana me levanté antes del alba. Estaba nervioso y quería comprobar que Sombra estaba bien, que ya no tuviera ningún síntoma. Al percatarme de que se encontraba completamente repuesto, suspiré aliviado. Estuve un rato con él y lo cepillé, aunque no tenía claro si mi intención era relajar al caballo o a mí mismo. Cada vez que uno se ponía enfermo, me entraba una congoja que tardaba días en desaparecer. Cuando vi que Sombra comía un poco y parecía sentarle bien, salí del habitáculo, aunque me quedé por allí limpiando y recogiendo las cuadras.

Cuando decidí volver a la casa grande, el sol empezaba a salir entre las montañas. Disfruté durante unos minutos de la vista que ofrecía el amanecer y luego entré. Sabía que, antes de ponerse a preparar los desayunos, a Encarna le gustaba sentarse en una de las sillas de la cocina y beberse el café con tranquilidad, así que decidí acompañarla.

—¿Qué haces despierto tan temprano? —dijo a modo de saludo—. Bueno, quiero decir más temprano de lo normal, no son ni las seis

de la mañana —añadió con unos golpecitos en el reloj.

Era su sutil manera de regañarme por trabajar tanto. No tenía sentido mentirle y decirle que me acababa de levantar, puesto que tenía la ropa llena de heno.

—He ido a ver a Sombra —confesé un tanto abatido.

—¿Qué tal está? —preguntó sin ocultar su preocupación.

—Parece que mejor —dije sin dar más explicaciones. No me apetecía continuar hablando de eso y Encarna, que me conocía bien, dejó el tema.

Nos bebimos el café, rodeados del silencio cómodo que solo dan los años y la confianza. Cada uno absorto en sus pensamientos, pero sabiendo que teníamos al otro al lado.

Cuando terminé, enjuagué la taza, la metí en el lavavajillas y le di un beso en el pelo. No habíamos hecho nada especial, casi ni habíamos hablado, pero tener a aquella mujer cerca lograba serenarme. Cuando regresé a las cuadras, mi humor ya no estaba tan negro.

A las diez de la mañana empezaba con las sesiones de terapia. Aquella era una de las cosas que más me gustaban y disfrutaba de mi trabajo por la espontaneidad y la sinceridad de los niños, el cariño y la sensibilidad con la que trataban a los caballos, pero sobre todo me encantaba ver el progreso que hacían a medida que avanzábamos con las clases.

Llevaba un par de horas, así que me tomé un descanso para cepillar a Cronos cuando las vi a lo lejos. Lorena había ido al mercado, y ahora volvía junto con Aitana y María. Charlaban

animadas y no pude evitar preguntarme de qué. Las tres se pararon frente al porche e imaginé que nuestras huéspedes se quedarían en la casa grande, pero me llevé un chasco. Cuando Lorena ya casi se había dado la vuelta para venir a las cuadras, las otras dos la llamaron y se unieron a ella.

No me apetecía nada forzarme a ser agradable con Aitana, y mucho menos sostener la tensión que parecía haberse instaurado entre nosotros, pero me daba la impresión de que no iba a quedarme otro remedio.

—Hola, Abel —saludó con entusiasmo Lorena cuando llegaron.

—¿Qué hay? —respondí sin apartar la vista de mi tarea.

—Les he contado a las chicas que debías de estar con las terapias y las he animado a que vinieran a ver en qué consisten.

—Vaya, justo me pillas en el descanso —informé con la esperanza de que desistieran.

—Estupendo, pues mientras esperamos las llevaré a dar una vuelta por los establos.

Estaba claro que mi estrategia no había funcionado. Fruncí el ceño y levanté la cabeza para fulminar a mi amiga con la mirada, pero lo que vi fue la señal que María le hacía a Aitana a su espalda. Parecía pedirle con gestos que se quedara donde estaba, que la dejara ir sola con Lorena. Yo sonreí, pues estaba convencido de que lo último que le apetecería a la princesa sería quedarse conmigo. Pero volví a equivocarme. Incluso tras presenciar aquella «conversación» sin palabras, me quedé patidifuso con que cediera y permaneciera allí, junto a mí.

—Id vosotras, yo quiero hablar de una cosa con Abel.

«Claro, tenemos tanto de lo que hablar…», refunfuñé para mis adentros.

—Vale, nos vemos en un rato —respondió María guiñándole un ojo y con una enorme sonrisa.

—Princesa, menuda jugada te han hecho, ¿eh? —dije cuando las otras dos se alejaron.

—¿Te has dado cuenta?

No se me pasó por alto que ya no se quejaba cuando la llamaba «princesa». O había desistido o ya no le molestaba. Se acercó un poco más a mí, aunque tuvo cuidado de mantenerse algo alejada del caballo, al que miraba de reojo. Estaba claro que la experiencia con Furia no la había ayudado a dejar atrás el miedo.

—Puedo parecerte un pueblerino, pero suelo percatarme de algunas cosas —bromeé para seguir la conversación.

—Uy, sí, ya imagino —ironizó—. ¿Qué haces? —preguntó.

—Estoy preparando a Cronos para la terapia.

—¿Qué es lo que hacéis exactamente?

No sabía si su interés era genuino o si solo le incomodaba el silencio, pero me había preguntado por algo que me apasionaba, así que no me costó abrirme.

—La terapia equina va dirigida a niños con ciertas dificultades. Tenemos varios niños con TDAH, otros con TEA y algunos con dificultades motoras.

—Son algún tipo de trastorno, ¿no?

—Sí. El TDAH es el trastorno por déficit de atención e hiperactividad, y TEA significa «trastorno del espectro autista».

—¿Y esto les ayuda? —se interesó—. Los caballos, me refiero.

—No te imaginas cuánto. Mira, por poner un ejemplo, Belén, que es una de las niñas que llevo y que tiene TDAH, dice que es el lugar donde más tranquila se siente.

—Vaya, no lo hubiera imaginado nunca. Y para poder montar todo esto de las terapias, quiero decir… No quiero que suene mal, pero ¿tú qué preparación tienes?

—La de la vida, los paletos aprendemos muchas cosas de nuestro entorno, ¿no lo sabías? —le tomé el pelo y ella me miró con los ojos entornados. Decidí apiadarme un poquito—. Tenemos un fisioterapeuta que se encarga de los niños con problemas motores, y yo no siempre he vivido aquí. Me fui a estudiar Psicología a Madrid y pasé allí algunos años, aunque luego tuve que regresar para ayudar a mi padre con el rancho.

—¿Eres psicólogo? —La incredulidad en su voz me hubiera ofendido si su expresión no hubiera sido tan graciosa.

—No sé por qué te parece tan extraño… —la pinché.

—Pensé que… que… —se aturulló y me compadecí.

—La carrera me vino bien para darle al rancho una visión nueva. Las terapias no solo son una parte de mi trabajo que me gusta mucho, sino que ayudan a la comunidad, y eso las hace aún más especiales. Monte Perdido, y los pueblos de alrededor, quedan lejos de la mayoría de los servicios de esta clase, así que para quienes viven aquí es un alivio contar con una terapia especializada tan cerca de casa.

—Supongo que sí —respondió, aunque no parecía muy convencida.

—Quédate un rato y compruébalo por ti misma —la invité sin pensarlo demasiado.

—Sí, lo haré. —Volvió a quedarse en silencio un momento—. ¿Puedo preguntarte algo más?

—Eso es lo que estamos haciendo, ¿no? Tú preguntas, yo contesto.

Me miró, suspicaz ante mi buen comportamiento, pero no perdió la oportunidad.

—¿Por qué regresaste?

Me parecía extraño aquel interés repentino en mí, pero no le di importancia porque en cierta manera era normal que una chica como ella se interesara por la vida que llevábamos personas como yo. ¿Por qué alguien que podía vivir en la ciudad prefería volver a un pueblo apartado de todo?

—Mi padre enfermó y no podía hacerse cargo del rancho él solo. Lorena hacía lo que podía, pero no daba abasto. Por aquel entonces, el rancho funcionaba de manera muy diferente, había muchísimo trabajo y yo…

—Y tú decidiste volver —terminó la frase por mí.

Asentí para darle la razón.

—¿Qué le pasó a tu padre?

—Tiene una enfermedad autoinmune y, aunque ahora está muy controlada y pocas veces necesita quedarse en cama, hubo una época que sufría muchos dolores hasta que se la estabilizaron. —No me gustaba hablar de esos momentos, pero seguí—: Le resultó muy difícil afrontar la enfermedad a la vez que se daba cuenta de que no podría volver a tomar las riendas del rancho. Sé que se sintió culpable por mi regreso, pero también muy aliviado por no tener que ponerlo en venta.

—Vaya… Fernando parece tener muchísima energía —dijo con cierta tristeza en la voz.

—Ah, y la tiene, no sabe estar quieto. Ni siquiera la enfermedad logra detenerlo. Lo pasó mal, pero, quitando algún brote puntual, ahora lo lleva bastante bien.

Permanecimos callados unos instantes, y aproveché para seguir cepillando a Cronos. Sabía que ella estaba pensando la siguiente pregunta, y no me equivoqué.

—¿No echas de menos la ciudad? —Pareció especialmente interesada en eso.

—La ciudad en concreto no, pero algunas cosas sí, como lo accesible que es todo. No tener que coger el coche para ir a cualquier sitio, los locales de ocio, las salidas nocturnas… ¡y la gente joven! —me reí—. Como habrás comprobado, la media de edad de este pueblo es bastante elevada.

—Un poco, sí —dijo con una sonrisa.

—Pero ¿sabes qué? Vale la pena por todo lo demás.

—Tiene que ser difícil hacer un cambio de vida tan radical.

—A ver, no voy a engañarte. Trabajar en el rancho es duro, pero cuando por las noches me siento en el porche con algo calentito entre las manos y contemplo este lugar, las vistas, el cielo, las noches de luna llena cuando pueden verse hasta las montañas… Todo eso lo compensa con creces. —Hice una pausa y me percaté de lo intenso que me había puesto y recordé que la persona que tenía delante era una pija de ciudad. Era hora de rebajar un poco el tono —. ¿Estás pensando en mudarte al campo, princesita? Mira que yo le veo lagunas a ese plan tuyo, ¿eh? No es que seas muy hábil, ni ágil, ni…

—Uf, intento tener una conversación normal contigo, pero no hay manera —resopló—. Eres… eres…

—Encantador, maravilloso, jodidamente atractivo… —la pinché.

—¡Insufrible, eso es lo que eres! —gritó mientras se alejaba a grandes zancadas.

Yo me quedé allí sonriendo por lo fácil que resultaba cabrearla. Con todo, no pude evitar pensar en que la conversación con ella me había resultado agradable. No imaginé que le interesaría tanto mi vida en el rancho. Y tampoco pude evitar clavar los ojos en su culo mientras se alejaba, pero eso se debía a lo que acababa de comentarle acerca de la falta de gente joven. Me negaba a pensar que me sintiera atraído por aquella mujer, por muy guapa que fuera.

Estaba a punto de terminar con Cronos cuando vi a Belén a lo lejos. Como era habitual en ella, no caminaba con normalidad, sino que iba dando saltitos y parándose de tanto en tanto a mirar una flor o cualquier bichito que le llamara la atención. Tenía siete años y el pelo casi negro, al igual que los ojos, y lucía la piel muy blanca. Le habían salido unas paletas enormes que cuando sonreía, te contagiaba el gesto casi sin querer. Siempre parecía estar contenta, era cariñosa, impulsiva y muy espontánea. Había veces que me dejaba momentáneamente sin habla por las cosas que decía, y lo hacía todo con tanta gracia que resultaba imposible no quererla.

—Hola, Abel —me saludó cuando se detuvo a mi lado.

—Hola, Belén. ¿Preparada para la segunda parte? —le dije, correspondiendo a su sonrisa.

—¿Qué le has hecho a la chica guapa que iba a los establos? —me preguntó en lugar de contestarme, señalando hacia el lugar por donde se había ido Aitana—. Parecía muy enfadada.

—No sé a qué chica guapa te refieres… —le dije, haciéndome el tonto.

—Sí, esa que llevaba ropa rosa y un pelo así… —Hizo un gesto con las manos para explicarme cómo.

Sonreí.

—Se llama Aitana —le informé.

—Pues Aitana parecía muy enfadada, y antes de irse la he visto hablando contigo.

—Supongo que tal vez le he dicho algo que no le ha gustado —confesé con incomodidad, pues sabía cómo era la niña.

—¿Tú? Pero tú no puedes hacer eso, tú eres el *procesor*.

—Se dice «profesor», y tienes razón, no debí hacerlo.

—Pues ya sabes lo que te toca —dijo arrugando los labios y cruzándose de piernas. Parecía una abuela regañando a su nieto.

—No tengo ni idea —alegué.

—Claro que lo sabes. Cuando alguno de nosotros se pelea con otro, nos dices que hay que hablarlo, resolverlo y, si hace falta, pedir perdón. Pero pedir perdón de verdad, no solo porque nos lo digas tú.

—¿Yo digo eso? —pregunté aguantándome la sonrisa, pero sin ni una pizca de ganas de hacer lo que sabía que se me venía encima.

—Todo el tiempo… —añadió poniendo los ojos en blanco y yo me reí.

—De acuerdo, pues habrá que pedirle perdón a la princesa. —Cerré los ojos porque utilizar aquel mote delante de Belén igual no era lo más acertado.

—Pues espero que no sea como Vaiana y llame a Maui o te vas a enterar —dijo en tono amenazante.

—¿Vaiana es una princesa? —deduje—. ¿Y Maui, un príncipe? —pregunté sin tener ni idea de lo que hablaba.

—¿Un príncipe? ¿Por qué iba a querer Vaiana un príncipe si ella puede hacerlo todo solita?

—En eso llevas toda la razón —reconocí sin dejar de sonreír.

—Tienes que ir a hablar con ella ahora. No me gusta que la gente esté triste —sentenció y me tendió la mano para que se la agarrara.

¡Maldita sea! No iba a librarme de esta. Ya imaginaba lo mucho que disfrutaría ella con la situación. En fin, todo fuera por dar ejemplo…

12

Una actividad más tranquila (o no)

AITANA

Aquella mañana me desperté de buen humor, seguramente por lo bien que había descansado. Me levanté de la cama y me dirigí hacia el pequeño balcón. Abrí las puertas y el aire fresco hizo que me encogiera con ligereza. A pesar de ello, salí y contemplé las vistas.

Hacía un día soleado. Nos habían advertido de que estábamos teniendo mucha suerte con el tiempo y que probablemente lloviera los próximos días, pero esa mañana el sol calentaba y no se divisaba ni una sola nube. Desde allí veía las impresionantes montañas, con aquellos picos nevados en contraste con el verdor que envolvía el rancho. Al bajar la mirada, comprobé que justo enfrente estaba la casita amarilla que me enamoró la primera vez que la vi. Y no fue fruto de un deslumbramiento momentáneo, seguía pareciéndome una preciosidad. Desde esa perspectiva, aprecié el bonito porche que tenía en la parte atrás; no era tan espectacular como el de la casa grande, pero sí más encantador. Estaba abstraída contemplando aquella casa cuando por el rabillo del ojo vi a alguien dirigirse hacia los establos. No me hizo falta ver su rostro para saber

que se trataba de él. El sombrero, las botas y su figura alta y corpulenta resolvieron todas mis dudas.

Sonreí al recordar lo mal que lo pasó el día anterior cuando aquella niña pizpireta se plantó frente a mí para anunciarme que Abel tenía algo que decirme. Desde luego, lo último que esperaba era una disculpa y, a pesar de que no pareció del todo sincero, disfruté muchísimo con su incomodidad.

Como si se percatara de que lo estaban observando, Abel alzó la cabeza y a mí no me dio tiempo a entrar antes de que me viera. Se llevó la mano a la parte delantera del sombrero a modo de saludo y le devolví el gesto con la mano. Sabía que se me habían subido los colores, como si me hubieran pillado haciendo algo malo, y me sentí aliviada porque no se percibiría desde donde él se encontraba.

De lo que sí me di cuenta fue de que se podía ver a través de los barrotes de la baranda de madera, y que yo solo llevaba puesto un camisón cortísimo de seda que dejaba poco a la imaginación. Estuve a punto de dar un bote, pero no quería que se percatara de que me daba vergüenza, así que me di la vuelta con tranquilidad e intenté no pensar en las vistas que tendría él desde abajo.

Me duché con agua volcánica y cuando me detuve frente al espejo, decidí que aquel día me recogería el pelo. Ni siquiera recordaba la última vez que me había hecho una coleta, pero esa mañana nos íbamos a apuntar a una de las actividades que había en el rancho y pensé que estaría más cómoda así. Y casi sin querer, aquella dinámica también la llevé a cabo con el maquillaje, pues fue mucho más sutil y práctico del que solía utilizar.

Justo cuando salía del baño, llamaron a la puerta.

—Buenos días, María —saludé a mi ayudante y cerré la puerta tras de mí, lista para marcharnos—. Nos vamos.

—Vaya, hoy te veo… diferente —me dijo, como dudando.

—¿Para bien o para mal? —pregunté alzando una ceja.

—Ninguna de las dos. Mucho más en sintonía con este sitio.

—Pues perfecto. —No era que necesitara su visto bueno, pero sí empezaba a darme cuenta de que su opinión me importaba más de lo que creía.

—Vámonos ya, que tengo un hambre… y creo que Encarna dijo que hoy había torrijas. ¡Madre mía, me encantan!

Casi bajó las escaleras corriendo mientras yo la seguía con mucha más calma tras poner los ojos en blanco.

—¡Buenos días, chicas! —saludó Lorena cuando llegamos al salón —. Vuestra mesa está libre, así que sentaos y os traigo los cafés.

Parecía mentira que con el poco tiempo que llevábamos allí ya tuviéramos asignada hasta una mesa, pero era verdad que el primer día la elegí porque me gustó la luz que tenía y ahí nos habíamos quedado.

Esperamos a que Lorena regresara con el desayuno. Yo también tenía hambre y, para mi sorpresa, no me apetecían las tostadas que solía tomar.

—Ya estoy aquí —dijo colocando una taza humeante delante de cada una. Aquel día no tenía ninguna forma especial, pero sí un montón de dibujos de caballos—. ¿Lo mismo de siempre?

—Para mí sí, pero añade también alguna torrija, que dijo Encarna que hoy las haría —dijo María relamiéndose.

—Buena elección, y debo decir que están… —Lorena se acercó la mano a los labios besando las puntas para que nos quedara claro lo

ricas que estaban.

—Pues ponme dos —pidió María.

—Unas tostadas para ti, ¿verdad? —añadió Lorena dirigiéndose a mí.

—No, yo también quiero probar esas torrijas —murmuré con la boca pequeña.

—Perfecto, pues ahora mismo os las traigo.

En cuanto Lorena se marchó, alcé la cabeza, pues sabía que María haría algún comentario.

—Te has recogido el pelo, casi no llevas maquillaje y vas a desayunar torrijas. ¿Seguro que estás bien? —bromeó y yo le tiré la servilleta.

Desayunamos animadamente entre bromas y exclamaciones; Lorena tenía razón, las torrijas estaban espectaculares.

En cuanto terminamos, nos informaron de que la actividad de aquel día se haría en los establos. Temí lo peor y pensé que otra vez me tocaría montar a caballo, pero resultó ser el de las vacas. Suspiré aliviada, pues imaginé que aquella actividad sería mucho más tranquila. Lo sé, a veces era demasiado ingenua.

Nada más entrar, me di cuenta de que no se habían apuntado demasiadas personas, es decir, además de María y de mí, solo había venido un matrimonio mayor con el que habíamos coincidido algunas veces en el salón.

—Buenos días —saludó el *cowboy*. ¿Es que todas las actividades las dirigía él o qué?—. Hoy tenemos una actividad genial: vamos a ordeñar a Gofre —soltó como si estuviera hablando del tiempo.

—¿Tenéis una vaca llamada Gofre? ¡Qué monada! —exclamó María con emoción.

—¡¿Que vamos a hacer qué?! —intervine sin poder contenerme. Ya me costaba acercarme a un animal tan grande como para encima tener que tocarle las… En fin, que no—. No pienso hacerlo —sentencié categórica.

—Entonces ¿por qué te has apuntado? —preguntó Abel sin poder contener la sonrisa.

Ahí me había pillado. La bruja de mi ayudante no me había contado en qué consistía la actividad, aunque quedaría fatal si lo confesaba. Giré la cabeza hacia María, que me miró con el ceño fruncido, y supe que no tenía escapatoria. Tendría que ordeñar una maldita vaca.

—Bueno… Es que yo… Verás… —De pronto, me había puesto demasiado nerviosa para terminar una sola frase.

—Por favor, menudo don de palabra —me dijo Abel para acto seguido mirar al resto—. Primero lo haré yo para que veáis cómo se hace y, después, os dejo a vosotros.

Tragué saliva, pues mucho me temía que, por más que me fijara, no iba a resultarme tan fácil. Cuando hubo terminado y el líquido blanco llenaba ya un par de dedos del cubo, se dio la vuelta.

—¿Quién quiere probar? —preguntó con una sonrisa. Clavó los ojos en los míos y retrocedí un paso.

—¡Yo! —gritó María alzando una mano como si estuviéramos en el colegio.

—¡Genial! Vamos a ello —añadió. Señaló el banquito en el que había estado sentado y apartó el que había justo detrás.

María lo hizo bastante bien y yo empecé a pensar que quizá no fuera tan difícil, que tal vez sería capaz de hacerlo. A pesar de eso, dejé que la otra pareja pasara primero, no sé si esperando aprender

de los otros o que alguno metiera la pata para no sentirme tan mal si después daba yo la nota.

No tuve suerte, todos lo hicieron genial. Justo cuando me tocaba, apareció uno de los trabajadores del rancho y preguntó si alguien quería apuntarse a la siguiente actividad. Por lo visto, habían sobrado plazas. Di un paso al frente, lo que fuera con tal de librarme de ordeñar a ese animal enorme.

—Tú quieta ahí, que no hemos acabado —susurró Abel sobresaltándome. Estaba demasiado cerca de mí.

La pareja, que ya había terminado de ordeñar a Gofre, casi corrió a apuntarse (¿la gente no sabía estar sin hacer nada o qué?). Aunque lo peor no fue eso, sino que mi ayudante —exayudante, mejor dicho— hizo lo mismo. Se largó detrás de ellos y me dejó sola con Abel y la vaca.

—A ver, princesa, ven aquí, que voy a enseñarte cómo se hace —explicó con naturalidad.

Me acerqué hasta donde él se encontraba, no demasiado convencida y mirando de tanto en tanto hacia donde se había marchado María. Contemplé el par de banquitos y luego desvié la mirada hacia él.

—Siéntate —ordenó y, sin saber bien por qué, le hice caso sin protestar.

Me acomodé como buenamente pude en aquel banco tan pequeño, dando gracias al universo porque mis agujetas hubieran desaparecido por completo. Cuando me giré para preguntarle lo que tenía que hacer, me lo encontré cerca, demasiado. Se había sentado en el otro banco, pegado al mío.

Me puse derecha de golpe, pues la tensión que siempre parecía invadirme cuando Abel estaba presente se había intensificado aún más. Lo malo fue que mi mirada se topó con las enormes ubres de la vaca y me percaté de que no había salida. Iba a tener que ordeñarla.

—Vamos, cógela —me animó Abel.

Levanté la mano, pero no supe dónde ni cómo ponerla, así que seguí mi instinto y agarré y apreté la ubre. Sobra decir que tengo un instinto de mierda y que, al apretar, la sensación fue tan extraña que moví la mano y el chorro de leche salió disparado directamente a mi cara.

Me levanté de golpe haciendo que el banquito cayera hacia atrás. No veía nada, aunque lo peor era el asco que sentía con toda la cara pringada.

La sonora carcajada que soltó Abel hizo que abriera los ojos a pesar del picor —seguramente porque tendría todo el rímel corrido— y lo fulminé con la mirada. Se había agarrado la barriga con ambas manos, sin disimular el ataque de risa que le había dado.

—Lo siento, lo siento —se disculpaba sin dejar de reír.

Cuando logró serenarse un poco, se levantó y caminó hacia un pechero donde había una toalla colgada.

—Toma, límpiate —dijo aún sonriendo—. Y siéntate, que te ayudo.

—No voy a volver intentarlo. No sabes el asco que me ha dado…

—Princesa, solo es leche, seguramente mucho más natural que la que estás acostumbrada a tomar. Anda, hazme caso. Iba a decirte que será divertido, pero dudo que puedas superarlo.

Esa vez no pude evitar sonreír, aunque giré la cara para que no lo viera. No pensaba darle la razón, aunque la escena sí hubiera sido

un poco cómica.

Aun así, volví a sentarme, pero en aquella ocasión él se acomodó justo detrás y tomó mis manos entre las suyas para acercarlas a la vaca. Tenía las palmas calientes en comparación con las mías y eran mucho más grandes. Cogimos entre los dos una de las ubres y aquella vez sí noté la piel suave al tacto. Abel apretó y un chorro de leche cayó directamente en el cubo de metal que había abajo. Me volví hacia él con una sonrisa de victoria, y fue entonces cuando me percaté de lo cerca que estaba, del calor que emanaba su torso contra mi espalda y lo pegada que tenía la cara a mi nuca. La tensión habitual que sentía cuando Abel se encontraba cerca se multiplicó por mil y me removí incómoda, intentando despegarme un poco de él. Lo peor fue que en lugar de conseguir mi propósito, terminé cayendo hacia atrás y me quedé entre sus piernas. En cuanto me di cuenta de la postura comprometida en la que me encontraba, intenté levantarme lo más rápido que pude. Apoyé la mano en lo primero que encontré… que fue la pierna de Abel, aunque tampoco hubiera sido para tanto si no hubiera sido tan arriba de su muslo.

Me levanté casi de un salto e intenté tranquilizarme repitiéndome que no había hecho —ni tocado— nada fuera de lugar. Simplemente me había caído y me había agarrado a su muslo. Nada más.

Cuando me di la vuelta, Abel volvía a reírse en mi cara.

—Joder, princesa, es que no das una, ¿eh? Es que… —No pudo continuar porque le volvió a dar la risa y, en aquella ocasión y para mi absoluta sorpresa, yo también lo acompañé.

Y fue tan liberador.

Nos reímos juntos durante un buen rato y, cuando los dos nos repusimos, decidí que lo mejor sería regresar a la casa grande.

—Voy a cambiarme de ropa. Gracias, ha sido… divertido, y hacía mucho que no me lo pasaba tan bien. Suelo estar demasiado inmersa en mi trabajo.

—Nunca hay que olvidarse de disfrutar, eso es algo casi imperdonable —me dijo con una sonrisa—. ¿De qué trabajas para que no te permita ni siquiera reírte?

Me quedé en blanco. No podía decirle que era abogada, no deseaba despertar en él la más mínima sospecha.

—Soy contable —solté lo primero que se me pasó por la cabeza—. Es una empresa grande y siempre hay mucho trabajo.

—Pues hay que tomárselo con más calma, no todo en la vida es trabajar. Me alegro de que ordeñar a Gofre te haya ayudado a desconectar.

—Los animales de este rancho tienen nombres curiosos.

—Este no es culpa mía, fue cosa de mi padre —se excusó alzando las manos. Y yo sonreí otra vez.

—Después nos vemos, Abel —me despedí antes de darme la vuelta para marcharme.

—Hasta luego, Aitana.

Aquella era la primera vez que utilizaba mi nombre, sin motes ni bromas. Y que lo hiciera me gustó más de lo que esperaba.

Sacudí la cabeza en un intento de quitarme aquella sensación y emprendí el camino hacia la puerta con el pálpito de que me seguía con la mirada.

13

Estar sola

AITANA

Después del incidente con Abel y la vaca, regresé a mi cuarto y me duché. No podía sacarme de la cabeza el momento que había vivido en aquel establo, como si durante demasiado tiempo me hubiera olvidado de disfrutar y de pronto recordara lo que era, lo que se sentía.

Me sabía mal haberle mentido sobre mi puesto de trabajo, pero se me pasó rápido al recordar el motivo por el que me encontraba allí. Seguro que él no había hecho otra cosa que engañarme todo el tiempo.

Cuando terminé, volví a bajar, pero tras el curso que habían seguido mis pensamientos durante la ducha, lo que menos me apetecía era encontrarme con el *cowboy* de nuevo, así que decidí dar una vuelta por los alrededores. No quería ir demasiado lejos, solo ver si había alguna zona para salir a correr alguna mañana, pues llevaba días sin hacer deporte (sin contar lo de montar a caballo, claro) y a mí el ejercicio me servía para relajarme, aunque debía reconocer que estaba durmiendo bien y no me sentía alterada.

Caminé durante un buen rato sin prestar demasiada atención a por dónde iba mientras le daba vueltas al caso, a lo que habíamos descubierto y a las pruebas que necesitábamos. Por eso, cuando el acceso se hizo mucho más complicado y el camino se volvió casi intransitable, me percaté de que había subido bastante y decidí regresar. Justo entonces me fijé en lo espectaculares que eran las vistas desde allí arriba. Aunque no se tratase de una montaña escarpada, sí estaba a cierta altura. Me acerqué al borde del camino y contemplé todo cuanto me rodeaba. Si desde abajo la inmensidad del entorno te abrumaba, allí arriba parecías ser la dueña de todo. Era maravilloso.

Me quedé unos minutos mirando el rancho, que parecía muy pequeño desde allí, los árboles que lo rodeaban y lo verde que se veía todo. Una vez más, no pude evitar imaginarme lo bonito que sería aquel lugar en otoño o en invierno, cuando el frío y la nieve lo pintaran de blanco. Cuando me decidí a bajar, no pensé en nada del trabajo y me centré exclusivamente en recrearme con las vistas y los olores que desprendían las plantas y las flores.

Aquella tarde no teníamos ninguna actividad programada y tampoco me apetecía volver al pueblo, por lo que decidí quedarme por el rancho. María tenía intención de subir un rato a su cuarto a descansar, por lo menos hasta que se encontró con Lorena en el porche y prefirió acompañarla a ir de compras al pueblo.

Acababa de salir de la casa grande cuando se me acercó Belén, la niña que había obligado a Abel a pedirme perdón y que, solo por eso, ya me caía bien.

—Hola, princesa —me saludó, dejándome perpleja.

—¿Por qué me llamas así? Mi nombre es Aitana —le dije, algo mosqueada. A ver si ahora todo el mundo iba a utilizar ese dichoso apodo.

—Ah, porque lo dijo Abel, y con esa ropa lila y brillante, el pelo así —hizo un gesto con las manos imitando mi pelo suelto y ondulado— y las uñas tan bonitas de color rosa, me parecías una princesa. —¡Qué mona! Nada que ver con los motivos por los que el *cowboy* utilizaba el mismo mote—. ¿Qué haces? —preguntó.

—Iba a dar una vuelta.

—¿Sola? —Por la mueca que puso, aquella idea parecía no gustarle.

—Sí, pero no me voy muy lejos, solo caminaré un poco por aquí —añadí en un intento de tranquilizarla.

—¿Quieres que te acompañe? —preguntó clavando su mirada en mí.

—Si tú quieres, a mí no me importa, pero no podemos alejarnos mucho de los establos o Abel se preocupará.

—Vale, así te hago compañía.

Llamó mi atención la fijación que parecía tener aquella niña con la soledad.

—A mí no me importa estar sola, hay veces que incluso me gusta —le expliqué y en cierto modo no le mentí.

—A nadie le gusta estar solo —sentenció.

—Cierto, a las personas no suele gustarles, pero hay quien lo elige y eso siempre va bien.

—Pues no lo entiendo. A mí me da miedo estar sola y no me gusta nada, pero nada de nada —matizó con énfasis.

—Es normal, a mí de pequeña tampoco me gustaba. Aunque dudo mucho que tus padres te dejen sola demasiado tiempo. —Me sorprendió el modo en el que la niña resopló y decidí indagar un poquito más—. Cuando era pequeña, a veces también me sentía sola porque mi madre tenía que trabajar y yo debía quedarme con la canguro.

—¿Y tu papá?

—Mi padre murió cuando yo era muy pequeña y casi no lo recuerdo. —No solía hablar de mi pasado con cualquiera, sin embargo, con esa niña casi salía solo.

—Vaya, eso sí que es triste. Yo echaría mucho de menos a mi papá. Aunque desde que nació José, no me hace mucho caso.

—¿Quién es José?

—Mi hermano pequeño. Todo el mundo dice que es un bebé monísimo, pero a mí me parece normal. Además, llora tooodo el tiempo —añadió poniendo los ojos en blanco y a mí me hizo mucha gracia su expresión, aunque no me reí porque se notaba que para ella era un tema serio—. ¿Sabes? Es muy pesado, pero no le digas a nadie que te lo he dicho.

—No te preocupes, quedará entre tú y yo —le prometí y ella sonrió—. Pero si no te gusta estar sola, lo mejor es tener un hermano, ¿no?

—No, no es lo mejor, porque ahora mis papás tienen que estar pendientes de él y les queda poquito tiempo para jugar conmigo —se lamentó aguantándose un puchero.

—Lo entiendo, eso tiene que ser una lata.

—Lo es —respondió ella. Se cruzó de brazos y frunció los labios. Tuve que volver a contener la risa.

—Aunque ¿sabes qué? —le dije—. Quizá no te lo han explicado, pero tu hermano irá creciendo poco a poco y dejará de llorar tanto, y tus padres no tendrán que estar todo el día ocupándose de él. Y lo mejor será que tú tendrás siempre a alguien con quien jugar y nunca estarás sola.

Esta vez arrugó el ceño, como si no se le hubiera ocurrido y pensara que el recién llegado a su casa siempre sería un bebé.

—Es verdad, ahora es aburrido y no hace nada, pero luego podré jugar con él.

Me callé que aún tendrían que transcurrir algunos años para que aquello sucediera, pero básicamente esa era la idea.

—Claro, además, dicen que ser la hermana mayor es muy guay.

—Sí, eso puede ser. ¿Tú tienes un hermano con el que jugar? —Era tan tierna su forma de ver la vida.

—No, no tengo ningún hermano, pero si lo tuviera, estoy segura de que nunca me sentiría sola y podría jugar siempre que quisiera con él. —Fue un modo de abreviarlo para que me entendiera, pero en cierto modo, no era la primera vez que lo pensaba. Estaba convencida de que, si hubiera tenido hermanos, en muchos momentos de mi vida no me hubiera sentido tan triste. Hubiera podido compartir con alguien el peso de la enfermedad de mamá.

—Lo pensaré —comentó con una expresión sorprendentemente adulta—. Ahora tengo que marcharme, seguro que Abel me estará esperando. Otra cosa antes de irme.

—Dime.

—Si vives aquí, con toda la gente que hay y todos esos animales, es imposible que te sientas sola.

—Supongo que tienes razón, pero es que yo no vivo aquí, solo estoy de vacaciones.

—Ah, pues es una pena. Oye, ¿por qué no te vienes conmigo? Te presentaré a algunos de los caballos, seguro que no los has visto todos. ¡Hay un montón! —me dijo emocionada y, sin esperar a que le respondiera, me cogió de la mano y me arrastró hacia los establos.

No tuve más remedio que seguirla, porque no me parecía bien decirle que esos animales me inspiraban bastante respeto; al fin y al cabo, la pequeña hacía terapia con ellos. Además, no podía dejar de pensar en lo fácil que sería todo si no perdiéramos aquella inocencia infantil y quería disfrutarla un ratito más.

En los establos, nos encontramos a Abel cepillando a un caballo precioso de color miel y nos acercamos a él, que se giró en cuanto nos oyó entrar.

—Hola de nuevo, Belén —la saludó, y luego me sonrió—. Vaya, traes compañía.

—¡Hola! Mira, Aitana, este es Mango. Le encanta que lo cepillen —me dijo mientras se afanaba en buscar un cepillo y ponerse con la tarea.

—Y Belén lo hace de maravilla —la alabó Abel—. Por eso voy a dejar que lo hagas solita mientras yo me ocupo de otras cosas.

—¿De verdad? —preguntó la niña sin poder ocultar su alegría.

—Por supuesto, mírate —le dijo. Se acercó a ella y le levantó los brazos—. Has crecido un montón y tienes que hacer cosas de mayores.

—¡Sí, ya soy mayor!

—¿Y sabes lo que eso significa? —le preguntó Abel.

—¿El qué?

—Pues que tiene cosas aburridas, como tener que aguantar a tu hermano pequeño, pero también otras muy chulas, como cepillar sola a Mango.

—Gracias —susurró Belén y le dio un abrazo a Abel.

Él la cogió en brazos y dio vueltas con ella mientras gritaba que era un avión. Cuando volvió a dejarla en el suelo, la niña se tambaleó mareada, pero tenía una sonrisa enorme dibujada en la cara. Nunca había prestado especial atención a aquel tipo de escenas, pero ver a Abel con Belén me enterneció y me gustó tanto que me pilló por sorpresa.

La niña volvió a concentrarse en cepillar al caballo de inmediato y yo me asombré de lo centrada que parecía.

Abel se acercó y se detuvo a mi lado. Los dos teníamos la vista fija en ella.

—Lo está pasando mal desde que nació su hermano —murmuró para que Belén no nos oyera.

—Sí, lo sé, hemos estado hablando de ello. He intentado hacerle ver que no todo es malo, al igual que tú con lo de ser mayor.

—Poco a poco se irá acostumbrando, el bebé apenas tiene unos meses y aún le parece demasiado aburrido.

—No la culpo, siendo tan pequeño es difícil verle la parte positiva.

—¿Tú tienes hermanos?

—Es la segunda vez que me hacen esa pregunta hoy —le dije riéndome—. No, no tengo y, por lo que he deducido, tú tampoco.

—No, yo tampoco.

—Menos mal —murmuré con un suspiro—. Imaginarme a otro como tú por aquí es… demasiado —dije con los ojos en blanco.

—Sí, con uno es más que suficiente —respondió, sonriéndome con prepotencia.

—No lo decía como algo bueno —aclaré y me crucé de brazos.

—¡¿Ah, no?! —soltó él. Se llevó la mano al pecho como si lo hubiera ofendido.

—No le hagas caso, princesa. Abel es muuuy payaso —advirtió Belén, que parecía haberlo oído todo.

—¡Oye, me has robado el mote! —soltó Abel apuntándola con el dedo índice.

—No te he robado nada. Parece una princesa —resolvió la niña con soltura.

Yo lo miré con una expresión de petulancia.

—Uy, sí, hace cosas muy de princesa, como caerse todo el tiempo. Menos mal que estoy cerca para salvarla.

Ante aquel comentario, resoplé.

—Ella ya es mayor —dijo Belén y yo la miré con cierto miedo por lo que pudiera decir—, y tú la acabas de conocer, ¿verdad?

—Cierto, sí —contestó Abel arrugando el ceño, porque al igual que yo, no tenía ni idea de por dónde iba a salir la niña.

—Pues si ella se ha salvado solita todos esos años, es porque no te necesita.

—Una lógica aplastante —murmuró Abel que me dedicó una amplia sonrisa, la misma que se dibujó en mi cara hasta que me di cuenta de que, a pesar de la tensión, empezaba a sentirme demasiado cómoda con él. Y aquello era algo que no podía permitirme.

14

La discusión

AITANA

No sabía qué actividad nos tocaba aquel día, aunque casi pensé que era lo mejor, pues si me informaba de antemano, me pondría de mal humor y, total, la tendría que hacer de todas maneras. Lo que sí sabía era que no empezaba hasta casi media mañana, así que, después de desayunar, salí a dar una vueltecita por los alrededores. Quería ver si encontraba alguna otra prueba, pues desde que oí aquella conversación a escondidas no había averiguado nada más y, aunque el bufete no me había metido prisa, yo no quería que pareciera que no me estaba tomando el caso en serio.

El día anterior llamé a Víctor para vernos y contarle las novedades, pero estaba bastante ocupado, así que quedamos en que me avisaría cuando encontrara un hueco.

Mis pies me llevaron casi sin darme cuenta hasta los establos. Esperaba encontrarme a Abel, pero en su lugar me topé con otro tipo. Supuse que era el fisioterapeuta del que me había hablado el *cowboy*.

—Hola —me saludó en cuanto me vio.

—Hola, soy Aitana.

—Encantado, yo soy Raúl —dijo con una amplia sonrisa y me tendió la mano.

—Te he visto por aquí y me han hablado de ti, pero aún no habíamos coincidido —dije, correspondiendo a su apretón de manos. Me gustó que no fuera flechado a darme dos besos.

—Supongo que es normal, yo no dirijo ninguna actividad, solo me encargo de la terapia con algunos niños y de los establos.

Aquello despertó mi curiosidad, tal vez pudiera sonsacarle información.

—Es verdad, recuerdo que alguien me comentó que eras el fisioterapeuta del rancho.

—Sí, ese es mi trabajo principal, pero también me gusta trabajar en los establos, con los caballos.

—Pues debo felicitarte, parecen muy bien cuidados —lo alabé en un burdo intento de que hablara.

—Muchas gracias —respondió un poco cohibido.

—¿Ibas ahora a encargarte de ellos? —pregunté con sumo interés.

—Sí, iba a ver cómo se encontraba Curry, que ha pasado la noche regular.

—Vaya, ya lo siento. ¿Puedo acompañarte?

—Claro, sería estupendo.

Mientras nos dirigíamos a la cuadra, intenté organizar mis ideas, lo que quería preguntarle y cómo hacerlo sin parecer demasiado interesada. De pronto, recordé algo que había dicho Abel o Lorena, no estaba segura.

—Tú no eres de por aquí, ¿verdad?

—No, vine hace poco. Antes vivía en Barcelona.

—Anda, igual que yo. ¿Te ha costado mucho adaptarte a esto? —indagué, esta vez con un interés real.

—Bueno, no voy a engañarte, fácil no ha sido. Es un gran cambio, pero esto es tranquilo y es justo lo que necesitaba. Es aquí —dijo señalando el cubículo donde descansaba Curry en un claro intento de dejar aquella conversación, pues parecía que no le gustaba hablar de la ciudad.

Yo lo observé mientras Raúl abría la puerta y entraba. El caballo no parecía estar tan enfermo como el de la última vez, aunque no era necesario ser una experta en animales para saber que le sucedía algo. Estaba tumbado y tenía la respiración pesada, lenta.

—¿Qué le ocurre?

—Lo mismo de siempre.

—¿Qué quieres decir? —Me hice la sorprendida con la esperanza de que pensara que solo me interesaba por los animales.

No me contestó de inmediato, antes se acercó al animal, le acarició el lomo y le susurró algo que no llegué a oír.

—Ha hecho demasiadas clases de terapia seguidas, sin descanso. Debe de estar agotado. Yo ya lo avisé, pero nadie parece tener en cuenta mi opinión. —Raúl no parecía hablar conmigo, era como si lo hiciera consigo mismo o con el animal.

A pesar de ello, todas mis alarmas se activaron.

—¿Crees que deberían descansar más? —pregunté para que siguiera hablando.

—Sí, eso creo —respondió categórico y supe que debía acercarme a él, pues podría ser un maravilloso testigo para el juicio.

—Vaya, pues es una pena.

Raúl solo asintió con la cabeza y me dio la espalda. Imaginé que ya no le sacaría nada más, así que opté por cambiar de tema.

—¿Quieres que te ayude? —pregunté; esperaba que dijera que sí para ganarme su confianza.

—Claro. Muchas gracias.

Durante la siguiente hora me quedé con Raúl y Curry. No volvimos a hablar del tema, pero sí mantuvimos una conversación cordial con la que esperaba haber establecido un vínculo.

Cuando terminamos y salimos de allí, me despedí con una enorme sonrisa; crucé los dedos porque resultara natural.

—Ha sido un placer conocerte, supongo que volveremos a coincidir. —Yo haría todo lo posible porque así fuera.

—Seguro que sí. Encantado, Aitana, y muchas gracias por ayudarme —agradeció, también con una sonrisa.

—No hay de qué —añadí justo antes de darme la vuelta para marcharme.

Mientras regresaba a la casa, no dejé de darle vueltas a la cabeza. Por un lado, cada vez que coincidía con Abel y me hablaba del rancho o lo veía con los animales, me costaba creer que fuera capaz de hacerles aquello, pero luego las pruebas y los datos hablaban por sí mismos. Víctor había tenido buen ojo al darse cuenta de aquello y tratar de ponerle remedio. Al final, por mucho que ambos hubiéramos cambiado, resultaba que seguía siendo el chico al que conocí, el que no se callaba ante las injusticias y defendía a quien no podía hacerlo solo.

No quería decirlo muy fuerte, pero me pareció que con la actividad de aquel día sí iba a disfrutar, pues se trataba de preparar una receta con productos típicos de Aragón. María y yo nos encontrábamos en la cocina, cada una con su delantal, y con Encarna frente a nosotras luciendo la misma sonrisa de siempre.

—La pareja que ha venido antes ha hecho una fritada aragonesa, pero he pensado que vosotras podríais hacer un milhojas con jamón de Teruel. Lo que más os apetezca comer luego.

—Me gusta cómo suena eso del jamón —dijo María y yo asentí con la cabeza.

—Pues perfecto. Si tuviéramos más tiempo, podríamos hacer algo más elaborado, pero esto es lo que hay —sentenció la cocinera.

—A mí el milhojas ya me parece lo bastante elaborado —confesé.

—Uy, qué va, si es muy fácil —aseguró Encarna, aunque yo estaba convencida de que no lo sería para una novata como yo—. Ya veréis, lo tendremos listo enseguida y lo más importante, os quedará buenísimo. Venga, lavaos las manos y coged eso que os he dejado ahí —dijo señalando la mesa donde había colocado todos los ingredientes—. Aquí la cuestión es que disfrutéis de algo que hayáis preparado vosotras mismas.

—A mí, como no me ayudes, me va a quedar un churro. Lo más elaborado que hago es calentar la comida en el microondas —protestó María con una sonrisa.

—No entiendo cómo os podéis comer eso —le recriminó Encarna.

—La mayoría de las veces no lo hacemos, comemos lo primero que pillamos en la nevera cuando tenemos hambre.

—Pero es que eso no tiene nada que ver con cocinar, con tomarte la molestia y el tiempo para preparar un plato que luego disfrutes. Si

no inviertes un poco de tiempo en eso, en cuidarte, no sé en qué lo empleas.

—Ufff, te sorprendería. La mayoría de los días necesitaría que tuvieran unas cinco o seis horas más. ¡No me da la vida! —protestó mi ayudante haciendo una mueca.

—Trabajar en el campo, o en el rancho, es muy duro y, aunque ahora solo cocine, durante muchos años me levantaba antes del alba y no paraba hasta la noche, pero las horas de comer siempre han sido sagradas —dijo Encarna mientras preparaba los utensilios que utilizaríamos—. No es solo la comida, para mí es el momento de sentarme alrededor de una mesa con la gente que quiero, de contarnos cómo nos ha ido el día, de hablar de nuestras preocupaciones y, por supuesto, de disfrutar con la comida. No concibo que después de estar todo el día ocupado ni siquiera encontréis un rato para cocinaros algo y os sentéis a comeroslo tranquilamente.

—Imagino que la diferencia está justo en eso, en que comer sola no invita a prepararte nada, ni a sentarte a comértelo con tranquilidad —intervine yo con timidez.

—Ay, eso aún es peor. Si no te cuidas tú, ¿quién pretendes que lo haga? Yo antes también pensaba igual, pero con los años me he dado cuenta de que, si yo no me cocino lo que me gusta, si no hago cosas por y para mí, nadie lo va a hacer. Así que algunos días, cuando no hay tantos huéspedes en el rancho, me levanto temprano, bajo a la cocina y hago un guiso de albóndigas que me encanta. Es sencillo, pero siempre me queda muy bueno, y luego preparo arroz con leche, que es mi postre favorito, y me paso todo el día pensando en que llegue ya la hora de comérmelo. Hay que

tenerse en cuenta, cuidarse y disfrutar de las cosas pequeñas. —El silencio se instauró entre nosotras. Yo no sabía qué decir, pues las palabras de Encarna me habían dejado sopesando algunas cuestiones—. Bueno, dejemos el tema. Vamos a ponernos manos a la obra o no nos dará tiempo de que esto esté listo para la hora de comer.

Mientras nos explicaba cómo teníamos que preparar la receta yo no dejaba de pensar en lo que había dicho y me pregunté cuándo había sido la última vez que había hecho algo solo por y para mí sin pensar en el trabajo ni en otras personas. No logré recordarlo.

En cuanto nos pusimos manos a la obra, el tiempo se me pasó volando. Encarna nos guio mientras nosotras preparamos la masa, colocamos las capas de hojaldre y de jamón y lo cubrimos de queso antes de llevarlo al horno. Estaba convencida de que no me habría quedado muy bueno, pues la cocinera me corrigió en un par de pasos. Sin embargo, cuando nos sentamos a la mesa de la cocina con una ensalada, una copa de vino y nuestro plato, me di cuenta de que Encarna tenía razón y que lo de menos era el resultado, lo importante era lo bien que nos lo habíamos pasado durante el proceso y que íbamos a compartir aquel rato las unas acompañadas de las otras.

—No me digáis que no ha valido la pena el esfuerzo —dijo recostándose ligeramente hacia atrás, ya con un café frente a ella.

—¡Estaba buenísimo! Aún no me creo que lo haya hecho yo —murmuró María con incredulidad.

—La verdad es que yo también estoy sorprendida de lo rico que ha quedado —añadí.

—¡Qué poca fe teníais en vosotras! Yo me quedo con la compañía, ha sido un placer acompañaros. Hace tiempo que ofrecemos esta actividad, la gente que viene aquí siente curiosidad por ver la cocina, en verme a mí no tanta, porque ya sabéis que me paso por el salón siempre que puedo. Por eso pensamos que sería interesante añadir algo relacionado con recetas o ingredientes típicos de la zona. Por aquí han pasado desde eminencias científicas, que no han tenido ningún reparo en ponerse un delantal y medir los ingredientes al miligramo, a personas que venían huyendo de algo, gente rota… Lo que quiero decir es que estoy acostumbrada a cocinar con unos y con otros, aunque pocas veces me siento a la mesa a compartir la comida con ellos.

—¡Vaya, hemos sido las elegidas! —bromeó María y a Encarna le dio la risa.

—Solo digo que para lo poquito que habláis de vosotras, me parecéis unas chicas… encantadoras.

Me removí incómoda en la silla. Sentí como si estuviera traicionando a Encarna o algo parecido. Y es que aquella mujer siempre se portaba genial con nosotras, mientras que nuestro objetivo era cerrar el rancho que ella tanto quería.

Cuando noté la mirada de María clavada en mi cara, supe que estaba pensando lo mismo y, tal y como imaginé, el tema no tardó demasiado en salir. Nada más despedirnos de la cocinera y subir las escaleras para ir a nuestras habitaciones, María rompió el silencio.

—Esto no… —empezó a decir ella.

—Aquí no, espera que lleguemos a mi cuarto —la corté.

Sabía lo que le estaba costando a mi ayudante morderse la lengua, al igual que sabía que dejaría de hacerlo nada más cerrara la

puerta.

—¡Esto no está bien, Aitana! —explotó en cuanto estuvimos a solas—. No me creo que la gente de este rancho sea ni explotadora, maltratadora de animales ni nada por el estilo.

—Ya hemos hablado de esto y de que las apariencias engañan…

—Pero ¿tanto? ¿De verdad crees que alguna de estas personas pondría en peligro su modo de vida, su hogar, su…?

—María, nosotras no hemos interpuesto esa demanda, solo hemos venido a recabar datos y pruebas, y eso es lo que vamos a hacer.

—¡Aitana! ¡¿Es que no lo ves?! No puedes…

—Lo que veo es que tal vez tus sentimientos por Lorena y, por extensión, por su madre, te están impidiendo centrarte en tus objetivos, en tu trabajo. —Supe que aquella frase había sido desafortunada en el mismo momento en que salió de mi boca.

—Creo que te he demostrado lo que este trabajo significa para mí y lo centrada —hizo hincapié en esa palabra— que he estado siempre en mis objetivos. Que vaya bien la tarde, jefa. —Esa última la recalcó también.

Lo que más me impactó fue la frialdad con la que me habló. Nunca había utilizado ese tono conmigo.

Cerró la puerta con suavidad, aunque estoy convencida de que hubiera preferido dar un portazo de los fuertes. Yo me quedé allí, de pie, dándole vueltas a mi metedura de pata y al motivo por el que tenía aquel nudo en la garganta.

Era verdad que no debería haberle dicho eso, pero era su jefa y estábamos en medio de un caso, así que, quitando a Lorena de la ecuación, no le había dicho nada fuera de lo normal. Lo peor era que no deseaba que María se enfadara conmigo, pero debía reconocer

que, si esto hubiera sucedido en Barcelona, en mi despacho, antes de llegar aquí, ese nudo no estaría ahí y no me preocuparía, simplemente pensaría que ya se le pasaría al día siguiente.

En cambio, en aquel momento, tuve que sentarme en la cama para intentar digerir el malestar que sentía.

15

¿De dónde has salido?

AITANA

Pasé la tarde tumbada en la cama trabajando. Sabía que lograría evadirme y no pensar en nada más, e imaginé que así dejaría de darle vueltas al tema de María. No funcionó, porque cada vez que levantaba la cabeza del ordenador recordaba la última mirada que me había echado antes de marcharse y volvía a sentirme mal.

Aquella noche no bajé a cenar. No sabía cómo actuar con mi ayudante, si querría sentarse conmigo a la mesa o si estaría aún demasiado enfadada, así que preferí quedarme recluida. Sabía que era un comportamiento muy cobarde, pero me dije a mí misma —más bien me engañé— que lo hacía por adelantar trabajo.

Cuando quise darme cuenta, ya eran casi las once de la noche y, como si mi cuerpo protestara por las horas que llevaba sin salir, me rugió el estómago para recordarme que debía darle de comer. Decidí bajar a la cocina a ver si podía tomarme un café con leche descafeinado, pues yo era de ese tipo de personas a las que la cafeína a las once de la noche no la dejaban dormir.

Antes de bajar me duché y me puse un pantalón de chándal que utilizaba para estar por casa y una sudadera; tenía pensado salir al porche y seguramente haría fresco. Me recogí el pelo en una coleta y no le presté más atención a mi imagen, pues dudaba mucho que fuera a cruzarme con alguien a aquellas horas.

El silencio que había en la casa me confirmó que la mayoría de los huéspedes estaban ya en sus habitaciones. En cambio, cuando llegué a la cocina, me encontré con Encarna.

—¿Qué haces aún aquí? —pregunté, aunque sonó como si la estuviera reprendiendo.

—Eso debería preguntártelo yo a ti, ¿no crees? —respondió con los brazos en jarras.

—Ay, perdona, quería decir que ya es tarde para que sigas trabajando —me excusé con la sensación de que últimamente metía la pata con todo el mundo.

—Te he entendido, tranquila. Es que he adelantado un par de bizcochos para el desayuno de mañana y así no tengo que madrugar tanto. Por cierto, no te he visto en el salón a la hora de la cena.

—No, es que me tumbé en la cama y me quedé dormida —mentí porque no podía confesarle que había estado trabajando.

—¿Eso quiere decir que no has cenado?

—Tampoco tengo mucha hambre —volví a mentir, en esa ocasión para no molestarla, pues sabía que Encarna era capaz de ponerse a cocinar si le decía que estaba hambrienta—. Venía a ver si podía tomarme un café descafeinado.

—Claro, ahora mismo te lo preparo —se ofreció cogiendo ya la cafetera.

—No, Encarna. Tú ya te ibas a dormir y a mí no me cuesta nada.

—De acuerdo, dejo que te lo prepares tú, pero con una condición.

—¿Cuál? —pregunté sin tener ni idea de por dónde iba a salir.

—Que lo acompañes con un trozo de bizcocho y que te lo tomes tranquilamente.

La verdad era que lo del bizcocho sonaba de maravilla, y lo otro ya lo había pensado.

—De hecho, quería tomármelo en el porche.

—En el porche está… —Dejó la frase a medias—. Estarás de maravilla. Buenas noches, Aitana.

—Buenas noches, Encarna.

Me preparé el café y me pasé casi cinco minutos contemplando los dos bizcochos e intentando decantarme por uno de ellos; quedaría mal haberle dicho que no tenía hambre y ponerme un trozo de cada. Al final cogí un plato, me serví una porción del de chocolate y salí.

Era noche cerrada y algunas nubes impedían que la luz de la luna alumbrara, por lo que el porche estaba a oscuras. Lo primero que vi, como si tuviera un neón encima, fue la hamaca agarrada a dos postes y que había despertado mi curiosidad en cuanto la vi el primer día. Me dirigí hacia ella y dejé el plato y la taza encima de una mesa que había cerca para cogerlos en cuanto me hubiera tumbado.

Miré la hamaca como si subirme se tratara de un problema de física cuántica. Cuando creí haber descubierto la forma más fácil de hacerlo, me senté y estiré las piernas, después me recosté y cuando casi lo había logrado, aquel artilugio infernal se movió y me desestabilizó. Intenté agarrarme a algo, pero se dio la vuelta y por más que quise evitarlo, acabé cayendo de morros al suelo. Grité,

más por la sensación de caída que por el daño que me hice, aunque la rodilla me dolía un poco.

Alguien se acercó corriendo y, aunque no me hacía falta mirar para saber quién era, cuando levanté la mirada me topé con unos ojos conocidos. No podía creerme que, de todas las personas que había en esa casa, tuviera que ser precisamente Abel quien presenciara todas y cada una de mis torpezas.

—¿Estás bien? —preguntó tendiéndome una mano.

—¿De dónde has salido? —quise saber mientras, a regañadientes, aceptaba su ayuda.

—He estado sentado en ese sillón todo el tiempo. Ni me has visto cuando has pasado delante de mí. Estabas demasiado concentrada en la hamaca. —Encima lo había visto todo. Mi suerte no dejaba de aumentar—. No me has contestado, ¿estás bien? —insistió.

—Me duele un poco la rodilla, pero estoy bien.

—Voy a por hielo. Ahora vuelvo —dijo antes de echar a andar hacia la puerta.

Yo aproveché esos instantes para sentarme en el sillón con mi café y mi bizcocho, intentando no pensar en que no dejaba de hacer el ridículo delante de aquel hombre, aunque no lo conseguí.

Pero, claro, lo peor estaba por llegar, porque cuando Abel regresó, lo hizo visiblemente apurado y no por nada especial, sino por el esfuerzo de aguantarse la risa.

—Puedes reírte, no pasa nada.

—No quiero hacerlo, pero es que… te superas. Eso ha sido… —Y ahí sí se le escapó una carcajada.

Quería enfurruñarme, cabrearme porque se riera de que pudiera haberme hecho daño. En cambio, en lugar de eso, lo miré y sonreí.

Y me quedé contemplando la forma espontánea y natural que tenía de reírse, en la manera en la que se le tensaba la mandíbula y en las arruguitas que se le formaban alrededor de los ojos. Hasta que me di cuenta de que llevaba demasiado tiempo sin apartar la mirada y la bajé al plato.

—¿Dónde te has hecho daño? —preguntó cuando se recuperó del ataque de risa.

—En la rodilla, pero ya casi no me duele, no te preocupes.

—Si no te pones hielo, mañana se te podría hinchar.

—Dame, ya me lo pongo yo —dije alargando la mano para que me diera el hielo.

—Tú estás cenando, o lo que quiera que estés haciendo a estas horas. Déjame a mí. ¿En qué rodilla?

Lo miré con el ceño fruncido, pero se dedicó a sostenerme la mirada. Había algo extraño en él, pero una punzada de dolor me impidió fijarme más.

—En la izquierda —cedí, aunque estuve a punto de tomarme el café de un trago y arrebatarle el puñetero hielo.

Entonces Abel se agachó delante de mí y empezó a subirme el pantalón. Lo hizo poco a poco mientras me revisaba con cuidado la pierna para comprobar que no me había hecho daño en ninguna otra parte. La piel se me erizaba al contacto con sus dedos; también podría achacarlo al aire frío de la noche, a pesar de que sentía que estaba ardiendo. Intenté serenarme, pero entonces la tela siguió subiendo hasta la mitad de mi muslo y no pude evitar tensarme. Él apartó las manos en ese mismo momento, aunque no sé si fue porque se dio cuenta de mi reacción o porque ya podía ponerme el hielo sin ningún obstáculo.

Cogió los cubitos que había traído envueltos en un paño para que el frío no me quemara y lo apoyó en la zona mientras me sujetaba la parte trasera de la rodilla con la otra mano.

No sabía por qué motivo me afectaba tanto que aquel hombre me tocara. ¡Que solo era la rodilla, por favor!

Cuando me atreví a alzar la vista, me di cuenta de qué era lo que antes me había generado extrañeza y sin pensármelo mucho, pues el momento se estaba volviendo demasiado incómodo, le dije:

—No llevas puesto el sombrero —murmuré con voz demasiado ronca.

Él levantó una ceja con aire burlón.

—No creerás que duermo con él puesto, ¿verdad?

—Me importa poco lo que te pongas para dormir —espeté demasiado rápido, y el muy cabrón me acarició la cara interna de la rodilla con el pulgar.

Ahí sí, me bebí el café de un trago y, mentalmente, le pedí perdón a Encarna. Dejé la taza encima de la mesa y le quité el hielo de las manos.

—Gracias —solté para que le quedara claro que ya podía hacerlo yo.

Antes de apartar la mano, volvió a acariciarme aquella zona. ¿Lo hacía a propósito o era sin querer?

Los dos nos recostamos en el sillón, demasiado juntos para mi gusto, pero quedaría fatal si me movía para poner más distancia.

—¿Cómo es que has salido aquí tan tarde? —preguntó Abel.

—No sabía que había una hora para hacerlo —espeté, aún tensa.

—Y no lo hay, pero sueles irte a tu cuarto temprano.

Mientras una pequeña parte de mi mente se preguntaba cómo lo sabía, otra se dio cuenta de que necesitaba hablarlo con alguien. Y Abel, muy a mi pesar, estaba disponible.

—No podía dormir —confesé, aunque sin atreverme aún a añadir nada más.

—¿Por algo en especial? —se interesó.

Podría haberle mentido, haber inventado cualquier excusa que impidiera que conciliara el sueño, dejar atrás la idea de confiar lo más mínimo en él, pero le conté la verdad.

—He discutido con María y… no sé muy bien cómo sentirme.

—Pero sois amigas, ¿no?

No podía decirle que en realidad no lo éramos, que yo solo era su jefa y que, por eso precisamente, no tenía claro si debía sentirme mal.

—Sí —respondí en cambio.

—¿De quién ha sido la culpa? —continuó indagando.

—Mía, supongo —confesé.

—Hubiera quedado mucho mejor si no hubieras dudado —dijo con una sonrisa, aunque esta vez noté que no se reía de mí—. El caso es que si la culpa ha sido tuya, tendrías que pedirle perdón y expresarle lo mal que te sientes por haber hecho o dicho lo que sea.

—¿Pedirle perdón? —pregunté perpleja, como si me hubiera dicho que tenía que encontrar el último horrocrux.

—Imagino que no será la primera vez que le pides perdón a alguien, ¿verdad? —dijo medio en broma, pero la sonrisa se le fue borrando a medida que me contemplaba.

Rememoré alguna ocasión en la que me había disculpado con una compañera de la universidad o con mi madre… Pero de eso hacía ya

tanto tiempo que prácticamente ni lo recordaba.

—¡Claro que sí! —exclamé como si las disculpas salieran de mi boca cada dos por tres.

—Pues ya está, no es tan complicado, ¿no? Es más, si lo hubieras hecho antes, en estos momentos estarías durmiendo plácidamente en tu cama.

—Me gusta estar aquí, hace una noche preciosa.

Eso sí era verdad porque, aunque unas cuantas nubes ocultaran la luna, sí se podían contemplar la mayoría de las estrellas. Eso y el silencio que lo envolvía todo hacían que resultara un entorno maravilloso. Además, el porche era tan cómodo y confortable como imaginé, y la temperatura de aquella noche le ponía la guinda para que todo resultara perfecto.

—¿A pesar del porrazo que te has pegado con la hamaca? —bromeó con una sonrisa.

—A pesar de eso —respondí devolviéndole el gesto.

Abel me observó unos instantes, como si viera algo en mí en lo que no se había fijado hasta el momento. Esperaba que no tuviera un trozo de bizcocho entre los dientes. En cuanto aparté la vista, se puso en pie de un salto como si hubiera recordado algo de pronto.

—Me voy a dormir. Buenas noches, princesa.

—Buenas noches, *cowboy*.

Lo observé mientras caminaba hacia la puerta y justo antes de entrar se dio la vuelta para decirme:

—Aitana, cuando se te pase el miedo, avísame. Yo te ayudaré a subirte en la hamaca.

Y desapareció dejándome los siguientes cinco minutos con una sonrisa absurda en los labios.

16

Los muros de Aitana

ABEL

Había dormido regular por el momento extraño de la noche anterior en el porche, no había dejado de darle vueltas y para cuando logré conciliar el sueño, ya casi era la hora de levantarse.

Me gustaba más cuando Aitana mantenía las distancias y no se acercaba tanto a mí. Y también prefería no ver aquella parte suya más divertida y torpe —ni siquiera recordaba la de veces que se había revolcado por el suelo desde que llegó—. Pero esa vez el problema fue que la había tocado. No debí haberlo hecho, no debí recrearme en su contacto ni en lo suave que era su piel y, desde luego, no debí demorar tanto aquella caricia. Porque cuando llegué a mi cuarto, la sonrisa que me había provocado se desvaneció, dejé de pensar en lo cómica que me había parecido la caída y no pude desprenderme de lo mucho que me hubiera gustado continuar acariciándola. Sacudí la cabeza. Lo último que me convenía o me apetecía era sentir atracción o cualquier otra cosa por la princesita.

Aquel día las actividades estaban a cargo de Lorena y de otro trabajador, por lo que fui a comprar al pueblo varias cosas que

necesitábamos. Cuando regresé, me puse a preparar a los caballos para la terapia, pero antes de que me diera tiempo a tenerlos del todo listos, apareció Belén.

—Hola, Abel —saludó con un desánimo tan impropio en ella que me di la vuelta para observarla.

—¿Qué te pasa? —pregunté; me agaché para mirarla a los ojos y así captar su atención, ya que solía dispersarse con facilidad.

—Nada —respondió con un suspiro.

—Si no te apetece decírmelo, está bien. Solo hablaremos si tú quieres, pero no me digas que no te pasa nada porque los dos sabemos que eso no es verdad.

Belén me miró con intensidad, como si se estuviera pensando qué responderme.

—Si estuviera la princesa, se lo diría. A ella se le da muy bien escuchar, ¿lo sabías?

—No, no lo sabía, pero si quieres podemos buscarla —le propuse un pelín mosqueado porque Belén no quisiera contármelo a mí y prefiriera a Aitana, a la que acababa de conocer.

—¿Sí? ¿Podemos ir? —Mi pequeño enfado quedó fulminado en el acto en cuanto Belén sonrió.

—Claro —añadí sin estar convencido de dónde se encontraría y de si le apetecería hablar con la niña.

No tardamos mucho en dar con ella, pues ese día no se había apuntado a ninguna actividad y se encontraba en la cocina tomándose un café mientras observaba trabajar a Encarna.

—Hola, te estábamos buscando —dije posando los ojos en ella.

Llevaba puestos unos vaqueros con una sudadera. Podría parecer un atuendo adecuado para un rancho si no fuera porque la sudadera

tenía unas pequeñas piedras que brillaban y la hacían parecer de todo menos una prenda deportiva. A pesar de eso, me costó más de lo que me hubiera gustado dejar de mirarla.

—¿A mí? —preguntó extrañada mientras se volvía hacia nosotros —. ¿Por…?

—¡Me encantan tus brillantes! —la interrumpió Belén.

Aitana, desconcertada, pareció no entender a qué se refería hasta que la niña le tocó la sudadera. A Belén le costaba respetar los espacios personales.

—Ah, quieres decir esto. Espera —le pidió mientras manipulaba una de las piedrecitas. No entendí lo que estaba haciendo hasta que se la arrancó y se la tendió—. Toma, para ti.

—¡Gracias! —gritó la niña. Había recobrado su entusiasmo habitual y, por lo visto, también se olvidó del motivo por el que habíamos ido a buscar a Aitana.

—¿Qué ha pasado? —murmuró la princesita mientras Belén daba saltitos de un lado a otro.

—Será mejor que salgamos de aquí antes de que Belén termine quemándose o haciéndose daño con algo. Te lo explico por el camino.

—Vale, voy —aceptó antes de apurar el contenido de la taza—. Encarna, muchas gracias por el café y por las galletas, estaban buenísimas.

—Gracias a ti por la compañía.

Nos despedimos de la cocinera y nos encaminamos hacia los establos. Mientras Belén se tranquilizaba por la emoción de que le hubiera regalado un diamante, le conté a Aitana lo que había pasado.

—Belén venía hoy bastante alicaída y cuando le he preguntado, me ha comentado que prefería hablarlo contigo.

—¿Conmigo? —preguntó extrañada.

—Eso ha dicho —añadí alzando los hombros.

—Vaya.

—Princesa, parece que has dejado huella en ella —le dije con una sonrisa, y ella me devolvió el gesto. Por su expresión, parecía enternecida de provocar esa emoción en la niña.

Belén se detuvo de golpe delante de nosotros, haciendo que Aitana se cogiera de mi antebrazo para no perder el equilibrio. No me dio tiempo a disfrutar de ese fugaz contacto porque apartó la mano enseguida y se centró en la niña.

—Quería explicarte una cosa —anunció Belén, como si acabara de recordarlo.

—Claro, lo que tú quieras.

Estaba a punto de marcharme, pues Belén había dejado claro que era con ella con quien quería hablar, pero la niña me agarró del brazo.

—No hace falta que te vayas. He pensado que, aunque quería contárselo a la princesa, a lo mejor tú también puedes ayudarme… Me he enfadado con mi mamá —confesó bajando la cabeza.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Aitana.

—Hoy hacía una función en el colegio y tenían que venir los papás y las mamás. Pero mi hermanito José —arrugó los labios al pronunciar su nombre— se ha puesto malito y solo ha podido venir papá. Llevaba ensayando un montón de tiempo y mamá se lo ha perdido. —Hizo un puchero al terminar y Aitana se agachó frente a ella.

—Entiendo que te sientas así. Te ha costado mucho tiempo y esfuerzo preparar el teatro, ¿a que sí? —Belén asintió con la cabeza —. Es normal que estés triste y un poco enfadada.

Miré a Aitana, sorprendido. Lo que cualquier persona hubiera hecho habría sido decirle que, si su hermano estaba malo, alguien debía cuidarlo. En lugar de eso, lo primero que hizo fue validar las emociones de la niña, darles importancia y escucharla.

—Sí, estoy todo eso —alegó la niña enfurruñándose más.

—¿Les has explicado a tus papás cómo te sientes? —preguntó Aitana sin despegar los ojos de ella.

—No, no les he dicho nada. —Movió la cabeza de un lado a otro para enfatizarlo.

—Pues deberías. Imagínate que un día yo me enfado contigo, me pongo triste, pero no te digo nada. ¿Cómo sabrás que estoy triste contigo y no que me ha ocurrido cualquier otra cosa?

—Mmm… —Belén se puso la mano en la barbilla como si estuviera pensando la solución de una cuestión muy compleja—. No lo sabré —respondió al final.

—Exacto, y no podrás hacer nada para que otro día no ocurra lo mismo. Seguramente tu madre se moría de ganas de ir a verte, pero imagínate que eres tú la que está malita, ¿no te gustaría que te cuidara ella o tu papá?

—Sí, cuando estoy malita me gusta que me cuiden ellos —afirmó la niña.

—Pues igual le pasa a tu hermanito.

—Pero es que con él están siempre —soltó con cierta indignación.

—Eso también deberías decírselo —intervine yo por primera vez, poniéndome también a su altura.

—Pero dice mi yaya que él aún es muy pequeño y que yo ya soy mayor.

—Y lo eres, por eso puedes hacer cosas de mayores, pero todo el mundo necesita a su papá y a su mamá.

—La princesa no tiene —dijo la niña con inocencia.

—Yo tampoco tengo mamá, pero eso no quiere decir que no la necesite.

—Tú tienes la suerte de tener un papá, una mamá y un hermanito, y es una pena que estés triste por eso —añadió Aitana.

—Supongo que tenéis razón —admitió con un suspiro pesaroso, como si le costara decir esas palabras—. Vale, hablaré con ellos. Ahora podemos ir con Mango.

El foco de atención de Belén era limitado y noté que ya se había cansado de hablar del tema. Necesitaba moverse.

—Claro. Venga, despídete de la princesa —le dije agarrando su mano.

Aitana me dedicó un gesto burlón al utilizar de nuevo ese mote y se despidió de Belén con un abrazo.

—Ya te contaré lo que me han dicho —gritó esta antes de tirarle un besito a Aitana y arrastrarme hacia las cuadras.

Hacía rato que había caído la noche. Aquel era el momento del día que más me gustaba, cuando reinaba el silencio y me podía sentar tranquilamente en el porche a contemplar un cielo que, estaba convencido, era de los más bonitos que había visto nunca.

Solía tomarme el café allí, y aprovechaba ese ratito para obligarme a no pensar en nada relacionado con el rancho. Trabajaba los siete

días de la semana y solo manteníamos cerradas las instalaciones a los huéspedes y a la terapia unas pocas semanas al año, así que era complicado desconectar. Por eso procuraba centrarme en aquel cielo colmado de estrellas, en los sonidos de la naturaleza y en la bebida calentita y recién hecha que me tomaba a pequeños sorbos.

Me encontraba absorto mirando al horizonte cuando un ruidito llamó mi atención. Me giré para comprobar que se trataba de ella. Pensé que después de lo que había ocurrido la noche anterior no volvería a bajar, pero me alegraba haberme equivocado.

—Buenas noches, princesa —saludé.

—Buenas noches, *cowboy* —respondió Aitana caminando hacia mí.

Se sentó en la otra punta del sillón donde yo estaba, como si le diera miedo acercarse demasiado a mí.

—Siento interrumpir tu momento de relax, pero es que se está bien aquí…, a estas horas, con este silencio —susurró, posando los ojos en el cielo.

Aproveché para observarla a mi antojo. Se había quitado la sudadera de brillantes de aquella tarde y ahora llevaba puesta una mucho más sencilla con unos pantalones de chándal y se había recogido el pelo en una coleta alta. Estaba preciosa.

—¿Por qué crees que vengo cada noche?

Nos quedamos unos instantes en silencio, ella bebiendo lo que parecía una infusión y yo, mi café.

—Este lugar siempre es impresionante, pero a estas horas… —Dejó la frase a medias mientras recorría los alrededores con la mirada.

—Tendrías que ver un atardecer en otoño. Si los colores ya son increíbles de por sí en esa época del año, cuando se pone el sol y

tiñe de naranja el cielo es todo un espectáculo.

—Lo pensé desde el primer momento que vi el pueblo y su entorno, que en otoño debía de ser una maravilla.

—Tendrás que volver para comprobarlo por ti misma. Además, el pueblo celebra varias ferias y fiestas todo el año, pero la de la cosecha es increíble.

No supe qué fue lo que dije, pero noté cómo sus hombros se tensaban de repente.

—Debe ser bonita, sí —murmuró llevándose la taza a la boca.

Me centré en ese movimiento, en cómo separaba los labios y los apoyaba en el borde de la taza al inclinarla, y en la forma en la que se le movía la garganta cuando el líquido caía por ella y en lo extremadamente suave que parecía su piel en esa zona. En el modo en que volvió a separarlos y los dejaba entreabiertos.

No me di cuenta de lo embobado que me había quedado hasta que me preguntó:

—¿Qué pasa? ¿Se me ha caído la infusión? —dijo tocándose barbilla como si no fuera posible que la mirara por otra cosa que no fuera su inevitable torpeza.

—No —me apresuré a negar—. Solo miraba la taza, no la había visto antes —mentí.

—Sí, es curiosa la cantidad de tazas en forma de botas y sombreros que tenéis.

—Eso es cosa de Lorena —aclaré—. Aunque para mí, las de sombreros son las mejores.

—Cómo no —susurró.

Después de eso, los dos nos sumergimos en un silencio que no resultó para nada incómodo. Cada uno parecía estar absorto en sus

pensamientos, con la vista clavada en el paisaje. Ella estaría disfrutándolo y yo, intentando no quedarme mirándola otra vez.

—Belén ha comentado algo sobre tu madre… ¿Puedo preguntarte qué le pasó? —pregunté de pronto con cierto nerviosismo para romper el silencio. Había estado dándole vueltas a aquello desde que la pequeña lo mencionó.

—Sí, bueno, en realidad, no tengo ni padre ni madre —respondió sin mirarme—. A mi padre casi no lo conocí. Mi madre murió cuando yo tenía veinte años —aclaró sin entrar en más detalles.

—No me lo quiero ni imaginar. Yo, al menos, tengo a mi padre a mi lado. Él me ayudó y me apoyó en todas las decisiones que he tomado. Tuvo que ser duro no contar con ella en un momento tan difícil, cuando aún estabas descubriendo lo que era el mundo.

—¿Me estás psicoanalizando, Abel? —ironizó, aunque sabía que en realidad estaba intentando evitar el tema.

—Para nada, mi jornada laboral terminó hace rato —respondí sin añadir nada más con la esperanza de que continuara hablando. Y lo hizo.

—Bueno, tampoco tuve tiempo para la autocompasión. No me quedó más remedio que compaginar los estudios con el trabajo y eso me dejaba poco tiempo para pensar.

Entendía que Aitana se hubiera mantenido siempre ocupada para tapar la muerte de su madre y así evitar enfrentarse al dolor que eso suponía. Empatizaba con ella, que se quedó sola tan joven y que ni siquiera se permitió pasar el duelo por lo que había perdido. Pero también comprendí que no había tenido otra opción que levantar muros, uno detrás de otro, para seguir adelante. Por eso había momentos en los que Aitana me parecía una pija insufrible y otros,

cuando se mostraba más vulnerable, me resultaba más cercana, más accesible. Esos eran los que más me gustaban de ella.

—Mi duelo fue muy distinto al tuyo, pero siempre deberíamos tener tiempo para llorar a las personas que queríamos y que hemos perdido.

Aitana no me contestó, solo me miró a los ojos y vi tanta vulnerabilidad en ellos que tuve ganas de abrazarla, pero me contuve porque sabía que ella lo vería como si le tuviera lástima, como si me pareciera débil. Y nada más lejos de la realidad, al contrario, me parecía una mujer muy fuerte que tuvo que enfrentarse de muy joven a los golpes que le dio la vida.

Así que volví a mirar al frente y, de nuevo, nos sumergimos en aquel silencio cómodo, que ya no lo era tanto, hasta que, pasados unos minutos, se levantó, me deseó buenas noches y se marchó.

Y yo volví a quedarme solo, a pesar de que hubiera preferido continuar en su compañía.

17

Regresar al porche

AITANA

Aquella mañana me costó levantarme. Tras la conversación de la noche anterior con Abel, que me dejó un poco removida, había tardado en conciliar el sueño. Me metí en la ducha e intenté centrarme en otra cosa que todavía tenía pendiente: pedirle perdón a María.

Ya habían pasado dos días desde que se enfadó conmigo por mi comentario desafortunado y, a pesar de que había intentado coincidir con ella, estaba claro que había estado evitándome. Así que, el día anterior, había decidido encerrarme en el cuarto y salir lo justo; tomarme un café con Encarna o salir al porche cuando ya oscurecía.

Entendía que había personas que necesitaran su espacio cuando estaban enfadadas y eso era lo que había hecho, pero con el tiempo que le había concedido me daba a mí que era más que suficiente. Así que me vestí y me dirigí al salón con un objetivo claro. Lo mejor era hacerlo del tirón, como cuando te quitas una tirita. No me costó localizarla. Caminé hacia donde estaba y me senté frente a ella.

—Buenos días, María. Oye, yo… siento lo que te dije… el otro día —expresé con cierta torpeza.

La falta de costumbre hizo que me sintiera insegura y que no supiera si mis palabras habían sonado sinceras, aunque la verdad fue que me costó menos de lo que creía. Y, a pesar de que seguía pensando que yo tenía razón, me pareció que lo mejor sería disculparme.

—¡Guau! Esto sí que no me lo esperaba. Sé lo que te ha costado y agradezco el gesto, pero, por favor, no vuelvas a cuestionar mi trabajo. Tal y como te dije, creo que te he demostrado con creces lo que significa para mí.

—Tienes razón, no debí decir lo que dije —ratifiqué.

—No, te pasaste. —Tragué saliva por el modo tan tajante en el que respondió.

Pero justo después, María clavó los ojos en mí y poco a poco fue esbozando una sonrisa radiante. Sabía, antes de que hablara, que estaba todo bien.

—Bueno, no pasa nada. Te perdono —soltó con naturalidad para acto seguido beber un sorbo de café—. Lo cierto es que yo también quería pedirte perdón por haberte evitado durante estos días.

Aquello me sorprendió, también que hubiese aceptado mis disculpas tan rápido y que volviese a comportarse conmigo como si nada hubiera ocurrido. Esa tranquilidad era algo propio de ella que no dejaba de sorprenderme. Por otro lado, me dije que hubiera sido mucho más sencillo buscarla y pedirle perdón en cuanto me di cuenta de mi error: María me apreciaba y estaba dispuesta a darme una segunda oportunidad. No estaba acostumbrada a eso, a tener una amiga, si es que podía llamarla como tal. Asentí para aceptar

también sus disculpas y bebí un trago de café, que me supo mucho mejor que el de los últimos días, seguramente por el alivio de volver a estar bien con ella.

Después de desayunar, acompañamos a Lorena a recoger algunas hierbas que su madre utilizaba para cocinar. Aunque en el mercado del pueblo las podría conseguir sin ningún problema, Encarna prefería cosecharlas ella misma, como se había hecho siempre, y así asegurarse de que estuvieran frescas.

Hacía buen día para dar un paseo por la montaña. Como estaba nublado, el sol no calentaba en exceso y pudimos subir la cuesta sin pasar demasiado calor.

Entre las tres encontramos tomillo, manzanilla, diente de león… Me pareció curioso el modo en el que Lorena las conocía y las identificaba todas. Disfruté al recogerlas y de su olor fragante. Las que compraba en el supermercado, por muy ecológico que fuera, no olían igual.

Mientras me agachaba para recoger un poco de romero, vi que Lorena se acercaba mucho a María. Ambas hablaban en voz baja y se reían, parecía haber mucha complicidad entre ellas. Lejos de sentirme ignorada, me quedé un poco atrás para dejarlas a solas y me empapé del ambiente y del sonido de los pájaros, que no dejaban de piar.

Había olvidado lo mucho que me gustaba ir de ruta. Mi madre siempre planeaba algún fin de semana del mes para ir juntas a la montaña. En Barcelona era muy fácil coger un tren y dejar que te llevara a sitios idílicos. Sonreí al recordarlo y me dije que, cuando volviera, tendría que retomar la costumbre. Tal vez podría invitar a María…

Sacudí la cabeza, riéndome de mí misma. Hacía millones de años que no me tomaba un fin de semana libre y mi vida social era igual de inexistente. Pensar en que podría hacerlo… En que María podría ser mi amiga… Era ese lugar, esa paz que se respiraba en el ambiente y que te envolvía de tal forma que te hacía creer en cosas que, en el fondo, sabías que eran imposibles.

Cuando llegó la noche, estaba agotada. Lorena había traído sándwiches, patatas fritas y Coca-Cola. Al mediodía nos habíamos sentado en un pequeño prado para almorzar antes de emprender el camino de vuelta, haciendo un pequeño rodeo para ver dónde pastaban los rebaños de la zona. Vimos ovejas y vacas, y María se emocionó tanto como si hubiera visto leones.

Cenamos temprano, engullimos la comida como si no hubiera un mañana y luego subí para darme una ansiada ducha.

Pensé que lo que más me apetecería cuando saliera de debajo del agua caliente sería meterme en la cama y dormir un montón de horas, pero, aunque sí miré el colchón con algo de añoranza, me sorprendí bajando las escaleras. La verdad era que no tenía pensado ir al porche. Aquella mañana había decidido que lo mejor era volver a poner algo de distancia. Abel suponía un peligro para mí: poco a poco había conseguido que me relajara en su presencia y cada vez estaba más cómoda hablando con él.

Me había sentido demasiado vulnerable al hablarle de mis padres y no quería volver a pasar por eso. Además, y lo más importante, lo estaba investigando y trataba de recabar pruebas contra él. Dejar

que tuviera influencia sobre mí solo me iba a llevar por el mal camino.

A pesar de todo eso, de saber que no sería una buena idea, pasé por la cocina y dejé que Encarna me preparara una manzanilla con las hierbas que habíamos cogido aquella mañana. Nada más acercarme la taza a la nariz ya advertí el aroma que desprendía y al darle el primer sorbo noté la diferencia, pues la intensidad del sabor no tenía nada que ver con las bolsitas que guardaba en casa.

Le di las buenas noches a Encarna al salir de la cocina y me dirigí al porche. Lo vi enseguida, sentado en un extremo del sillón, como si me estuviera esperando, y volví a sentarme junto a él. El viento había hecho que las nubes de aquella mañana desaparecieran y se quedara una noche aún más estrellada que las anteriores. La temperatura había bajado un poco, por lo que me tapé con una de las mantas que había sobre los sillones.

—Buenas noches, princesa —saludó Abel sin mirarme.

El modo en el que pronunciaba aquel apodo parecía haber cambiado, como si ya no estuviera cargado de acidez, pero tal vez solo era una percepción mía.

—Buenas noches, *cowboy* —respondí. Agarraba la taza con las dos manos para que el calor que desprendía la infusión lograra calentarme.

—No os he visto esta mañana, ¿dónde habéis estado?

—Hemos ido a recoger plantas aromáticas para Encarna.

—¿Y qué tal ha ido? —preguntó, aún sin mirarme.

—Bien, Lorena nos ha dado una clase de botánica. Lo cierto es que me ha parecido muy interesante. Además, la infusión está hecha con ellas y sabe riquísima.

—Sí, resulta curioso cómo a veces olvidamos el verdadero sabor de las cosas. Durante el tiempo que estuve viviendo en Madrid la fruta me sabía rara, hasta que me di cuenta de que lo único que ocurría era que no tenía ni la mitad del sabor que tiene la que recogemos por aquí.

—No vamos a quitarle mérito a la comida de Encarna, pero creo que tienes razón. —Me moví un poco para acomodarme mejor, y se me escapó un suspiro cuando conseguí relajarme entre los cojines.

—Vaya, debes de estar bastante cansada.

—Te recuerdo que en una excursión estuve más de cuatro horas subida a un caballo. En comparación, lo de hoy no ha sido nada.

—Por supuesto que me acuerdo —dijo sonriendo—. Sobre todo de la forma grácil y elegante en la que bajaste de Furia.

—Podrías haberme dado un caballo mucho más dócil y los dos lo sabemos —repliqué enfurruñada.

—Furia es maravillosa. Es solo que aún no está del todo habituada a esto, igual que tú.

Obvié el hecho de que no sabía si se refería a mi falta de costumbre, a que yo también era maravillosa o a las dos cosas.

—Reconozco que es un animal precioso —dije, en cambio.

—Sí, aunque me gustan todos los animales, he de confesar que siento cierta debilidad por los caballos. Es una pena…

Aquella última frase despertó todas mis alarmas, pues, a pesar de que había intentado centrarme en el caso, en el momento en el que lo vi allí sentado se me había vuelto a olvidar lo que me había llevado a aquel rancho en realidad. Por lo visto ese lugar, su entorno y su gente —y ese maldito *cowboy*— me estaban volviendo una abogada mediocre.

—¿El qué es una pena? —pregunté con toda la inocencia que fui capaz.

Aunque Raúl ya me había explicado algo, quería saber qué era lo que me contaría Abel, qué excusa se inventaría para cubrir lo que estaba haciendo.

—Bueno, es un tema largo de explicar, pero básicamente lo que pasa es que algunos de los animales están enfermando.

—¿Qué quieres decir? —indagué.

—No sé muy bien qué decirte porque ni yo mismo entiendo qué les sucede. Hay quien dice que puede que hayan comido alguna planta que los haya intoxicado, pero mi padre y yo hemos inspeccionado el rancho y no encontramos nada. Luego hay otros puntos de vista…

—¿Cuáles? —insistí para que me explicara algo más.

—Algunos opinan que hacemos trabajar demasiado a los caballos. —Y ahí tenía lo que había estado esperando, lo malo era que había sonado demasiado ambiguo y no me aportaba nada que no supiera.

Abel se echó hacia delante para apoyar la cabeza entre las manos y masajearse el pelo. Parecía muy agobiado y yo me obligué a dejar la mano quieta porque estaba deseando acariciarle su espalda para tranquilizarlo.

—Bueno, da igual, no quiero estropearte tu momento de paz.

Sabía que ya no podría sacar nada más de él; sin embargo, sus palabras me habían parecido demasiado crípticas, como si intentara excusarse de lo que estaba haciendo. No me gustaron nada en absoluto.

—Será mejor que me marche ya, se ha hecho tarde.

Quizá habría sido mejor idea quedarme allí e intentar continuar con el tema, pero preferí sacarlo en otro momento cuando nos encontráramos en un sitio distinto, como en los establos, que daría más pie a ello, pues estaba convencida de que si insistía, podría levantar sospechas.

—Descansa. Buenas noches.

Casi eché de menos su manera de llamarme princesa. Estaba claro que debía volver a centrarme en lo que de verdad importaba.

Antes de acostarme no me había acordado de correr las cortinas y la luz del día me despertó temprano, tanto que apenas había empezado a amanecer. Como me pareció demasiado pronto para bajar a desayunar, decidí ponerme una sudadera encima del pijama y sentarme un rato en el balcón. Me acomodé en una de las sillas sin saber que cinco minutos después presenciaría uno de los espectáculos de la naturaleza más bonitos que había visto jamás. No se trataba de nada grandilocuente, solo era un amanecer, pero observarlo en primera fila, con aquel telón de fondo… Contemplar el modo en el que poco a poco la luz iba tiñendo de color aquellos valles, cómo el cielo iba cambiando de tonalidad, cómo el sol empezaba a calentar mi cuerpo…

Fue increíble.

Me quedé inmóvil, simplemente disfrutando del paisaje, la brisa fresca y el sol en la cara. Cuando miré la hora, me sorprendió que hubiese estado allí sentada tanto tiempo, así que decidí entrar o, a pesar de haber madrugado tanto, terminaría bajando tarde a desayunar.

Acababa de salir de la ducha cuando me sonó el teléfono.

—Buenos días, Aitana, espero no haberte despertado —dijo Víctor en cuanto descolgué.

—Hola, Víctor. No, tranquilo, llevo rato levantada.

—¡Qué madrugadora! Te llamaba para saber si te iba bien quedar esta noche para cenar. Tengo ganas de verte —murmuró.

—Sí, me va bien —afirmé, pero la realidad fue que la primera imagen que inundó mi mente fue la de Abel sentado en el porche y pensé que aquella noche no podría acompañarlo.

—¡Perfecto! Pues voy a reservar en un restaurante que me gusta mucho. Te paso la dirección en cuanto me confirmen la reserva y, si te parece, nos vemos allí a las nueve y media.

No se me pasó por alto que Víctor no era de los que pedían opinión, que él decidía dónde, cuándo y a qué hora. «Aunque también es verdad que yo no conozco la zona», pensé, sin entender por qué su actitud me molestaba tanto.

—De acuerdo. Nos vemos esta noche —le dije.

—Sí, hasta luego —se despidió y colgó.

Durante el resto del día estuve contando las horas hasta que llegara el momento de quedar con él porque, cuanto antes me fuera, antes podría volver.

Llevaba un rato frente al espejo sin tener claro si lo que había elegido para aquella cena era lo más apropiado. Rescaté algunas de mis prendas de abogada que hacía días que no me ponía, pero de repente me parecieron incómodas y algo encorsetadas. Aun así, no me cambié, pues no me imaginaba frente a Víctor con la sudadera o

los pantalones con los que me había acostumbrado a estar por el rancho.

Me maquillé y me peiné tal y como solía hacerlo y, cuando contemplé mi imagen en el espejo, me percaté de que no distaba mucho de la que solía presentar para ir a los juzgados.

Cogí el único bolso de mano que había llevado y bajé los escalones con la esperanza de no encontrarme con nadie a quien tener que darle explicaciones. Pero no tuve esa suerte.

—Vaya, muchacha, ¡qué elegante vas! —exclamó Encarna.

Me giré para agradecerle sus palabras con una sonrisa sin detenerme, por lo que no lo vi y me choqué con él.

—Te noto despistada, princesa. Más de lo habitual, quiero decir —se burló Abel.

—Ja, ja. Eres tan gracioso —solté mientras daba un paso atrás, pues aún me sujetaba por la cintura y yo había apoyado mi mano en su pecho para no perder el equilibrio. Esperaba no haberme ruborizado por ese simple contacto.

—Vaya, ¿hoy toca noche de chicas? —preguntó y yo imaginé que se refería a mi ropa y a que daba por hecho que habría quedado con María.

—No, esto… Voy a salir… —Me aturullé un poco porque no sabía qué decirle.

—Ah, sí, vale —respondió él, no mucho más resuelto que yo.

—Si me dejas pasar… Se me ha hecho un poco tarde.

—Claro, perdona —dijo haciéndose a un lado para dejarme la puerta libre—. Princesa —me llamó cuando ya casi había bajado los escalones del porche.

—Dime.

—Entonces esta noche no te espero para tomarnos juntos el café, ¿verdad? —No podría afirmarlo, pero notaba cierta tristeza en su voz.

—No, lo siento. —Le sonreí a modo de disculpa—. No creo que hoy llegue a tiempo.

—Bueno, si al final vuelves temprano, yo estaré por aquí…

—Sí, vale… —Le dije adiós con la mano y fui a buscar el coche.

A pesar de que había intentado actuar con indiferencia ante las palabras de Abel, durante unas décimas de segundo luché contra la idea de regresar a mi habitación, hacerme una coleta, ponerme una sudadera, prepararme una infusión y sentarme junto a él en el porche a mirar las estrellas.

Pero aquello no podía ser, porque yo no estaba allí de vacaciones: había ido a trabajar, a intentar resolver aquel caso lo antes posible y regresar a mi precioso ático en el centro de Barcelona.

Con eso en mente, me subí al coche y me dirigí al restaurante. Donde debía estar.

18

La cena con Víctor

AITANA

Aparqué en el descampado que siempre parecía embarrado, y enfilé aquellas calles estrechas y adoquinadas. Por primera vez en años eché de menos las deportivas, puesto que llevaba días sin ponerme los tacones y me parecieron más incómodos que nunca.

No tardé en localizar el restaurante que Víctor había elegido y entré directamente, pues pasaban dos minutos de la hora. Sin embargo, él aún no había llegado.

El camarero me acompañó hasta la mesa que teníamos reservada y pedí una botella de agua fría. Saqué el móvil, que esos días tenía algo olvidado, y comprobé que solo había recibido un par de correos. Ambos eran de publicidad, aunque no sé qué esperaba.

Miré la hora solo para corroborar que Víctor llegaba quince minutos tarde, al igual que la primera vez que cenamos juntos. Recordé que cuando quedábamos en el instituto era la tónica. A menudo me tocaba esperar. De hecho, sucedía incluso cuando era él el interesado, es decir, siempre que necesitaba aclarar alguna duda de los deberes o copiarse. En clase insistía en sentarse conmigo para

que nos tocara hacer los trabajos juntos y, cuando teníamos que adelantarlos en casa, le surgía cualquier imprevisto, el que fuera. Incluso me acordé de una vez que se inventó que había estado malo. Sabía que era mentira porque cuando llamé a su casa, su madre me dijo que no estaba, pero nunca fui capaz de decirle que sabía que me estaba mintiendo.

Todo eso me vino a la mente mientras lo esperaba, como un recordatorio que había sepultado en lo más profundo y que ahora prendía como una llama.

Aparté aquellos pensamientos de la cabeza en cuanto lo vi. Iba tan guapo como siempre, tan alto, tan bien peinado, con un traje impecable y una sonrisa maravillosa.

—Hola, preciosa —me saludó al tomar asiento sin disculparse siquiera por haber llegado tarde.

—¿Qué tal? —pregunté por pura cortesía.

—Bien, bien. Espero que te guste el sitio, en este pueblo no hay demasiados restaurantes donde elegir, pero este lo abrieron no hace mucho y no está mal.

—Seguro que está todo riquísimo.

Obvié aclarar que dudaba bastante que ninguno de los platos que servían allí le hiciera sombra a los de Encarna. Al igual que me callé que me parecía demasiado pijo para un pueblo como aquel; hacía apenas unos días ese restaurante me hubiera encantado y Víctor lo sabía, por eso había reservado allí.

El camarero se acercó para tomarnos nota y cuando estaba a punto de decirle lo que había elegido, Víctor habló.

—Nos gustaría tomar la especialidad de la casa —dijo con resolución.

—No —negué ensanchando mi sonrisa sin tener claro si quedaba demasiado forzada—. A mí me apetece otra cosa, como llevo aquí un rato… —añadí y aparté la mirada de él para centrarla en el camarero—. A mí tráigame las alcachofas con jamón y el canelón de setas. —No pude evitar que se me colara cierto resquemor en la voz, pero es que él había elegido el sitio, la hora y encima llegaba tarde y no se disculpaba. No pretendería que también comiera lo que él quisiera, ¿no?

—Pues todo esto acompañado de una botella de vino —añadió Víctor mirando al camarero.

Cuando este regresó con la bebida e iba a servirme, tapé la copa.

—Para mí no, gracias.

—¿Tampoco vas a tomar vino? —soltó Víctor con cierto resentimiento.

—No me has preguntado si quería. —Por más que me gustara, hacía ya mucho tiempo que había aprendido a valorarme un poco y no estaba dispuesta a dejar pasar según qué cosas.

—Tienes razón. Te pido disculpas, pero como he venido aquí más veces puedo aconsejarte lo mejor. Aunque no has hecho mala elección, la verdad. —¿Era yo o me estaba tratando con demasiada condescendencia?

—Normalmente sé qué me gusta o lo que me apetece —respondí, pero como no quería embarcarme en una guerra dialéctica con Víctor, preferí aflojar la tensión—. Pero bueno, cuéntame, ¿qué has hecho estos días? —pregunté con interés.

—Pues nada más que trabajar. He tenido que ir a Barcelona a solucionar algunas cosas, pero nada interesante. ¿Y tú? Tenías algo que contarme, ¿no?

—Sí, aunque no es mucho. No tengo ninguna prueba, solo oí una conversación…

La llegada del camarero interrumpió nuestra charla, algo que agradecí porque ahora que estaba frente a Víctor, me daba la sensación de que lo que había averiguado no tenía la menor importancia y, desde luego, no me serviría de prueba en ningún juicio.

—Yo lo que quiero es que cierren ese rancho de una vez, que dejen al pueblo tranquilo y vuelva a ser como era antes de que Abel regresara. Un poco de paz y de tranquilidad para los habitantes. Creo que tampoco es pedir demasiado, ¿verdad?

—No desde luego que no —respondí, pues no le faltaba razón—. Yo creo que…

Pero no pude terminar la frase porque el móvil de Víctor sonó y salió del restaurante para atender la llamada.

Yo seguí comiendo mientras pensaba que el canelón que había en mi plato, al igual que la alcachofa que acababa de comerme, estaba bueno, pero tal y como imaginé no tenía nada que ver con los platos de Encarna. Tal vez no solo se tratara de la comida, sino también de la compañía.

De pronto noté que alguien me tocaba la espalda y me volví con curiosidad. Una mujer de más o menos mi edad me miraba con amabilidad desde su asiento, detrás de mí. Juraría que la había visto antes, pero no lograba ubicarla.

—Lo siento mucho, pero no he podido evitar escucharos —me dijo.

—No te preocupes —contesté, un poco desconcertada, pero con amabilidad—. Soy Aitana, me hospedo en Rancho Perdido.

—Encantada, Aitana, yo soy Marta. Mis padres regentaban la tienda de souvenirs que ahora llevo yo. —Y entonces caí en la cuenta de que había entrado allí la primera vez que visité el pueblo, era la mujer que llevaba un gorro parecido al de Abel—. Y quiero que sepas que no todos pensamos como él. Si hubieras visto este pueblo unos años antes de que Abel regresara… Yo misma estaba a punto de cerrar la tienda y marcharme, al igual que la mayoría de los jóvenes de aquí. No es que haya muchos —dijo riéndose, y yo correspondí a su sonrisa—, pero los que quedamos hemos podido mantener los negocios de nuestros padres. Antes, Monte Perdido era prácticamente un pueblo fantasma: los de siempre no podíamos prosperar aquí, y las casas empezaron a venderse como segundas residencias para la gente de ciudad. Con esto no quiero decir que nada más llegar le diera un cambio de aires al rancho y todo fuera como la seda. Al contrario, nos ha costado mucho trabajo y tiempo reinventarnos y atraer el turismo. Entiendo que haya personas a las que no les guste, porque hay temporadas en las que el pueblo está a tope de turistas y la gente más mayor prefiere la tranquilidad, pero somos muchos más los que estamos encantados con la situación. Siempre pienso en lo que sería de nosotros y de este pueblo si Abel no hubiera regresado.

—Pero no entiendo qué es lo que ha hecho para cambiarlo todo tanto —indagué.

—Él fue el pionero, el que dio el pistoletazo de salida y la idea. Decidió reformar el rancho con la temática del viejo Oeste, dio un par de fiestas y, con el tiempo, distintos locales y establecimientos se fueron sumando hasta que el ayuntamiento, al ver que el turismo

empezaba a llegar, también organizó varias fiestas, que cada vez son más conocidas. Hasta se organizan conciertos, sin ir más lejos…

—Ya está. Era una llamada de trabajo —dijo Víctor al detenerse junto a la mesa. No se me pasó por alto que tampoco se disculpó por haberme dejado sola.

—Bueno, te dejo tranquila, que has venido a cenar. Buenas noches —se despidió Marta.

—Buenas noches —respondí, y ambas nos volvimos hacia nuestra mesa.

—¿Ha terminado, caballero? ¿Desean tomar algo más? —preguntó el camarero, que acababa de llegar, y aunque Víctor aún no había acabado, ya que tenía el plato prácticamente lleno, dijo que sí.

—Tomaré un café solo, sin azúcar —pidió.

—Yo quiero ver la carta de postres, gracias. —A pesar de que se me había quitado el apetito, la pedí solo por llevarle la contraria a Víctor.

Pensé que no se había dado cuenta de que había estado hablando con la mujer de la tienda de souvenirs, pero en cuanto salimos a la calle fue lo primero que me preguntó.

—¿Qué te ha dicho Marta?

—¿Qué Marta? —pregunté haciéndome la tonta.

—La dueña de la tienda de souvenirs, la chica con la que estabas hablando cuando volví de hablar por teléfono —explicó un poco exasperado.

—Ah, nada interesante, quería saber qué tal estaba el canelón de setas —le mentí, porque sabía que si le decía algo, empezaría con un nuevo discurso para convencerme de que el pueblo era un desastre. Prefería sacar mis propias conclusiones.

—Bueno, yo me quedo aquí —dijo y se detuvo delante de su coche, un Mercedes nuevecito—. Cualquier cosa que averigües, llámame, y si te apetece podemos volver a quedar para cenar.

—Sí, claro. Buenas noches, Víctor.

Casi me había dado la vuelta cuando me agarró de la mano y se acercó a mí.

—Me lo he pasado muy bien esta noche. —Y se inclinó para darme un beso en los labios fugaz. Me dejó completamente perpleja—. Buenas noches, Aitana —se despidió antes de entrar en el coche.

Yo regresé al mío con la sensación de que aquel beso me había recordado algo, algo con lo que no lograba dar.

Ni siquiera fui consciente de ello, pero lo primero que hice al llegar al rancho fue buscarlo. Pero, claro, era demasiado tarde para que siguiera en el porche, y un pellizco de desilusión se apoderó de mí.

Subí las escaleras casi arrastrando los pies y cuando entré, lo vi. Estaba detrás del mostrador de recepción, con la vista clavada en una libreta. Me quedé mirándolo hasta que él alzó la cabeza en mi dirección, así que me acerqué a él para intentar disimular.

—Aún estás despierto. —Sonó a una mezcla de afirmación y pregunta.

—Sí, quería dejar esto arreglado para cuando llegaran los huéspedes de mañana. —Habló sin mirarme a la cara y yo estaba deseando poder contemplar sus ojos.

—¿Y lo has conseguido?

—¿Qué? —preguntó, parecía bastante disperso.

—Si has conseguido arreglarlo.

—Ah, sí, sí. —Por fin levantó la cabeza y me miró—. ¿Qué tal ha ido?

En esa ocasión fui yo la que se quedó un momento sin palabras. No había pensado mantener aquella conversación con Abel y, desde luego, no iba a contarle el motivo real de la cena.

—Bien, normal —respondí escueta—. Solo era una quedada entre amigos —añadí, sin saber bien por qué no quería que Abel pensara que había tenido una cita.

—Ah, genial.

No estaba segura de si era cosa mía o si de verdad su voz sonaba mucho más animada, pero al verlo sonreír noté que su actitud había cambiado. No pude evitarlo, tardé dos segundos en devolverle la sonrisa. Y allí nos quedamos los dos, mirándonos como si quisiéramos decirnos un montón de cosas, pero sin atrevernos a pronunciar una palabra.

Cuando noté que la tensión aumentaba y el silencio se volvía denso, decidí que lo mejor sería despedirme.

—Buenas noches, *cowboy.* —Bajé la mirada y retrocedí un par de pasos.

—Buenas noches, princesa —respondió con voz ronca.

Hasta que me metí en la cama no me di cuenta de a qué me había recordado el beso de Víctor. Y es que ya habíamos vivido una escena parecida. Una vez, en el instituto, quería que le dejara un trabajo para copiarlo y yo me negué. Fue una de las pocas veces que me había mantenido firme y no cedía a sus ruegos; me había esforzado mucho y no quería que el profesor se diera cuenta de que le estaba dejando mis deberes a otra persona. Cuando él entendió que no iba a lograr convencerme, me dio un beso muy parecido. Apenas fue un

roce de labios, pero yo siempre pensé que en realidad había querido darme un beso en la mejilla y se había desviado sin pretenderlo. Incluso lo analicé muchas veces porque creía que podría haber sido yo la que había girado la cara. En el feliz momento de pánico, Víctor me había insistido una vez más con lo del trabajo, y yo había terminado cediendo.

Esa noche me confirmó que el beso no había sido accidental y que, por lo visto, cuando Víctor quería algo, ponía toda la leña en el asador. Tenía claro que aquella otra vez, hacía tantos años, lo que deseaba era copiar mi trabajo, pero ahora ¿qué quería conseguir?

Todo apuntaba a que aquella noche debería de haber soñado con Víctor, con nuestra cena y con aquel (casi) beso. Sin embargo, el que ocupó todos mis sueños fue un vaquero de pelo negro y ojos oscuros que siempre llevaba calado el sombrero.

19

El concierto

AITANA

Ese día había un concierto en el pueblo y daba la sensación de que era el acontecimiento del año. Tanto los huéspedes como los trabajadores parecían estar emocionados con la idea. Yo no dejaba de imaginar a las parejas de ancianos bailando al ritmo de un pasodoble o vete tú a saber.

—Se nota que esta gente no suele salir mucho —le dije a María cuando terminamos de comer—. Parecen niños en la noche de Reyes —añadí con ironía.

—Tal vez no se trata de salir o no, sino de vivir las cosas de otra forma, con otra perspectiva, con más intensidad —respondió María.

—A mí me parece que todo este revuelo por un simple concierto es demasiado —concluí resuelta.

—Odio cuando te comportas así —me soltó, resoplando.

—Así, ¿cómo? —pregunté un poco asombrada por las palabras de María.

—Como si fueras superior a ellos, como si nuestra vida en la ciudad nos hiciera mejores, como si supiéramos un montón de cosas

que ellos desconocen cuando creo que es justo al revés.

En otro momento le hubiera soltado cualquier respuesta tajante. Sin embargo, me detuve unos instantes a pensar en lo que acababa de decirme y que, en cierta manera, tenía razón. Así que decidí callarme. Al igual que me propuse intentar ponerme en los zapatos de las personas que vivían allí.

—¿Qué vas a ponerte? —le pregunté por cambiar de tema y con una media sonrisa.

—No tengo ni la menor idea, porque me he traído o ropa de vestir de oficina o de deporte, nada intermedio.

—Pues igual que yo. ¿Y si vamos al pueblo y nos compramos algo? —propuse con una sonrisa, sabiendo que a María le gustaría la idea.

—Vaya, será mejor que te controles o al final voy a pensar que eres capaz de emocionarte con el acontecimiento del año —bromeó María y yo no quise hacer demasiado caso al pellizquito de alegría que me dio volver a verla de buen humor.

Esa tarde estuvimos mirando en las dos únicas tiendas de ropa del pueblo y, a pesar de que pensamos que no encontraríamos nada que nos gustara, una de ellas tenía vestidos cortos y largos con estampados de flores. Reconozco que jamás me hubiera puesto algo así en Barcelona, pero tal y como decía María, así desentonaríamos menos que con nuestra ropa.

Mi ayudante eligió uno largo con fondo claro y flores de colores que le sentaba muy bien. El mío era corto, oscuro y con flores pequeñas de color rojo y tallo verde. Era sencillo, de media manga pero de tela muy fina y vaporosa, con escote en forma de pico en el que comenzaba una ristra de botoncitos que llegaban hasta la altura de las rodillas, donde dejé unos cuantos desabrochados. El toque lo

daba el cinturón que lo ajustaba a mi cuerpo y me resaltaba las curvas. Para mi absoluta sorpresa, ya que no era algo que se me hubiera ocurrido ponerme, resultaba muy favorecedor.

Como tardamos menos de lo que pensamos en decidirnos, fuimos a tomar algo a uno de los bares del pueblo.

—Sé que no te gusta hablar de estos días como unas vacaciones porque no lo son, pero después de un año sin tomarme casi ni un día de descanso, no voy a negar que me lo estoy pasando bien —dijo María recostándose en la silla y cerrando los ojos para disfrutar del sol en la cara.

—Admito que yo también —respondí casi sin querer.

María se incorporó un poquito y me miró a los ojos.

—Vaya, jefa, no lo digas muy alto, que podrías parecer humana —bromeó.

Sonreí y la imité cerrando los ojos para sentir los rayos del sol que calentaban sin quemar.

—María, ¿puedo hacerte una pregunta?

—¿Desde cuándo pides permiso para preguntar algo?

—Es personal —aclaré.

—Dispara. Si no quiero, no la contestaré y listo.

—¿Qué te llevó a estudiar Derecho y a trabajar en nuestro bufete? —Cuando terminé de formular la frase me pareció mentira que, después de un año trabajando juntas, aún no conociera la respuesta.

—¿Te sirve si te digo que mi padre fue abogado y que la ilusión de su vida era que su única hija estudiara lo mismo que él?

—¿Estudiaste la carrera solo porque era lo que tu padre quería? —Con el carácter que tenía María, me costaba creerlo.

—No tenía muy claro lo que quería hacer con mi vida, y es cierto que la empecé por eso. Sin embargo, cuanto más estudiaba, más me gustaba. Pensaba en cuánto podría ayudar a las personas que lo necesitaran cuando terminara. Y no hace falta que digas nada, sé que fui una ingenua.

—¿Por qué lo dices?

—Porque he acabado trabajando en un bufete cuyos valores no tienen nada que ver con los ideales que tenía por aquel entonces, no sé si me explico.

—Sí, perfectamente. Supongo que cuando estudias Derecho, crees que vas a cambiar el mundo y luego te das cuenta de que, en realidad, este es mucho más corrupto de lo que creías y que cambiar cualquier cosa, por mínima que sea, es demasiado complicado.

—Exacto.

No sabía si tomarme la mirada perpleja de María como algo bueno o todo lo contrario.

—¿Vives sola? —Por lo visto, la primera pregunta me había soltado la lengua y ya era incapaz de parar.

—Vivía con mi novia, pero desde que la pillé en la cama con mi mejor amiga, vivo sola con mi gata, Nix, en un piso minúsculo, que es lo único que me puedo pagar con mi sueldo. Está cerca de la casa de mis padres y no puedo quejarme, es más de lo que mucha gente de mi edad puede permitirse —soltó de carrerilla, como si no le hubiera costado resumir aquella parte dolorosa de su vida.

—No tenía ni idea de que…

—¿Cómo ibas a saberlo si jamás te has interesado por mi vida personal? —me interrumpió.

—Porque creo que eso forma parte de la privacidad de cada persona.

—Una cosa es ser discreta y otra distinta ser fría.

—¡Yo no soy fría! —exclamé ofendida—. Tú tampoco sabes nada de mí —le eché en cara.

—Sé que tu cumpleaños es el 18 de diciembre, que perdiste a tu padre de pequeña y a tu madre con veinte años. Sé que vives en un ático enorme en el centro de Barcelona, que te gusta el café caliente, pero no ardiendo, y con canela en lugar de azúcar. No sales con nadie por lo menos desde hace un año, que es el tiempo que yo llevo trabajando contigo. Sé que te gustaba la Navidad, pero desde que tu madre murió no has vuelto a celebrarla. Que la mayoría de los días te quedas hasta tarde en el bufete porque te sientes sola y muchas más cosas, pero por hoy, con estas ya está bien.

Desde luego, había veces en las que estaba mucho más guapa callada.

—¿Cómo puede ser…? —empecé a decir.

—Soy tu ayudante, ese es mi trabajo.

En cuanto me recompuse de todo lo que María había dicho, intenté alzar uno de mis muros con la esperanza de que ella no se diera cuenta.

—No me siento sola —sentencié con toda la seguridad que fui capaz.

—No, claro que no. —Sonrió con condescendencia, y eso me dio más rabia—. Aitana, no es que yo sea una persona especialmente observadora, pero después del tiempo que llevamos juntas no hace falta ser demasiado avispada para darse cuenta de ciertas cosas cuando has ido a trabajar incluso en Navidad.

—Pero eso es porque para mí el trabajo… —Callé y lo hice porque las dos sabíamos que María tenía razón. ¿Qué persona con familia o que se sienta acompañada decide trabajar el día de Navidad? Lo sabía muy bien: ninguna.

—No estoy intentando que te justifiques ni nada por el estilo, todo el mundo se ha sentido solo alguna vez en su vida, incluso estando rodeado de personas. Pero es que tú tampoco haces nada por dejar entrar a nadie. Has alzado unos muros infranqueables. Recuerdo que la Navidad pasada estuve a punto de invitarte a comer a casa de mis padres.

—¿En serio? —pregunté anonadada.

—Sí, pero luego me sepultaste entre montañas de papeles que querías para la vuelta de las vacaciones, por lo que tendría que trabajar durante todas las fiestas, así que decidí que te podían dar mucho por culo.

Lo dijo con tanto ímpetu que solté una carcajada, después otra y ya no pude parar. María se unió a mí y las dos reímos como si hubiera contado un chiste la mar de gracioso.

—Te ha salido del alma —comenté cuando se me pasó un poco.

—Es que cuando quieres, eres muy cabrona, pero te lo perdono porque en el fondo sé que no eres mala tía.

—Muchas gracias, aunque me quedé sin ir a comer a casa de tus padres.

—Te lo tenías merecido. A la próxima, si quieres, te invito.

Las dos sonreímos y continuamos hablando de esa forma tan distendida, casi como lo hacían las amigas, de un modo que prácticamente había olvidado.

Me gustaba la imagen que me devolvía el espejo a pesar de ser muy distinta a la habitual. El vestido me quedaba bien y, aunque no era para nada mi estilo, me sentía cómoda con él. Me dejé el pelo suelto, pero no me lo ondulé, y me puse unas botas que me había prestado Lorena, pues yo lo único que tenía era o zapatos de aguja o deportivas.

Me di la vuelta y continué contemplando mi reflejo. Podría acostumbrarme a vestir así. Sonreí al imaginar lo que pensarían en el bufete si se me ocurriera presentarme con ese atuendo.

Cuando abrí la puerta, María ya estaba esperándome en el pasillo y me la quedé mirando, al igual que ella a mí.

—Estás muy guapa —le dije porque era verdad.

—Gracias, jefa. Este cambio de aires te sienta realmente bien.

—No me llames así, que podrían oírnos. Anda, tira —la apremié.

—Abel ha comentado que si no queremos coger el coche, puede llevarnos, así si quieres beberte una cerveza… —propuso María.

—Pues no es mala idea, ya no tanto por beber, sino porque no sé si seré capaz de conducir con estas botas.

—¿Puedes conducir con tacón de aguja y no con botas? —preguntó alzando una ceja.

—¿Qué quieres que te diga? No estoy acostumbrada —admití encogiendo los hombros.

Esperamos a Lorena y a Abel en el salón, que no tardaron mucho. Ella llevaba unos vaqueros con unas botas parecidas a las mías y una camisa tejana, se había dejado el pelo suelto y estaba preciosa. Él se había decantado por lo que venía siendo su uniforme, solo que en aquella ocasión todo era más oscuro: un pantalón vaquero negro con camiseta del mismo color y una camisa también en tonos grises

y negros. Incluso el sombrero era oscuro. Debía reconocer que estaba muy guapo.

En cuanto nos reunimos, nos dirigimos al coche de Abel.

Como el pueblo estaba tan cerca, llegamos enseguida. Lo que sí me sorprendió fue la cantidad de vehículos que había aparcados por los alrededores.

—Madre mía, esto está a tope —dijo María mientras atravesábamos las calles abarrotadas.

—Sí, en los conciertos o fiestas viene gente de los pueblos de alrededor y también mucho más turismo del habitual —aclaró Lorena.

—Ya lo veo, ya —comentó mi ayudante mirando para todos lados.

—Chicas, voy a ver si encuentro a Sara. Portaos bien y, sobre todo, no os paséis con los chupitos que prepara Antonio. Entran bien, pero sientan fatal. Lorena sabe de qué hablo —nos advirtió Abel y le guiñó un ojo a su amiga.

Yo solo me había quedado con la primera parte de lo que había dicho y no dejaba de pensar en quién demonios sería Sara. Una vez más, mi ayudante me salvó.

—¿Quién es Sara? —preguntó cuando Abel se hubo alejado. Me dieron unas ganas enormes de abrazarla.

—Una chica que viene a echarnos una mano cuando el rancho se pone a tope —respondió Lorena.

Aquella respuesta no me alivió. ¿Era solo una empleada? ¿Una amiga? ¿O algo más? Sacudí la cabeza. ¿Y a mí que más me daba? No me importaba en absoluto con quien saliera Abel. Para nada.

—Venga, vamos a pedir algo para beber, que luego habrá demasiada gente —gritó Lorena para hacerse oír, pues habíamos

llegado a la plaza, que estaba a rebosar, y el barullo era bastante alto.

Nos detuvimos a una barra situada a un lado, justo en el otro extremo de donde estaba montado el escenario.

Habían decorado la explanada con banderillas de sombreros de *cowboy* con algunos fardos de heno cuadrados en los laterales. No era una decoración excesiva, pues el concierto no tenía relación con el Oeste, aunque le daba su toque.

Pedí una cerveza, pero Antonio insistió en que teníamos que probar un chupito de un licor que hacía él mismo. Mientras los servía, Lorena murmuró:

—No os lo bebáis entero, que lo carga el diablo.

Las dos asentimos, pero cuando brindamos, no sé si por inercia o porque recordé que cuando salía (hacía ya algunos años) asimilaba muy bien el alcohol, me lo tomé entero. Lorena y Abel tenían razón: aunque no estaba malo, nunca había bebido nada que me provocara tal ardor en la garganta. Fruncí el ceño y miré el vasito vacío. Sería mejor no volver a probarlo.

El concierto empezó unos minutos después. A pesar de que nunca había oído hablar de aquel grupo, eran buenos y su música, pegadiza. Cuando Lorena insistió en que fuéramos al medio de la pista a bailar, el chupito, sumado al par de cervezas que llevaba, ya me había hecho el efecto suficiente como para que me pareciera una idea maravillosa.

Continué bebiendo cerveza y bailando a más no poder. Me lo estaba pasando tan bien que no entendía cómo demonios había estado tanto tiempo sin hacerlo.

Me olvidé de que Víctor me había dicho que estaría por allí y de que me había besado la noche anterior (fue un beso de mierda, pero beso, al fin y al cabo), me olvidé del caso y del motivo que me había llevado allí, pero no de Abel y en más de una ocasión me descubrí buscándolo entre la gente sin dar con él.

20

Eres muy guapo

ABEL

Que Aitana era una mujer muy guapa resultaba obvio, pero aquella noche, cuando la vi esperando en el porche con aquel vestido de flores, me había quedado sin palabras. Creo que nunca la había visto tan bonita. Parecía como si hubiera encontrado el estilo que mejor iba con ella, ni el de oficinista sexy ni el de alumna de clase de yoga, sino algo intermedio que le sentaba de muerte.

El trayecto en coche fue corto y, como imaginé que ellas querrían estar a solas, me largué en cuanto llegamos alegando que quería hablar con Sara, cosa que ya había hecho, pero me pareció la excusa perfecta.

Y me pareció aún mejor observarlas desde la distancia sin ser visto. Las tres bailaban, reían y bebían, esto último a una velocidad alarmante. Aunque yo me centré en ella. Me fijé en que la chica que estaba disfrutando del momento no se parecía en nada a la pija estirada que llegó hacía ya más de una semana al rancho.

No pasó mucho tiempo hasta que noté que el modo de moverse de Aitana se había ralentizado porque había bebido más de la

cuenta.

Había un grupo de tíos que hacía rato que estaban bailando con ellas, pero cuando uno de ellos la agarró por la cintura y se la llevó del centro de la pista, creí que había llegado el momento de intervenir y me planté delante de ellos.

—Hola, ¿adónde vais? —pregunté con sequedad.

—¡Abel! —gritó Aitana sin moverse y sin soltarse del agarre de aquel tipo.

—¿Es tu novio? —preguntó él un poco alarmado.

—¿Mi qué? —Aitana no pudo contener la risa, a pesar de que yo no le vi la gracia por ningún sitio—. No, qué va. Él es… él es el *cowboy*.

Aitana arrastraba las palabras y no mantenía del todo el equilibrio.

—Vamos a pedir una copa —respondió el tipo, ya sin prestarme atención.

—Yo creo que ya ha bebido suficiente —aclaré.

Como si Aitana quisiera darme la razón, se tropezó con sus propios pies y, tal y como imaginaba, si aquel tío no la hubiera estado sujetando, habría terminado en el suelo. Otra vez.

—Si no eres su novio ni nada, no creo que debas decidir lo que tiene que hacer —espetó el tipo ya de malas maneras.

—Aunque lo fuera, tampoco decidiría por ella, pero está claro que no puede ni tenerse en pie. No necesita beber más. Suéltala —le dije ya en un tono más serio, acercándome a él. Le sacaba una cabeza y, aunque no tenía ninguna intención de meterme en una pelea, noté que el hombre se tensaba, claramente intimidado.

—Yo sí… Yo sé… Yo… —balbuceaba Aitana. No era capaz de terminar ni una frase, parecía como si al parar de bailar, todo el

alcohol se le hubiera subido de golpe.

—Bueno, no tengo ganas de problemas. Ocúpate tú, yo me marcho —soltó y me pasó a Aitana con bastante suavidad, aunque ella estuvo a punto de caerse de nuevo. Me centré en ella mientras el tío se daba la vuelta y se iba a paso ligero de regreso con sus amigos.

—Te tengo, princesa —le dije mientras la mantenía abrazada contra mi pecho—. Por lo visto, lo mío es evitar que te dejes los dientes en el suelo. —Ella levantó la cabeza para mirarme y yo no pude resistirme a colocarle el pelo detrás de la oreja—. Vamos a ir a buscar a María y a Lorena y nos volvemos al rancho.

—Pe-pero me-me lo estaba pa-pasando bi-bien —tartamudeó, cada vez se le trababa más la lengua.

—Lo sé, pero ya es muy tarde y toca descansar.

Ella pareció enfurruñarse, pero se mantuvo a mi lado, abrazada a mi costado.

No tardamos en localizar a las chicas, a las que me costó mucho menos de lo que pensaba sacarlas de allí. Ellas también iban contentas, pero nada que ver con el estado en el que se encontraba Aitana.

—¿Se puede saber qué ha bebido? —les pregunté cuando ya íbamos de vuelta al coche. Aitana era incapaz de dar dos pasos sin tropezarse.

—Es que Antonio insistió en que probaran el licor. Yo le avisé de que no se lo bebiera entero, pero no me hizo caso —explicó Lorena, y empezó a reírse sin ningún motivo.

—También te digo que no creo que esté demasiado acostumbrada a beber —apuntó María, que iba abrazada a Lorena, igual de pegada

a ella que Aitana a mí—. Apenas se ha bebido tres cervezas y mírala —añadió, señalándola con un dedo.

—No es-estoy ta-tan mal —alegó ella dando otro traspiés, y sus dos amigas volvieron a troncharse de risa.

En cuanto todas estuvieron dentro del coche pensé, un poco fastidiado, en que hacía demasiado que no tenía que ocuparme de un montón de gente borracha —desde la universidad, creo recordar —. Aunque no pude evitar sonreír cuando Aitana me dijo si podía bajar la ventana, pues le iría bien un poco de «fresquito». Menuda borrachera llevaba.

Se quedó adormecida en el corto paseo en coche por lo que, cuando aparqué en el rancho, imaginé que no tendría más remedio que cogerla en brazos, aunque no pensaba disfrutar de la situación. Para nada.

—Chicas, la meto en la cama tal cual y la tapo, ¿os parece? —les pregunté a María y a Lorena antes de cogerla, y las dos asintieron con la cabeza.

El paseo hasta la casa grande me sirvió para confirmarme que el trayecto en coche no solo había afectado a la princesa, sino que las otras dos también se tambaleaban cogidas de la mano.

Decidí que luego les echaría un vistazo para asegurarme de que llegaban bien a sus habitaciones. Cuando puse un pie en el primer escalón, Aitana levantó una mano y me acarició la mejilla; a punto estuve de perder el equilibrio.

—E-eres mu-muy guapo —susurró con los ojos clavados en los míos, y yo solté una carcajada.

—Ay, princesa. Sí que has bebido, sí.

—S-sí, he be-bebido, pero eres gua-po —repitió, haciendo énfasis en ese adjetivo.

Que me dijera aquello bajo los efectos del alcohol me pareció tierno y no le di mayor importancia, pero que me acariciara la mejilla como lo hacía me estaba poniendo un pelín nervioso. Casi suspiré de alivio cuando llegamos a su cuarto. La dejé en el suelo y me aseguré de que se mantenía en pie sola antes de poner un poco de distancia entre nosotros, pero Aitana volvió a acercarse, pegó su cuerpo al mío y me cogió la cara con suavidad con ambas manos.

—Abel —susurró.

—Dime, princesa.

—Mmm, m-me gusta que-que me lla-llames prince-cesa —me confesó en voz baja y con una sonrisa dulce que me desarmó.

—No, en realidad no te gusta nada. Anda, vamos a meterte en la cama.

—¿Vas a me-meterte con-conmigo?

—No, vas a hacerlo tú sola, y yo voy a salir por patas de aquí en cuanto lo hagas. —No tenía claro si se lo decía a ella o a mí mismo.

—Abel —repitió, pero esta vez se apartó de golpe e hizo un sonido extraño.

Corrió al baño y yo la seguí. Fue un milagro que no se cayera durante la carrera.

Entré a pesar de que ella me gritó que no lo hiciera. Me acerqué al váter y le aguanté el pelo con suavidad mientras echaba hasta la primera papilla.

—Qué desastre… —se lamentó cuando terminó de vomitar, aún arrodillada en el suelo y apoyada contra la pared.

Yo sonreí, le aparté un par de mechones de la frente y la ayudé a levantarse.

—Ya pasó, princesa. ¿Puedes mantenerte en pie? —Cuando ella asintió, la solté—. Lávate la cara y los dientes y acuéstate. Ahora vuelvo.

La dejé sola un momento y bajé corriendo a buscar una pastilla y una jarra de agua.

Cuando regresé, abrí con la llave que había cogido antes de salir y miré hacia la cama. Aitana se había tirado ahí de cualquier manera, aún con el vestido y las botas puestas.

—Toma, bébetelo entero ahora. Te dejo más en la mesita por si te entra sed —le dije tendiéndole la pastilla y el vaso. Me costó que me hiciera caso, pues ya estaba casi dormida.

Cuando lo conseguí, le quité con cuidado las botas y la tapé. Una vez me hube asegurado de que estaba cómoda, me dirigí hacia la puerta, pero antes de llegar murmuró:

—*Cowboy*, ¿sabes otra cosa? Tam-también hueles muy bien.

Cerré la puerta tras de mí y, a pesar de la hora que era, decidí sentarme un rato en el porche. Necesitaba que me diera un poco el aire.

A la mañana siguiente me levanté temprano y me pasé por los establos antes de ir a desayunar. Aunque no había dormido demasiado, el trabajo en el rancho no perdonaba ni te daba días libres, así que tenía que ponerme las pilas. Sin embargo, alargué un poco el momento en el comedor y me tomé un segundo café. Tenía intención de esperar a Aitana para ver cómo estaba.

En cuanto entró, un rato más tarde de lo acostumbrado, sonreí. Su expresión hablaba por sí sola. Se la veía un tanto pálida y tenía unas leves ojeras, pero estaba preciosa. Llevaba la cara limpia de maquillaje, se había recogido el pelo en una coleta, algo que se había vuelto habitual, y vestía una sudadera negra corta que dejaba ver un poco la piel de su estómago. No debería fijarme en esas cosas.

Señalé la silla que había frente a mí y, para mi absoluta sorpresa, aceptó mi invitación y tras sentarse, se sujetó la cabeza con las manos.

—Buenos días, princesa —saludé en voz alta.

—¡Shhh, no grites! ¿Qué necesidad hay de levantar la voz? —murmuró y yo reí.

—De acuerdo, ¿cómo estás? —pregunté lo más bajito que pude.

—Teniendo en cuenta cómo creo que llegué ayer, mejor de lo que me esperaba.

—Supongo que la pastilla que te di hizo efecto.

—¿Me tomé una pastilla? —preguntó sorprendida.

—Sí, justo antes de quedarte dormida. ¿Recuerdas algo de anoche? —dije recostándome en la silla. Al comprobar que estaba bien, no pude resistirme a meterme un poco con ella. Digamos que era el momento de mi venganza por lo preocupado que me había tenido.

—No mucho, la verdad —confesó avergonzada.

—Entonces no te acordarás de que me dijiste unas cuantas veces lo guapo que te parezco y lo bien que huelo.

—¡No me jodas, Abel! —exclamó y se cubrió el rostro con las manos; aun así, me dio tiempo a ver cómo se sonrojaba—. ¿Pasó

algo? —preguntó sin apartar las manos.

—Imagino que te refieres a si ocurrió algo entre nosotros. Puedes estar tranquila, quitando el beso que me diste y que me metiste la lengua hasta la garganta, no sucedió nada más.

—¿¡Qué!? ¡Ay, madre mía! —soltó estampando su cabeza contra la mesa.

—No fue tan malo, de verdad, besas bastante bien. El problema fue el olor a alcohol… —Ella gimió, muerta de vergüenza, y yo pensé que ya era suficiente—. Es broma, es broma. ¿Por quién me tomas? Nunca te hubiera besado ni hubiera permitido que lo hicieras en el estado en el que estabas. Si alguna vez sucede, quiero que, por lo menos, lo recuerdes al día siguiente —añadí con voz ronca.

Ella levantó poco a poco la cabeza y ambos nos miramos a los ojos durante lo que me pareció una eternidad. No sé por qué lo dije ni por qué le sostenía la mirada.

Aitana fue a decir algo, pero la interrumpí; quería deshacerme de la tensión que se había adueñado de los dos.

—Lo que sí hice fue sujetarte la cabeza mientras vomitabas. Pero lo de que me llamaste guapo y me dijiste que olía muy bien es verdad.

—¿Vomité delante de ti? Casi que hubiera preferido lo del beso —lloriqueó, volviendo a taparse la cara.

Solté una fuerte carcajada y, con suavidad, le aparté las manos.

—Tranquila, no tienes por qué avergonzarte. Son cosas que pasan.

Ella me sonrió, agradecida.

—Hacía mucho que no bebía —confesó.

—Y, aun así, te tomaste un chupito entero del licor de Antonio.

—Ya sé que tanto tú como Lorena me advertisteis de que no lo hiciera, pero creí que no era para tanto.

—Bueno, ahora ya lo sabes, y no creo que se te olvide jamás.

Aitana se rio y terminó de incorporarse.

—Por cierto, María no estaba en su cuarto o, por lo menos, no me ha contestado cuando he llamado a su puerta. ¿Sabes algo? —dijo un poco más repuesta y algo preocupada.

—No te preocupes por ella. La última vez que la vi iba al cuarto de Lorena —aclaré alzando un par de veces las cejas para que me entendiera.

—Ah, joder, menuda noche.

—Estoy convencido de que la suya terminó mejor que la tuya —bromeé—. Ahora será mejor que comas algo, te tomes otra pastilla y bebas mucho líquido.

—Sí, será lo mejor —dijo—. Por cierto…, muchas gracias por lo de anoche.

—De nada, princesa, aunque tal vez vaya siendo hora de dejar de llamarte así y cambiarlo por «tabernera» o algo por el estilo. —Aitana me golpeó el brazo y yo sonreí—. Me voy a los establos, imagino que hoy no te apuntarás a ninguna actividad.

—Imaginas bien. Me conformo con no marearme al incorporarme.

—Bebe mucha agua. ¿Nos vemos esta noche en el porche? —pregunté sin poder evitarlo.

—Sí, espero estar mejor para entonces.

—Pues hasta la noche, princesa.

No respondió, sino que emitió un sonido extraño con la garganta que me hizo salir de allí con una sonrisa enorme en la cara.

21

Bailar bajo la lluvia

AITANA

Me costaba creer el ridículo tan espantoso que había hecho delante de Abel. ¡Le había dicho que era guapo! ¡Que olía bien! Qué vergüenza, por favor. No podía haberme acompañado María, no; tenía que hacerlo él.

Eran las nueve de la mañana, ya había terminado de desayunar —una manzanilla para asentar el estómago y mis tostadas sin nada, no me entraba nada más—, y pensé que lo mejor sería volver a la cama hasta que se me pasara el espantoso dolor de cabeza que tenía. Sin embargo, antes de que pudiera levantarme, María apareció por el salón y vino directa hacia mí. Diría que se sentó en la silla, pero más bien se desplomó en ella.

—¿Cómo estás? Porque si yo estoy mal, no puedo imaginarme cómo debes encontrarte tú —soltó de carrerilla y me di cuenta de lo mal que estaba cuando me costó seguirla.

—Mejor no quieras saberlo —me quejé y volví a apoyar la cabeza en la mesa.

—Espero que Abel te tratara bien… Me refiero a que no fuera borde —se apresuró a aclarar—, porque sé que sería incapaz de sobrepasarse contigo. Si no, no hubiera dejado que te subiera a tu habitación.

—No, no fue borde conmigo. Es más, me aguantó la cabeza mientras vomitaba. Aún no me creo que hiciera eso —lloriqueé.

—¡Ay, madre mía! Menuda pillaste —dijo María y a pesar de no verla, sabía que estaba sonriendo.

—No entiendo por qué a Lorena y a ti no os afectó tanto.

—Estamos más acostumbradas, no nos bebimos el chupito entero… Y, aun así, me he levantado con resaca, no te creas.

—Por cierto, ¿dónde has dormido? —la interrogué. Ya lo sabía, pero, por alguna razón, quería que fuera ella la que me lo contara—. Esta mañana he ido a tu cuarto y no me has contestado.

Creí que se incomodaría al verse descubierta, pero nada más lejos de la realidad.

—He dormido con Lorena —confesó con una sonrisa de satisfacción—. Qué pena que tú no aprovecharas la noche de la misma forma —bromeó, levantando las cejas de manera insinuante.

—No entiendo qué quieres decir…

—¡Venga ya! ¿No creerás que no me he dado cuenta de la química que hay entre vosotros?

¿Qué? Ay, joder, mierda.

—Nosotros no… Yo no… —La lengua se me trababa—. El otro día Víctor me besó —solté de pronto.

No hubiera llamado a aquel roce de labios «beso» si María no me hubiera puesto entre la espada y la pared y, desde luego, no pensaba contárselo, pero ya estaba dicho.

—¿En serio? ¿Y qué tal? —preguntó con interés.

Eso me dejó fuera de juego, pues lo último que esperaba era que quisiera saber más. Solo lo dije por cambiar de tema porque, hubiera o no cierta química entre Abel y yo, eso era algo que no podía permitirme, por lo que no valía la pena hablar de ello.

—Bueno, no sé. Fue un poco extraño, me hizo recordar algunas cosas —respondí algo críptica.

—¿Qué cosas? —continuó indagando María.

—Otro beso, de hace mucho tiempo. Déjalo, son tonterías mías —dije para quitarle hierro al asunto. Me dolía demasiado la cabeza como para pensar.

—Bueno, me alegro por ti, porque está claro que Víctor te gusta… Pero también te digo que os he visto juntos y no se parece en nada a cuando estás cerca de Abel.

—No sé a qué te refieres.

—No te preocupes, que te lo explico. —Me tendría que haber quedado callada, pero María ya estaba lanzada—. Cuando Abel y tú estáis cerca, se crea una tensión extraña, como si estuvierais deseando tocaros, pero lo evitarais con todas vuestras fuerzas. Os miráis con ganas, con deseo, pero sacáis toda la artillería de pullas para luchar contra…

—¡No puedo creer que pienses eso! No hay dos personas más distintas que él y yo —protesté.

—A mí no me parece que seáis tan diferentes. Creo que, con el tiempo, habéis llevado al extremo vuestra manera de vivir, pero ni tú eres tan urbanita como te piensas ni él tan de pueblo como quiere hacer ver.

—María, tengo la cabeza a punto de explotar —la corté, harta del tema—. Voy a subir a mi cuarto, a tomarme una pastilla y a meterme en la cama, a ver si luego me encuentro mejor. Y, después de eso, haré como si no hubiéramos mantenido esta conversación.

—Haz lo que quieras, incluso puedes intentar convencerte de que no te sientes atraída por Abel, pero las dos sabemos que es mentira. A mí me da igual, aunque no deberías engañarte a ti misma. Descansa, Aitana —zanjó mientras se levantaba de la silla y se encaminaba hacia la cocina.

Yo me levanté como un autómata y me dirigí a mi cuarto, intentando no volver a pensar en nada de lo que me había dicho. El problema era que Abel irrumpía en mi mente más a menudo de lo que hubiera deseado.

Me desperté mucho mejor, la cabeza ya casi no me dolía y, después de comer, decidí dar una vuelta para que me diera el aire. Paseé por los alrededores y perdí la noción del tiempo hasta que el ruido de un trueno me hizo levantar la cabeza, confusa. El cielo estaba cubierto de nubes oscuras, y tenía claro que no tardaría mucho en ponerse a llover. Otro trueno, seguido casi enseguida de un relámpago, me lo confirmó, y apresuré el paso de regreso a la casa grande, pero no llegué a tiempo. Tenía la tormenta encima y a los dos minutos empezó a diluviar con fuerza. Cambié de dirección y corrí hacia los establos, que estaban más cerca, para resguardarme.

Cuando entré, me sacudí la ropa mojada, me aparté el pelo de la cara y miré hacia el exterior. Esperaba que amainara pronto, aunque

la cortina de agua, que me impedía ver nada, parecía decirme lo contrario.

Creí que estaría sola, puesto que nadie en su sano juicio saldría ahora, pero oí una voz suave, como un murmullo. Me adentré en los establos hasta que di con Abel, que se encontraba agachado acariciando a un caballo, Mango, el que me había presentado Belén.

Mientras acortaba la distancia que nos separaba, no podía dejar de mirar su mano sobre aquel animal, la delicadeza con la que la deslizaba y la forma dulce en la que le susurraba. Por un momento envidié al caballo y, de pronto, las palabras de María resonaron en mi cabeza.

No, no podía sentirme atraída por él. Había ido hasta allí a trabajar y a ganar un caso, y eso era exactamente lo que iba a hacer.

—Hola —lo saludé cuando estuve a su lado, haciendo que se sobresaltara. Bien, lo había pillado por sorpresa.

—Hola, Aitana —respondió con cierta tristeza en su voz.

Nada de «princesa» aquella tarde. Mejor.

—¿Qué haces? —pregunté intentando sonar lo más desinteresada posible.

—Mango se ha levantado hoy regular, y estoy… estoy… —suspiró —. En realidad, no estoy haciendo nada, solo estar con él.

—¿Qué le pasa? —quise averiguar.

—No lo sé… Joder, es que no lo sé —me contestó de forma un poco brusca—. Nada de lo que me dicen tiene sentido.

Me sentí mal por la frustración y la pena reflejadas en su voz. Quise agacharme junto a él, abrazarlo y decirle que todo iba a salir bien, y la fuerza de ese sentimiento me impactó tanto que retrocedí.

No podía sentir nada por él.

Llena de rabia hacia mí misma, volví a dar un paso al frente. Tenía que ponerlo contra las cuerdas, obligarlo a confesar.

Si no tenía nada que ocultarme, ¿por qué se callaba? ¿Por qué no me explicaba bien las cosas? Supongo que me molestaba que no confiara en mí, así que por eso hablé sin pensar y sin analizar bien mis siguientes palabras ni calibrar las consecuencias que podrían tener. Solo quería terminar con todo eso.

—Tal vez no estés cuidando de tus animales demasiado bien.

Abel se quedó quieto y se volvió para mirarme.

—Perdona, ¿qué?

Era mi oportunidad de retractarme, lo sabía, pero fueron otras palabras las que salieron de mi boca.

—Digo que tal vez no sepas muy bien cómo tratarlos, a lo mejor los haces trabajar demasiado o vete a saber qué.

Sabía que lo estaba haciendo mal, que me estaba pasando, y quise taparme la boca en cuanto vi su mirada. No podía creerme que de ella hubiera salido algo tan poco profesional, que me hubiera dejado llevar de esa forma. Yo no era así.

Y le había herido.

Abel se levantó y se acercó con una calma que no presagiaba nada bueno.

—Mira, bonita —soltó en un tono nuevo para mí—. No sé lo que has oído o qué te han dicho, pero no te consiento que vengas a mi casa a acusarme de algo así. Me dejo la piel por este rancho y los animales, así que no te atrevas a insultarme de esta manera. —Calló unos instantes, pero no dejó de mirarme con intensidad y animadversión—. No… Desde luego no me esperaba esto… No de ti.

Tragué saliva, porque a pesar de no haber alzado la voz, se notaba que estaba muy cabreado.

Entonces se dio media vuelta y regresó con Mango. De pronto, sentí frío y supe que de nada serviría pedir perdón en aquel momento. Abel no me creería si me disculpaba con tanta rapidez, así que pensé que lo mejor sería salir de allí y preparar una disculpa en condiciones para cuando bajara al porche por la noche y me encontrase con él.

No había dejado de llover, pero igualmente corrí a la casa grande mientras las gotas de agua helada me calaban. Cuando llegué al recibidor, estaba chorreando. Subí a mi cuarto y, en cuanto me asomé al baño, supe que era el momento perfecto para darme un capricho y estrenar por fin esa maravillosa bañera, así que la llené mientras me desvestía. Dejé la ropa empapada en el suelo y me sumergí en el agua caliente. Jadeé cuando me cubrió por completo y fui consciente de que estaba congelada.

Tal y como imaginé, tenía el tamaño perfecto, pues me permitía incluso estirar las piernas. Suspiré y poco a poco noté cómo se me aflojaban las extremidades y mi cuerpo iba entrando en calor.

Habría sido perfecto si me hubiera dedicado a relajarme en lugar de pasar todo el tiempo analizando lo que le había dicho a Abel y a darle vueltas a cómo podía arreglarlo. Porque, cuando el agua se enfrió, continuaba sin tener ni idea.

Al salir de la cocina me aferré a la taza como si fuera a protegerme de lo que se me venía encima. Caminé despacio hacia el porche mientras barajaba la posibilidad de que aquella noche Abel no se

encontrara allí. Tal vez aún no se le había pasado el enfado, por lo que lo mejor sería esperar al día siguiente.

El único inconveniente era que yo tenía demasiadas ganas de verlo y que, por primera vez en mi vida, sentía la necesidad genuina de pedir disculpas a alguien. No pensé en que era probable que la actitud de Abel solo fuera una estratagema para parecer inocente, ni en que yo estaba allí por trabajo y no para evitar que el dueño del rancho se enfadara. No pensé en el caso, en el bufete ni en mi carrera, solo pensé en sentarme junto a él y que el silencio que se instauraba entre nosotros no dejara nunca de ser cómodo.

Salí al porche y me arrebujé en la chaqueta que me había puesto. No había dejado de llover en toda la tarde y hacía más frío de lo habitual.

Suspiré cuando lo vi allí, sentado en el sillón, contemplando la lluvia con aspecto taciturno. Me acerqué despacio, armándome de valor.

—Hola, Abel —saludé antes de sentarme.

—Hola —dijo escueto, seco.

—Oye, esto es bastante nuevo para mí, así que lamento si no suena demasiado bien, pero te aseguro que hablo desde la más absoluta sinceridad. Siento mucho si te he ofendido, no era mi intención. Yo…

—¿Qué es nuevo para ti? —preguntó con un tono de voz mucho menos frío.

—Pedir disculpas —confesé.

—¿En serio? Joder, yo me paso la vida disculpándome con las personas que quiero… —En cuanto dijo eso, se calló de golpe—. Lo que quiero decir es…

—Sé lo que quieres decir, y supongo que precisamente por eso no me disculpo a menudo, no tengo a muchas personas a mi alrededor con quien hacerlo.

—No quería decir…

—No te preocupes —lo corté.

Le di un sorbo a la taza para tragar el nudo que se me había formado en la garganta.

—Acepto tus disculpas, pero también quiero que aceptes tú las mías.

—¿Cómo? —pregunté sorprendida.

—No debí ponerme como lo hice ni hablarte mal. Es un tema que me tiene muy agobiado y… Supongo que me ha dolido que pudieras pensar algo así. Solo quiero que sepas que yo jamás le haría daño a un animal. Nunca.

—No pasa nada —murmuré esbozando una tímida sonrisa que él correspondió.

Sus palabras rebotaron una y otra vez en mi cabeza, parecía tan sincero, tan real. Lo peor fue que, aunque no lo conocía demasiado, me di cuenta de que, tal vez, ya no las tenía todas conmigo.

Sacudí la cabeza y alcé la vista al frente, concentrada en la lluvia, en el sonido que hacían las gotas al impactar contra el techo del porche, en el olor a tierra húmeda, y me recreé en aquel silencio que, menos mal, volvía a ser cómodo.

Respiré hondo y, supongo que por lo a gusto que me sentía o porque él se había abierto un poco más a mí, hablé:

—Me encanta la lluvia. —Abel se volvió para mirarme, y yo seguí —: De pequeña tenía unas botas de agua azules con estrellas que me encantaban, y cuando llovía me ponía supercontenta porque mi

madre me dejaba utilizarlas, cogíamos un paraguas y salíamos a pasear. Siempre me acuerdo de eso, y la recuerdo a ella sin ponerme triste.

No le mencioné otro momento, justo un día después de que muriera. Un chaparrón me pilló en mitad de la calle y, en lugar de correr, cerré los ojos y dejé que me calara, como si pudiera lavarme, quitarme toda la tristeza que sentía. Fue muy liberador.

—¿Y has bailado alguna vez bajo la lluvia? —preguntó de repente, sacándome de mis pensamientos.

—¿Qué? ¡No, claro que no! —exclamé, riéndome, como si fuera una pregunta absurda.

—Pues ya va siendo hora —añadió.

Se puso en pie y me tendió la mano.

—¿Estás de broma? ¿No somos un poco mayorcitos para esto? —solté sin moverme.

—Vamos, princesa, será divertido. Volverás a conectar con tu niña interior.

—Es que… —volví a dudar.

—Princesa, solo es agua. —Estaba a punto de volver a negarme, pero Abel no había terminado de hablar—. Creo que es el momento de crear otro recuerdo feliz, ¿no crees?

Casi sin ser consciente de lo que hacía, agarré su mano y me levanté. Abel cogió el móvil y buscó una canción. Leí el título, «She's Everything», pero cuando me di cuenta de qué género era, sonreí.

—No podía ser otro tipo de música, ¿verdad? —apunté alzando una ceja.

—Desde luego que no —respondió con una sonrisa.

Era una canción country lenta y muy bonita, y Abel me arrastró lejos del cobijo del porche. El sonido de la lluvia me retumbó en los oídos y amortiguó la melodía.

—Está helada —me quejé.

—Ay, princesa, no esperarás que esté calentita, ¿verdad? —rio—. Anda, ven aquí —dijo tirando de mi mano y acercándome a él—. Yo te daré calor —soltó, y yo agradecí estar a oscuras.

Me colocó la otra mano sobre su hombro, y me rodeó la cintura. Me tensé, sin estar muy segura de cómo actuar, de lo que debía hacer.

—Relájate, princesa —me susurró al oído.

Y, sorprendentemente, le hice caso. Poco a poco mi cuerpo fue amoldándose al suyo hasta que el espacio entre nosotros fue mínimo, y disfruté del momento.

Me concentré en la canción, en el impacto de la lluvia al recorrer mi cuerpo, en el calor que desprendía Abel, en el contacto de nuestras manos unidas, en cómo me acariciaba la cadera con los dedos. Cuando la canción terminó, no nos separamos, sino que continuamos abrazados y balanceándonos en silencio, resistiéndonos a que aquel momento acabara.

Alcé la mirada. El ala de su sombrero impedía que las gotas nos resbalaran por el rostro y me encontré con sus ojos. Abel me acarició la cintura y me acercó aún más, borrando el poco espacio que quedaba entre nuestros cuerpos. Me miraba como si quisiera leerme, ver qué era lo que sentía. No lo sabía ni yo, pero no quería dudar más.

Lo deseaba.

Moví la mano y le acaricié la nuca, instándolo a acercarse más a mí. El gesto fue suficiente, pues acto seguido Abel agachó la cabeza y posó sus labios sobre los míos. Ni siquiera fui consciente de las ganas que tenía de besarlo hasta que su boca cubrió la mía. El beso empezó siendo suave, como si estuviera tanteando el terreno, pero en cuestión de segundos pasó a convertirse en algo desesperado, ávido, primitivo, sucio…

Abel bajó las manos por mi culo y yo salté sobre él para rodearle la cintura con las piernas. Continué besándolo mientras él caminaba hacia el porche como podía, pues no estábamos dispuestos a soltarnos. Solo quería llegar y…

—¡Será posible!

Estaba tan absorta en su boca, tan concentrada en el cuerpo de Abel y en todo lo que despertaba en mí, que tardé más de lo normal en procesar aquella exclamación.

—Princesa, me temo que nos han pillado —me murmuró Abel al oído, lo que me erizó la piel.

Antes de bajarme, me dio un beso en el cuello y se me escapó un jadeo de la garganta, haciendo que Abel clavara sus ojos en mí y que Encarna, que estaba plantada en el umbral, resoplara.

—Si a mí me parece maravilloso todo este despliegue de cariño, pero i¿no podéis hacerlo en el cuarto?! Estáis empapados y os vais a poner malos. Anda, ya podéis largaros de aquí, me da igual dónde, pero no os quedéis bajo la lluvia. Si es que… Con la que está cayendo… No tienen dos dedos de frente… —Encarna continuó despotricando por lo bajo mientras volvía adentro, y yo miré a Abel.

—Princesa, si quieres…

—No, Encarna tiene razón, estoy empapada.

La interrupción me había hecho recapacitar y darme cuenta de que lo mejor sería dejarlo ahí. No tenía claro lo que estaba ocurriendo entre nosotros y necesitaba pensar antes de avanzar más. Por mucho que me costara alejarme.

—Será mejor que suba a mi cuarto. Buenas noches —me despedí.

—De acuerdo. Buenas noches, Aitana —respondió y a mí me dio la sensación de que su voz transmitía cierta tristeza, pero no me permití mirar atrás. Necesitaba estar sola.

22

¿Cómo estás?

AITANA

Mientras subía las escaleras, una sonrisa empezó a formarse en mi cara y se fue ampliando a medida que avanzaba.

No entendí bien por qué, pero creí a Abel cuando dijo que él no sería capaz de hacerle daño a un animal y, ahora mismo, en lo único que me apetecía pensar era en el maravilloso beso que acabábamos de compartir, en cómo me había acariciado… y en la interrupción de Encarna, a la que no sabía si agradecérselo o no.

En cuanto llegué a mi cuarto, me percaté del frío que tenía. Por segunda vez ese día, me quité la ropa mojada y me di una larga ducha caliente, me puse el pijama y me metí en la cama antes de taparme hasta la barbilla. Esperé unos minutos a ver si lograba entrar en calor, pero no hubo manera. Al final, me quedé dormida hecha un ovillo y completamente helada.

Me di cuenta de que algo no iba bien, ya no solo porque me había pasado toda la noche tiritando, sino porque cuando llamaron a la

puerta, me costó un mundo moverme. Las piernas no me sostenían y no podía dejar de temblar.

—A ver, Aitana… —empezó a decir María, pero se calló en cuanto me vio—. ¿Qué te pasa?

—N-no lo sé. —Me castañeaban los dientes—. A-anoche me mojé y pensaba que era p-por el frío, p-pero creo que es otra cosa.

María entró y cerró la puerta; yo volví a mi cama y me dejé caer en ella. Cuando se sentó junto a mí y me puso la mano en la frente, me sobresalté; no por el contacto en sí, sino por lo helada que estaba.

—Aitana, estás ardiendo —dijo, algo preocupada—. ¿Tienes termómetro?

—N-no, no he traído —respondí mientras me tapaba. Tenía mucho frío.

—Cojo la llave de tu habitación y voy a ver si encuentro uno. Ahora vuelvo.

No recuerdo si le contesté o no porque volví a quedarme dormida, por lo menos hasta que noté que alguien me destapaba un poco.

—Voy a ponerte el termómetro y ahora viene Encarna con una infusión, que dice que te sentará bien. —Yo me dejé hacer durante un rato, estaba demasiado cansada como para resistirme—. ¡Joder, Aitana tienes un montón de fiebre! Te he traído agua y una pastilla. Tómatela, a ver si te baja un poco.

Le hice caso y me quedé dormida casi al instante. Debí de dormir bastante porque cuando me desperté, era media tarde. Me incorporé un poco y me topé con los ojos de María, que estaba sentada en el sillón a la tenue luz de una lámpara y con un libro entre las manos.

—¿Cómo estás? —preguntó con interés.

—No para tirar cohetes, pero parece que un poco mejor. ¿Llevas todo el día aquí? —le pregunté, algo extrañada.

—Lorena me ha hecho el relevo para que bajara a comer, y Abel ha insistido en que me vendría bien estirar las piernas, así que él también se ha quedado un rato —me informó con una sonrisa—. También ha venido Encarna un par de veces. Ahora iré a avisarla porque, a pesar de que insistía en que lo mejor era que durmieras, también parecía agobiada porque no hubieras comido nada.

—Gracias —dije con la voz ronca.

—¿Por qué?

—Por haberte quedado aquí todo el día.

—Aitana, estás enferma.

—Ya, ya lo sé, pero gracias igualmente —insistí apartando las sábanas.

—De nada. ¿A dónde vas? —me preguntó cuando vio que intentaba levantarme.

—Al lavabo.

—¿Quieres que te acompañe?

—Creo que puedo —dije, aunque no estaba muy segura.

Más o menos me sostenía en pie y me lavé la cara y los dientes mientras María bajaba a por algo de comer. No me encontraba bien, estaba cansada y seguía teniendo frío, pero sí me sentía más recuperada que la noche anterior.

Cuando salí del baño, me encontré con cuatro personas en mi cuarto: María, Lorena, Abel y Encarna, que llevaba un cuenco humeante entre las manos.

—¿Cómo estás? —preguntó Lorena.

—Un poco mejor. Esto…, gracias a todos por cuidar de mí —murmuré bajando la cabeza avergonzada.

No estaba demasiado acostumbrada a darle las gracias a nadie, y mucho menos a que me trataran así.

—Anda, anda, no digas tonterías y vuelve a la cama, que te he preparado un caldito con huevo y pan que seguro te sentará de fábula —me dijo la cocinera, y dejó el cuenco en la mesita de noche —. Cuando termines, tómate otra pastilla, a ver si mañana por la mañana estás aún mejor. Es que ¿a quién se le ocurre ponerse a hacer el tonto bajo la lluvia con la que estaba cayendo?

—Encarna… —susurró Abel agachando la cabeza.

—¡Ni Encarna ni leches! La culpa es tuya, porque estoy segura de que esa maravillosa idea no se le ocurrió a ella —soltó la mujer.

—Ya sé que la culpa es mía —sentenció Abel—. Bueno, Aitana —dijo, volviéndose hacia mí—, ya veo que estás mejor. Volveré más tarde, cuando no haya… tanta gente. —Sonrió y se despidió antes de salir de mi cuarto.

Iba a responderle, pero Encarna volvió a interrumpirme y Abel ya había desaparecido.

—Eso vamos a hacer los demás en cuanto acabes de tomarte esto. Tienes que comer y descansar. Así que venga.

No paró hasta que me terminé casi toda la sopa y después se marchó, no sin antes echar a Lorena de la habitación. Me dejó a solas con María, que insistió en quedarse conmigo.

—Será mejor que descanses o ella misma vendrá a hacerme el relevo —bromeó.

—La verdad es que estoy cansada —concedí—. Pero puedes irte cuando quieras, estoy mejor.

—Este libro está la mar de interesante, así que te agradecería que te durmieras ya y me dejaras leer.

Sabía que lo decía para que no insistiera en que se marchara y yo estaba tan cansada y me reconfortaba tanto tenerla allí que no añadí nada más.

Cuando volví a despertarme, ya había oscurecido, y al darme la vuelta para preguntarle algo a María, me percaté de que no era ella la que estaba sentada en el sillón, sino Abel.

—¿Cómo estás? —dijo inclinándose hacia delante.

—Parece que un poco mejor —sonreí.

—Me alegra oír eso. Siento mucho que hayas enfermado. Yo… no debí hacerte bailar bajo la lluvia. —Parecía avergonzado y me enterneció verlo así.

—Es solo un resfriado, y ya estoy mejor. Además, si no recuerdo mal, no me obligaste, yo decidí hacerlo, ¿no es cierto? —dije, quitándole importancia con un gesto de la mano.

—Sí, pero…

—Sin peros. Voy a lavarme la cara y los dientes y cuando vuelva, quiero que dejes a un lado la culpa y te comportes como un buen enfermero. Ya que estás sustituyendo a María, qué menos —bromeé en un intento de hacerlo sentir mejor.

—A sus órdenes, mi capitana —cedió, y se llevó la mano a la frente a la vez que cuadraba los hombros.

—Así me gusta —respondí, pero antes de entrar en el baño vi su sonrisa.

Al rato, Encarna subió con otro plato de comida, esa vez algo más sólido. Me encontraba mejor después de tomarme la pastilla. Lorena también se pasó a verme, pero al comprobar que Abel se encontraba allí, se fue y se llevó a María, que parecía no querer marcharse nunca.

Volvieron a dejarnos solos y, lejos de sentirnos incómodos, trasladamos nuestras charlas del porche a mi cuarto. Incluso Abel bajó a por un café y una infusión, que nos tomamos sin dejar de hablar.

Cuando se hizo tarde, se despidió de mí, no sin antes asegurarse de que no me faltaba de nada.

—Estoy bien, ya me encuentro mucho mejor. Deja de sentirte culpable —le regañé.

—De acuerdo. Mañana por la mañana no podré venir, pero por la tarde me pasaré a verte, ¿vale?

—Cuando puedas.

—Buenas noches, princesa.

—Buenas noches, *cowboy*.

Cuando Abel cerró la puerta, pensé que, aunque habíamos estado bien, como siempre, no había sacado el tema del beso ni había tenido ni una sola muestra de cariño hacia mí. Tal vez se arrepintiera. Quizá no quería que llegara a nada más.

Pero ¿y yo? ¿Quería tener algo más con él? De lo que estaba convencida era de que me moría de ganas por volver a besarlo, de eso no cabía ninguna duda.

A la mañana siguiente ya casi estaba recuperada, pero todos se empeñaron en que debía quedarme en la cama, por lo menos, un día más. Yo ya estaba un poco cansada de no salir de allí, pero no me quejé porque aún me sentía floja.

María se pasó casi toda la mañana conmigo y Lorena también vino un rato. Cuando se marcharon —tuve que insistir mucho, pues María quería quedarse—, me senté en el sillón, me tapé con una manta y pensé en la última vez que me había sentido tan cuidada y arropada.

No es que enfermara habitualmente, pero aun así lo había pasado mal en algunas ocasiones, como cuando me dio un cólico al riñón y estuve todo el fin de semana rabiando de dolor —recuerdo que fue en fin de semana porque me repetí una y otra vez que menos mal que no tenía que faltar al trabajo—, pero sola, siempre sola. No hubo nadie que me llevara la medicación a la cama, ni me preparara la comida y se esperara hasta comprobar que me la comía, ni que se preocupara por cómo me encontraba, que me hiciera compañía. Nadie.

No me di cuenta de que estaba llorando hasta que unos golpes en la puerta me sacaron de mi letargo.

Me levanté y abrí para encontrarme con Encarna cargada con una bandeja. La verdad era que había recuperado el apetito y tenía hambre.

—¿Cómo estás? —preguntó entrando en la habitación.

—Mucho mejor.

—Me alegra oír eso, porque te he preparado mi plato estrella. —No dejó de hablar y ya había colocado la bandeja cerca del sillón y me había arrastrado hasta allí para que me sentara.

—Oh, madre mía. ¡Son albóndigas! —exclamé emocionada cuando vi lo que había en la bandeja.

Agarré la cuchara y me la llevé a la boca.

—Ni más ni menos —dijo Encarna con una sonrisa.

No sé qué me sucedió para que los ojos se me volvieran a llenar de lágrimas. Estaba claro que aquel día me había levantado más sensible de lo normal. Tal vez se debiera al resfriado.

Me sequé las lágrimas con rapidez; una cosa era llorar a solas y otra hacerlo delante de alguien. Encarna debió percatarse de mi incomodidad y creí que se daría media vuelta y me dejaría tranquila hasta que me repusiera, pero aquella mujer parecía regirse únicamente por sus propias reglas.

—Es bueno llorar, chiquilla. Tenemos una manía muy mala de evitarlo a toda costa y hay veces que desahogarse resulta de lo más liberador.

—Hace mucho que no lloro —confesé casi sin querer.

—Ya me lo imagino. Si te has emocionado por unas albóndigas, es que llevas conteniendo el llanto demasiado tiempo. Eso está claro.

—Me han recordado a mi madre —murmuré con un nudo en la garganta.

—Por lo que he oído, ya no está.

—No, murió hace años.

—En este rancho hay demasiada falta de madres. Esta receta me la enseñó la mía. Parecerá que, como soy vieja, ya he superado su muerte y en cierta manera así es, pero solo porque en su momento lloré mucho y hace tiempo que soy capaz de recordarla con una sonrisa, de recrearme en los momentos buenos, en todo lo que me enseñó y me dio.

—Me encantaría acordarme de ella así. —Por más que lo intenté, no pude evitar que la voz se me rompiera.

—Para llegar a eso primero hay que pasar un duelo, y me da la sensación de que tú no te lo has permitido.

Empezaba a ser consciente de que aquel parón en mi frenética vida me estaba dando el tiempo libre que necesitaba para permitirme un montón de cosas y no estaba segura de si aquello iba a ser bueno para mí.

23

Sentido de pertenencia

AITANA

Aquella mañana me levanté casi recuperada, aun así, María vino a hacerme compañía un rato, pero la eché cuando llevaba casi una hora conmigo. Hacía un día precioso y le insistí para que saliera un rato, que era exactamente lo que tenía pensado hacer yo en cuanto desayunara.

Mi intención era bajar al salón, si bien Encarna se me adelantó y me subió el desayuno; estuvo conmigo un ratito, aunque no demasiado porque debía volver a la cocina. No habían pasado ni diez minutos cuando Fernando, el padre de Abel, vino a visitarme. Llamó a la puerta con suavidad y yo me apresuré a abrirle en cuanto reconocí su voz.

—Buenos días —saludó Fernando inclinando un poco la cabeza, un gesto que me hizo gracia.

—Buenos días, Fernando.

—¿Cómo sigues? No he querido venir antes porque tu cuarto parecía una parada de metro en hora punta, pero hoy que me he

enterado de que por fin estás más tranquila, me he decidido a pasarme.

Sonreí; me enterneció que hubiera estado pendiente.

—Estoy mucho mejor. De hecho, hoy tengo pensado salir un ratito, llevo demasiado tiempo aquí encerrada —añadí haciendo un puchero dramático —. Pero pasa, no te quedes en la puerta.

—No quiero molestar, si estás ocupada o te pillo en mal momento…

—Tú no molestas nunca —declaré sin perder la sonrisa y me sorprendí a mí misma porque lo decía de verdad—. Adelante —lo invité haciéndome a un lado.

Fernando entró y le pedí que se sentara en el sillón, aunque tuve que insistir porque quería cedérmelo a mí. Antes de sentarme en la cama, cogí la cafetera que me había traído Encarna, llena hasta los topes, y le ofrecí una taza a mi inesperado invitado, que me lo agradeció con una sonrisa.

—Me han dicho que has tenido mucha fiebre —comentó antes de darle un sorbo a la bebida.

—Sí, he estado bastante regular, pero debo decir que me he sentido muy cuidada —confesé.

—Eso es importante —asintió, como si supiera de qué hablaba. Y, en cierto modo, así era—. Cuando uno se encuentra mal, se vuelve muy vulnerable y es maravilloso darte cuenta de que tienes personas a tu alrededor que se preocupan y te cuidan, y más en tu caso, que estás lejos de casa.

Me callé que en Barcelona nadie me habría cuidado, que nadie me hubiera hecho compañía ni me habría cocinado y que hubiera estado sola todo el tiempo.

—Pero dejemos de hablar de enfermedades. Cuéntame cosas sobre ti —pidió. Me miraba fijamente.

Aparté la vista, pues aquello era lo último que me apetecía. No quería mentirle a Fernando también, por lo que intenté desviar la atención.

—No tengo muchas ganas de hablar… —dije inclinándome hacia atrás como si estuviera demasiado cansada, aunque tal vez había sido demasiado buena en mi interpretación.

—Oh, vaya, quizá debería irme —dijo Fernando e hizo el amago de levantarse.

—No, no, lo que digo es que prefiero escucharte a ti —reculé para convencerlo de que no se marchara.

—Ah, pues eso sí puedo hacerlo —resolvió ensanchando la sonrisa —. Podría hablarte de Abel, ya sabes que a los padres nos encanta hablar de nuestros hijos. —No tuve claro si el retintín que sonaba en su voz eran imaginaciones mías, solo esperaba que no hubiera llegado hasta él ningún rumor sobre nosotros—. Me voy a saltar la parte de cuando era un bebé, ya sabes, no hacen nada demasiado reseñable más allá de comer, dormir y cagar. —Nada más decir aquello me vino a la mente Belén y su hermano, y sonreí—. De niño era muy vivo, con mucho interés por todo lo que le rodeaba, especialmente por los animales. Cuando todavía era muy pequeño, se levantaba temprano para acompañarme a los establos antes de ir al colegio, aunque yo le insistía en que no era necesario. Sinceramente, hubiera preferido que se quedara durmiendo porque, por una cosa o por otra, siempre la terminaba liando. —Fernando parecía absorto en sus pensamientos, como si lo estuviera viendo en ese mismo momento.

—¿Por qué? ¿Qué hacía? —pregunté, no quería perderme un solo detalle.

—Era un poco salvaje por estar siempre en el campo, ya sabes. Sin embargo, y a pesar de lo mucho que le gustaban los animales, le daban… demasiado respeto. —Arqueé una ceja, sin entenderlo del todo—. Vaya, que le daban miedo —añadió con diversión en su voz.

—¡No me lo creo! —exclamé divertida.

—Créetelo. —Asintió con firmeza—. Pasaron años hasta que fue capaz de montar a caballo y eso que mantenía contacto con ellos todos los días. Pero estos no eran los que de verdad le infundían terror… —siguió contándome, totalmente inmerso en la infancia de su hijo. Yo lo escuchaba embobada—. Todo vino de un pequeño accidente cuando tenía unos tres años: una cabra lo embistió y se cayó de culo; se dio un buen trompazo. Del golpe se recuperó rápido, pero del susto no tanto. De hecho, no sé si te has fijado que en el rancho no hay cabras.

No pude contenerme y solté una carcajada, pues no imaginaba que el *cowboy* tuviera miedo de una cabra. Era una munición muy buena para meterme con él.

—Ay, me alegro mucho de haberte hecho reír, aunque sea a costa de mi hijo. —De pronto, se puso serio y yo dejé de reír también—. Sé que no ha tenido una vida fácil, la muerte y ausencia de su madre cuando era pequeño ha sido una carencia que, por más que me lo he propuesto, resultó imposible de cubrir.

—Abel ha tenido mucha suerte de contar contigo —comenté, lo creía de corazón.

—Sí, supongo que sí. Pero también creo que le ha faltado un referente femenino. Además, no ha tenido demasiada suerte en el

amor. —Con esa frase tuvo toda mi atención—. Se enamoró perdidamente de una chica que conoció cuando estaba en Madrid. Estudiaban juntos y compartían piso. Pero cuando Abel tuvo que regresar y le pidió que lo acompañara, esta se negó a dejar la ciudad para venirse a vivir al culo del mundo. Fue un golpe duro para él. Recuerdo que, cuando regresó, tardó casi un año en volver a ser él mismo.

—¿Y no han vuelto a verse? —pregunté con sumo interés.

—Hace un tiempo apareció por el rancho, pero a Abel siempre le ha costado perdonar. —Ese comentario me provocó un pellizco en el corazón y tragué saliva—. A pesar de que entendió su decisión, no quiere decir que no le doliera. Así que la chica vino, pasó un fin de semana aquí, se marchó y nunca más regresó. —Fernando carraspeó—. Pero he venido a animarte, no a hablar de cosas tristes.

Durante la siguiente hora me estuvo contando curiosidades del rancho. Que había pertenecido a sus abuelos, cómo era cuando era pequeño, de lo aislado que se encontraba el pueblo por aquel entonces, de lo duros que resultaban los inviernos en esa época en la que no había calefacción y la electricidad llegaba a duras penas. Pero, sobre todo, hablamos de lo mucho que había cambiado desde que Abel regresó. De lo que supuso para él y para los trabajadores, pues tuvieron que contratar a muchos más, de cómo se había transformado con la llegada de los huéspedes. Hablamos de los animales, de la cantidad de años que hacía que tenían caballos. Y también de las fiestas que se hacían en el pueblo. Y justo al hablar de eso, dijo algo que me llamó la atención.

—Espero que sea verdad eso de que estás mejor, porque ya han empezado a preparar la próxima.

—¿Habrá una fiesta? —pregunté, de pronto mucho más animada.

—Por supuesto. Otra cosa no sé, pero en este pueblo hay un montón. No es tan espectacular como la de la cosecha, pero también es bonita —afirmó guiñándome un ojo—. Bueno, tengo que irme ya, he dejado cosas por hacer en el huerto. —Se levantó del sillón con una agilidad que ya querría haber tenido yo—. Aitana, ha sido un placer conversar contigo.

—Lo mismo digo. —Tal vez hacía unos días hubiera dado aquella respuesta por quedar bien, pero en aquellos momentos, y a pesar de que Fernando fuera alguien con quien tenía muy pocas cosas en común, me gustó hablar con él. Empezaba a darme cuenta de lo enriquecedor que era conversar con esas personas.

Al final decidí salir a dar una vueltecita. Me duché rápido y me vestí con las prendas más cómodas que encontré. Ya estaba prácticamente recuperada, pero al llevar tanto tiempo entre la cama y el sillón, seguía un poco chafada, aunque imaginaba que era normal después de la fiebre que había tenido.

Supongo que por eso no fui capaz de caminar demasiado, así que cuando empecé a notar que me agotaba, regresé, contenta por haber salido un ratito, por haber experimentado los rayos de sol en la cara, respirado aquel aire tan puro y contemplado el verdor del entorno.

Descansé bastante, pero a la tarde tenía ganas de salir de allí otra vez. Recordé lo que había comentado Fernando de la fiesta y decidí bajar a echar un vistazo. Cuando llegué a la puerta del salón, me

quedé allí parada, pues había un montón de personas que iban de un lado a otro.

—Hola, princesa, ¿estás mejor? Por fin has salido de tus aposentos, ¿eh? —bromeó Abel al detenerse frente a mí.

Y a mí, que ya me costaba sacarme de la cabeza el beso que nos dimos, con él delante me resultaba aún más difícil. ¿Pensaría él en ello? No había vuelto a sacar el tema ni a hacer amago de acercarse a mí, así que con toda seguridad no lo había rememorado ni una sola vez.

—Sí, ya estoy mejor —respondí, confiando en que la voz ya me sonara normal y no se percatara de que me faltaba el aire solo por haber bajado las escaleras.

—Pues venga, ponte al lío, que hay mucho por hacer —ordenó dando una palmada.

—Pero ¿qué es todo esto? —pregunté a la vez que intentaba localizar a María.

—La semana que viene celebramos la fiesta del viejo Oeste y nosotros somos los encargados de decorar las calles y la plaza. Bueno, con la ayuda de los huéspedes, claro.

—Guau, parece divertido. Ahora que lo recuerdo, es verdad que tu padre me ha comentado algo de una fiesta, pero no concretó en qué consistía.

—¿Ha ido a verte? —preguntó confuso.

—Sí y me ha contado cosas muy interesantes —añadí con una sonrisa mientras echaba a andar hacia María, que ya la había localizado—. Por cierto, Abel…

—Dime —respondió fijando sus ojos en mí.

—¿Qué problema tienes con las pobres cabras? —Solté una carcajada cuando terminé la frase y me pareció oírlo maldecir. Continué sonriendo hasta que llegué a la mesa donde se encontraba María.

—Vaya, me alegro de verte. —Y ante mi total pasmo me abrazó—. Aitana, cuando alguien te abraza, lo normal es que tú también rodees a la otra persona. No sé si sabes hacerlo, igual has perdido práctica, pero quedarte con los brazos pegados al cuerpo y ponerte rígida como una muerta da una sensación mala, la verdad —ironizó mi ayudante sin despegarse de mí y sin soltarme, por lo que no me quedó más remedio que responder al gesto. Y no fue un abrazo cualquiera, María pegó su cuerpo al mío y me estrechó con fuerzas, con ganas.

Yo me dejé hacer y pensé en el tiempo que hacía que nadie me abrazaba así —ni de ninguna otra manera—. También le di vueltas a que, si en aquel instante me estaba sentando de maravilla, no quería ni pensar en lo bien que me hubiera ido en los momentos más oscuros de mi vida poder apoyarme en alguien, tener un hombro en el que llorar.

Me aparté un poco de ella cuando empecé a sentirme extraña. Tenía una rara opresión en el pecho y los ojos se me habían nublado por las lágrimas contenidas. Definitivamente, a ese paso iba a convertirme en una llorona.

—¡Venga, vamos al lío, que hay un montón de cosas por hacer! —exclamó María, y con eso puso fin a mi incomodidad.

Eché un vistazo a mi alrededor y me di cuenta de que no solo el salón estaba lleno de personas y de cosas por montar, sino que en la

parte trasera del rancho habían habilitado un espacio para decorar los puestos donde venderían productos en la fiesta.

Nos pasamos la tarde haciendo pancartas, pintando herraduras, preparando un taller para que los niños pintasen tazas con forma de bota, pues por lo visto nos encargaríamos María y yo. Cuando quise darme cuenta, la tarde había dado paso a la noche.

Aquella noche, en el salón, no solo cenamos los huéspedes del rancho, sino que también lo hicieron vecinos del pueblo que se habían quedado hasta tarde ayudando con los preparativos. Y, en lugar de estar cada uno en su mesa, las unimos todas en una de manera que ocupaba casi el largo entero del salón. Incluso Encarna se unió a nosotros.

Me dediqué a observar lo diferente que era la vida allí. Yo, que ni siquiera conocía a mi vecino de rellano en Barcelona, y en el pueblo no solo se conocían todos, sino que también sabían dónde vivía cada uno, quiénes eran sus hijos y se interesaban por la salud de los demás. Me pareció que debía de ser bonito tener ese sentido de pertenencia. Ser miembro de una comunidad así, que se conocía y se preocupaban los unos por los otros.

24

Empezar a sentir

AITANA

La frenética actividad de los siguientes días me mantuvo ocupada y, a pesar de estar más floja de lo normal, pues aún estaba soltando el resfriado, los constantes cuidados de todos hacían que mi recuperación fuera mucho más rápida.

María y yo no tardamos en tener nuestro taller preparado, por lo que nos dedicamos a ayudar al resto, que aún no había acabado.

Los días se pasaban volando y a cada instante pensaba si lograríamos tenerlo todo listo a tiempo. Lorena nos tranquilizó; nos aseguró que todos los años ocurría lo mismo, que parecía que no lo conseguirían, pero al final terminaba saliendo.

Víctor me había llamado un par de veces para cenar juntos. Yo le había dado largas y puse de excusa que me hallaba convaleciente, pero estaba claro que a la larga no me quedaría más remedio que aceptar. Podría inventarme mil historias sobre el motivo por el que no me apetecía verlo, pero la realidad era que solo había una: Abel.

Porque por más que intentara sacármelo de la cabeza, volvía a colarse a todas horas. Y eso que todavía no habíamos hablado del

beso, y las noches en el porche transcurrían como si no hubiera ocurrido nada entre nosotros. Aunque había una cosa que no se podía obviar: la tensión. Esa química que siempre había existido entre los dos, y que, desde el beso, parecía haberse multiplicado creando una suerte de corriente cada vez que nuestros cuerpos se rozaban.

Había pensado varias veces en no volver, en quedarme en mi cuarto, en mi cama… En cambio, regresaba cada maldita noche y no solo eso, sino que me pasaba el día deseando que llegara ese momento.

Aquel día no fue una excepción. Estaba parada delante de la puerta en mi cuarto, con el pomo en la mano, mientras me recordaba que lo mejor sería que me metiera en la cama. Pero la abrí, fui a la cocina a prepararme una infusión y salí al porche tras prometerme que era la última vez.

—Buenas noches —saludé.

—Buenas noches. —-No había vuelto a llamarme princesa, por lo menos no cuando estábamos solos—. Por fin han terminado los preparativos —comentó sin mirarme.

—Sí, parece mentira que mañana ya sea la fiesta, y más que hayamos acabado a tiempo —suspiré. Me recosté en el sillón, más tranquila porque la conversación fuera tan neutral.

—Cada año ocurre lo mismo, parece que nos van a faltar cosas por hacer y siempre lo dejamos todo listo.

—Sí, eso me comentó Lorena, pero, al ser mi primer año, no sabía qué esperar.

—Con esa frase dejas abierta la posibilidad de volver en otra ocasión.

Me giré para mirarlo y descubrí que tenía la mirada fija en mí. Un nudo me atenazó la garganta y no tuve claro si sería capaz de responder.

—Es broma —dijo, como si quisiera deshacerse de esa tensión que él mismo había creado—. Ya sé que eres una mujer muy ocupada de la gran ciudad, y que tendrás mejores destinos a los que acudir que este pueblo perdido en mitad de la nada.

Aquella frase me recordó lo que su padre me había contado. A lo que le ocurrió con aquella chica de la que estaba enamorado y que decidió quedarse en Madrid en lugar de marcharse con él.

—Esto es muy bonito —dije en un intento de destensar un poco más el ambiente. Me negaba a preguntarle por ella. No quería oír de su boca lo mucho que le costaba perdonar.

—Muy bonito, sí —repitió con cierto retintín.

Permanecimos callados unos segundos, cada uno absorto en sus pensamientos, pero hacía unos días que notaba que estábamos dejando atrás esa comodidad que caracterizaba nuestros encuentros. Estaba claro que el tema se estaba convirtiendo en una barrera entre nosotros, pero ninguno de los dos parecía atreverse a dar el paso.

—Me voy a dormir —soltó de pronto, levantándose.

—Buenas noches —me despedí confusa.

—Buenas noches —respondió de camino a la puerta.

Era la primera vez desde que bajaba al porche que era él el primero en marcharse. Aquel gesto, que podía parecer una tontería, me dolió como si me hubiera rechazado abiertamente y decidí, esa vez sí, que no volvería a bajar allí.

La fiesta llegó volando, pues, entre los últimos retoques y los nervios porque todo saliera bien, nos pasamos el día yendo de un lado a otro. Supongo que por eso la tarde llegó con una rapidez aplastante y antes de que pudiera darme cuenta, nos dirigíamos a nuestras habitaciones para cambiarnos antes de marcharnos al pueblo.

Lo vi nada más entrar en mi cuarto. Alguien había dejado encima de mi cama un sombrero muy parecido al que llevaba Abel y, en el suelo, unas botas típicas de *cowboy* a juego. Sonreí pensando en que Encarna siempre estaba en todo. Más tarde le daría las gracias.

Me puse un vestido que me había comprado hacía unos días; era largo, con una gran abertura en un lateral y el escote en forma de uve que llegaba casi hasta el cinturón marrón. La tela era fina y estaba adornada con flores de diferentes tonos tierra que, por suerte, quedaban genial con el sombrero y las botas. Aunque era de manga larga, cogí una chaqueta vaquera, pues por la noche refrescaría. Me dejé el pelo suelto y me maquillé un poco. Antes de salir, me puse el sombrero y me miré en el espejo. Casi sin querer, una sonrisa escapó de mis labios. Estaba lista para la fiesta del viejo Oeste.

María y yo llevábamos casi dos horas en el taller cuando vi a Belén. Se detuvo frente a mí y se le dibujó una sonrisa enorme en la cara.

—Hoy no pareces una princesa, sino una vaquera. Pero estás guapa igual —soltó con la espontaneidad que la caracterizaba.

—Hola —me saludó la mujer que venía tras ella con un bebé en brazos—. Tú debes de ser la princesa —bromeó.

—Me temo que sí —afirmé con una mueca.

—Encantada, soy Lucía, su madre.

—Yo, Aitana, encantada. —Nos dimos dos besos y contuve las ganas de mirar al bebé, pues temía que no fuera buena idea con los ojos de Belén clavados en mí—. Venga, ve a elegir la taza y los colores que prefieras —la animé.

No tuve que decírselo dos veces. Belén ya corría hacia donde estaba todo preparado. Como era de esperar, María tuvo que acudir en su ayuda, pues la niña no sabía ni por dónde comenzar al ver tantos materiales. Ya empezábamos a conocerla y sabíamos que se dispersaba con facilidad y que también era importante acortar los tiempos.

—Belén me ha dicho que sueles estar con ella durante las sesiones en el rancho. Te ha cogido mucho cariño —me comentó Lucía.

La verdad era que en los últimos días siempre venía a buscarme cuando llegaba y me pedía que la acompañara, y yo lo hacía encantada.

—Sí, es un encanto —afirmé—. Y Abel dice que cuando estoy yo, ella se concentra más y se porta mejor. Así que intento ayudar.

—Muchas gracias —me agradeció, y yo la miré, sorprendida—. Lo está pasando mal con el bebé —murmuró.

—Lo sé —respondí, porque era una tontería negarlo.

—Es complicado para mí. Hago lo que puedo, pero José aún es muy pequeño y Belén necesita acompañamiento. Hay que estar muy pendiente de ella, pedirle cosas concretas y no más de una a la vez para que la primera no se le olvide. Necesita tener claro qué va a hacer cada día y te lo pregunta varias veces, pues se dispersa tanto que la memoria le juega malas pasadas. No es fácil, y ya sé que es feo decirlo, pero todo eso sumado a un recién nacido, hace que a

veces me encuentre desbordada. Muchas veces —rectificó con una media sonrisa, aunque no pudo ocultar la tristeza que transmitían sus ojos.

—No soy madre y no tengo ni idea de lo que supone, pero imagino que debe de ser muy complicado.

—Siempre hablan de lo bonito, ¿sabes? Y que conste que hay mil cosas maravillosas y no lo cambiaría por nada del mundo, pero pocas mujeres hablan de lo duro que es no dormir, los miedos irracionales que te embargan a cada instante, el sentimiento de culpa constante por no saber si lo estás haciendo bien… En fin… —Lucía sacudió la cabeza como si saliera de un trance—. Menudo rollo te estoy soltando, lo siento mucho.

—No pasa nada. Que no sea madre no quiere decir que no empatice contigo. Además, estoy convencida de que lo estás haciendo maravillosamente bien; si no fuera así, ni siquiera te cuestionarías tantas cosas. —Nada más decir aquello, pensé en que si hace un mes llegan a decirme que estaría en una fiesta en un pueblo perdido, dando consejos a una madre agobiada, me hubiera reído. Mucho.

—Gracias por escucharme —añadió Lucía y giró la cabeza como si buscara a alguien—. Voy a dejar al bebé con su padre y vuelvo a ayudar a Belén.

—Aquí estaremos —le respondí antes de que se alejara.

Me acerqué a Belén, que se encontraba la mar de concentrada pintando la taza de bota en un tono rosa chicle.

—Te está quedando muy bien —la animé.

—Muchas gracias, se la voy a regalar a mamá.

—Seguro que le hace mucha ilusión.

—Sí, ¿sabes? Hemos estado hablando y me ha dicho que, aunque no pueda estar tanto tiempo conmigo, me quiere igual que antes y que eso no lo va a cambiar nada ni nadie, ni nunca ni jamás —enfatizó con tanto ímpetu que tuve que sonreír. Pero no me dejó responderle porque enseguida añadió—: Me gustaría pintar otra, ¿puedo?

—Claro que sí —le dije.

Su madre no tardó en llegar, se sentó junto a ella y yo me aparté para dejarlas solas.

Un rato después, cuando ya se secó la pintura de las tazas, vinieron a enseñármelas.

—Vaya, Belén, ¡te han quedado muy bien! —exclamé, agachada para quedar a su altura.

—¿Verdad? Esta es para ti —dijo tendiéndome una de las dos tazas que había pintado, esa con un montón de colores.

—¿Para mí? —pregunté perpleja; desvié la mirada hacia su madre.

—Sí. He pintado un arcoíris para que, si un día estás triste, lo mires y te pongas contenta. —Me entraron unas enormes ganas de abrazarla y, para mi absoluta sorpresa, eso fue lo que hice.

—Gracias —le murmuré al oído mientras ella me apretaba fuerte.

El abrazo duró poco porque Belén se cansaba rápido, pero a mí me sentó de maravilla.

—Vamos a dar una vuelta. Que lo paséis bien —se despidió Lucía.

—¡Adiós, princesa! —gritó Belén, que ya corría hacia uno de los puestos.

La contemplé mientras se alejaba, con la taza entre las manos, apretándola contra mi pecho como si de un tesoro se tratara. Y es que un poco sí lo era.

Nuestro taller fue el primero en cerrar puesto que a los niños, a aquellas horas de la noche, les tocaba irse a dormir. María y yo lo recogimos todo y nos fuimos a picar algo, porque después de habernos pasado toda la tarde allí, nos había entrado hambre.

Paramos frente a un chiringuito que hacía bocadillos de pollo con una receta antigua que parecía ser el secreto mejor guardado de aquel pueblo, pues nadie soltaba prenda.

Nos sentamos con la cena y un par de cervezas en un banco que milagrosamente estaba vacío. Observé a mi alrededor: los puestos de comida y de venta de objetos, que habíamos tardado tanto en decorar y que habían quedado la mar de bien, se veían estupendos todos juntos, haciendo que la decoración del viejo Oeste cobrara sentido. Las banderillas recorrían todo el pueblo, en la plaza habían colocado unas luces que se unían en el centro y que le daban un precioso aire festivo. Y todo el mundo, vestido por completo o con algún complemento de vaqueros, terminaba de ponerle la guinda a aquella fiesta.

Lorena no tardó en unirse a nosotras y se sentó junto a María; me fijé en que le puso una mano en el muslo y le dio un apretón. No le había preguntado a mi ayudante qué tenía exactamente con Lorena, porque si ella no me lo había contado, yo no era nadie para meterme. Por eso no entendí qué me llevó a hacer el siguiente comentario.

—Hacéis una pareja preciosa —expresé, así, como quien habla del clima. Era verdad que lo pensaba, pero de ahí a largarlo sin filtro…

—¿Verdad que sí? —respondió María y Lorena le dio un manotazo en broma en el brazo.

Ese era uno de los aspectos que envidiaba de ella, la naturalidad y el desparpajo con el que hablaba de ciertas cosas que para otras personas resultaban incómodas.

—Más o menos igual de bonita que la que hacéis Abel y tú —añadió de repente y a mí me faltó poco para atragantarme con la cerveza.

—¿Qué pasa conmigo? —dijo una conocida voz cerca de nosotras; quise que el suelo me tragara, porque estaba segura de que mi ayudante no iba a callarse.

—María comentaba la buena pareja que hacéis Aitana y tú —añadió Lorena, siguiéndole el juego a la otra.

Yo le di un bocado enorme al bocadillo para no tener que hablar y, en cuanto lo saboreé, quise morirme. ¡Aquello picaba horrores! Me levanté de golpe y me puse a dar vueltas en círculo. La boca me abrasaba y me bebí la cerveza de un trago, pero, a pesar de que me calmó un poco, no se me fue del todo.

—Espero que eso no sea un baile de ciudad y te pongas a hacerlo en medio de la pista —bromeó Abel.

—Pero ¡¿qué mierda lleva esto?! —exclamé casi gritando y Abel estalló en carcajadas.

—No me digas… No me fastidies… Que… —Debido a la risa, no era capaz de terminar ni una sola frase.

—Lo que Abel trata de decir es que nadie se pide ese bocadillo sin insistir en que no lleve picante y aun así, pica. No quiero ni imaginarme cómo tiene que estar así tal cual —explicó Lorena señalándome con la cabeza.

—¿Qué les pasa a todos en este pueblo? —dijo María, que apartó el suyo a un lado y me tendió su cerveza.

—Gracias —dije dándole un sorbo, pero ni con esas; parecía tener la lengua en carne viva.

Justo cuando le estaba devolviendo el vaso, empezó a sonar la música y Lorena soltó un gritito que hizo que me sobresaltara.

—Ay, me encanta esta canción, ¿vamos? —nos pidió.

Yo las miré a las dos y a Abel sin poder creerme que estuvieran hablando en serio.

—No tengo ni idea de cómo se baila esto —dijo mi ayudante por mí y yo respiré aliviada, porque por lo visto no era la única que no estaba dispuesta a salir a la pista.

—No pasa nada, yo te enseño —propuso Lorena emocionada y la cogió de la mano para que se levantara del banco.

María resopló, pero se dejó hacer y las dos juntas se dirigieron a la pista donde sonaba una música country.

—¿Te animas? —preguntó Abel y, al igual que había hecho Lorena, me tendió la mano.

Me sabía mal rechazarlo, aunque la verdad era que no me apetecía lo más mínimo hacer el ridículo delante de él. Otra vez.

—Es que no tengo ni idea de cómo se baila —repetí.

—No te preocupes, esperaremos a que toquen una lenta y bailaremos como se baila todo —bromeó alzando las cejas varias veces y sonriendo, y fui incapaz de resistirme.

Caminamos cogidos de la mano y esperamos hasta que la canción terminó y, tal y como había dicho Abel, empezó una lenta.

—¿Vamos? —susurró tirando de mi mano.

Nos quedamos en un lateral y Abel colocó las manos en mi cintura para atraerme hacia él y pegarme a su cuerpo. Aunque no estaba muy segura, le rodeé el cuello con los brazos y aquel acercamiento

me recordó a la noche del beso. No habíamos vuelto a estar tan cerca ni tan pegados desde entonces. Más bien al contrario, Abel parecía haber querido guardar las distancias conmigo.

Pero no parecía que quisiera seguir haciéndolo.

Colocó una mano bajo mi barbilla, me hizo mirarlo y, cuando nuestros ojos se encontraron, sonrió y la devolvió a mi cintura. Yo, en cambio, estaba nerviosa; tuve que tragar saliva.

Me invadió un anhelo, unas ganas inmensas de besarlo y, cuando noté sus pulgares acariciando mi espalda a través de la fina tela del vestido, estuve a punto de jadear. Eso por una simple caricia, como si tuviera quince años.

Abel curvó los labios, muy consciente de lo que despertaba en mí, y yo me agobié. Me agobié porque no parecía tener ninguna intención de volver a besarme, me angustié porque, con toda seguridad, todo eso era solo cosa mía. Él no parecía para nada afectado y me acojoné. Estaba empezando a sentir cosas por él que no sabía manejar, cosas que no solo abarcaban el deseo, pero que hacía mucho que no sentía. Imagino que por eso di un paso hacia atrás, balbuceé una especie de disculpa y salí de allí casi corriendo.

Y no dejé de hacerlo hasta que llegué a la casa grande.

25

Vivir sin miedo

ABEL

Había estado observando a Aitana a lo lejos desde hacía rato, como si fuera un puto acosador. La vi en el mismo instante en que llegó a la fiesta. Mientras estaba en el taller pintando tazas, rodeada de niños, me fijé en la enorme sonrisa que tenía y en que nunca la había visto tan contenta. Me resultaba imposible despegar los ojos de ella. Estaba preciosa y, tal y como imaginé, aquel sombrero le sentaba de maravilla.

Llevaba días sin sacármela de la cabeza. Verla enferma y tan vulnerable me hizo darme más cuenta aún de la cantidad de capas que la cubrían, pero también fui testigo de cómo habían ido cayendo una a una y, eso, unido al recuerdo del beso que tenía grabado a fuego, hacía que dejar de pensar en ella fuera literalmente imposible. Lo intenté todo: mantenerme ocupado, evitarla, volver a hablar con ella, actuar con normalidad como si nada hubiera pasado... Y nada había funcionado. Sabía que volver a besarla era una idea de mierda, y que querer algo más solo me traería complicaciones, pero entonces, al estrecharla entre mis brazos

mientras bailábamos, me llené de contradicciones. Por un lado, quería acercarla más, pegarla tanto que notase cada curva y cada relieve de su cuerpo, pero por otro… Solo había que echarle un vistazo a Aitana para saber que era una mujer de ciudad, una urbanita en toda regla. ¿Encajaba bien en el pueblo? Sí, pero solo porque era temporal, porque estaba pasando allí unas semanas de vacaciones y después regresaría a su casa, a su vida, y los recuerdos que se llevara de aquí quedarían en simples anécdotas. No quería y no podía permitirme sentir nada por ella, ni siquiera ese maldito deseo que iba a terminar conmigo.

Estaba tan absorto en mis pensamientos, mirándola, que cuando se soltó de mi agarre y salió corriendo, yo no supe reaccionar y me quedé parado en medio de la plaza sin apartar la vista del lugar por donde había desaparecido.

Cuando me di cuenta, la canción había terminado y yo seguía allí quieto, como si fuera imbécil.

Lo primero que hice fue llamarla al móvil, pero saltó directamente el buzón de voz. Decidí no avisar a Lorena y a María, pues estaba seguro de que se alarmarían y, lo peor, querrían venir conmigo a buscarla, y yo necesitaba hablar con Aitana a solas. En su lugar, les mandé un mensaje para decirles que volvía un momento al rancho y que, si hacía falta, regresaría para recogerlas.

Di una vuelta por los alrededores, a pesar de estar convencido de que no la encontraría allí. Estaba casi seguro de que Aitana había vuelto a casa y me moría de ganas de regresar a comprobarlo, ya que a pesar de que el rancho se encontraba relativamente cerca, el camino no estaba demasiado iluminado. Pero debía asegurarme.

Después de estar buscándola unos veinticinco minutos sin dar con ella, me dirigí al coche y conduje despacio por si la veía por el camino, pero si lo había hecho a la velocidad que salió de la plaza, ya debía de estar allí.

Cuando llegué, no había ni rastro de ella. Esperaba encontrarla dentro o empezaría a preocuparme de verdad.

Salí del coche y subí los escalones del porche de un salto; estaba a punto de llegar a la puerta cuando una voz me sobresaltó.

—Ya me puedes estar contando por qué habéis vuelto tan pronto de la fiesta, y encima por separado —soltó Encarna, que se encontraba sentada en uno de los sillones.

—¿Está aquí? ¿Aitana está aquí? —pregunté impaciente.

—Sí, ha llegado hace nada.

Suspiré aliviado y estaba a punto de entrar cuando las siguientes palabras de Encarna me detuvieron.

—Ven aquí —murmuró dando unos toquecitos en el asiento de al lado. Sabía que aquello era una orden en toda regla, así que no me quedó más remedio que hacerle caso, aunque protesté un poco, por supuesto.

—No es un buen momento, quiero hablar con Aitana y no creo que…

—No te preocupes, no voy a entretenerte mucho rato —me cortó —. ¿Qué hay entre vosotros dos?

La pregunta me dejó un poco descolocado, pues Encarna no era de las que se metían ni en mi vida privada, ni en la de nadie.

—No hay nada —solté sin pensar y ella clavó sus ojos en mí.

—¿Te piensas que soy idiota? Os pillé a puntito de comeros bajo la lluvia. Desembucha, muchacho.

—Eso fue lo único que ocurrió entre nosotros. No hay más —repuse.

Encarna se recostó sin dejar de mirarme.

—Yo tengo toda la noche, eres tú el que parece tener prisa.

—Es que no sé qué decirte. ¿Siento atracción por ella? Sí —confesé, porque era absurdo negarlo—, pero eso no quiere decir que me haya enamorado ni nada por el estilo. Además, Aitana se irá a la ciudad y yo me quedaré aquí…

Encarna chasqueó la lengua.

—Ahora hemos llegado al quid de la cuestión —declaró—. No es que no sientas nada más, es que estás cagado —enfatizó, haciéndome quedar como un niño— de miedo, porque piensas que va a actuar como lo hizo Bea, que elegirá la ciudad…

—¡Pues claro que elegirá la ciudad! Vive allí.

—Es muy probable, sí, pero eso no es excusa para no permitirte sentir.

La verdad era que me cabreó un poco la forma tan simplista en la que Encarna enfocó las cosas, por eso no pude evitar echarle en cara lo que llevaba años pensando.

—Por eso tú te arriesgas con mi padre y te permites sentir…

—Ah, no, bonito, es mejor que no vayas por ahí —espetó alzando el dedo índice.

—¿Por qué? ¿Porque he dado en el clavo? —solté con prepotencia.

—No, la realidad es justo lo contrario, y precisamente por eso te estoy diciendo esto.

—No te entiendo.

—No, claro que no —suspiró, pero, a pesar de que no me lo merecía, siguió hablando—: Mira, Abel, me divorcié del padre de

Lorena hace ya muchos años. Ya sabes que fue un divorcio amigable y que nunca hemos tenido problemas, pero si decidí dar ese paso fue porque antepuse mis necesidades, lo que yo quería o sentía, a lo que la sociedad esperaba de mí. Y no te engañes, no tomé aquella decisión a la ligera. Lorena era pequeña y fue muy complicado para mí, pero siempre me he considerado una mujer valiente, por eso no puedo esperar otra cosa de la persona con la que decida compartir mi vida.

—Ya no estamos hablando del padre de Lorena, ¿verdad?

—No, estamos hablando del tuyo. De que soy consciente de que lleva años rondándome, pero por una cosa o por otra no se decide y no pienso ser yo quien le facilite la tarea. Si quiere algo conmigo, que tenga el valor de pedírmelo. Y eso es justo lo que tienes que hacer tú con Aitana.

—No tiene nada que ver.

—¿Por qué?

—Porque ella se marchará.

—Yo puedo morirme mañana y, sorpresa, tú también. No puedes dejar de hacer cosas por miedo, y mucho menos dejar de sentir.

Me quedé unos segundos meditando lo que Encarna acababa de decirme. Siempre me gustó hablar con ella, me hacía ver las cosas desde otra perspectiva, pero seguía teniendo reticencias.

—¿Y si termino enamorándome y ella decide marcharse? —murmuré sin mirarla.

—Pues aquí tendrás un hombro en el que llorar, pero ¿no será mejor todo lo que te llevarás si das el paso a que se marche sin haberlo vivido?

Entendía bien lo que quería decir y no le faltaba razón, aunque no creía que fuera tan fácil.

—Gracias —murmuré.

—De nada. —Sonrió—. Ahora sube y habla con ella. ¡Vamos, que como no te des prisa, la vas a pillar durmiendo! —me apremió, como si no hubiera sido ella la que me estaba retrasando.

Me puse en pie, pero antes de irme le dije:

—Sabes que mi padre está loquito por ti, ¿verdad?

—¡Pues que me lo diga! —exclamó tajante cruzándose de brazos.

Yo sonreí y pensé que debía tener una conversación muy seria con él, pero antes debía resolver mis propios asuntos.

Subí los escalones pensando en lo que iba a decirle, en el tono que utilizaría, en el mejor modo de enfocarlo.

Cuando llamé a su puerta, me temblaban las manos y las metí en los bolsillos a la vez que intentaba relajarme. Me ponía más nervioso por momentos.

Nadie contestó y no se oía ningún ruido. A lo mejor Encarna tenía razón y Aitana ya se había quedado dormida. Me dije a mí mismo que volvería a llamar y que si no me abría, me marcharía y ya hablaría con ella a la mañana siguiente.

Esperé, y cuando estaba a punto de irme, la puerta se abrió. Aitana llevaba un camisón que ya había visto antes, aquella vez que la contemplaba bajo su balcón. Si en aquella ocasión ya me pareció impresionante, verlo de cerca fue otra historia: con tanto encaje, tan corto, tan ceñido a su piel que no sabía dónde mirar primero. Di un paso hacia delante casi sin darme cuenta y luego otro, hasta que entré en su cuarto y cerré la puerta tras de mí.

Olvidé todo lo que me había propuesto y casi hasta mi nombre cuando clavé los ojos en los suyos. La agarré de la cintura y la atraje hacia mí sin dejar de mirarla. Después, uní mis labios a los suyos y me embargó una tranquilidad que hacía días que no sentía; un deseo tan grande que creí que me devoraría por dentro.

26

¿Lo hacemos a tu manera?

AITANA

Agradecí no llevar puestos los tacones de aguja mientras caminaba de regreso al rancho. Casi no me dio tiempo a percatarme de lo oscuro que estaba el camino, seguramente por lo alterada que me sentía, pero quedaba bastante cerca y no tardé en llegar.

Cuando apareció ante mí, volví a quedarme sin respiración y me detuve unos instantes para recrearme en aquella visión. El cielo nocturno estaba despejado y la luna, unida a las luces encendidas del porche, iluminaban el paisaje y ofrecían una estampa espectacular. Desde el primer día me había parecido un lugar precioso y, en aquel momento, me terminó de enamorar. Imagino que en parte también sería porque ya lo conocía por dentro, pero me resultó un lugar tan acogedor, tan cálido a pesar de sus dimensiones… Crecer y envejecer allí debía de resultar una experiencia maravillosa.

Reanudé el paso con lentitud sin apartar los ojos de la casa. Me detuve frente al porche que, para mí y por más de una razón, era la joya de aquel lugar.

Estaba tan absorta contemplándolo que tardé más de la cuenta en percatarme de que Encarna se encontraba allí, sentada en uno de los sillones.

—Buenas noches, muchacha —saludó y yo me sobresalté.

—Buenas noches. Me has asustado, no te había visto —dije llevándome una mano al pecho, en un intento de calmar los latidos acelerados de mi corazón.

—Es que parecías absorta mirando a tu alrededor.

—Sí, me he quedado embobada —reconocí.

Encarna miró detrás de mí como si esperara a alguien.

—No me digas que has venido sola —comentó con preocupación cuando comprobó que no me seguía nadie.

—Sí. Ya no tenía más ganas de estar en la fiesta y el rancho tampoco está tan lejos —solté de carrerilla, como si tuviera la respuesta preparada.

—Lejos no, pero oscuro sí.

—Sí, es que no quería molestar a nadie —resolví con rapidez—. Me voy a dormir, que estoy cansada —mentí.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, sí, solo tengo sueño.

—Claro, claro. Buenas noches, Aitana.

—Buenas noches, Encarna.

Sabía que no se había creído ni una palabra de lo que le había dicho, pero agradecí que me dejara marcharme sin interrogarme.

Cuando llegué a mi cuarto, intenté mantener la mente en blanco. Me puse el pijama y, por primera vez en varios días, volví a hacer mi rutina de *skincare*. La verdad es que me notaba la piel muy bien, pero quería alargar el momento. Sabía que, en cuanto me metiera

en la cama, me pasaría toda la noche dándole vueltas a lo que me había sucedido. Cuando terminé, guardé todos los productos en el neceser e intenté postergar aún más el irme a dormir. Cogí el vestido y lo colgué bien en el armario; alineé las botas en el zapatero hasta que estuvieron al mismo nivel que el resto de los zapatos. Me aseguré de que la puerta del balcón estuviera cerrada y corrí las cortinas, esforzándome en que quedaran centradas.

Por fin me di cuenta de que parecía una loca, así que, con un suspiro, me dirigí a la cama. En un último intento, miré el correo por si había recibido algo interesante, pero teniendo en cuenta que había delegado casi todos los casos y que mantenía al tanto a mi jefe de forma regular, solo tenía publicidad, que fui eliminando una a una.

Con la esperanza de estar lo suficiente cansada, dejé el móvil y apagué la luz. Sin embargo, aún no me había acomodado cuando unos golpes en la puerta me sobresaltaron.

Supe que se trataba de él sin necesidad de verlo y me pregunté si no había estado esperando a que apareciera. Encendí la lámpara de la mesita y me levanté, aunque no sabía si dejarlo entrar sería una buena idea. La segunda vez que llamó, volví a dar un respingo, pero me dije que era el momento de afrontar la situación y, al fin, me dispuse a abrir.

Me quedé ahí, parada frente a él, sin saber qué decir o qué hacer, más nerviosa de lo que recordaba haber estado en años. Fui incapaz de moverme cuando entró en mi habitación y seguí sin hacerlo cuando empezó a acortar la distancia que nos separaba, o cuando me acarició la mejilla con delicadeza justo antes de unir sus labios a los míos. Menos mal que logré reaccionar y responder al beso, que

empezó siendo suave, pero que no tardó en llegar al punto casi exacto en el que lo habíamos dejado la última vez.

Le rodeé el cuello con los brazos para atraerlo más hacia mí y profundizar aún más. Abel jadeó y yo absorbí su respiración. Avanzamos, como pudimos y sin separarnos, hasta que mis piernas dieron con el borde de la cama. Entonces Abel rompió el beso, y yo estuve a punto de protestar hasta que su boca se posó justo detrás de mi oreja, en ese punto que conseguía volverme loca, y fue bajando, despacio, por mi cuello.

—No sabes las ganas que tenía de hacer esto —siseó sin apartar los labios de mi piel, que estaba erizada desde que me besó.

Cuando llegó a mi hombro, me bajó el tirante del camisón y lo deslizó hasta dejar uno de mis pechos al descubierto. Contuvo el aire y fijó los ojos en mi pezón, que ya hacía rato que estaba enhiesto. Colocó una mano sobre él y yo contuve un gemido. Lo acarició con suavidad, trazando círculos a su alrededor, pero sin llegar a tocarlo. Cuando estuve a punto de quejarme, lo cubrió con la boca, y entonces sí gemí.

Abel pegó más mi cuerpo al suyo sin apartar las manos ni los labios. Estaba tan concentrada en lo que le hacía a mis tetas con la lengua que, cuando quise darme cuenta, mi camisón descansaba a mis pies y solo llevaba puestas unas simples bragas.

Noté el frío de inmediato cuando él dio unos pasos hacia atrás para contemplarme.

—¡Joder, Aitana! No sé ni por dónde empezar —masculló sin apartar los ojos de mí y se lamió los labios. Parecía un hombre hambriento.

Volvió a acortar la distancia que nos separaba. Había algo salvaje en su mirada, pero al detenerse frente a mí me regaló una de esas medias sonrisas canallas que tanto me gustaban.

Me tumbó con suavidad en la cama y me alzó las piernas para desprenderse de las bragas. Fui muy consciente de que él no se había quitado ni una sola prenda y yo ya estaba completamente desnuda.

—Espera un momento —pedí y el me soltó automáticamente—. ¿Por qué yo estoy desnuda y tú llevas puesta toda la ropa?

—¿Quieres desnudarme, princesa? —preguntó sin perder esa sonrisa.

—Sí —respondí escueta mientras me ponía de pie y llevaba las manos hasta el botón de sus pantalones para desabrocharlo sin pensar. La sonrisa se le borró de golpe y entonces fui yo la que sonreí.

Le quité la camisa y la camiseta, pero cuando estaba a punto de bajarle los pantalones, me agarró las manos y no me dejó continuar.

—Un momento, princesa, déjame hacer esto a mi manera.

—¿Y si no quiero? —protesté por lo mandón que se había puesto.

—Si en diez minutos no logro que estés de acuerdo, lo haremos como tú quieras.

No me pareció mala idea, así que cuando volvió a tumbarme en la cama, no protesté. Y menos aún cuando lo vi arrodillarse y acercarme hacia él. Empezó besándome los tobillos y fue subiendo poco a poco hasta detenerse en la parte interna de mis muslos. No me hizo falta suplicarle demasiado, no tardó en colocar la boca justo donde más la necesitaba. No pude contener el jadeo, ni el primero ni los que vinieron después. Cuando un cosquilleo familiar me subió

por la columna y los primeros espasmos de algo muy bueno empezaron a invadirme, el muy imbécil levantó la cabeza.

—¿Paro y lo hacemos a tu manera? —dijo con ironía y yo estuve a punto de matarlo.

Menos mal que no esperó respuesta y yo no tardé en volver al mismo punto en el que lo había dejado. Y, antes de darme cuenta, un orgasmo devastador me sacudió; fue tan intenso que me sorprendió.

Me costó recuperar el aliento y no reaccioné hasta que noté que Abel se tumbaba junto a mí.

—¿Bien, princesa? —preguntó aun sabiendo la respuesta.

—Muy bien —respondí con la voz todavía entrecortada.

—Ver eso ha sido todo un espectáculo. Gracias.

—No, gracias a ti —bromeé yo esa vez, y los dos sonreímos, aunque no tardé en dejar de hacerlo, pues al mirar su sonrisa solo pude centrarme en sus labios y en las enormes ganas que tenía de volver a besarlo. Y eso fue justo lo que hice. Me lancé a por su boca con las ganas intactas, como si no acabara de tener uno de los orgasmos más espectaculares de mi vida, pero es que quería más. Lo quería a él.

Le quité el pantalón casi a zarpazos y él volvió a detenerme.

—¿Vas a dejar que te desnude de una vez? —protesté.

—Nada me gustaría más, princesa, pero tómatelo con calma. Verte perder el control me está descontrolando a mí.

No le hice el menor caso, le bajé el vaquero junto con los calzoncillos y me puse a horcajadas sobre él. Cogí su miembro y Abel jadeó, pero justo cuando lo tenía colocado en mi entrada, me sujetó la mano.

—¡Para, para! —casi gritó y yo me detuve en seco—. En el bolsillo trasero de mi pantalón hay un par de condones.

Ni siquiera le pregunté por qué los llevaba, es que no podía creerme que no hubiera pensado en eso. ¿En quién demonios me convertía cuando Abel estaba cerca? ¿Cómo era capaz de perder el control así?

Bajé y cogí los preservativos. Dejé uno en la mesita de noche y abrí el otro.

Abel estaba mirando al techo y, por eso, cuando se lo puse en la punta y lo terminé de desenrollar con la boca, no lo vio venir.

—¡Jo-der! —exclamó partiendo la palabra en dos y doblándose ligeramente.

Esta vez fue él el que me acercó y me besó, y también se introdujo en mí de una sola embestida.

Yo gemí y él gruñó. Me despegué de sus labios para coger el ritmo que más me gustaba, primero más lento hasta encontrar la cadencia ideal. No me faltaba demasiado para volver a correrme cuando roté las caderas y él colocó las manos sobre ellas, como advirtiéndome que fuera despacio, pues sabía que no le quedaba mucho. Yo sonreí y volví a hacerlo. Él llevó una mano hacia la unión de nuestros cuerpos y me acarició allí donde más lo necesitaba. Apenas tardé unos pocos segundos en romperme en mil pedazos y, cuando aún sentía los temblores recorriendo mi cuerpo, él se dejó ir.

Nada más abrir los ojos, un millón de imágenes invadieron mi mente. Imágenes de mi cuerpo y el suyo desnudos, de recorrernos la piel con la boca, de los besos, de su olor, de su calor.

No recordaba haberme acostado con nadie con quien tuviera aquella química, aquella complicidad y, sobre todo, esa confianza que me hacía sentirme lo suficientemente cómoda como para decirle, sin pensarlo dos veces, lo que me gustaba y lo que no, y pedirle que él también me lo dijera. Nos reímos a carcajadas cuando una postura se nos resistió y terminamos cayéndonos de la cama, y aquello también fue extraño, porque nunca me había reído con nadie en un momento así.

Sonreí porque, por más que me hubiera repetido que aquello no era una buena idea (y no lo era), había resultado ser una noche maravillosa y por una vez en mi vida no quería empañarla pensando en todo lo que no estaba bien.

Sin embargo, a medida que me iba girando para verlo, la sonrisa se fue desvaneciendo de mi rostro hasta no quedar ni rastro de ella. En el lado de la cama donde Abel se había quedado dormido hacía unas horas, ya no había nadie.

Estiré la mano para tocar las sábanas aun sabiendo lo que iba a encontrar. Estaban frías.

Hacía rato que se había marchado. Se había ido sin despedirse. Y con eso todos mis buenos propósitos de no pensar se vinieron abajo. ¿Y si para él aquella noche solo había sido un polvo? ¿Y si no le había gustado? ¿Y si se arrepentía de lo que había ocurrido entre nosotros? ¿Y si yo había hecho algo mal? (Pensamiento de mierda donde los haya, pero no pude evitarlo). ¿Por qué ni siquiera se había despedido?

Y así estuve la siguiente hora, haciéndome preguntas para las que no tenía respuestas y alzando otra vez aquellos muros con los que me había acostumbrado a vivir.

27

Hacer las cosas mal

AITANA

En un principio pensé en quedarme encerrada en mi cuarto el resto de mi vida, pero el estómago me recordó que la noche anterior no había cenado (solo le había dado un mordisco al bocadillo infernal) y que estaba muerta de hambre.

Mientras me duchaba y me vestía para bajar a desayunar, fui reconstruyendo mi fachada para intentar apartar a Abel y a lo que había hecho con mi mente. Le quité importancia a base de repetirme que solo había sido una noche de sexo, que me iría a mi casa, que no era para tanto… Cuando llegué al cuarto de María, ya estaba casi repuesta, al menos en el exterior.

Por más que llamé a la puerta —no me apetecía nada desayunar sola—, nadie respondió. Bajé al salón esperando encontrarla allí, pero tampoco estaba.

Me senté en nuestra mesa de siempre rogando que nadie quisiera conversar conmigo, pues de lo único que tenía ganas era de terminar de comer y salir a que me diera un poco el aire.

Dejé el móvil sobre la mesa y me cubrí la cara con las manos. Por más que lo intentara, por más que me lo propusiera, no podía dejar de pensar en él. ¡Maldita sea!

Como si lo hubiera invocado, oí su voz muy cerca de mí.

—Buenos días, princesa —saludó como si no hubiera ocurrido nada, como si no hubiera estado dentro de mí, como si no se hubiera largado por patas mientras yo dormía.

—Buenos días —respondí seca.

—Yo…

No pudo continuar hablando porque me sonó el teléfono.

Lo miré solo para comprobar que se trataba de Víctor. Dudé si cogerlo o no estando Abel presente, hasta que recordé que seguramente para él lo que había ocurrido entre nosotros fue solo un polvo de una noche, algo sin importancia.

—Buenos días, Víctor —saludé sin mirar al *cowboy*, que seguía junto a mi mesa. Víctor quería verme para hablar de cómo iban las cosas y lo vi como la oportunidad perfecta para escapar—. Sí, me va bien quedar ahora. No, no, no estoy haciendo nada interesante —respondí y sentí, más que vi, la tensión que se apoderó de Abel—. Perfecto, hasta ahora. —Y colgué.

Sabía que no había sido correcto ni profesional quedar con Víctor estando el otro presente, pero no pude evitarlo. Quería que viera que no me había afectado en absoluto, ni lo de anoche ni lo de esa mañana.

Mi mirada impactó con la de Abel, y me estremecí. En sus ojos no había ni un ápice de la calidez que me mostraron la noche anterior.

El primero en desviar la vista fue él. Se dio media vuelta y se marchó sin despedirse. Parecía que iba a tomarse aquello como una

costumbre.

Me tomé un café y unas tostadas lo más rápido que pude, pues quería salir de allí cuanto antes. Necesitaba tomar distancia del rancho y, sobre todo, de él.

Nada más aparcar el coche me di cuenta de que no tenía ningunas ganas de ver a Víctor. Seguramente, si no llega a estar Abel delante y si no hubiera tenido tantas ganas de marcharme de allí, habría declinado su invitación, pues tampoco tenía nada nuevo de lo que hablarle. Sabía que debería centrarme en el caso, que, aunque desde el bufete aún no me hubieran dicho nada, tendría que seguir recabando pruebas en vez de acostarme con el dueño del rancho sobre el que recaía la demanda.

Suspiré. De nada servía ya lamentarse.

Víctor me estaba esperando en la terraza de un bar. Hacía un día soleado y a pesar de que había cogido una chaqueta, se estaba bien en la calle.

—Hola, Víctor —lo saludé.

Cuando levantó los ojos para mirarme, recordé el beso que me dio la última vez; no pude evitar comparar y darme cuenta de lo poco que se parecía al de Abel y en lo diferente que me sentía yo con uno y con otro. Y, aunque hacía tiempo que lo sabía, fue curioso comprobar que lo que el *cowboy* despertaba en mí no lo había sentido nunca por Víctor, ni siquiera en los momentos en los que creí estar más pillada por él.

—¿Qué tal, Aitana? —preguntó sin esperar contestación, pues apenas había levantado la mirada del móvil que tenía entre las

manos.

Desde luego, no podría decirse que dejara huella en los hombres, porque Víctor ni me miraba y Abel salía corriendo de mi cama a las primeras de cambio.

Me senté junto a él y cuando el camarero trajo la botella de agua que pedí, Víctor aún no había apartado los ojos de la pantalla.

—Dame un segundo, Aitana, que ya termino. —Me sorprendió que se hubiera dado cuenta de que yo seguía allí. Acabó de teclear algo y dejó el móvil encima de la mesa antes de, por fin, dirigir la mirada hacia mí—. ¿Qué tal todo? ¿Algo nuevo por el rancho?

Por lo visto aquello era una reunión de trabajo y quería que quedara claro desde el principio. Sin problema, eso podía hacerlo.

—Va todo bien. No hay más novedades que las que ya te conté, no es tan fácil pillarlos con las manos en la masa y encima conseguir las pruebas que los inculpen.

Intentaba hablar como si no se tratara de las personas que vivían en aquella casa, como si no conociera de nada a Lorena, a Encarna, a Fernando o a Abel, como si no me afectara, pero no lo conseguí, pues notaba que me estaba agobiando. Imagino que Víctor interpretó mal mi turbación y lo achacó a que era él quien me estaba presionando, así que decidió cambiar de tema, algo que agradecí. Hablamos del instituto y de lo bien que lo pasamos. Por aquel entonces yo no lo sabía, pero aquella fue la mejor época de mi vida, pues aún tenía a mi madre conmigo.

—¿Te acuerdas de la fiesta de fin de curso? Madre mía, la que liaste, si es que ya por aquel entonces eras de armas tomar —dijo soltando una carcajada, y yo lo miré incrédula.

Porque no fue gracioso, ni por asomo. Dos alumnos de la otra clase me siguieron hasta el lavabo y mientras uno aguantaba la puerta, el otro se dedicó a insultarme. Por lo visto, no le sentó demasiado bien que lo rechazara y no quisiera salir con él. Lo peor vino cuando me puso las manos encima e intentó levantarme la camiseta. Forcejeé, no quería que me tocara. Le grité que me dejara tranquila, aunque no sirvió de nada porque me agarró un pecho con fuerza. Entonces, cuando vi que nada de aquello funcionaba recurrí a medidas más drásticas.

Ya no recordaba mucho, pero por aquel entonces llevaba tiempo yendo a clases de taekwondo, así que terminé por romperle la nariz a él y dándole una patada en las pelotas al que sujetaba la puerta.

Se montó un buen revuelo, y más cuando los padres de uno de ellos fueron a hablar con el director para que me expulsara por agresión.

Cuando regresé a casa llorando y le conté a mi madre lo que había ocurrido, esta fue directa al instituto. Al final, expulsaron a los dos varios días, pero yo tuve que seguir viéndoles la cara y aguantando sus insultos otro curso más. No, no fue nada divertido y no pensaba callarme.

—No sé dónde le ves la gracia —escupí tras recordar lo mal que lo pasé.

—Bueno, es que le rompiste la nariz —respondió como si eso lo justificara, aún sonriendo.

—Sí, porque se estaba sobrepasando conmigo. Me estaba haciendo daño, le pedí que me dejara y no lo hizo; deseaba humillarme solo porque le había dicho que no quería salir con él. Y eso no tiene gracia.

Víctor me observó sin borrar del todo la sonrisa de su rostro.

—Sí, si eso lo sé, pero es que le rompiste la nariz —repitió y a mí me entraron ganas de golpearlo a él también, pero me conformé con poner los ojos en blanco—. ¡Perdón, perdón! Tienes razón, no es gracioso. —Sabía que solo lo decía para que lo dejara estar, entre otras cosas porque su sonrisa no decayó en ningún momento.

No tenía claro si era yo, que no estaba en mi mejor momento, o que aquel día la conversación con Víctor no terminaba de fluir, pero cuando nos despedimos —sin beso—, suspiré aliviada.

No tenía ganas de regresar al rancho, así que decidí darme una vuelta por el pueblo. Recorrí sus calles con calma, incluso me senté en uno de los bancos que había en la plaza a que me diera un poquito el sol. Cerré los ojos y dejé que los sonidos de aquel lugar me invadieran: el piar de los pájaros del árbol que había justo sobre mí, el murmullo lejano de algunas conversaciones, el viento moviendo las ramas y las campanas de la iglesia. Nada de coches, nada de bullicio, nada de ruido. Cuando volví a abrir los ojos, me sentía más tranquila.

Me levanté y regresé despacio hacia mi coche. Me hubiera quedado allí más rato, pero no podía postergarlo más, pues casi era la hora de comer.

La primera persona con quien me encontré cuando llegué al rancho fue con María, que se acercó directa a mí con paso firme nada más verme, y debo matizar que no parecía muy contenta.

—Te he llamado un montón de veces, ¿dónde estabas? —casi gritó.

—Ostras, debí olvidarme de quitar el modo silencio del móvil. Lo siento. ¿Ha ocurrido algo?

—No, nada interesante, solo que todo el mundo parece estar o con resaca por la fiesta de ayer o de mal humor, y quería saber a qué grupo pertenecías tú —dijo, ya riendo—.Venga, vamos a comer, que te estaba esperando y estoy muerta de hambre.

Asentí, deseando no encontrarme con Abel en el salón. Sabía que tarde o temprano debería enfrentarme a él, pero llevaba dándole vueltas al tema desde hacía rato y había llegado a la conclusión de que bajaría aquella noche al porche para hablar. En un principio no tenía pensado hacerlo; de hecho, pretendía evitarlo, pero no quería estar jugando al gato y al ratón hasta que me marchara. Prefería afrontarlo desde la tranquilidad que nos daban las noches que habíamos compartido allí, los dos solos.

Tuve suerte, no había ni rastro de él. María y yo comimos en silencio hasta que terminamos la increíble lasaña que había preparado Encarna. Después, mi ayudante tomó la palabra y estuve a punto de atragantarme con el agua.

—Creo que me estoy enamorando de Lorena. —No añadí nada y ella continuó hablando—: Ya sé que es una locura, que no hace tanto que nos conocemos, pero es que esto parece un jodido *Gran Hermano* y pasamos la mayor parte del tiempo juntas.

—¿Cómo puedes estar segura de eso? Quiero decir, ¿cómo sabes que te estás enamorando? —pregunté con mucha curiosidad. Demasiada.

—No estoy segura, por eso he empezado la frase con un «creo». Pero sí sé que, si nos quedamos aquí un poco más, tampoco es que me haga falta mucho —bromeó con una sonrisa—, terminaré perdidamente enamorada de ella. Y no es necesario que digas nada, sé que lo nuestro es jodido. Vamos, es que ni siquiera hemos

hablado de ello y desconozco lo que siente Lorena. A todo esto hay que añadirle que ella vive aquí y yo, en Barcelona. No es nada fácil.

—No, la verdad es que no —corroboré, pues tenía toda la razón.

—Pero aun así no puedo dejar de sentir lo que siento —aseguró alzando los hombros.

Callamos unos instantes, cada una absorta en sus propios pensamientos. Fue la propia Lorena la que nos interrumpió.

—Vaya, qué calladitas estáis hoy. ¿Estaba todo bueno?

—Espectacular —respondió María posando sus ojos en ella y haciendo que se sonrojara.

—Me-me alegro de que os haya gustado —farfulló la chica antes de recoger los platos y marcharse.

—Bueno, ya está bien de hablar de mí —dijo mientras la seguía con la mirada—. Explícame tú qué te pasó anoche para que te largaras así de la fiesta —me exigió, centrándose de nuevo en mí.

—Es complicado —dije evasiva.

—No tengo prisa —respondió María, reclinándose en la silla.

Tomé aire e intenté ordenar mis ideas, pero al no conseguirlo, solté lo primero que se me pasó por la cabeza:

—Supongo que justo en la fiesta me di cuenta de que yo también empiezo a sentir cosas por Abel.

—Ya era hora, bonita. Pero eso de que empiezas… —Dejó la frase a medias para chasquear la lengua.

—Bueno, da igual, la cuestión es que me asusté y decidí regresar al rancho.

—¿Sola? —preguntó María alzando las cejas.

—Sí, pero digamos… que… Abel vino tras de mí.

—Vaya, vaya, esto empieza a ponerse interesante —comentó frotando las manos.

—Bueno… La verdad es que…

—¡No me digas que os acostasteis! —exclamó, poniendo los ojos como platos.

—Te lo digo —solté seria y pensé en lo diferente que sería, en la forma tan distinta en la que le contaría aquello a María, si Abel no se hubiera largado en mitad de la noche.

—¡Ay, joder! No puedo creerlo. ¿Y qué tal? ¿Fue bien? ¿Tú…?

La interrumpí porque sabía que era capaz de hacer un montón de preguntas seguidas.

—Fue bien, sí —resolví escueta.

—Pues no lo dices muy entusiasmada.

Debía reconocer que no me encantaba explicarle lo que había pasado, pero también sabía que me vendría bien, tanto para desahogarme como para tener otro punto de vista. Y también admitía que aquella conversación era muy parecida a la que mantendrían dos amigas, y eso me gustaba.

—Fue bien, pero habría ido mejor si no se hubiera largado en mitad de la noche —escupí lo más rápido que pude.

—¿Se fue? —preguntó incrédula.

—Sí. Lo que me hace pensar que tal vez para él…

—¡Ep! —exclamó alzando la mano—. Para de darle tantas vueltas a las cosas, que nos conocemos. ¿A qué hora dices que se fue?

—No lo sé, solo sé que cuando me he levantado esta mañana, él ya no estaba.

—Pero, Aitana, Abel vino a buscarnos anoche a la fiesta a eso de las cuatro y media de la madrugada. Lorena lo llamó cuando terminó

y él se acercó a recogernos.

Yo tragué saliva y me incorporé, un tanto alarmada.

—¿Me estás diciendo que Abel se largó para ir a buscaros? —Mi voz sonó un pelín histérica.

—No tengo ni idea de dónde estaba cuando Lorena lo llamó, pero por lo que dices, todo apunta a que sí.

La había cagado. Abel se había marchado sin despedirse porque había ido a recogerlas y por eso me había saludado de aquel modo tan natural por la mañana. No había huido de lo que ocurrió entre nosotros. La explicación de por qué no estaba en mi cama cuando me desperté era mucho más simple.

Y yo había quedado con Víctor estando él delante.

Al final resultó que la que había hecho las cosas mal era yo.

28

No quedarse con las ganas

AITANA

Después de la charla con María, me fui directamente a buscarlo. Había hecho una montaña de un grano de arena y me sabía fatal el modo en el que me había comportado con él. Lo menos que podía hacer era disculparme.

Sin embargo, en cuanto llegué a los establos y lo vi trabajando con los niños, me percaté de que aquel no era el mejor momento para tener esa conversación, pues quería mantenerla sin interrupciones y con tranquilidad. Di media vuelta sin que me viera y me fui a la habitación.

Intentaría echarme un rato, ya que apenas había dormido un par de horas por la noche. Eran las cuatro de la tarde y sabía que me iba a costar conciliar el sueño, pero igualmente me puse el pijama y me metí en la cama —algo que ni siquiera recordaba cuándo fue la última vez que había hecho— en un intento de dormir una siesta reparadora.

No tardé nada en detectar el primer inconveniente y es que, al girarme, noté su olor. Mis sábanas olían a él y, joder, me encantaba.

Me había gustado desde la primera vez que lo sentí, y me sorprendí al reclinar la cabeza sobre la almohada donde él había dormido aquella noche. Aspiré con fuerza, dejando que su olor penetrase en cada poro de mi piel, y cerré los ojos mientras recordaba cada uno de los momentos vividos la noche anterior. Cómo me había quedado dormida enredada con él mientras me acariciaba la espalda, haciendo que el sopor llegara a mí casi de inmediato. Y con ese pensamiento en mente y su olor inundándolo todo, volví a quedarme dormida, como si la sensación de tenerlo cerca me tranquilizara.

Me desperté sobresaltada. Me dio la sensación de que había dormido apenas diez minutos, aunque en cuanto miré a mi alrededor y comprobé que la oscuridad inundaba mi habitación, supe que había pasado mucho más tiempo.

Casi salté de la cama al mirar el reloj, pues incluso se había pasado la hora de la cena y, como no me diera prisa, tampoco me encontraría a Abel en el porche. ¿Cómo había podido dormir tanto tiempo? Me lavé los dientes y la cara para intentar despejarme un poco, me puse las mallas y la sudadera que solía llevar por las noches, me recogí el pelo en una coleta y salí de allí como si alguien me persiguiera.

Ni siquiera pasé por la cocina a por mi infusión habitual, pues me daba miedo que, cuando llegara al porche, él ya no estuviera. Podía parecer una tontería, ya que lo encontraría en el rancho al día siguiente, pero no quería que nos fuéramos a dormir enfadados. No sabía cuánto tiempo nos quedaba y quería arreglar lo antes posible mi metedura de pata.

Suspiré aliviada cuando, al salir, lo vi escondido entre las sombras. Me acerqué a él y una expresión de sorpresa cruzó por sus ojos; supongo que no esperaba que esa noche apareciera por allí. Aunque duró poco porque enseguida la sorpresa quedó reemplazada por la irritación.

—Buenas noches —saludé.

—¿Qué haces aquí, Aitana? —preguntó tras apartar la vista.

—Quería hablar contigo.

—¿Ahora sí quieres hablar? Esta mañana no tenías las mismas ganas, por lo menos no conmigo —refunfuñó con el ceño fruncido.

¿Estaba celoso? No, claro que no.

—De eso es precisamente de lo que quería hablar. Esta mañana, cuando me he despertado y no te he visto a mi lado, pensé que habías salido corriendo…

—Fui a buscar a Lorena y a María —protestó sin dejarme terminar de hablar.

—Lo sé, me lo ha dicho María este mediodía. Pero entiende que cuando no te he visto… Es que ni siquiera te despediste, imaginé que no querías… Pensé que te habías arrepentido… Creí que… —farfullé sin poder acabar ninguna frase.

Abel se irguió en el sillón y clavó sus ojos en los míos.

—¿Pensaste que me largué en mitad de la noche porque me había arrepentido de lo que sucedió entre nosotros?

—¿Qué querías que pensara si no estabas cuando me desperté? —repuse.

—Pues no sé, podías habérmelo preguntado a la mañana siguiente cuando fui a hablar contigo, pero no, preferiste quedar con otro —escupió y me percaté de que sí, definitivamente Abel estaba celoso.

—También podrías habérmelo explicado tú, enviarme un mensaje, no sé, algo —repliqué, pues empezaba a sentirme un poco desbordada.

—Aitana, íbamos a vernos a la mañana siguiente. Te lo iba a decir mientras desayunábamos y quejarme de ellas porque no me dejaron dormir contigo toda la noche ni levantarme a tu lado. Con María no tengo tanta confianza, pero Lorena está castigada hasta nueva orden —bromeó por fin y yo supe que ya no estaba tan enfadado.

—A mí también me hubiera gustado levantarme a tu lado —solté, y me sorprendí por que aquella confesión me hubiera salido con tanta naturalidad—. ¿Por qué no entraste con la llave que tenéis en recepción? —pregunté al caer en la cuenta de que Encarna la había utilizado para llevarme varias cosas.

—Lo cierto es que dudé, pero no quería despertarte y tampoco sabía si tú querrías que lo hiciera, y pensé que ya lo aclararía por la mañana. No imaginé que se haría una pelota tan grande.

Permanecimos en silencio unos instantes; no se trataba del mismo silencio cómodo que solíamos mantener, pues sabía que Abel estaba preparando la siguiente pregunta. No me equivoqué.

—¿Con quién has quedado esta mañana? —susurró apartando la mirada de mí.

—Con un antiguo amigo del instituto.

—¿Aquí, en el pueblo? ¿El mismo de la otra vez? —La reticencia de su pregunta me daba a entender que no terminaba de creerme.

—Sí, el mismo, y sí, vive cerca —respondí ambigua.

—¿Solo un amigo? —insistió.

Podría haberle dicho muchas cosas, pero ninguna sin destapar el verdadero motivo por el que estaba allí. Y aquello, desde luego, no

era una opción. Así que me tragué todas las explicaciones y respondí lo único que podía decir:

—Sí, solo un amigo.

Me sentí culpable por la enorme sonrisa que se le dibujó en el rostro en cuanto oyó mi respuesta. Aunque fui incapaz de no corresponderla.

Abel dejó el café encima de la mesa y se giró hacia mí.

—Anda, ven aquí —murmuró dándose unas palmaditas en las piernas.

Ni siquiera lo pensé, apenas me costó unos segundos sentarme encima. Abel me agarró de la cintura y coló la mano por debajo de mi sudadera; se me erizó la piel cuando me acarició las costillas con suavidad.

—Me moría de ganas de tocarte y de hacer esto. —Subió la otra mano hasta mi nuca para acercar mi cara a la suya y besarme. Me dejé llevar por ese beso, que también me moría por darle y que no quería que terminara jamás.

Abel continuó acariciándome y subiendo la mano hasta que llegó a uno de mis pechos. Entonces me separó de él y clavó sus ojos en los míos. Su mirada estaba llena de deseo.

—¿No te has puesto sujetador, princesa? —Volver a oír aquel apodo de sus labios me llenó de una satisfacción absurda.

Pero cuando su mano tomó mi pezón, ya ni siquiera pude hablar y simplemente negué con la cabeza. Él continuó acariciándome hasta que se me escapó un jadeo de los labios; entonces, me soltó de golpe. Incluso me apremió para que me levantara.

—¿Qué ocurre? —pregunté confusa.

—Me moría de ganas de pasar la noche contigo y tú también, así que nada de quedarse con las ganas, que es horrible —explicó mientras tomaba mi mano y me guiaba hasta mi habitación—. Por cierto —dijo girándose mientras subíamos las escaleras—, estabas preciosa con el sombrero.

—¿Me lo dejaste tú? —murmuré para que solo me oyera él, pues lo último que me apetecía era que alguien nos escuchara.

—Claro. ¿Quién pensabas que te lo había llevado?

—No sé, Encarna.

—Pero ¿no te has fijado en que es idéntico al mío? —repuso incrédulo.

—La verdad es que no, pero muchas gracias. Me pareció un detalle muy bonito, y más ahora —sonreí.

Nos detuvimos frente a la puerta de mi habitación y, antes de entrar, clavé mis ojos en los suyos alzando un par de veces las cejas.

—¿No pretenderás entrar en mi cuarto, señor *cowboy*? —bromeé.

—Anda, dame eso, princesa —soltó. Me quitó las llaves de la mano y, antes de darme cuenta de lo que sucedía, me había alzado y colgado del hombro. Reprimí el grito que estuve a punto de dar para no despertar a todo el rancho—. No es que sea un hombre demasiado paciente, pero es que llevo desde anoche, cuando te dejé desnuda y dormida en esa cama, pensando en este momento, así que será mejor que dejes los jueguecitos para más tarde.

No pude evitar reír por lo serio que se había puesto de pronto.

—No vas a decirme cuándo puedo o no puedo jugar —rebatí mientras me bajaba.

—Vale, juega a lo que quieras, pero ¿puedes hacerlo desnuda? Por favor. —El ruego en su voz me hizo volver a reír y él también sonrió.

Me acerqué a él y lo besé, separando mi cuerpo del suyo lo mínimo posible, pues me fui desprendiendo de la ropa hasta quedar completamente desnuda.

—¿Te parece bien así? —murmuré sin perder el contacto visual con él.

—Joder, Aitana, vas a acabar conmigo.

—Vale, pero ¿puedes morirte después de los jueguecitos? Por favor.

Los dos reímos y acortamos a la vez la distancia que nos separaba para fundirnos en un beso que por sí solo hablaba de las ganas que nos teníamos. Caminamos como pudimos hasta la cama sin parar de besarnos y Abel se dejó caer sobre ella antes de romper el beso.

—Un segundo, tengo que pensar porque dejaré de hacerlo en breve —dijo. Se puso de pie y se sacó de los bolsillos de sus pantalones unas ristras de condones.

—Vaya, a pesar del mosqueo, venías preparado —ironicé.

—Princesa, la esperanza es lo último que se pierde.

—¿Cuántos has traído? ¿Cinco? ¿No te parece un poquito presuntuoso? —bromeé con una sonrisa, pero se me quedó congelada en la cara cuando Abel me recorrió entera con la mirada, haciendo que el calor me invadiera de pronto y se me secara la garganta.

—La verdad es que me da igual cuántos utilicemos —susurró quitándose la camiseta y volviendo a tumbarse en la cama, junto a mí—. Lo único que tengo claro es que no va a haber nada ni nadie que me aparte esta noche de tu lado, de tu cama.

Y cumplió su promesa, porque a la mañana siguiente, cuando me desperté, lo hice envuelta entre sus brazos.

Se nos había olvidado cerrar las cortinas y la luz que entraba por la ventana inundaba la habitación. Creo que fue justo eso lo que me despertó, pues un rayo de sol me daba directamente en la cara. Bajé un poco la cabeza y vi su mano apoyada en mi muslo, haciendo muy evidente el contraste de su piel morena sobre la mía, mucho más blanca. Casi no me había movido, pero Abel pareció elegir también ese momento para despertarse, pues noté cómo se removía tras de mí.

—¿Estás despierta, princesa? —susurró cerca de mi oreja, provocándome un escalofrío.

—Si no lo estuviera, acabarías de despertarme.

—Te he visto con los ojos abiertos, graciosilla —dijo subiendo la mano hasta mis costillas para hacerme cosquillas.

A Abel le había hecho mucha gracia que yo tuviera tantas cosquillas, decía que no lo hubiera imaginado nunca.

—¡Por favor, para! —grité suplicando.

—Vaya, vaya, eso no era lo que decías anoche —soltó él y yo puse los ojos en blanco.

Por lo menos me hizo caso y paró. Nos quedamos mirando unos segundos, sonriendo.

—Buenos días, princesa.

—Buenos días, *cowboy*.

Entre los dos acortamos la poca distancia que nos separaba y nos besamos con tranquilidad. Un beso lento y dulce.

—Tengo que trabajar y no quiero —gimió cuando nos separamos, apenas unos centímetros.

—Llama al trabajo y diles que te has puesto enfermo —bromeé.

—Poder pasarme el día aquí y sin dejarte salir de la cama sería maravilloso —siseó con voz ronca.

—Sí, lo sería —confirmé yo.

Abel se levantó a regañadientes y se vistió, soltando una maldición tras otra y sin dejar de mirarme en ningún momento. Justo cuando había terminado de ponerse las botas y pensé que se iría, volvió a tumbarse a mi lado.

—No me quiero ir —replicó antes de volver a unir su boca a la mía —. Pero es que esto es aún peor; si sigo besándote, no podré marcharme nunca. —Parecía hablar más para él mismo que para mí —. Algo tendré que hacer… —añadió. Se levantó de un salto y se encaminó hacia la puerta.

Yo apoyé los codos en la cama para verlo mejor, el problema fue que la sábana resbaló y dejó mis pechos al descubierto.

—¡Eso no ayuda! —gritó antes de salir casi corriendo.

No pude evitar soltar una sonora carcajada.

29

Nuestro paraíso

AITANA

Aquella mañana, María llamó a mi puerta cuando Abel acababa de marcharse. Yo necesitaba ducharme y despejarme antes de bajar a desayunar, pero no iba a poder deshacerme de ella fácilmente.

—Acabo de ver a Abel salir de aquí, así que ya puedes empezar a contármelo todo —me soltó en cuanto abrí.

—Pues va a ser que no. Yo no te he pedido nunca que me expliques nada de lo que pasa entre Lorena y tú.

—Porque eres la persona menos cotilla que conozco, pero yo sí lo soy.

—María, no voy a explicarte lo que hemos hecho —le dije, algo indignada y avergonzada.

Ella soltó una carcajada que me dejó un poco desubicada, seguramente por la falta de sueño.

—Es que yo no quiero saber ese tipo de detalles, lo único que quiero que me digas es cómo estás.

Casi prefería contarle los detalles sexuales a mostrarle mis sentimientos, porque me daba la sensación de que, al

exteriorizarlos, se harían reales, y no sabía si podría aguantarlo. No cuando todo aquello se basaba en una mentira. Me agobié tanto al pensarlo que fui derechita al sillón y me dejé caer en él.

—Ey, ¿qué ha pasado? Te ha tratado bien, ¿verdad?

Aquella preocupación me ablandó aún más y estuve a punto de hiperventilar.

—Es que no sé qué leches estoy haciendo —empecé, desahogándome con ella—. María, estamos aquí para investigar un caso y, en lugar de eso, me he acostado con el dueño del rancho, con la persona que está acusada de explotación animal y sobre la que…

—Espera, espera. ¿De verdad sigues creyendo que estas personas tratan mal a los animales? —preguntó alzando una ceja.

—El problema es que ya no sé qué creer —suspiré.

La verdad era que no, no lo creía. Estaba claro que algo pasaba, pero también que no era culpa de Abel, ni de nadie. Pero tenía miedo de que mis sentimientos me jugaran una mala pasada. No sabía si María me entendería. Para mí, el trabajo lo era todo, e ignoraba cómo ponerlo en duda.

Mi ayudante se me quedó mirando, pensativa.

—Vale, mira, vamos a hacer una cosa... —No pudo continuar porque unos golpes en la puerta la interrumpieron.

Me extrañó porque no esperaba a nadie, pero en cuanto abrí, una enorme sonrisa se dibujó en mi rostro. Abel había vuelto.

—¿Qué haces aquí otra vez? —pregunté con interés.

—Tengo una idea para que estemos juntos hoy, pero será mejor que te des prisa. En cuanto lo tenga todo arreglado, te busco en el salón y te cuento.

No pude contestarle porque me besó y dio media vuelta para marcharse de allí.

—Madre mía, qué cursis sois. Me voy para que puedas vestirte, ya que parece que tu *cowboy* no puede esperar a esta noche —ironizó María mientras salía de mi cuarto—. Te espero abajo.

En el desayuno, repetí de la impresionante tarta de manzana que había hecho Encarna cuando Abel apareció por el salón y vino directo a nosotras.

—Buenos días —nos saludó, clavando la mirada en mí—. Termínate el café, que nos vamos —ordenó sin apartar la vista.

Lo primero que pensé fue en protestar, en quejarme de lo mandón que se había vuelto. También en preguntar a dónde íbamos y en negarme a moverme de ahí si no me lo decía. Sin embargo, no hice nada de eso. Me incliné hacia delante, apuré el café y me levanté casi de un salto.

—Listo. Vámonos —dije con una sonrisa.

Vi dos cosas en los ojos de Abel: duda y deseo. Pero parece que terminó ganando lo segundo porque, sin esperármelo, me agarró de la cintura, me atrajo hacia él y me plantó un beso en mitad del salón, con un montón de personas como testigos.

—Buscaos una cama —murmuró María y no pude evitar sonreír.

—Hasta luego, María —se despidió Abel. Me cogió de la mano y me arrastró con él.

Salimos de la casa grande sin soltarnos y, nada más bajar el último escalón del porche, noté cómo el sol me calentaba la piel. Contemplé lo que sería un día precioso, pues no había ni una sola

nube en el cielo. Respiré profundamente y me dejé llevar hacia los establos, pero cuando entramos, empecé a dudar de que aquello fuera buena idea.

—Recuerdas que la última excursión a caballo no acabó muy bien, ¿verdad? —mascullé y Abel sonrió.

—Lo mejor fue el estilo con el que te bajaste y lo bien que andabas al día siguiente. —Soltó una carcajada al recordarlo y yo le di un golpe en el hombro—. No te preocupes, la excursión de hoy no será tan larga. Además, haremos una parada.

—¿Tú no tienes que trabajar? —pregunté, a pesar de que estaba encantada de poder pasar tiempo a solas con él.

—He organizado algunos horarios y me he tomado el día libre. Alguna ventaja debe tener ser el jefe, ¿no?

—No, si a mí mientras no me tengas cuatro horas montando, me parece genial. —Me di cuenta de mi juego de palabras en cuanto terminé de hablar.

—No me tientes, princesa, no me tientes —murmuró con la voz ligeramente ronca.

Yo sonreí al ver su gesto. Lo cierto era que me enterneció que se hubiera tomado tantas molestias para que pasáramos el día juntos.

Aunque dejó de parecérmelo cuando me soltó la mano, se alejó y regresó con Furia. También me fijé en que llevaba una mochila colgada del hombro. Aquello despertó mi curiosidad, pero no pregunté nada.

—Vamos, cambia esa cara. Furia necesita salir y se portó bien la última vez, solo que al final se asustó un poquito —dijo socarrón, luego se acercó a mi oído y me susurró—: Esta vez no pienso separarme de ti.

Como respuesta, se me erizó la piel y mis pezones se endurecieron. Me desconcertaba lo que ese hombre lograba provocarme con solo una frase.

Abel me ayudó a colocarme las protecciones y no tardamos en ponernos en marcha. No tenía ni idea de cuál era nuestro destino, tal vez ninguno, quizá solo era una excursión a caballo, por eso decidí disfrutar del momento, de las vistas, del camino, de Abel, que, tal y como me prometió, no se separó de mi lado, y nos pasamos todo el tiempo hablando de temas sin importancia que se sucedían unos tras otros.

—Estamos llegando —anunció al cabo de menos de una hora—. Será mejor que dejemos a los caballos, a partir de aquí el camino se estrecha demasiado.

Me ayudó a bajar y esa vez no me caí, aunque tampoco es que lo hiciera de la forma elegante y experimentada en la que lo hizo él.

Atamos a los caballos a un árbol donde había sombra y hierba y continuamos caminando unos diez minutos más. Cuando Abel se detuvo y alcé la vista para mirar por encima de su hombro, me quedé sin aliento, y lo aparté con suavidad para ver mejor el paisaje.

Una cascada de agua descendía de entre dos rocas enormes para caer en una piscina natural de un bonito color turquesa. Miré a mi alrededor, pero aquel sitio estaba completamente rodeado por la montaña, haciéndolo totalmente privado, aunque no impedía que le diera la luz del sol, que ya estaba bastante alto en el cielo. El verde de los árboles lo embellecía todo aún más, si es que eso era posible. Era como un trocito de paraíso en mitad del monte.

Un paraíso que, por el momento, sería solo nuestro.

—Es precioso —jadeé, pues me había dejado del todo impresionada.

—Sí que lo es. Vengo aquí desde que era un niño y sigue sorprendiéndome cada vez que lo veo. Ahora, eso sí, el agua está congelada —añadió alzando las cejas un par de veces.

—¿Es que tienes intención de bañarte?

—Tenemos —recalcó—. Vamos a bañarnos los dos.

—No he traído bañador. —Aquella frase absurda fue lo primero que se me ocurrió.

—No te preocupes, yo tampoco. Además, voy a contarte un secreto —me dijo, bajando la voz, como si alguien más pudiera oírnos—. Esta es la mejor forma que se me ha ocurrido de volver a verte desnuda sin parecer que estoy obsesionado con tu cuerpo.

—¿Estás obsesionado con mi cuerpo? —pregunté esperando oír cualquier excusa.

—Por completo —respondió simple y llanamente.

—Pues tendremos que ponerle remedio a eso —murmuré cerca de su oído, y di un par de pasos atrás para que pudiera verme bien.

Me fui desprendiendo de mis prendas poco a poco mientras notaba sus ojos clavados en mí. La forma en la que me miraba me dio fuerzas para continuar, pero también me hizo tragar saliva en un par de ocasiones.

Cuando estuve desnuda frente a él, di un paso hacia delante y Abel terminó de acortar la distancia que nos separaba.

—No sé si esto va a ser contraproducente, porque me da la sensación de que cuanto más te vea desnuda, más ganas tendré de seguir haciéndolo.

Lo callé con un beso solo para darme cuenta de algo.

—¿Por qué siempre termino yo desnuda y tú sigues vestido? —expresé en voz alta.

—Porque eres demasiado impaciente —bromeó, y me devolvió el beso.

Abel se separó lo justo para quitarse la ropa con tanto ímpetu que temí que terminara por romper la camisa. Al desprenderse de todo, me agarró de la cintura y me acercó a él. El beso se tornó incontrolable, salvaje, feroz. Cuando subió la mano para acariciarme el pezón, yo jadeé y él se tragó el jadeo, rodeándome con los brazos y apretándome más contra él. Antes de darme cuenta de lo que hacía, me aupó y, entonces, saltó.

El impacto con el agua helada me dejó sin respiración y la adrenalina del salto, totalmente alerta. Cuando salí a la superficie, Abel aún no había salido, aunque no tardó en hacerlo.

—Creí que nos vendría bien refrescarnos un poco —se excusó sonriendo.

—¡Eres idiota! Me has dado un susto de muerte —dije intentando parecer enfadada, pero sin conseguirlo.

—Anda, ven aquí —pidió a la vez que me agarraba la mano y me atraía hacia él.

Yo apenas hacía pie, pero a él el agua le llegaba por los hombros. Entrelacé mis piernas en su cintura y volvimos a besarnos con las mismas ganas que lo habíamos hecho unos segundos antes. A pesar de lo fría que estaba el agua, no tardé en sentir calor.

Abel bajó la mano entre nuestros cuerpos y la deslizó entre mis pliegues para llegar justo al punto donde más lo anhelaba.

—Vamos, princesa, regálame uno de esos orgasmos, aquí no necesitas contenerte, no nos oye nadie.

La mano de Abel adquirió un ritmo suave pero constante, que fue aumentando de intensidad a medida que yo me retorcía sobre ella, hasta que noté los primeros estremecimientos. Estaba a punto, me faltaba muy poco, cuando dijo, o más bien ordenó:

—Ahora, princesa.

No sé si fue el murmullo cerca de mi oído, que ya estaba a punto o esa orden, pero el orgasmo me recorrió entera y se alargó más de lo habitual. Abel no dejó de acariciarme hasta que los temblores cesaron y yo me quedé laxa entre sus brazos.

—Joder, Aitana, no voy a cansarme nunca de esto —siseó con voz ronca.

Aún no me había repuesto cuando noté que Abel salía de la piscina.

—¿Salimos ya? —pregunté confusa.

—Follar en el agua está sobrevalorado, créeme.

—Vaya, así que aquí es donde traes a todas las huéspedes con las que «follas» —recalqué, aunque me costó utilizar aquella palabra, pues no solía estar en mi vocabulario.

—Aitana, mírame —me pidió tras detenerse; esperó a que lo hiciera para volver a hablar—: Jamás he traído a alguien a este lugar. Es mi sitio favorito del mundo y no lo había compartido con nadie, hasta hoy.

Tragué saliva y asentí con la cabeza, no estaba segura de si me saldrían las palabras.

Abel fue a por la mochila que había traído y yo me recreé contemplando su culo, por lo que no me percaté de lo que hacía hasta que alzó una mano para que me acercara.

Casi todo lo que rodeaba aquella piscina natural eran rocas, exceptuando un pequeño tramo en el que había un poco de arena donde Abel había extendido una toalla enorme.

—Túmbate al sol o cogerás frío. Aunque, si lo prefieres, yo puedo darte calor —añadió pícaro.

—Lo prefiero, sí —respondí resuelta.

—No tengo ni puta idea de qué vamos a hacer con esto —soltó y no supe si se refería a la atracción que sentíamos o a lo que empezaba a haber entre nosotros. Y como no quería tener aquella conversación, por lo menos de momento, lo besé.

No tardamos nada en terminar tumbados sobre la toalla y solo un poco más en que nuestros jadeos y gemidos invadieran la paz de aquel paraíso.

30

Volver

ABEL

No entendí qué fue lo que me llevó a enseñarle a Aitana aquel lugar. O no lo entendí hasta que la tuve justo ahí, entre mis brazos. Su presencia le daba a aquel sitio otro motivo para que fuera perfecto. No quise pensar en que, cuando se marchara a la ciudad, yo ya no podría regresar allí sin recordarla en cada puñetero rincón. Aunque en ese instante, mientras la abrazaba, lánguida y satisfecha, no quise darle más vueltas.

—¿Tienes hambre? —le pregunté sin moverme y sin dejar de acariciarla.

—¿También has traído comida? —me preguntó, sorprendida.

—Sí, claro. Y me encantaría decirte que la he hecho yo, pero ha sido cosa de Encarna.

Me levanté y saqué los bocadillos de la mochila. En cuanto le di el primer bocado, me percaté del hambre que tenía y por la manera en la que Aitana comía, creo que le ocurrió lo mismo.

—Joder, ¡qué bien me ha sentado! Es que has pensado en todo —dijo en cuanto se lo terminó y se relamió los labios. Me resultó

imposible apartar los ojos de ella.

—Bueno, en todo no, porque estoy exhausto y aún tenemos que volver. Me estoy dando cuenta de que tal vez hubiera sido mejor idea quedarnos en la cama; de allí no hubiéramos tenido que salir.

—Señor *cowboy*, empiezo a pensar que solo me quieres para el sexo. —Aitana agachó la cabeza en cuanto aquellas palabras salieron de su boca. No hizo falta que aclarara que se le habían escapado.

Yo podía haberle restado importancia o escoger ese momento para establecer las reglas de lo que estaba surgiendo entre nosotros, pero me pareció que era demasiado pronto, que no estaba preparado para esa conversación, así que me limité a acercarme a ella y a besarla con dulzura.

No tardé nada en volver a tenerla tumbada debajo de mí. Seguíamos desnudos, por lo que sabía muy bien cómo terminaría aquello, pero no podía ser.

—Deja de moverte así. Solo he traído dos preservativos y ya los hemos utilizado. —He de reconocer que me faltó poco para hacer pucheros.

—Ya sabía yo que algo se te tenía que escapar.

—He traído dos —protesté.

—Has sido muy poco previsor —soltó y yo la miré alzando una ceja.

—Sí, supongo que sí —reconocí con tristeza, lo que hizo que ella soltara una carcajada; el movimiento rítmico de su risa me estaba matando. Así que le di un suave pellizco en el muslo, me puse en pie de un salto y me dirigí hacia donde habíamos dejado la ropa para vestirme.

—¿Ya nos vamos? —preguntó con tristeza.

—Podremos regresar otro día, pero no tanto tiempo. A pesar de ser el jefe, no me dejan tomarme tantos días libres. Es una faena, lo sé…

Me callé y dejé lo que estaba haciendo cuando Aitana se levantó y vino hacia mí, tan desnuda que no pude apartar los ojos de ella. Y supe —aunque estaba convencido de que lo sospechaba de antes— que esa mujer tenía el poder de hacerme muy feliz o de joderme la vida tranquila que tanto me había costado labrarme allí. Solo me tocaba rogar para que eligiera la primera opción.

Sacudí la cabeza y aparté los ojos de ella, porque si continuaba mirándola, no iba a ser capaz de largarme nunca.

—Será mejor que regresemos, los caballos llevan demasiado rato solos. —Era cierto, y me jodió caer en la cuenta en ese momento y no haber pensado en ellos ni una sola vez desde que había puesto las manos encima de Aitana. Teniendo en cuenta lo que normalmente me preocupaba por ellos, eso decía mucho de lo que esa mujer me hacía sentir.

Regresamos junto a Furia y Mango y caminamos un rato con ellos. Aitana acariciaba el lomo del animal casi sin querer y yo no podía despegar lo ojos de ella; por lo visto, aquello era algo que últimamente me ocurría muy a menudo.

—Mañana por la noche habrá una lluvia de estrellas, ¿te apetecería venir conmigo a verla? —le propuse, anhelante.

—Abel, estoy de vacaciones, así que cada uno de los planes que me propongas me va a parecer bien, y más si son de ese estilo. —La preciosa sonrisa que acompañó a esa afirmación me dejó noqueado por un momento.

—¿Si planeo ordeñar una vaca, también te parecerá bien? —bromeé.

—Mejor que sea una cabra —soltó ella y a mí me dio la risa.

¡Joder! Si es que encima también era divertida. Si no iba con cuidado, terminaría perdidamente enamorado de ella.

No nos dimos prisa en volver, incluso paramos y dejamos a los caballos un poco a su aire.

—Otro día te llevaré a un mirador que hay cerca de aquí y que tiene unas vistas espectaculares —dije casi sin pensar.

—¿Y por qué no hemos ido hoy?

Me encantaba esa nueva faceta de Aitana, esa que se apuntaba a todos los planes que le proponía.

—Porque son más de cinco horas a caballo y no quería que acabaras como la última vez. Cuando te acostumbres a montar, iremos —afirmé.

Lo dije como si fuera a pasar allí meses, como si no estuviera solo de vacaciones y más pronto que tarde tuviera que regresar a su casa. Por más que evité que me afectara, aquel pensamiento me cambió el humor, pues no quería imaginar el momento en el que se marchara. Aunque supongo que era inevitable.

Durante el camino de vuelta no dejé de responder a las muchas preguntas que formuló. Parecía muy interesada en todo lo que veía, su entusiasmo era contagioso, así que cuando llegué al rancho, ya volvía a reír.

—Voy a ir a darme una ducha y a ver qué hace María. Nos vemos por aquí y si no, quedamos esta noche en el porche —propuso y me encantó que lo diera por hecho.

—Claro, nos vemos… —No pude terminar la frase porque un torbellino me interrumpió.

—¿Por qué no has venido hoy a «terapita»? —soltó Belén, plantándose delante de mí con los brazos en jarras.

—Se dice «terapia» —la corregí.

—Me da igual —respondió y noté que estaba bastante enfadada.

—¿Sabes qué, pequeña? —murmuré agachándome y poniéndome a su altura—. Es que he tenido que llevar a la princesa a un sitio.

—¿Qué sitio? —insistió, sin ceder.

—Verás, yo… Ella… —No entendía por qué me estaba aturullando tanto por responder las preguntas de una niña.

—Belén —me interrumpió Aitana, aguantándose la risa—. Hoy he ido a pasear con Furia, Abel me ha hecho a mí la terapia. —Desde luego era una manera de verlo.

—Ah, ya lo entiendo —respondió la niña sonriendo y bajando las manos de su cintura—. Es que yo la he hecho con Raúl, pero me gusta más Abel. ¿A que sí? ¿A que lo hace bien?

En esa ocasión fui yo el que me crucé de brazos y clavé los ojos en Aitana.

—Lo hace muy bien, sí —reconoció con la voz un poco tomada.

Yo me enderecé porque aquella conversación con doble sentido estaba tomando un cariz peligroso, y más estando Belén delante, aunque, por supuesto, no se estaba enterando de nada.

—En fin… Yo me voy ya. Adiós, Belén. Hasta luego, Abel —se despidió Aitana.

—Adiós, princesa —dijo Belén apoderándose de mi apodo.

—Por cierto —dije antes de que Aitana diera dos pasos. Acorté el espacio que nos separaba y le susurré al oído—: Si necesitas

«terapia» —entrecomillé con los dedos la palabra—, en cualquier momento o a cualquier hora, solo tienes que hacérmelo saber, ¿eh? —bromeé, o quizá no tanto.

Pensé que se sonrojaría, que me daría un golpe en el brazo o que se reiría, lo que desde luego no esperaba fue que se acercara a mí y me murmurara:

—Lo tendré en cuenta, lo que no sé es si tú vas a estar preparado, porque necesitaré… mucha «terapia».

Se dio la vuelta y me dejó con dos palmos de narices. Cuando logré reaccionar, solté una sonora carcajada. Era un hecho: Aitana iba a terminar conmigo.

A pesar de haber dicho que me cogía todo el día libre, aquello se convirtió en una utopía en cuanto regresé al rancho. Aquella tarde parecía necesitarme todo el mundo.

Conseguí encerrarme en mi despacho para adelantar un poco el papeleo, aunque solo lo logré durante tres cuartos de hora antes de que alguien llamara a mi puerta. Abrieron sin esperar respuesta.

—Hola, hijo. No te encontraba —comentó mi padre al entrar. Se sentó en la silla que había frente a mí.

—En principio, iba a tomarme el día libre, pero ya ves… —dije, haciendo un ademán hacia el escritorio.

—Sí, algo me han dicho esta mañana de que te habías ido con Aitana.

No era que quisiera ocultarlo ni nada por el estilo, pero es que allí las noticias volaban.

—Hemos ido a dar una vuelta a caballo —respondí sin entrar en más detalles.

—Ya, ya…

—¿Eso qué quiere decir? —pregunté dejando a un lado los papeles para mirarlo.

—Hijo, por aquí han pasado muchas huéspedes, muchísimas y, que yo sepa, jamás te has tomado un día libre para irte de excursión con una de ellas.

—Bueno, no voy a negar que Aitana no es como las demás.

—Parece mentira que no sepas que estás hablado conmigo. Ya me he dado cuenta de cómo la miras.

—Ya te lo he dicho. Aitana es diferente, es especial. —No podía decirle que estaba empezando a sentir cosas que me abrumaban, porque era consciente de que parecía una locura, pues no hacía tanto que nos conocíamos.

—Vaya, que te estás enamorando de ella —soltó de pronto y yo pensé que engañarle no era una opción. Sin embargo, sus siguientes palabras lograron captar toda mi atención—: Ten cuidado, hijo, ya sabes que Aitana se irá y no quiero que te hagan daño otra vez.

—¿Y no eres tú el que siempre insiste en que hay que vivir el momento? —le eché en cara.

—Sí, pero con ese tema soy mucho más precavido. Porque una herida de amor no se ve, pero puede tardar años en cicatrizar y, muchas veces, jamás acaba de cerrarse del todo.

—Sé bien lo que duele, pero entonces, ¿qué hacemos? ¿Dejamos de sentir? ¿Dejamos de amar?

—Solo digo que vayas con cuidado —matizó.

—Y crees que si voy con toda la precaución y el cuidado del mundo, no volverán a hacerme daño. ¿De verdad piensas que esa es la solución? ¿Que lo que tú estás haciendo con Encarna es lo mejor? —le reproché.

—¿A qué viene eso ahora? Estábamos hablando de ti —protestó con cierta indignación.

—Sí, pero ya es hora de que lo hagamos de vosotros dos.

La última vez que hablé con Encarna me prometí que mantendría aquella conversación con mi padre, y ese era el momento idóneo. Y es que, sin darse cuenta y sin quererlo, la había propiciado él solito.

—No sé de qué quieres hablar —alegó cruzándose de brazos y cerrándose en banda.

—Pues de que llevas años enamorado de ella y de que jamás has dado un paso al frente. Nunca se lo has dicho.

—¡He dado mil pasos! —exclamó—. Pero no deseo parecer pesado, no quiero insistir hasta que se canse de mí.

—Papá, no me refiero a que le regales flores el día de su cumpleaños. Me refiero a una declaración, a que te sinceres con ella. Ya va siendo hora, la verdad.

—No puedo decirle lo que siento —resolvió categórico.

—¿Por qué?

—Porque ella trabaja aquí. Si me dice que no, me romperá el corazón y tendré que seguir viéndola cada día, y no sé si podré soportarlo…

—Pero ¿y si te dice que sí? Lo tendrías muy fácil. Encarna vive aquí, quieres a Lorena como a una hija y ese amor es recíproco, prácticamente la has criado tú. Todo serían ventajas.

Me callé que yo sí lo tenía jodido, que Aitana no dejaría su vida para venirse a vivir conmigo, que lo nuestro estaba abocado al fracaso casi antes de empezar. Y me lo callé porque dolía, joder.

—Papá, puedes arriesgarte y decirle a Encarna lo que sientes. Es verdad que cabe la posibilidad de que te diga que no, pero tampoco

sería muy distinto a como estás ahora. La única diferencia sería que ella lo sabría. Además, algo me dice que no va a decirte que no.

Dejé aquella coletilla para el final. Yo, y casi todo el rancho, sabía que Encarna también albergaba sentimientos por mi padre, pero no quería dejárselo tan claro a él porque me había tragado su discurso de vivir el momento tantas veces que me daba rabia que no se lo aplicara a él mismo.

—¿Eso crees? —preguntó con esperanza en su voz.

—Sí, lo creo —afirmé con rotundidad y por primera vez desde que habíamos iniciado esa charla, mi padre sonrió—. Y ahora será mejor que me dejes terminar esto.

—Sí, sí —respondió antes de levantarse de la silla—. Pero no creas que no me he dado cuenta de que le has dado la vuelta a la conversación para dejar de hablar de Aitana y de ti, y no te pienses que esto va a quedar así.

Por un fugaz instante, creí que había logrado engañar a mi padre.

31

La otra Aitana

AITANA

Regresé al rancho casi flotando. Aquel lugar, los momentos vividos junto a Abel, incluso el paseo a caballo, serían recuerdos que guardaría siempre en un rinconcito de mi corazón.

Además de que la forma en la que Abel lo había preparado todo me emocionó mucho. Mi sonrisa se ensanchó al pensarlo.

—No voy a decir lo que clama a voces la cara que traes —soltó María, que se había detenido frente a mí.

Iba tan absorta en mis pensamientos que ni siquiera la había visto venir.

—Estoy demasiado relajada como para responderte a eso.

—Si no hace falta, tu expresión lo dice todo —repuso entre risas —. Voy a ir a dar un paseo, ¿quieres venir?

—No, gracias, estoy cansada. Voy a darme una ducha y después me quedaré por aquí.

—Claro, claro, hay que ver lo agotador que es esto de salir de excursión, ¿verdad? —ironizó sin dejar de reír y luego se encaminó hacia uno de los senderos.

Yo subí a mi cuarto y nada más cerrar la puerta tras de mí, suspiré y me di cuenta de que no había dejado de sonreír desde hacía horas.

En cuanto me aseé, me tumbé en la cama, fijé la mirada en el techo y remoré todos los momentos de aquel maravilloso día. Me quedé tan absorta que, cuando quise darme cuenta, ya era la hora de cenar. Parecía mentira lo rápido que transcurría el tiempo allí; cuando estaba en Barcelona, hacía mil cosas en un mismo día, mientras que allí se me escurría el tiempo entre las manos mirando el techo de la habitación, perdida entre recuerdos y feliz.

Después de cenar, pasé un par de horas en el porche junto a Abel hablando de lo que habíamos hecho durante el día y recordando ese maravilloso paraíso.

Estábamos muy bien juntos, no podíamos apartar las manos el uno del otro y las conversaciones fluían y se alternaban con los silencios cómodos y las bromas. Me daba la sensación de que hacía mucho que lo conocía —imagino que vernos a todas horas ayudaba, pues si estuviéramos en la ciudad, hubiéramos necesitado semanas para pasar todo ese tiempo juntos—, aunque también debía reconocer que me daba cierto vértigo albergar tantos sentimientos en tan poco tiempo.

Por todo eso, cuando me levanté a la mañana siguiente, no entendí por qué me sentía triste. Tal vez fuera porque, aunque no quería pensar en lo que vendría, por más que intentara apartar aquellos pensamientos cuando me invadían, la realidad era la que era.

—Vaya, ¿estás bien, Aitana? No tienes buena cara —preguntó María cuando llegué a nuestra mesa.

—Sí, estoy bien —mentí.

—Pues no lo parece —insistió y yo me derrumbé un poco.

—Es que no sé qué estamos haciendo —confesé. Me senté en la silla y me cubrí el rostro con las manos.

—Estamos trabajando y disfrutando un poco, nada más —respondió María resuelta.

—Sí, pero es que me da la sensación de que todo esto nos va a explotar en la cara.

—Pues cuando llegue el momento, ya lidiaremos con ello; no vamos a abrir el paraguas antes de que llueva. Y, por favor, deja de pensar tanto.

Sabía que tenía razón y justo eso era lo que había estado haciendo con Abel, disfrutar del momento, pero aquello no quería decir que no me diera cuenta de que no podríamos continuar alargando mucho más aquella situación.

—Aitana, no creas que no te entiendo, de hecho, no he parado de darle vueltas al asunto, pero es que no tengo ni idea de qué puedo hacer yo para solucionar esto.

—Lo sé. Yo no dejo de pensar en ello. Intento encontrar la mejor forma de resolverlo y no se me ocurre nada porque, de un modo u otro, sé que todo esto terminará salpicándonos y no acabará bien, y es justo eso lo que pretendo evitar.

Las dos callamos unos instantes; yo intentaba ordenar mis ideas y ella se preparaba las siguientes preguntas.

—¿Aún crees que Abel es culpable? ¿Es eso lo que te agobia? ¿Por eso estás así? —instigó María.

—No, por supuesto que no. Lo que pasa es que a una pequeña parte de mí, supongo que la más ambiciosa y profesional, no acaban de encajarle todas las piezas. Sé que algo se me escapa, aunque desconozco el qué.

—No voy a negar que hay algo extraño, y tampoco que cuando llegué aquí pensé que nos encontraríamos un panorama mucho menos complicado.

—Y si Abel no es el culpable, ¿qué crees que está sucediendo?

—No tengo la menor idea, y no sabes la rabia que me da no tener todas las piezas del puzle. Tampoco se me ocurre qué más podemos hacer para encontrar alguna pista o solución que nos ayude con el caso —se quejó María.

—Entiendo tu frustración, nunca me había pasado algo parecido. ¡Joder! Soy la mejor abogada de Barcelona y no logro descubrir qué se nos escapa —solté con frustración.

—¿Y qué vas a hacer?

—Quiero regresar al bufete, está claro que no soy capaz de continuar con esto. Aunque me gustaría poder justificarlo de alguna manera. No quiero llegar allí y decirles que no puedo seguir con el caso porque me he enamorado de la persona a la que se suponía tenía que investigar.

—Sobra decir que si lo hicieras, les daría un síncope. Yo porque he visto cómo te desprendías de los trajes y de tu acartonamiento habitual, pero ¿te imaginas sus caras si te presentaras en chándal en la oficina?

—Me parece increíble que haya cambiado tanto en tan poco tiempo —confesé.

—No creo que hayas cambiado tanto. Creo que esta faceta tuya no es tan nueva y que formaba parte de ti desde siempre, solo que por el tipo de trabajo que ejerces y los lugares por donde te mueves, te ha resultado mucho más difícil sacarla.

Medité unos instantes sobre eso y no me costó darme cuenta de que la Aitana de la universidad se parecía más a la de ahora que a la de antes de llegar al rancho, y que era verdad que cambié a raíz de empezar a trabajar en el bufete. Poco a poco me había vuelto más reservada, más estirada, incluso más fría.

Pero a pesar de haberlo hablado y de desahogarme con María, aún me sentía bastante agobiada, por lo que decidí despedirme de ella y salir un rato a ver si el aire y las vistas lograban tranquilizarme un poco.

Avancé casi por inercia por el sendero que llevaba a los establos. Aquel día había amanecido soleado, pero hacía más fresco, por lo que agradecí haber cogido una sudadera.

En cuanto llegué a la puerta, me quedé parada, pues la escena que encontré allí me dejó completamente perpleja.

Habían sacado a Furia de su cubículo habitual para tender a Bruja dentro, que parecía enferma. Furia relinchaba y pateaba el suelo sin dejar de moverse, como si intentase acercarse a ella, pero estaba atada a un poste para mantenerla quieta. Abel se hallaba sentado en el suelo junto a Bruja y la acariciaba con delicadeza.

A pesar del miedo que me habían dado siempre aquellos animales, me acerqué a Furia, que parecía estar un poco fuera de control. Lo hice con lentitud y sin dejar de susurrarle cosas. A cada paso que daba, la yegua parecía querer alejarse de mí. Hasta que ya no pudo retroceder más. Alcé la mano para posarla en su hocico, intentando

mostrarme tranquila para que no notara mi nerviosismo. Cuando empecé a acariciarla despacio y con ternura, pareció relajarse como por arte de magia, al igual que yo. No me marché de su lado, no dejé de susurrarle palabras y de acariciarla hasta que la noté lo suficientemente calmada. Luego, me separé de ella poco a poco y fui a ver a Bruja.

—¿Qué le ocurre? —A pesar de mi voz suave, Abel se sobresaltó.

—Aitana… No me había dado cuenta de que estabas aquí —me dijo, casi en un susurro—. No lo sé, lo mismo que a todos, pero Bruja es solo una potra y no sé… —Abel no pudo continuar porque se le quebró la voz y yo me agaché junto a él.

—Eh, a Bruja no le va a pasar nada, ya lo verás. Pero, aunque yo no entiendo nada de esto, si ya has hecho por ella todo lo que tenías que hacer, creo que sería bueno que Furia regresara junto a ella.

—¡Joder, Furia! Estaba tan preocupado por Bruja que no… —De golpe, se puso en pie para ir a verla—. Qué raro… ¿Cómo es que está tan tranquila? —preguntó angustiado.

—Bueno, me ha costado un rato que se calmara —añadí intentando destensar un poco el ambiente.

—¿Te has acercado a ella? —preguntó confuso.

—Sí, cuando he llegado…

—Pero ¡tú estás loca, Aitana! Furia estaba muy agitada, podría… podría…

—Abel, relájate. No me ha ocurrido nada, estoy bien.

Abel paseó una y otra vez la mirada de mí a Furia, parecía sorprendido.

—No puedo creer que te haya dejado acercarte. Hemos necesitado a tres hombres para sacarla de aquí, y no había forma de

calmarla.

—Sí que estaba bastante inquieta cuando he llegado, pero es que es normal, la habéis alejado de Bruja.

—Sí, necesitaba ver cómo se encontraba, pero ahora ya es tontería mantenerlas alejadas. Tráela. —Su tono casi sonó a orden.

—¿Yo?

—Si has estado con ella cuando estaba mal, es justo que seas tú quien la traiga junto a su hija.

Volví a buscar a Furia, que esa vez me dejó acercarme sin problemas, como si supiera exactamente lo que iba a hacer. La desaté y la llevé junto a Bruja, que alzó la cabeza en cuanto su madre se acercó a ella.

—Se pondrá bien, Abel. —Intenté tranquilizarlo a pesar de que no tenía ni idea de lo que ocurría.

Salimos de allí y dejamos a madre e hija solas. Cuando Abel volvió a mirarme, tenía los ojos vidriosos.

—¿Y si no se pone bien, Aitana? —preguntó sin esperar obtener respuesta, porque enseguida me abrazó y escondió la cabeza en mi cuello.

Y si aún me quedaba alguna duda sobre si Abel era o no el culpable de lo que fuera que estaban sufriendo aquellos animales, todas se disiparon en aquel instante.

Por completo.

32

Lluvia de estrellas

ABEL

Cuando aquella mañana me avisaron para informarme de que Bruja parecía enferma, la ansiedad se apoderó de mí, pues solo era una potra y corría aún más riesgo que el resto. Me agobié tanto que ni siquiera me di cuenta de que Aitana había entrado en los establos y se había acercado a Furia, que se encontraba fuera de sí.

Estoy convencido de que si llego a verla, me hubiera dado un infarto, y también creo que, si no hubiera presenciado yo mismo lo calmada que estaba la yegua después de aquel encuentro, me hubiera costado creerlo. Porque si Furia ya era un poco indomable, en aquellos momentos, con su cría enferma y separada de ella, era imprevisible. Sin embargo, Aitana la había tranquilizado como si fuera un simple corderito. No salía de mi asombro.

No fue mi intención derrumbarme delante de ella; me hubiera gustado mantener el control, pero me resultó imposible contenerme. Aquella situación me desgastaba y tenía los nervios y el estrés a niveles demasiado altos.

Aitana me abrazó y me consoló. Entre sus brazos me sentí mejor, protegido, como si nada malo pudiera sucederme mientras estuviera conmigo. Si todavía tenía alguna duda de lo que sentía por ella, en aquel instante se desvaneció. Quería aprovechar todo el tiempo que estuviera allí, aferrarme a ella y no soltarla. Tenía la sensación de que si Aitana me acompañaba durante aquel mal trago, todo sería más llevadero.

Me aparté de ella con reticencia y la cogí de la mano para llevarla a la parte trasera de los establos. Hacía unos años, entre mi padre y yo habíamos puesto un banco que usaba muy poca gente porque no era una zona de paso, pero a mí me gustaba sentarme allí a descansar.

No intercambiamos palabra, solo la invité a sentarse conmigo y, cuando se acomodó, me estiré y apoyé la cabeza en sus muslos. Cerré los ojos y estuve a punto de gemir cuando me acarició el pelo con una delicadeza que me erizó la piel de todo el cuerpo. Me concentré en el contacto, intentando que todo lo demás desapareciera, al menos durante unos minutos. Abría y cerraba los ojos de tanto en tanto para comprobar que Aitana estuviera bien. Ella parecía absorta mirando el paisaje y la entendí, porque yo me había perdido en él infinidad de veces.

Ni siquiera estoy seguro del tiempo que transcurrió, pero debió de ser bastante porque me levanté con la espalda entumecida. Lo primero que hice nada más erguirme fue atraerla hacia mí y besarla. Un beso suave y dulce que poco tenía que ver con los que nos habíamos dado hasta el momento.

—Gracias —susurré aún pegado a su boca.

—¿Por qué?

—Por estar, Aitana. —Me tragué el nudo de emociones que sentía y me mordí la lengua porque sabía que, como siguiera así, terminaría suplicándole que se quedara, y eso no podía ser. No me podía permitir albergar ninguna esperanza.

—De nada —respondió justo antes de volver a besarme.

Nos quedamos un rato más allí, alternando besos con abrazos, hasta que me di cuenta de la hora que era y casi me levanté de un salto. ¿Cómo había pasado el tiempo tan rápido?

—Tengo que marcharme. Recuerda que esta noche hay lluvia de estrellas y que tenemos una cita para verla juntos.

—No se me olvidará, ¿quedamos en el porche a la misma hora de siempre?

—Sí, a la misma hora —confirmé acariciándole la mano y sin querer alejarme de ella.

—¿Tengo que llevar algo especial?

—Las ganas —respondí, y le di solo un beso más antes de regresar al establo.

Reí al oírla murmurar algo por lo bajo que no llegué a entender, pero que parecía hacer referencia a no querer apartarse de mí, y la sonrisa se me quedó congelada en los labios cuando, al asomarme a la cuadra y para mi absoluta felicidad y sorpresa, vi que Bruja estaba de pie junto a su madre.

Aitana tenía razón al querer juntarlas; no había mejor medicina que el amor.

A la noche, como llegué al porche media hora antes de la que había quedado con Aitana, me pasé por la cocina a prepararme un café.

—Encarna, hace más de media hora que tendrías que haberte marchado. —Ni siquiera sabía por qué lo dije, hacía tiempo que había desistido de regañarla por los horarios, pues hacía lo que quería.

—Sí, ya lo sé, ya casi estoy. ¿Quieres un trocito del bizcocho de nueces y chocolate que acabo de hacer?

¡Mierda! Con todo lo que había tenido en la cabeza ese día, se me había olvidado por completo preparar algo para Aitana.

—No puedo decirte que no a eso, ¿puedes ponerme dos? —pedí y ella alzó los ojos para mirarme.

—Vas a ver la lluvia de estrellas con ella. —Aquello no fue una pregunta, aunque yo asentí con la cabeza—. Entonces será mejor que te lleves esto.

Cogió una cesta que tenía encima de la encimera y me la dio. Levanté la servilleta de cuadros que la cubría y encontré una botella de vino, dos copas, un racimo de uvas y queso. Alcé la mirada.

—Muchas gracias, pero ¿para quién habías preparado todo esto?

—Eso da igual, no me cuesta nada montar otra. Anda, vete ya, que se te va a hacer tarde. —Me apremió y yo supe que estaba evitando el tema.

Di media vuelta y justo antes de salir, me giré para decirle:

—Dile a mi padre que mañana por la mañana lo espero en los establos.

—De acuerdo —respondió sin pensar y se tapó la boca al sentirse descubierta—. ¡Oh! Eres… eres…

—Buenas noches, Encarna. Disfruta de la lluvia de estrellas —añadí justo antes de irme.

La oí refunfuñar hasta que casi había llegado al porche. Y aunque aún no era la hora, Aitana ya estaba ahí. Me acerqué para besarla.

—Vamos —dije y le tendí la mano.

Ella la agarró y se puso en pie.

—Pensé que íbamos a quedarnos aquí.

—Aunque hay muy poca contaminación lumínica, conozco un sitio donde hay aún menos.

Además de la cesta de Encarna, llevaba una mochila donde había metido una manta grande y una linterna que saqué en cuanto avanzamos un poco, pues el camino estaba bastante oscuro.

Subimos una de las montañas y no tardamos en llegar a un prado pequeñito, que quedaba lo suficientemente lejos del rancho como para que casi no llegara la luz.

—No veo nada —se quejó Aitana.

—Sí, es verdad que está un poco oscuro, pero es mejor así porque será más fácil verlas. Menos mal que he cogido la linterna. —Sin ella, hubiera sido casi imposible acceder a ese lugar, no se veía prácticamente nada.

Aitana se cogió a mi brazo con tanta fuerza que me quejé.

—Perdona, pero es que no me apetece nada estamparme contra el suelo.

—Tampoco sería la primera vez —bromeé.

—Ja, ja, ja. Pues no me apetece añadir una nueva —ironizó cortándome la circulación del brazo—. ¿Qué ha sido ese ruido? —preguntó tensa y mirando para todos lados.

—Aitana, estamos en medio del monte, lo raro sería que no se oyera nada. Venga, tranquilízate.

Como sabía que eso no iba a ocurrir por arte de magia, dejé la cesta en el suelo, la acerqué a mí para abrazarla y le di un beso rápido y bastante superficial, pero que sirvió para hacerla pensar en otra cosa.

—¿Mejor? —le pregunté cerca de su boca.

—Mmm, no del todo —respondió antes de volver a besarme, y yo sonreí mientras le devolvía el beso—. Ahora sí, mucho mejor —susurró.

Me alejé de ella a regañadientes, le di la linterna para que se sintiera más segura y cogí la cesta del suelo para dejarla a un lado. Le pedí a Aitana que me alumbrara para apartar un par de piedras grandes que había justo en medio del llano y extendí la manta. Después, saqué las copas de la cesta y maldije al darme cuenta de que no había caído en coger el abridor para el vino, pero justo cuando sacaba el queso, me percaté de que había uno al fondo. Estaba claro que Encarna siempre lo tenía todo bajo control.

Serví las copas e invité a Aitana a que se sentara en la manta.

—Joder, Abel, has vuelto a pensar en todo.

Seguramente debí de haberme callado y limitarme a afirmar con la cabeza, pero no fui capaz.

—De nuevo, no puedo llevarme el mérito… La cesta ha sido cosa de Encarna.

No respondió, solo se llevó la copa a los labios para darle un sorbo y yo me quedé hipnotizado con cada uno de sus movimientos.

Miré el reloj y me di cuenta de que ya era la hora, así que nos tumbamos para contemplar lo que habían vaticinado como la lluvia de estrellas más espectacular que habría en la zona desde hacía un montón de años.

—¡Mira! —gritó Aitana al cabo de un rato, emocionada y señalando al cielo. No llegué a ver esa, pero sí la siguiente.

—Acuérdate de pedir un deseo —le recordé.

—¿Uno por cada estrella que veamos? —preguntó impresionada.

—Claro.

—¿No serán muchos deseos?

—Princesa, no podemos conformarnos con menos, hay que pedir a lo grande.

Aitana no me respondió, pero la sonrisa que me regaló fue más que suficiente.

Durante la siguiente hora alterné la mirada del cielo a ella, pues no dejaba de sorprenderme lo feliz que parecía cada vez que veía una.

Cuando el tiempo entre estrellas fugaces empezó a espaciarse yo me incliné sobre ella para besarla con la misma suavidad que aquella mañana.

Aitana no tardó en subirse encima y yo le acaricié la cara. No sabía bien el motivo, quizá fuera el lugar, lo sensible que estaba por lo de Bruja… o tal vez que me estaba enamorando de ella y ni siquiera sabía qué hacer con eso. La cuestión fue que aquella noche la acaricié y la besé sin prisas, con calma, como si fuera la última vez que la tendría así, algo que no era muy descabellado, pues no habíamos hablado del tema y no tenía ni idea de cuándo se marcharía.

Nada en aquella noche fue desesperado, apresurado, banal o superficial, sino todo lo contrario. Fue lento y pausado, tierno y delicado. Aquella fue la primera noche que hice el amor con Aitana.

33

La despedida

AITANA

No fui capaz de pegar ojo.

Llegados a ese punto, ya no podía continuar engañándome a mí misma y menos después de lo de anoche. Me había enamorado de Abel y aquello no tenía vuelta atrás, así que lo único que podía hacer era buscar soluciones para arreglar la enorme pelota que se había formado.

Después de horas y horas pensando, barajando posibilidades y buscando soluciones, decidí que lo más sensato sería volver a Barcelona, al bufete, y hablar con mis jefes: tenía claro que Abel no era culpable de lo que estaba pasando con sus animales, por lo que no podía continuar con el caso. Debía encontrar la forma de arreglarlo todo y, una vez resuelto, volver al rancho y contarle a Abel la verdad.

No sería fácil, pues estaba convencida de que se sentiría traicionado, pero le explicaría lo ocurrido y también que, a pesar de tenerlo todo en contra, me había enamorado de él. Pediría perdón, suplicaría si era necesario, y luego hablaríamos de lo que íbamos a

hacer con lo nuestro. No podía pensar en eso también, pues necesitaba ir paso a paso. Cerrar cosas para poder abrir otras.

En cuanto fue una hora prudencial, llamé a María para hablar con ella y explicarle la decisión que había tomado.

Me respondió medio dormida, pero un cuarto de hora más tarde estaba sentada en el sillón de mi habitación, completamente despierta y pendiente de cada una de las palabras que salían de mi boca.

Le conté lo que tenía pensado hacer y no me interrumpió ni una sola vez hasta que terminé.

—¿Vas a marcharte sola o prefieres que me vaya contigo? Puedo acompañarte si me necesitas —fue lo primero que me preguntó, y me asombró que se ofreciera, ya no tanto como ayudante, sino para darme su apoyo.

—No, será mejor que te quedes aquí. Hoy es jueves, pretendo hablar con ellos mañana y estar de vuelta por la noche para pasar el fin de semana aquí, así que es una tontería que bajemos las dos. Ya veremos qué hacemos el lunes… —Me callé unos segundos antes de añadir—: Muchas gracias por ofrecerte y por todo, María. Ha sido sumamente inesperado, pero estupendo, poder acercarme a ti durante este tiempo. Conocerte mejor y…, no sé…, que me ha gustado. —Me aturullé bastante hacia el final de la frase, imagino que por mi falta de costumbre para expresar sentimientos.

—A mí también me ha gustado, pero me está sonando a despedida y eso me gusta menos.

—No era mi intención, solo quería que lo supieras.

—Eso está bien, aunque yo quiero dejar claro que a pesar de que sigas siendo mi jefa, también te has convertido en mi amiga y me

gustaría que eso no cambiara cuando volvamos a la ciudad.

Imagino que fue por toda la tensión que sostenía, pero no pude evitar emocionarme ante sus palabras. Yo ya la consideraba mi amiga, pero oírselo decir tocó una parte de mí que creía desaparecida, porque hacía demasiado tiempo que no tenía una amiga.

Supongo que María se dio cuenta de que estaba a punto de que se me saltaran las lágrimas porque añadió:

—Venga, va, como hemos formalizado nuestra relación, este año te presento a mis padres por Navidad —bromeó, pero lejos de hacerme reír, desencadenó justo el efecto contrario y me eché a llorar.

Se levantó del sillón para abrazarme. Respondí a aquel abrazo, estrechándola con fuerza y escondiendo la cara en su cuello.

—Todo va a salir bien, Aitana —murmuró cerca de mi oído y yo lloré aún más. Hacía mucho tiempo que no me sentía tan querida, ni arropada ni consolada.

Cuando se me calmó el llanto, María se despegó de mí con cuidado y me miró a los ojos antes de hablar.

—Lo siento mucho, pero sabes que no eres mi tipo, ¿verdad? —volvió a bromear y esta vez sí sonreí—. Vamos, Aitana, ve al bufete, deja las cosas claras y vuelve para sincerarte con Abel. Tú puedes, y yo estaré aquí para todo lo que necesites. —Los ojos se me volvieron a aguar y María no pudo callarse—: ¡Joder! Casi que prefería a la cabrona de antes que a la llorona en la que te has convertido. ¡Es broma, eh! —añadió con rapidez alzando los brazos.

Cuando María se marchó, yo me quedé un rato en mi cuarto. Quería tranquilizarme un poco antes de ir a hablar con Abel.

Necesitaba tener claro lo que iba a decirle.

Tardé casi una hora más en sentir que estaba lista y, a pesar de ello, cuando abrí la puerta de mi habitación, los nervios me atenazaban el estómago.

Supuse que, por la hora que era, encontraría a Abel en su despacho, así que, aunque no había estado nunca allí, llamé a la puerta esperando encontrarlo dentro.

—¡Adelante! —gritó él desde el otro lado.

Abrí y me quedé unos instantes en el umbral. Nunca había pensado en cómo sería, pero me sorprendió. Amplio y luminoso, con una mesa de escritorio grande en el centro y otra casi del mismo tamaño pegada a la pared izquierda. A la derecha, la pared estaba cubierta por estanterías repletas de libros. Todo estaba sumamente ordenado y resultaba muy acogedor.

—Buenos días, princesa. Acabas de descubrir el lugar donde me escondo del mundo —bromeó con una sonrisa, y mis nervios aumentaron un poquito más.

—Es precioso —murmuré sin mirarlo a los ojos.

Abel ya me conocía bien, por lo que no tardó en levantarse de la silla y acercarse a mí.

—¿Ocurre algo? —preguntó con preocupación en su voz.

—Quiero hablar contigo —dije con toda la seguridad que pude y noté el cambio inmediato en su actitud, pues se tensó y se alejó de mí para volver a sentarse tras la mesa.

—Tú dirás —me animó con una voz varios tonos más fría de la que solía utilizar conmigo.

—Tengo que volver al trabajo. Me ha surgido… un problema y debo marcharme.

Su cara se volvió una máscara de indiferencia, aunque se cruzó de brazos, como si quisiera protegerse.

—Ah, vale —se limitó a decir.

—Intentaré resolverlo mañana por la mañana y estar de vuelta por la tarde o el sábado a primera hora.

—De acuerdo —respondió con sequedad, y yo empecé a sentirme bastante incómoda porque tal vez a Abel le diera exactamente igual si regresaba o no, y era yo la que me estaba montando castillos en el aire.

—Pues voy a hacer la maleta —farfullé.

Acababa de darme la vuelta cuando noté que me envolvía la muñeca con la mano. Ni siquiera me había dado cuenta de que se había puesto en pie. Me acercó de un tirón y unió su boca a la mía. Resultó un beso muy distinto a cualquiera de los que nos habíamos dado antes. Era verdad que fue intenso y rudo, pero también noté algo parecido a la desesperación, y la forma en la que Abel me abrazaba y se aferraba a mi cuerpo no hacía más que confirmarlo.

Nos alejamos poco a poco. No parecía muy dispuesto a dejarme ir, incluso me dio un par de besos rápidos antes de apartarse.

—Entonces te espero el viernes en el porche y si no llegas, nos vemos el sábado —susurró con una ligera sonrisa y voz ronca; en esa ocasión, había adquirido parte de su calidez habitual, aunque no toda.

—Claro. Hasta pronto, Abel —murmuré antes de salir de allí, pues no me apetecía pensar en todo lo que tendría que aclarar con él próxima vez que nos viéramos. Y mucho menos acercarme a él o besarlo, porque si lo hacía, me vendría abajo y no podía permitírmelo, aún no.

Antes de subir a mi cuarto, me dirigí a los establos. Quería ver a Furia y a Bruja y, de alguna forma, despedirme también de ellas.

Mientras caminaba hacia allí me repetía una y otra vez que aquello no era una despedida, que yo regresaría al día siguiente, pero había algo dentro de mí que sabía que no sería lo mismo, que cuando hablara con Abel, las cosas cambiarían. No pude evitar que las palabras que me dijo Fernando en mi cuarto, cuando estaba recuperándome de la fiebre, regresaran a mi cabeza una y otra vez: «A Abel siempre le ha costado perdonar». Solo deseaba que eso hubiera cambiado con el tiempo.

Llegué casi sin darme cuenta y fui directa hacia el cubículo. Miré a mi alrededor y, tras comprobar que no había nadie, abrí la puerta y entré. Furia se acercó a mí despacio y me tocó con suavidad el hombro con el hocico. Yo la acaricié y apoyé la frente en ella, sin dejar de tocarla. Me aparté unos instantes para decirle adiós, para despedirme, aunque con toda seguridad volviera a verla al día siguiente. La yegua relinchó y me sobresalté, pero luego me abracé a su cuello antes de marcharme. Al llegar a la puerta de los establos, miré hacia atrás y vi que Furia había sacado la cabeza del cubículo y que me observaba como si supiera que aquello era una despedida.

Regresé rápido a mi habitación e hice la maleta en veinte minutos. Como mi intención era regresar, no lo cogí todo, pero tampoco me dejé nada importante. En cuanto la tuve lista, la cerré y sonreí con tristeza al pensar que en aquella ocasión no había seguido ningún orden ni lista ni nada. Me senté unos instantes en la cama y respiré profundamente. Solo esperaba no encontrarme con nadie más antes de llegar al coche, pues ya había tenido suficientes despedidas por una mañana y no quería tener que dar más explicaciones ni volver a

emocionarme, como sabía que sucedería en cuanto hablara con Encarna. Prefería marcharme un poco a escondidas y dar todas las explicaciones necesarias a mi regreso. Cuando pudiera hablar sin mentir, a pesar de que con eso me ganara el enfado de ellos.

Bajé las escaleras con todo el sigilo que pude; supuse que las actividades ya habrían empezado y esperaba que todo el mundo estuviera fuera. No me equivoqué. Una vez en el exterior, aceleré el paso hasta llegar al coche y más que guardar la maleta, la tiré sin ningún cuidado en el maletero. Cuando por fin me subí al coche, suspiré aliviada. Arranqué y al mirar a un lado, contemplé la casa grande: sus ventanas, su porche, su inmensidad y si cuando llegamos me pareció bonita, en aquellos momentos, con todas las vivencias que me llevaba, me resultó profundamente acogedora, espectacular.

La primera lágrima cayó cuando observé por el retrovisor cómo me alejaba del rancho, y justo al pasar por aquella preciosa casita amarilla de la que me había enamorado la primera vez que la vi, mis ojos ya no pudieron dejar de fabricar unas lágrimas que llevaba demasiado tiempo conteniendo.

Antes de llegar a la carretera principal, tuve que detenerme, pues me resultaba imposible ver con claridad. Intenté tranquilizarme, pero no lo logré del todo y me pasé el camino de vuelta sin dejar de llorar.

Dejé el coche en el aparcamiento y subí a mi casa con impaciencia, pues pensé que allí la cosa cambiaría y que al sentirme en un lugar conocido y confortable, me calmaría al fin, que conseguiría que esa congoja, ese pellizco que sentía en el estómago, desapareciera. Pero no fue así.

Porque el silencio y la frialdad de mi ático me hizo darme cuenta de lo sola que estaba.

34

Romperme

ABEL

Vi el coche alejarse por el camino y, sin entender el motivo, supe que la había perdido. No sabía bien por qué, pero lo sentía así. Supongo que por eso la había besado de aquella forma, para intentar grabarme en la cabeza a qué sabían sus besos, cómo era estrecharla entre mis brazos... Aunque separarme de ella me costó tanto que casi sentí dolor físico.

Tenía que hacerle el relevo a Lorena a la actividad que me tocaba aquel día, pero antes decidí acercarme primero a los establos, pues el contacto con los caballos siempre me tranquilizaba. Iba tan ensimismado en mis pensamientos que ni siquiera saludé al entrar, tal y como solía hacer siempre. Avancé hacia el fondo, pero algo me llamó la atención dentro de uno de los cubículos y me detuve. Raúl se encontraba junto a uno de los caballos y le daba algo de comer. Aquello de por sí ya me tensó, porque desde que empezaron a enfermar, teníamos la alimentación de los animales muy controlada, por lo que todos tenían prohibido darles cualquier tipo de chuchería.

Pero el gesto del fisio, la tensión y la alerta que irradiaba su cuerpo, acabó de mosquearme.

—Raúl, ¿qué haces? —Ni siquiera alcé la voz, pero el respingo que dio confirmó mis sospechas.

—Yo… Le estaba dando a Wasabi… de comer —titubeó mientras yo me acercaba a él.

—Dame eso —le pedí. Alargué la mano y me mostré mucho más comedido de lo que me creía capaz.

—No creo que…

—He dicho que me lo des. —En esa ocasión sí alcé el tono, y Raúl me dio la bolsa con un gesto rápido y tembloroso.

No me hizo falta comprobar qué eran aquellos polvos, que Raúl le daba de comer a Wasabi impregnados en una zanahoria, porque los había visto demasiadas veces. Se trataba de un potente herbicida que se utilizaba para preparar el suelo para el cultivo, pero que si lo comía un caballo podía provocarle irritación en la boca y la garganta, náuseas, vómitos y debilidad. Todo perfectamente compatible con la demanda que me habían puesto por explotación.

Hacía años que no lo utilizábamos, pero conocía muy bien la textura, el olor y el color que tenía.

—Abel, no es…

—No me digas que no es lo que parece, porque no es a mí a quien vas a darle explicaciones. Cuando llegue la policía, se lo cuentas todo a ellos.

—No los llames, o perderé la posibilidad de volver a trabajar en esto.

En cuanto terminó de hablar, supe que ya no iba a ser capaz de contenerme por más tiempo.

—¡Lo hubieras pensado antes! ¿Cómo se te ocurre hacer algo así? ¿Te has vuelto loco?

Las piezas encajaban a un ritmo vertiginoso en mi cabeza. Los caballos enfermos sin explicación, el tiempo que llevábamos sufriendo por ello.

—Esta no es la primera vez que lo haces, ¿verdad? ¡Joder, llevas meses envenenando a mis animales! Me importa una mierda que no vuelvas a trabajar de esto, de hecho, eso sería lo más normal y justo.

Respiré hondo e intenté contenerme porque si me paraba a pensar en todos los disgustos, las horas de sueño perdidas y en lo mal que lo había pasado por su culpa, lo hubiera golpeado, pero nunca me tuve por una persona violenta y no quería cambiar ahora.

—Será mejor que me acompañes a la casa grande. Esperaremos a los agentes allí —le pedí, pues también necesitaba aclarar mis ideas antes de hacer esa llamada.

Pensé que Raúl se opondría o que se resistiría, pero obedeció sin rechistar.

Mientras atravesábamos el rancho, no podía dejar de pensar en que esa persona, en la que yo había confiado a ciegas, a la que había metido en mi casa y dejado al cuidado de mis animales, no solo me había estado engañando, sino que me había traicionado. Pero aquello no era lo que me hacía hervir la sangre, lo peor era que había estado envenenando a mis caballos. No pude evitar pensar en Bruja, tan preciosa y cariñosa. ¿Quién era capaz de hacerle eso a un potro? Se me empezó a acelerar la respiración y supe que iba a necesitar a mi padre cerca para que mediara entre nosotros. Lo llamé sin explicarle nada, solo que lo esperaría en mi despacho.

Agradecí que apareciera nada más sentarnos.

—¿Qué sucede, hijo? Me has dejado preocupado. —Estaba tan alterado que tardó unos instantes en percatarse de que Raúl también se encontraba allí—. Ay, hola, Raúl, perdona. No te había visto.

—Papá, siéntate —le pedí.

En cuanto tomó asiento, se lo conté todo. Mi padre alternó la mirada de mí a Raúl sin dejar de escucharme. Estaba completamente anonadado.

—Es que… Yo… no… —No le salían ni las palabras.

—Entiendo cómo te sientes, de verdad que sí. Es muy difícil de digerir.

Pareció reaccionar y saltó del asiento, tan sorprendido, indignado y dolido que añadí eso a mis motivos para odiar a Raúl.

—Pero eso no puede ser… ¿Cómo es posible…?

—Lo sé, papá, a mí también me cuesta creerlo, pero lo he pillado con las manos en la masa —repetí, aunque me daba la sensación de que iba a necesitar tiempo para asimilarlo.

Un carraspeo hizo que apartara los ojos de mi padre y los centrara en Raúl.

—En realidad, no tenéis ninguna prueba. Será tu palabra contra la mía, y no es a mí a quien han demandado. —Esa chulería me exasperó aún más.

—Lo cierto es que, ahora que sabemos qué es lo que han tomado exactamente los animales, podemos pedirle al veterinario que lo verifique —solté, bastante comedido para el estado de nervios en el que me encontraba.

—Sí, pero también se lo podrías haber dado tú.

—¿Por qué iba yo a querer envenenar a mis propios animales? Lo que no termino de entender es por qué lo has hecho. Creo que te hemos tratado bien, he confiado en ti, has sido un trabajador… —No fui capaz de continuar y la máscara de chulería de Raúl desapareció.

—Solo lo hice por dinero. Lo necesitaba… —murmuró muy bajito.

Miré a mi padre, que parecía encontrarse en estado de shock. En parte lo entendía porque para él los trabajadores del rancho siempre fueron mucho más que eso.

—¿Qué dinero? Pero ¿quién te pagó? Es que no entiendo nada. —Aquello me había descolocado.

—Si te lo cuento todo, me dejarás fuera de esto y no le dirás a la policía lo que he hecho. ¿De acuerdo? —exigió Raúl.

Yo me recosté en el asiento; si llamaba a la policía, abrirían una investigación y no estaría en mi mano ocultarles nada, y tampoco pensaba hacerlo. Pero él parecía no saber eso y si había sido capaz de pasar meses en mi rancho mirándome a la cara mientras me engañaba y envenenaba a mis caballos, yo sería capaz —muy capaz — de mentirle.

—Por supuesto —respondí con una voz tan calmada que mi padre clavó los ojos en mí.

—Me ha pagado un tío de aquí —soltó sin pensarlo.

—¿De aquí? —pregunté desconcertado.

La única persona que me vino a la mente fue Severino Pardo, el vecino con el que colindaban nuestras tierras y que siempre nos tuvo inquina, pues según él nos habíamos apoderado ilegalmente de una parte de sus terrenos. Por más que le habíamos enseñado las escrituras de compraventa, ni siquiera aquello parecía convencerlo y cada vez que tenía la más mínima oportunidad, nos lo echaba en

cara. Además de que nada de lo que hacíamos le parecía bien. Hacía tiempo que había desistido y me había alejado de él. A mi padre le costó más porque se conocían de siempre. Sin embargo, no lo veía capaz de hacer algo así, aunque visto lo visto, ya no sabía qué creer.

—Se llama Víctor —confesó Raúl, con lo que me confirmó que el culpable no era Severino—. No sé mucho más, pero, si quieres, puedo darte su dirección —sugirió, sacándome de mis pensamientos.

—Por supuesto que quiero. —Y es que no había nada en el mundo que deseara más que averiguar quién era ese tipo y por qué había pagado a alguien para que envenenara a mis caballos.

En cuanto el fisio salió de mi despacho, me dispuse a ir a la dirección que me había dado. No quería llamar aún a la policía porque primero pretendía mantener una conversación con la persona que había orquestado todo eso. Y, total, tenía los datos de Raúl, así que él tampoco podría irse demasiado lejos.

Mi padre continuaba sentado en la misma silla donde había estado presente durante la conversación, solo pareció reaccionar cuando ya estaba en la puerta.

—Hijo, ten cuidado. No tenemos ni idea de quién es esa persona ni de lo que quiere, pero solo con lo que ha hecho, ya podemos deducir que no tiene ningún tipo de escrúpulos.

—Sí, papá, no te preocupes. Solo quiero respuestas.

Aparqué muy cerca de la dirección que me había facilitado Raúl, pero al ver que la casa era nuevísima y enorme, supe que no sería tan fácil presentarme allí y hablar con el dueño.

Llamé al timbre con la esperanza de encontrarlo en casa, porque era posible que ni siquiera estuviera allí. Tal vez era una residencia vacacional.

Pero tuve suerte y una chica con uniforme —¿qué persona hoy en día hacía ponerse un maldito uniforme a alguien que trabaja en casa?— me abrió la puerta.

—Buenos días, soy Abel García, el dueño de Rancho Perdido. Me gustaría hablar con el propietario de la casa —pedí con amabilidad.

—Pase y siéntese ahí. Informaré al señor de su llegada, pero no le aseguro que pueda atenderlo.

«Cuento con ello», pensé.

—Esperaré, no se preocupe.

Pasó más de media hora antes de que un tipo alto y con traje se plantara delante de mí.

—Señor García, qué sorpresa. Acompáñeme a mi despacho. Ahí podremos hablar más cómodamente.

No abrí la boca y lo seguí por la casa, que parecía más un museo, hasta llegar a una sala que daba la sensación de no haber sido usada nunca. A pesar de que intentaba mantener mi despacho lo más ordenado posible, los papeles encima de la mesa, los marcos con fotos y los libros gastados hablaban del tiempo que pasaba allí; sin embargo, aquel lugar daba la sensación de estar deshabitado de lo frío e inhóspito que era.

—Siéntese —ordenó y supe, solo por el tono, que aquel hombre estaba acostumbrado a mandar.

Me acomodé en una silla que no tenía ni un solo roce y clavé los ojos en los suyos.

—Usted dirá —pidió y me recosté sin dejar de mirarlo, incluso me permití el lujo de sonreír con cinismo.

—No, el que va a hablar eres tú. Me vas a explicar por qué Raúl, mi trabajador —recalqué aquella palabra—, ha estado envenenando a mis animales.

Esperaba que me contestara con evasivas, que se excusara, incluso que me echara de su casa…, pero no lo que dijo.

—Mira, estoy cansado de tu rancho y de andarme con rodeos —suspiró, alzando las manos en señal de derrota—. Esta era la última opción que barajaba, pero puedo comprarte el rancho y los terrenos por mucho dinero.

—No quiero tu dinero, quiero explicaciones —escupí cabreado.

—Ni siquiera sabes la cantidad que puedo ofrecerte.

—Mi rancho no está en venta. —Separé bien las palabras y me detuve en cada una de ellas.

—De acuerdo, entonces ¿qué es lo que quieres?

—Ya te lo he dicho, respuestas.

—¿Aún no lo has deducido por ti mismo? —Su pregunta estaba llena de mordacidad, como si se la estuviera haciendo a alguien que no fuera demasiado inteligente.

—¿Qué es lo que se supone que tengo que deducir?

—Abel, Abel, por cómo se habla de ti en el pueblo, te creía más inteligente, pero no te preocupes, que voy a explicártelo. —La melaza que destilaba su voz me dio arcadas y algo en su tono me hizo dudar si quería saber lo que tenía que decirme a pesar de que había ido justo por eso—. Verás, es sumamente sencillo: tengo unas pistas de esquí y tú, el terreno que necesito para ampliarlas…

—¿Me estás diciendo que has saboteado mi rancho, me has demandado y has estado a punto de matar a mis animales por ampliar unas putas pistas de esquí? —lo interrumpí.

—Unas pistas que podrían darme mucho dinero, no te olvides de eso.

No podía creerme que lo mal que lo había pasado, la ansiedad, el agobio, las noches sin dormir, solo se debieran a que un gilipollas ambicioso quisiera ganar dinero a mi costa.

—Pues tendrás que buscarte otras tierras, porque desde luego en las mías no va a ser.

—Bueno, eso ya lo veremos. He contratado a la mejor abogada de Barcelona y tengo plena confianza en que ella hará todo lo posible por… complacerme.

No sabía bien el motivo, pero una especie de alarma se me activó en la cabeza, aunque no comprendía por qué.

—Me da exactamente igual lo que hagas con tu amante. —Tal y como había terminado la frase, me había dado a entender que estaba liado con la abogada—. Lo único que sé es que no pienso ceder.

Me puse en pie para largarme, pero antes de llegar a la puerta, la voz fría de aquel tío y sus siguientes palabras lograron clavarme en el sitio:

—Dale recuerdos a Aitana y dile que, si le apetece, podemos quedar para cenar en el mismo sitio de la última vez.

Me quedé tan aturdido que no fui capaz de relacionar absolutamente nada, ni siquiera entendía a qué se refería.

—¿Aitana? ¿Qué tiene que ver en todo esto?

—Ah, que aún no te has enterado. —La enorme y cínica sonrisa que me dedicó hizo que diera un paso atrás, pues sabía, antes de que lo dijera, que aquello me iba a doler—. Aitana es mi abogada. Ha estado trabajando conmigo todo este tiempo.

Me había equivocado. Aquello no solo me dolió. Me rompió.

35

Paso a paso

AITANA

Me había pasado toda la noche sentada frente al escritorio. Primero escribí todo lo que tenía pensado decir en el bufete y después lo repasé, pues no quería dejar ningún cabo suelto. Era la segunda noche que no dormía, me mantenía a base de nervios y café.

Estaba deseando quitarme aquello de encima y volver al rancho para hablar con Abel. Porque aunque mi trabajo llevaba años siendo lo más importante para mí, en aquellos instantes parecía que solo era un obstáculo que sortear. Por lo menos hasta que lo aclarara todo con él, después ya veríamos. «Paso a paso», me repetí.

Cuando el despertador sonó por la mañana, me pilló saliendo de la ducha. Quité la alarma y durante los siguientes veinte minutos, a pesar de la pereza que me daba hacerlo, me dediqué a maquillarme y a peinarme. Ya extrañaba limitarme a lavarme la cara, ponerme la crema y recogerme el pelo en una coleta.

Una vez lista, me contemplé en el espejo. La imagen que este me devolvió no terminó de convencerme; me había acostumbrado a otra muy distinta, mucho menos rígida y estirada. Con todo, era lo que

tocaba, así que me alejé y me dirigí a la cocina. Abrí los armarios solo para comprobar que lo único que tenía era lo que solía tomar cada mañana: cereales de avena, leche desnatada y café. Solo de pensarlo, el estómago aún se me cerró más y no pude evitar preguntarme qué sería lo que habría hecho Encarna para desayunar. Aparté ese pensamiento de la cabeza, me preparé un café solo, me lo tomé de un trago y me encaminé hacia el bufete. Sabía que era demasiado pronto, pero no me apetecía estar dando vueltas por el piso ni darle vueltas a mis pensamientos

Nada más poner un pie en el despacho, pensé que quizá no había sido buena idea llegar tan temprano porque los jefes aún no estaban y la mesa vacía de María no hacía más que recordarme cuánto la extrañaba. Debería haber aceptado su ofrecimiento para acompañarme; seguiría estando nerviosa, pero no me sentiría tan sola.

El tiempo que estuve allí me dediqué a deambular de un lado a otro y a pensar que, al no haber avisado de que iría, mis jefes no me esperaban y, por lo tanto, quizá ni siquiera aparecerían; tal vez tuvieran algún juicio o cualquier otra cosa fuera del bufete. Cuando mi agobio tocó cotas demasiado elevadas, fui a ver a Gustavo, pues si no preguntaba, nunca lo sabría.

—Buenos días, Esperanza —saludé controlando la voz y los nervios. Sentía que si no era capaz de hacerlo delante de ella, terminaría aturullándome frente a su jefe.

—Vaya, ya era hora de que aparecieras por aquí —soltó con todo el retintín del mundo.

Me di cuenta de que me había acostumbrado a que las personas no me hablaran así, con cinismo, incluso con un punto de maldad.

Seguramente la Aitana de antes de marcharme le hubiera dicho que se metiera en sus asuntos y que ella no era nadie para pedirme explicaciones de lo que hacía o dejaba de hacer. Sin embargo, no dije nada de eso.

—Ya veo que me has echado de menos. —Estuve a punto de añadir que yo a ella no, pero me callé—. ¿Está Gustavo?

—Eh, sí, acaba de llegar —respondió desconcertada por mi respuesta.

—Perfecto —repliqué sin esperar a que le avisara, simplemente me colé en su despacho.

Mientras cerraba la puerta, oí a Esperanza gritar que no podía entrar así sin antes avisar al señor Rodríguez, pero yo ya estaba dentro.

—Buenos días —murmuré mientras me acercaba a su mesa.

—Ah, hola, Aitana, no te esperaba… —Gustavo no pudo terminar la frase porque Esperanza irrumpió en el despacho.

—Lo siento, señor, no he podido detenerla —se excusó con la voz entrecortada como si en lugar de haber corrido unos pocos metros, acabara de realizar una maratón.

—No te preocupes, Esperanza, está bien. Puedes dejarnos solos.

—Claro, señor —murmuró en un tono sumamente reverencial.

En cuanto la ayudante cerró la puerta y Gustavo clavó su mirada en mí, supe que ya no había marcha atrás.

—Tú dirás, Aitana —me pidió sin ocultar la curiosidad que sentía —. ¿Ha ocurrido algo? ¿Va bien el caso? ¿Alguna novedad? ¿Necesitas más recursos? —soltó del tirón.

—No, no ha ocurrido nada, solo que es imposible que nadie de ese rancho esté maltratando a ningún animal. No puedo enfrentarme a…

—Aitana —me cortó y tuve que morderme la lengua para no pedirle que me dejara terminar—, parece mentira que seas tú la que digas algo así. Nosotros no somos policías, ese no es nuestro trabajo. Solo tenías que ir al rancho y encontrar pruebas, pero si no has descubierto nada, ya buscaremos otro modo de proceder.

—Y eso es justo lo que he hecho. El problema es que no hay pruebas porque ellos no tienen nada que ver con la acusación de la demanda.

—¡Aitana, ya está bien! No vuelvas al rancho si no quieres, pero…

—Gustavo, creo que no me estás entendiendo. No se trata de que no quiera volver allí, lo que quiero decir es que no voy a continuar con el caso —solté con contundencia.

—Perdona, ¿cómo dices? —Los ojos abiertos de mi jefe y su cuerpo inclinándose hacia mí me informaban de lo sorprendido que estaba.

—Que no voy a seguir, lo siento.

—Pero tú jamás has abandonado un caso, eres la mejor abogada de Barcelona. Llevas semanas investigando este, ¿cómo es posible…?

—Lo sé y asumo las consecuencias de mis actos, pero está decidido —repetí, pues parecía que no le había quedado claro.

—Desde luego no esperaba esta falta de profesionalidad por tu parte. Ya sabes que tendrás que recuperar las horas y que habrá otro tipo de consecuencias. Tu ascenso no será posible, supongo que eres consciente de ello, ¿verdad?

Su tono era amenazante, lo que él no sabía era que en aquellos momentos el dichoso ascenso no podía importarme menos.

—Me lo imagino. No era mi intención que ocurriera nada de esto, pero mi decisión es firme. No hay nada que podáis hacer o decir para que cambie de parecer. —Si algo tenía claro, era precisamente eso; no iba a continuar con el caso de ninguna de las maneras.

—No era tu intención, pero ha sido una cagada de las grandes. Cierra al salir, que tengo un montón de cosas que arreglar.

Salí con la cabeza bien alta del despacho y tal vez, solo tal vez, la puerta se me escapara al cerrar y sonora como un tremendo portazo.

Las piernas aún me temblaban cuando llegué al mío. Al pasar junto a la mesa de María, la eché aún más en falta que antes. Necesitaba hablar con alguien, necesitaba a una amiga.

Cerré la puerta y me senté en la silla. Debía hacer una evaluación de daños y, para ello, tendría que relajarme un poco.

En el fondo sabía que no iban a echarme por abandonar un caso, pero a pesar de que en buena parte lo tenía bastante claro, había otra que no descartaba del todo aquella posibilidad, así que saber que aún mantenía el puesto me hizo suspirar aliviada. No iban a darme el ascenso, pero, aunque llevaba mucho tiempo esforzándome para conseguirlo, se podría decir que eran daños menores. Debería recuperar las horas, eso ya me lo imaginaba, aunque pensar en pasar encerrada en mi despacho sesenta horas semanales me deprimió un poco. En fin, tampoco iba a dejar que aquello me agobiara, ya lo afrontaría cuando llegara el momento.

Después de tanta tensión, la boca se me había quedado seca, así que al sacar la botella de agua del bolso noté que me vibraba el móvil. Cuando por fin di con él, la llamada finalizó; miré la pantalla y descubrí que tenía más de quince llamadas perdidas de María. Había

ocurrido algo. Estaba a punto de devolverle la llamada cuando sonó de nuevo.

—María, ¿qué pasa? —pregunté nada más descolgar.

—¡Joder, Aitana! Hay que ver lo que cuesta dar contigo. Abel lo sabe todo. —Por un momento me olvidé de que no era de las que daban rodeos para decir las cosas. Tuve que reclinarme en la silla pues empezaba a costarme respirar—. Pero es que eso no es lo peor.

—¿Qué quieres decir? María, por favor, explícamelo todo desde el principio y por orden —rogué, pues no estaba preparada para el bombardeo de información que me estaba soltando.

—Por lo visto, ayer Abel habló con Víctor y este le dijo que tú eras la abogada que llevaba la demanda y que… Bueno, que…

—¡¿Que qué?! —exclamé con impaciencia.

—Pues que estáis juntos, que tú y Víctor sois amantes. Pero es que no sé cómo lo ha relacionado con el caso; en ese punto estoy completamente perdida.

—Yo tampoco logro comprenderlo. —¿Cómo había conseguido Abel dar con Víctor? No tenía ni la menor idea.

—También te digo que no sé por qué motivo está más cabreado, porque no me ha dejado explicarle nada, casi ni me ha dejado hablar. Solo me pidió que respondiera con un sí o un no a dos preguntas.

—¿Y cuáles fueron? —quise saber, aunque podía imaginármelas.

—Que si eras la abogada que llevaba el caso. Te juro, Aitana, que pensé en mentirle para protegerte, pero es que me pareció una tontería porque en realidad ya lo sabía, solo buscaba mi confirmación.

—Hiciste bien, no te preocupes. —La intenté tranquilizar, a pesar de que a mí estaba a punto de darme un ataque de ansiedad—. ¿Y la otra?

—Que si Víctor y tú sois amantes. Yo le dije que no, pero no estoy muy segura de que me creyera.

—¡Joder! —exclamé.

Yo que vine primero a Barcelona para arreglar lo del caso y luego hablar con Abel con las cosas más claras y resultaba que no solo no había podido hacerlo, sino que se había enterado de la peor de las maneras.

—Esto es una mierda, Aitana. Lorena no me habla, estoy esperando el mejor momento para explicárselo, pero lleva horas rehuyéndome. —La tristeza que transmitía la voz de María me sorprendió, pues no era habitual en ella.

Tal vez fuera eso lo que hizo que me pusiera en marcha, que me levantara con ímpetu de la silla. Estaba tan acostumbrada a que fuera ella la que me sostuviera que aquel cambio de roles me ayudó a reaccionar.

—No te preocupes, en unas horas estoy ahí. Solo tengo que pasar por mi piso para recoger un par de cosas, así que…

—Aitana, no es por desilusionarte, pero no creo que sea muy buena idea que vengas. Tal vez lo mejor sea que me marche y…

—No voy a hacer eso, no voy a dejarte sola y no voy a marcharme de allí sin darle a Abel la explicación que se merece.

Solo de pensar en no volver a verlo, en quedarme allí y no regresar al rancho, en no tocarlo más… Se me hacía tal nudo en la garganta que me costaba hasta tragar.

—Vale, Aitana, lo que tú veas. —Y aquella frase me sonó a: «Luego no digas que no te lo advertí».

Tenía que salir del despacho sin que me vieran, pues llegar al bufete, dejar el caso y largarme a las pocas horas, desde luego, no iba a estar bien visto por los jefes. Así que decidí esperar a la hora de comer, cuando todos abandonarían sus puestos y saldrían del edificio. Yo podría camuflarme entre ellos y no regresar.

Me pareció una idea maravillosa, pero tener que estar encerrada en el despacho durante horas, dándole vueltas a lo que Abel estaría pensando de mí, en cómo podría solucionarlo, en lo mucho que se habían torcido las cosas, me estaba provocando una ansiedad difícil de controlar.

Supongo que, por eso, dos minutos antes de que la aguja del reloj marcara la hora de irme, yo ya estaba en la puerta con el bolso colgado al hombro y la pierna dando golpecitos de impaciencia en el suelo.

Unos segundos antes de que, por fin, llegara el momento, salí a paso ligero de allí con la cabeza gacha para no hablar con nadie y cuando entré en el coche, respiré aliviada, como si aún estuviera en el cole y no me hubieran pillado haciendo novillos.

Tal y como le dije a María, solo metí un par de cosas en la maleta y me largué del piso lo más rápido que pude.

Ya llevaba unos cuantos kilómetros cuando caí en la cuenta de que no había comido nada en todo el día, así que paré en el primer sitio que encontré, me comí un bocadillo y me tomé un café, pues además de no haber comido nada, también llevaba muchas horas sin dormir.

Cuando por fin llegué al rancho, ya había oscurecido.

36

La traición

AITANA

Si la situación fuera distinta, me habría reído de mí misma al verme entrar en la casa grande como una ladrona que intenta colarse sin que la vean. Pero es que lo último que deseaba era cruzarme con Encarna, Lorena o Fernando, y menos aún con Abel. Primero necesitaba tranquilizarme y sentirme un poco más yo misma, así que subí a mi habitación.

En cuanto cerré la puerta, me dejé caer sobre ella y di gracias por haber sido precavida y no haber dejado las llaves en la recepción antes de irme.

Coloqué la maleta encima de la cama y saqué unas mallas y una sudadera antes de meterme en el baño. No entendía bien el motivo, pero necesitaba ducharme, era como si quisiera quitarme de encima a la Aitana que era cuando estaba en Barcelona, como si al llegar allí quisiera recuperar a quien había sido esas últimas semanas.

Cuando salí, hice lo que había anhelado hacer aquella mañana: ponerme cómoda, echarme un poco de crema en la cara y

recogerme el pelo. Me gustó mucho más la imagen que el espejo me devolvía ahora que la que había contemplado ese mismo día.

Miré el reloj y comprobé que era la hora de la cena, así que tendría que esperar un poquito más antes de bajar, ya que mi intención era ir directamente al porche para hablar con Abel, los dos solos, sin interrupciones. Eso si bajaba aquella noche, claro, aunque estaba más que dispuesta a recorrerme todo el rancho si no lo encontraba allí.

Aunque los nervios me reconcomían, estaba descartado ir a ver María, ya que estaría cenando y yo no quería bajar al salón. Le había enviado un mensaje cuando paré a comer diciéndole que estaba de camino y otro justo antes de salir del coche, así que ya hablaría con ella más tarde. En aquellos momentos mi prioridad era Abel.

Le había dado mil vueltas a qué decirle y a cómo hacerlo, pero supe desde el principio que aquello no serviría de nada, pues no tenía ni idea de cómo iba a reaccionar, de lo enfadado que estaría. Al pensarlo, mis nervios empeoraron, así que decidí salir al balcón a ver si me serenaba con el aire y el paisaje.

Parecía mentira, porque había salido unas cuantas veces, pero es que las vistas desde allí me impactaron casi de la misma forma que la primera vez.

Aquel día no había luna llena y el cielo estaba bastante nublado, por lo que la oscuridad dominaba el entorno. Aun así, se podía ver el contorno de las montañas, los establos y todo lo que rodeaba el rancho y que cada vez que lo contemplaba me gustaba más. Por primera vez desde que me había marchado, suspiré aliviada, como si mirar el paisaje fuera una especie de diazepam natural. Me senté en

una de las sillas, cerré los ojos y aspiré el aire que olía a limpio, a madera y a hierba.

Cuando volví a mirar el reloj, me percaté de que ya habría terminado la hora de la cena y de que Abel ya estaría en el porche… o eso esperaba yo.

Fui directa hacia allí y, en cuanto salí, lo vi sentado en el sitio que solía ocupar. La única diferencia fue que cuando él clavó los ojos en mí, la frialdad que percibí en ellos me dejó completamente consternada.

—Buenas noches —saludé con delicadeza.

—¿Qué haces aquí? —escupió en un tono en el que no había ni un ápice de la dulzura o el calor con el que solía dirigirse a mí.

Me acerqué a él y me senté en el mismo lugar de siempre. No podía venirme abajo por algo así, ya sabía que estaría enfadado, que no iba a ser tan fácil, que no podía llegar allí y hacer que me perdonara sin más.

—Quiero intentar explicarme. Abel, yo…

—Te advierto desde ya que no tengo ninguna gana de hablar contigo —zanjó sin darme tregua.

—Lo entiendo, pero creo que merezco que escuches lo que tengo que decir —pedí mirándolo con fijeza. Como no dijo nada, me lo tomé como un sí y continué hablando—: Es verdad que soy abogada y que vine aquí por la demanda, pero cuando os conocí, cuando me di cuenta de que…

—No es necesario ser la mejor abogada de Barcelona para llegar a esa deducción —soltó con retintín.

—No os conocía de nada, solo tenía la información que me habían dado en el bufete. No tenía demasiadas opciones.

—Siempre hay opciones —zanjó él.

Nos mantuvimos unos instantes en el silencio más incómodo que había habido nunca entre nosotros.

—Abel, solo quiero pedirte perdón. Siento mucho lo que ha pasado, no quería…

—¿Qué, Aitana? ¿Qué era lo que no querías? ¿No querías engañarme? ¿Traicionarme? ¿No querías humillarme? ¿No querías hundir mi hogar? ¿O jugar con mis sentimientos? ¿Qué coño era lo que no querías?

—No, no quería nada de eso. Y tampoco quería que esto terminara así —murmuré intentando tragarme el nudo que se me había formado en la garganta.

—Pues lo hubieras pensado antes de venir a mi casa para manipularme mientras me la jugabas por detrás.

—Puedo asegurarte que esa no era mi intención —me defendí.

—¿No? Pues para no ser tu intención, has llevado las cosas demasiado lejos, ¿no crees?

—¿A qué te refieres?

—Hombre, no creo que te pagaran por acostarte conmigo, ¿o sí?

Con aquellas palabras, la que se quedó fría fui yo. Había sido una ingenua al pensar que podría arreglar lo nuestro yendo allí y simplemente hablando con él.

—No, no lo hicieron —respondí alzando aún más la cabeza con una mirada desafiante. Una cosa era que me sintiera mal por lo que había hecho y otra que estuviera dispuesta a aguantar que me insultara de aquella manera.

—Pues no podrán acusarte de no tomarte tu trabajo en serio.

Entendía que Abel estuviera dolido y que las tirase a matar, de verdad que sí, pero si no estaba dispuesto a escucharme, yo tampoco iba a quedarme allí aguantando que me humillara todo lo que quisiera. Así que me levanté intentando obviar la inmensa pena que sentía.

—Si eso es lo que piensas de mí, es que no me conoces en absoluto —solté con cierta rabia y supongo que por eso mi voz sonó tan firme.

No obtuve respuesta y nada más llegar a la puerta, ya lloraba. Mi único objetivo era intentar retener los sollozos para que él no los oyera, aunque no sé si lo logré porque al dar un par de pasos más, se me escapó el primero.

Nada más pisar el primer escalón oí otra voz familiar y ya fui incapaz de retener el llanto por más tiempo.

—Anda, vamos a tu cuarto, que me da miedo que no seas capaz de llegar. —Encarna no me hablaba con la dulzura de siempre, pero tampoco con la misma frialdad que Abel. Claro que para él la traición era mayor. Aquel pensamiento me arrancó otro sollozo.

Me dejé llevar por Encarna, pero ni siquiera pude abrir la puerta, pues las manos me temblaban demasiado.

—Dame eso, que a este paso no entras ni mañana —dijo ella antes de quitármelas de las manos.

Una vez dentro, sentí que las piernas no me sostenían y estuve a punto de tumbarme en el suelo, pero Encarna me llevó hasta la cama y allí me hice un ovillo. Así, acurrucada contra mí misma, me daba la sensación de que podría juntar algo que se me acababa de romper.

—Aitana, sé que no es el momento de pedirte explicaciones, está claro que no te encuentras en condiciones… Pero es que a mí hay cosas que no me cuadran. Empezando porque hayas decidido regresar y estés así de mal. ¿Quieres contarme lo que ha ocurrido?

Contra todo pronóstico, tener algo en lo que centrarme, ordenar mis ideas para relatarle a Encarna lo que para mí habían significado las últimas semanas, me ayudó a serenarme un poco.

—Voy a intentar explicártelo todo, pero ser lo más breve posible.

—No tengo prisa, ya ha terminado la hora de la cena, así que… —dijo ella. Entonces acercó el sillón a mi cama para oírme mejor.

—Trabajo como abogada. Hace unas semanas, un antiguo compañero de instituto contactó conmigo para que llevara un caso relacionado con una demanda sobre maltrato animal. En un principio me opuse, pero mi bufete me presionó y yo por Víctor sentía… Bueno, de jovencita siempre me gustó y creí que aún lo hacía, así que terminé aceptando. Mi objetivo cuando llegué aquí era recabar información y pruebas y largarme lo más rápido posible, pero eso fue antes de conocer el rancho, de conoceros a vosotros y, sobre todo, de conocerlo a él. Con el tiempo me fui dando cuenta de que era imposible que ninguno de vosotros hicierais daño a un animal. Y luego está… Bueno, lo que siento por Abel.

—La verdad es que se lo has puesto muy difícil —suspiró Encarna —. Ya no solo se siente engañado, sino también traicionado, utilizado… Es complicado.

—Y lo entiendo. —Tuve que parar porque volví a sollozar—. Sé que lo he hecho mal, y en cuanto aclaré mis ideas en lo referente al rancho y a él, lo primero que hice fue viajar a Barcelona para dejar el caso.

—¿Eso es lo que has hecho? ¿Ir allí para dejar el caso? —Asentí—. Vaya, eso no me lo esperaba. Pero, a pesar de que yo también me he sentido engañada, es a Abel a quien más daño le has hecho.

—Lo sé, pero es que no quiere hablar conmigo, no quiere escuchar nada de lo que tengo que decirle.

—Ya lo imagino. Hay muchas cosas que desconozco, Abel solo me ha contado lo que él ha creído conveniente, pero sé que si no quiere hablar, no va a hacerlo. Necesita un tiempo para lamerse las heridas. Y, aun así, no estoy segura de lo que ocurrirá después. Y todo esto me da mucha pena porque hacíais una pareja fantástica y yo nunca había visto a Abel así, tan ilusionado, tan feliz, tan enamo… —Se interrumpió—. En fin, dejaré que descanses. Yo también estoy dolida por la parte que me toca, pero me ha gustado escuchar tu versión. Gracias por contármela.

—De na-nada —tartamudeé volviendo a llorar—. Y… lo siento.

—Lo sé. Buenas noches, Aitana.

—Buenas noches, Encarna.

En cuanto esta cerró la puerta, los sollozos regresaron a mí con más fuerza, pues me daba la sensación de que aquello era un adiós. A la pena que sentía por lo que había ocurrido con Abel, había que sumarle todo lo que aquello implicaba, ya que debía despedirme de todas las personas que habían formado parte de mi vida durante aquellas semanas y que me habían hecho sentir mejor de lo que había estado en mucho tiempo.

Unos golpes en mi puerta me sobresaltaron y durante unos segundos albergué la absurda esperanza de que se tratara de él, pero al abrir me encontré con María y antes de poder reaccionar, ella ya me rodeaba con sus brazos. Y ahí ya terminé de romperme.

No sé el tiempo que estuve llorando abrazada a ella, pero estoy segura de que fue bastante. Cuando por fin logré calmarme un poco, me separé.

—Aitana, sé que esto es una mierda, pero tengo que contarte otra cosa —susurró María visiblemente acongojada.

—No sé si voy a ser capaz de soportar más cosas.

—Puedo explicártela más adelante, pero si yo fuera tú, me gustaría saberla.

—Vale. Venga, dime.

—He logrado hablar con Lorena y he descubierto cómo logró Abel contactar con Víctor. Resulta que Raúl era el que estaba envenenando a los animales. Parece ser que… Bueno, que Víctor lo había contratado y le estaba pagando. Lo único que quería era hacerse con estas tierras para ampliar las pistas de esquí…

—¡Hijo de puta! —exclamé.

Es que no podía creerme que Víctor hubiera hecho algo así y me hubiera arrastrado a mí con él.

—Sí, ya te lo contaré mejor, pero la cuestión es que ellos se pensaban que nosotras también estábamos detrás de eso, creen que lo sabíamos.

—No puede… No es…

—Acabo de explicárselo a Lorena. Le he dicho que nosotras no teníamos nada que ver, que no teníamos ni idea, que solo vinimos a recabar pruebas.

—¿Y te ha creído? —pregunté con la esperanza de que Lorena se lo contara a Abel.

—Creo que sí.

—A mí Abel no me ha dejado ni hablar.

—Sí, Lorena me ha comentado que estaba muy enfadado y que les ha prohibido a todos que… Bueno, que…

—¿Qué? —pregunté con impaciencia.

—Les ha prohibido a todos que hablen de ti. No quiere saber nada. No quiere escuchar a nadie. Lo siento, Aitana.

Por la actitud que había tenido conmigo hacía un rato, aquello no debería haberme sorprendido, pero lo hizo. Era imposible que Abel me perdonara si no estaba dispuesto a escuchar, y justo en ese momento fui consciente de que no sería capaz de arreglarlo. Lo había perdido y no podía hacer nada para recuperarlo.

Entonces me dejé llevar por la profunda tristeza que solo da la pérdida y lloré, abrazada a un cuerpo que no era el de Abel, pero que había aprendido a querer en las últimas semanas.

Y no dejé de llorar en toda la noche.

37

Amigas

AITANA

Aquella mañana me desperté con los ojos tan hinchados que prácticamente no podía abrirlos. Me levanté de la cama con cuidado para no despertar a María, que se había hecho un ovillo a mi lado. Nos habíamos dormido muy tarde y quería que descansara un rato más.

Me metí en la ducha con la esperanza de que el agua fresca me despejara y desinflamara un poco los ojos. No lo conseguí.

No quería quedarme en la habitación porque no deseaba despertarla, así que me vestí intentando no hacer ruido y bajé. Tenía el estómago completamente cerrado y no me apetecía desayunar, por lo que salí directamente afuera.

Me alejé de la casa para no encontrarme con nadie. Me alegré de haber decidido dar una vuelta aquella mañana porque, de algún modo, necesitaba despedirme también de aquel lugar, de su entorno, de sus montañas. No quería seguir llorando, de hecho, creí que ya no me quedarían lágrimas, pero, para mi absoluta consternación, continué haciéndolo durante todo el paseo.

Cuando regresaba a la casa grande con la intención de despertar a María y preparar la maleta, me topé con la última persona que esperaba ver.

—Hola, princesa —me saludó.

—Hola, preciosa —respondí agachándome hasta quedar a la altura de Belén.

—¿Por qué estás llorando? —preguntó con congoja en la voz.

—Porque estoy triste. —Me sorprendió haber simplificado tanto mi estado de ánimo, era verdad que me sentía así, pero también dolida, humillada, enamorada, desconcertada, arrepentida, sola… La lista era larguísima, pero decidí que, para que me entendiera, aquella era la palabra correcta.

—Vaya, estar triste es un rollo. Además, yo cuando estoy triste necesito a mi mamá y tú no tienes. —La sinceridad y el poco filtro de los niños era acojonante, pero por primera vez desde hacía días casi sonreí.

—Tienes razón, pero me ha venido bien hablar con una amiga.

—Ah, sí, las amigas también van muy bien para ponerte contenta. A mí también me gusta comer helado cuando estoy triste. Puedes probar, a lo mejor te sirve.

—Estoy segura, el helado le quita las penas a cualquiera —dije, esta vez sí, con una sonrisa. Pero me duró poco—. Belén, me marcho en un rato, así que espero que te vaya muy bien y que tu hermano…

—¿Que te marchas dónde? —preguntó desconcertada.

—A mi casa.

—Ah, ya lo entiendo, por eso estás triste, porque tienes que marcharte de aquí y esto es taaan bonito.

—Sí que lo es, sí —reconocí con sinceridad.

—Bueno, no pasa nada. Yo tengo mucha suerte porque vivo aquí, pero tú volverás.

No me vi con corazón de decirle que estaba prácticamente segura de que no regresaría.

—Seguro que sí. ¿Te apetece darme un abrazo? Si no quieres, podemos darnos la mano, como la gente mayor —le ofrecí. No me gustaban las personas que no consultaban esas cosas con los niños, como si estuvieran obligados a besar o a abrazar a quienes los adultos decidieran.

—Prefiero darte un abrazo —resolvió tirándose encima de mí y haciendo que las dos cayéramos al suelo.

Reí mientras le devolvía el gesto, pero cuando Belén se levantó y se apartó de mí no tardó ni dos segundos en salir corriendo.

—Adiós, princesa. Nos vemos pronto —se despidió sin darse la vuelta, solo levantando una mano.

Yo me quedé sentada unos segundos más en el suelo. Ni siquiera me di cuenta de que volvía a llorar. Al levantarme, me noté el cuerpo cansado, como si me hubiera atropellado un camión. La tensión y la tristeza de las últimas horas me habían dejado completamente agotada.

Cuando llegué a mi habitación, María ya no estaba allí, pero no tardó mucho en llamar a mi puerta y presentarse con su maleta ya lista.

—Creo que será mejor que nos pongamos en marcha. Ya me he despedido de Lorena. No se ha mostrado demasiado receptiva con lo nuestro, pero ha accedido a que la llame. No va a ser fácil volver a recuperar su confianza, pero no pienso rendirme con ella.

—Me alegro mucho por ti, María —dije con franqueza.

—Bueno, ya iremos viendo hacia dónde lleva esto, porque la distancia aún lo complica más.

Las dos teníamos claro que, antes de marcharnos, debíamos despedirnos de Encarna y de Fernando. Nos enteramos de que ese día él había salido, algo que me entristeció porque me hubiera gustado decirle adiós, aunque tal vez fuera mejor así. No sabía si estaría igual de enfadado que su hijo y yo no me sentía preparada para otra conversación parecida a esa.

Pasamos por la cocina y nos topamos con una Encarna igual de ocupada que siempre, sin embargo, en cuanto nos vio se acercó y nos abrazó a las dos, achuchándonos con fuerza, algo que me hizo sentir muy reconfortada. Estaba convencida de que Lorena había hablado con ella, porque estaba mucho más receptiva que la noche anterior.

—Os voy a echar de menos. Mira que por aquí pasan un montón de huéspedes, pero vosotras sois… Vosotras… —Encarna se encontraba visiblemente emocionada—. ¡Que os voy a echar de menos, leches! —resolvió dando un paso hacia atrás.

—Nosotras a ti también, Encarna. Muchas gracias por todo, hacía mucho tiempo que no me sentía tan cuidada, yo…—Tuve que callarme porque volvía a llorar.

—Vamos, chicas, que esto no es un adiós. Igual hasta me animo y me acerco a visitaros algún día a Barcelona. Hace años que no voy por allí.

No se me pasó por alto que no dijo que volviéramos, sino que sería ella la que vendría a vernos.

—Eso sería maravilloso —respondió María volviendo a abrazarla.

Al final, terminamos las tres llorando y haciendo promesas que no sabíamos si íbamos a ser capaces de cumplir.

María y yo caminamos despacio hacia el coche, algo un poco incongruente, ya que lo lógico habría sido ir más rápido, pues no deseaba toparme con Abel, pero todo mi ser era bastante reticente a abandonar aquel lugar.

Cuando llegamos al coche, guardamos las maletas y arranqué. Volvía a marcharme de allí solo un día después, aunque en esa ocasión me sentía mucho más rota, pues el día anterior aún tenía esperanza. Esperanza de poder hablar con Abel y de que me perdonara, de regresar algún día a aquel lugar, de buscar la manera de que lo que Abel y yo teníamos sobreviviera a la distancia, pero ya no me quedaba ni una brizna de esperanza. Todo había salido mal, todo se había torcido… Empecé a notar que me faltaba el aire y que cada vez me costaba más respirar. María se volvió hacia mí.

—Aitana, para cuando puedas. Será mejor que conduzca yo —dijo con una mezcla de advertencia y preocupación.

—Vale. —Era una tontería oponerse, pues no podía seguir. Las lágrimas me impedían ver y estaba a punto de darme un ataque de ansiedad.

Tardé muy poco en encontrar un lugar donde detenerme y, al salir del coche, inspiré hondo en un intento de serenarme.

Me senté en el asiento del copiloto y el resto del viaje lo hice mirando por la ventana un paisaje que ni siquiera veía y sin dejar de llorar.

Supongo que, por eso, cuando llegamos a Barcelona no me percaté de que María había parado el coche frente a una casa que no era ni la suya ni la mía.

—¿Dónde estamos? —pregunté desconcertada.

—Es la hora de comer, no hemos desayunado y estoy segura de que tienes la nevera vacía, así que he llamado a mi madre para que nos preparara algo.

—¿Vamos a comer con tus padres?

—Exacto. Así que andando.

No objeté absolutamente nada, y eso que tenía ganas de llegar a mi ático y meterme en la cama por lo menos hasta la siguiente semana. Me daba la sensación de que María podía hacer lo que quisiera conmigo. Estaba tan cansada y tenía la cabeza tan embotada, que me dejé llevar.

María abrió con su propia llave y gritó nada más entrar. Apareció una gata de tres colores: blanco, negro y naranja, que se paseó entre las piernas de María acariciándolas con la cabeza.

—Hola, Nix, ¿cómo estás? Te he echado mucho de menos, preciosa —añadió agachándose para darle mimos a la gata, que no dejaba de ronronear.

Un instante después, una mujer menuda y con los mismos ojos de María se paró frente a nosotras.

—Hola, hija, ¿ha ido bien el viaje? Espero que tengáis hambre. Tú debes de ser Aitana. Encantada.

Me hizo gracia ese discurso acelerado, por lo visto María y ella no solo tenían en común los ojos.

—Igualmente —respondí y me acerqué para darle dos besos.

—Pasad, vamos. Tu padre está poniendo la mesa.

Entramos en un salón pequeño atestado de muebles, fotos y recuerdos que, de alguna manera, me recordó a la casa de mi madre. A mi casa.

Saludamos a su padre y no tardamos en estar los cuatro sentados a la mesa. Los padres de María llevaron el peso de la conversación, preguntando e interesándose por su hija y su trabajo, y me incluyeron en la charla.

A pesar de que me recordó lo bonito que era tener familia, no me entristeció, sino que me mantuvo la mente ocupada y, durante ese tiempo, dejé de pensar en nada que no fuera María y su familia.

Cuando salimos de allí unas horas después para coger el coche, me sorprendieron las siguientes palabras de María.

—¿Dormimos en tu casa o en la mía?

—¿Perdona?

—Aitana, ha estado a punto de darte un ataque de ansiedad. Te irá bien, por lo menos hoy, dormir acompañada. Pero no lo tomes por costumbre —bromeó.

—No hace falta, no es necesario que…

—Por supuesto que sí. Es más, antes de ir a tu casa vamos a pasar por el súper y llenaremos la cesta de porquerías varias para comérnoslas mientras vemos una película para que dejes de darle vueltas a esa cabecita tuya. Y, si quieres, me quedaré el domingo también para que el lunes por la mañana vayamos juntas al bufete. Nos enfrentaremos unidas a lo que venga y, si en algún momento te fallan las fuerzas, solo tendrás que avisarme y yo te sacaré de allí, porque las dos sabemos que, por mucho que hayas cambiado durante las últimas semanas, no serás capaz de mandarlos a todos a la mierda.

—¿Y tú sí? —pregunté por desviar el tema, pues estaba muy conmovida.

—Yo ya empiezo a estar cansada de ese trabajo.

Entramos en el coche en silencio y nos acomodamos en nuestros asientos, pero antes de arrancar, me volví hacia ella.

—María, gracias por todo: por invitarme a casa de tus padres, por intentar distraerme, por apoyarme, por no soltarme. Gracias por estar. Si he sacado algo bueno de todo lo que ha pasado, es tu amistad.

—Sí, hay que reconocer que soy una amiga de puta madre, lo malo es que te ha costado un poquito darte cuenta. —Sabía que estaba intentando bromear para desviar el tema y que no me percatara de que se había emocionado.

Más tarde, cuando ya casi habíamos llegado a mi piso, me dijo:

—No tienes que darme las gracias, estoy encantada de que te hayas desprendido de todas tus capas para descubrir que eres una mujer magnífica, Aitana. No dejes que te hagan creer lo contrario.

Salió del coche sin darme opción a replicar, aunque tampoco hubiera podido decir nada porque me había echado de nuevo a llorar.

38

Abrir los ojos

AITANA

Una semana después

El estridente sonido de la alarma del móvil me pilló ya despierta, algo que no era extraño de por sí, porque esos días estaba durmiendo muy poco y me levantaba exhausta. Retiré la colcha y fui directa a la cocina. No me lavé la cara ni los dientes, pues lo que más prisa me corría era tomarme un café. Necesitaba despejarme para ponerme en movimiento.

Últimamente no me apetecía hacer nada e iba postergando las cosas hasta que no me quedaba más remedio que hacerlas. De hecho, la tarde anterior María se cuadró y no me dejó que siguiera con las maletas en la entrada, que llevaban allí desde que habíamos regresado. No entendía bien el motivo, pero me negaba a deshacerlas, como si hubiera alguna posibilidad de que tuviera que salir corriendo para volver a Monte Perdido. Como si aquello fuera a ocurrir...

No había vuelto a saber nada de ninguno de ellos. Tampoco era que esperara noticias, pero no podía evitar sentirme más triste cada día que pasaba.

Sabía que María hablaba con Lorena y que le había comentado que aquel fin de semana no podría subir a verla. Era muy consciente de que lo hacía por mí, por no dejarme sola, y eso aún me entristecía más, pero por más que insistí en que fuera a verla, no me hizo el menor caso.

Era verdad que ya no lloraba tanto, aunque no sabía qué era peor, porque una especie de apatía se había apoderado de mí. No me apetecía ir a trabajar ni salir con María; si fuera por mí, me hubiera quedado metida en cama desde que llegamos, algo que, por supuesto, no podía hacer.

Con todos aquellos pensamientos en mi cabeza, abrí el armario para coger una taza y allí me quedé, con la mano en la puerta abierta y sin poder moverme. Y es que en una de las estanterías había una preciosa con un arcoíris, pintada con muchos colores «por si algún día me sentía triste». Era lo que me había dicho Belén cuando me la regaló. Alcé la mano y la cogí, toqué la suavidad de su contorno y me sorprendí al notar otra vez las lágrimas por mis mejillas.

Volví a dejarla en su sitio y salí de la cocina para meterme en la ducha, se me habían quitado las ganas de tomarme el café.

Elegí la ropa y los zapatos que iba a ponerme y los dejé preparados. No era que me importara lo más mínimo mi atuendo, pero en el bufete ya me habían llamado la atención porque un día decidí ponerme unos zapatos planos porque, desde que había regresado, los de tacón me resultaban incómodos.

No me echaron la bronca ni nada de eso, allí sabían bien lo que se podía hacer y lo que no, pero sí me sugirieron que estaba mucho mejor con los tacones y que volviera a ponérmelos. Yo me callé —tal y como llevaba haciendo desde mi vuelta— que, si los querían, que se los pusieran ellos, porque aquella situación me resultaba de lo más injusta: ellos iban cada día a trabajar con sus zapatos planos y a mí me pedían que me pusiera tacones.

Me vestí en modo automático, de la misma manera que me peiné y me maquillé.

Y cuando me monté en el coche, me di cuenta de que había vuelto a olvidarme las pastillas. No me había acordado ni un solo día de tomarme los suplementos. Tenía la cabeza del revés.

Al llegar al bufete, María ya me esperaba sentada tras su mesa. Otra cosa que había cambiado: yo ya no era la primera en llegar.

—Buenos días, jefa —soltó con retintín—. Te he traído esto, he pensado que ibas a necesitarlo. —Mi amiga me tendió un vaso que, por el olor que desprendía, supe que estaba lleno de café y me entraron ganas de llorar otra vez—. ¡Ni se te ocurra! Últimamente no sé qué hacer contigo. El otro día casi lloras porque te di las gracias por algo.

—Estoy sensible, qué quieres que te diga —repliqué.

—No, si a mí no me molesta. El problema es que se te olvida que esto es un nido de víboras y tú has pasado de ser una de ellas a convertirte en un conejito asustado. Estoy preocupada por ti.

—Lo sé. Además, después de decidir dejar el caso, me tratan como si fuera la becaria. Hoy vuelvo a tener reunión con Gustavo, a ver qué quiere esta vez.

—Entiendo que puedan estar cabreados, pero no deberías dejar que te pisen como lo están haciendo. Has dejado un caso, sí, pero has ganado todos los demás…

—Menos uno —maticé interrumpiéndola.

—Vale, menos uno, cuando acababas de empezar, pero eso no ha impedido que seas la mejor abogada de Barcelona. Deberían tenerlo en cuenta, más que nada porque este no es el único bufete de la ciudad y saben de sobra que cualquiera mataría por tenerte.

—No seas exagerada, anda —dije, y aunque pudiera parecer falsa modestia, no lo era. Simplemente es que allí fue donde empecé justo cuando terminé la carrera. Me había centrado en ir ascendiendo en ese bufete y, por raro que pudiera parecer, jamás había barajado la posibilidad de marcharme a otro. Nunca.

—Aitana, si no te conociera pensaría que quieres que te dore la píldora, pero es que aquí ya huele a rancio; eres la única mujer que tiene una posición un poco destacada y solo un poco. Y resulta que a la mínima que haces algo mal, te lo hacen pagar convirtiéndote en su secretaria particular y te degradan para que aprendas la lección. Estoy segura de que entre ellos no se harían algo así.

—Es que son socios…

—Sí, pero te tratan así para tenerte más controlada. O, como diría mi abuela, para atarte en corto. Y tú estás pasando por el aro de todo lo que te piden.

—¿Y qué quieres que haga? —dije alzando los hombros.

—No voy a decirte lo que tienes que hacer, solo digo que no me gusta que te traten así. Nada más.

En el fondo sabía que María tenía razón, pero de alguna manera aquello me servía para purgar lo que había hecho. Imaginaba que, al

no poder hacer nada por las personas del rancho, en especial por Abel, me volcaba por quienes menos se lo merecían.

—Gracias, María —dije antes de entrar en mi despacho y sin dejar de darle vueltas a todo aquello.

Cuando una hora después salí para ver a Gustavo, lo hice con una actitud muy distinta a la de la última semana.

—María, si no he vuelto en veinte minutos, ven a buscarme al despacho de Gustavo y di que me llaman por teléfono y que es urgente —le dije.

—Claro, jefa. ¿Algo que deba saber?

—Nada que no sepas ya. Que me he cansado de hacer el idiota en este bufete.

Me sorprendí cuando María se levantó de la mesa y me dio un abrazo. Estaba convencida de que en el bufete ya se empezaba a rumorear que estábamos liadas y no había nada en el mundo que me importara menos que eso.

—¡Esa es mi chica! —gritó ella muy consciente de esas habladurías para darles más carnaza. No pude evitar sonreír.

Me di la vuelta y me dirigí despacio hacia el despacho de Gustavo. Y es que, por primera vez en la última semana, tenía claro lo que quería hacer, sin medir las consecuencias. Había llegado el momento de tomar decisiones.

—Hola, Esperanza. Tenía una reunión con Gustavo.

—Pasa, te están esperando —soltó, y yo sabía que por el tono me estaba recriminando mi tardanza.

También me sorprendió que lo dijera en plural, pues solía reunirme solo con mi jefe. De todos modos, no le hice mucho caso y entré.

Nada más abrir la puerta me percaté de que aquella no era una reunión más, pues dentro se encontraba Gustavo junto a dos socios.

—Buenos días, Aitana, te estábamos esperando. —Otra recriminación—. Siéntate. —Y una orden. No empezábamos bien, no.

Me senté frente a ellos. No tenía ni idea de dónde había encontrado aquella tranquilidad y seguridad.

—Vosotros diréis —pedí nada más acomodarme y alternando la mirada entre los tres.

—No quiero que te tomes esto como una reprimenda. —Para no quererlo, se parecía bastante a una—. Pero es que desde que has vuelto, no pareces la misma que se marchó. —Es que no lo era, pero me callé, pues quería oír primero todo lo que ellos tuvieran que decirme—. Hemos tenido que llamarte la atención por tu… indumentaria, y da la sensación de que no rindes igual que antes. —Me había pasado la última semana trabajando más de doce horas diarias, pero continué sin abrir la boca—. Necesitamos que te centres en el trabajo, pero hasta que eso suceda, hemos pensado darte el caso de Kotex. Sería una buena forma de demostrarnos que estás al cien por cien con nosotros.

¡Menudos hijos de puta! Era un caso perdido, lo había estado llevando el propio Gustavo e imaginaba que, al ver que no tenía salida, me lo quería endilgar para que fuera yo y no él quien lo perdiera. Eso sin contar que, desde mi regreso, mi modo de ver los casos también había cambiado y no estaba dispuesta a aceptarlos todos. Ese en concreto atentaba contra los convenios de los trabajadores y ya me había cansado de representar a personas sin escrúpulos. Sabía que, como abogada, tendría casos que me

gustarían más y otros menos, pero ese es que no me gustaba nada de nada.

—Estamos preocupados por ti —añadió Alonso, el socio más veterano. Y que él dijera algo así, que no se preocupaba ni de sus propios hijos, me hizo sonreír.

—Me siento muy halagada de que hayáis pensado en mí para llevar ese caso. —Si ellos podían ser cínicos, yo también.

—Sí, pero tendrás que demostrarnos que estás a la altura.

Encima de que me endosaban un caso perdido, me presionaban y me amenazaban de una forma muy velada para que me esforzara lo máximo posible y lo ganara o, de lo contrario, la culpa sería mía. Todo fantástico, sí.

—Soy muy válida, de hecho, todos sabéis que soy una de las mejores —solté con seguridad y me recosté en la silla.

—Si sigues así, no lo serás por mucho tiempo. —Aquello no fue una amenaza en sí, pero sonó como tal.

—¿Sabéis cuál es el problema? —No esperé respuesta—. Que no voy a aceptar el caso Kotex ni ningún otro que se le parezca.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Gustavo perplejo.

—Que me he cansado de defender a personas que solo buscan ganar más dinero a costa de pasar por encima de los demás. Lo que quiero decir es que cuando terminé la carrera, tenía otros valores que he ido perdiendo con cada caso vuestro que he defendido, así que no contéis conmigo para esto.

—No te entiendo —dijo Francisco, que no había hablado hasta ese momento.

—Yo tampoco —corroboró Gustavo un tanto confuso.

—No puede ser que con lo listos que os creéis, no lo entendáis. Es tan sencillo como que dimito. Me voy.

En cuanto me levanté de la silla, ellos me imitaron. Me hubiera reído de sus caras si la situación fuera otra.

—Pero no puedes…

—¡Eso es una locura!

—No sé qué…

Los tres hablaban a la vez y se interrumpían unos a otros.

—Señores, vamos, que tampoco es para tanto, ¿no? Una abogada que lo ha hecho tan mal, que no se merece un ascenso y menos después de la última cagada… Está claro que no perdéis tanto.

—Aitana, no puedes dejarnos —exigió Gustavo, como si encima les debiera algo.

—Pues eso es justo lo que voy a hacer —añadí. Di media vuelta y me largué del despacho.

Mientras salía de allí, oí que poco a poco iban subiendo el tono y antes de que me hubiera alejado demasiado, ya gritaban. Esperanza me miró totalmente desconcertada.

—Será mejor que les lleves una tila a cada uno —le dije justo antes de marcharme.

Jamás hubiera imaginado que dejar el bufete lo consideraría un alivio, pero así era como me sentía, como si me hubiera quitado un peso de encima.

Lo primero que hice cuando vi a María fue abrazarla.

—Gracias. Te prometo que haré todo lo posible por sacarte de aquí —susurré sin separarme.

—No te preocupes, me puedo sacrificar y vivir en tu ático diminuto hasta que encontremos algo mejor —bromeó, pero yo la miré.

—¿Te vas de aquí? —pregunté perpleja.

—No te pienses que es solo por ti, ya hacía tiempo que barajaba esa opción —aclaró.

Por mi cara se extendió una sonrisa enorme.

—Pues hala, vamos a tomarnos algo para celebrarlo —propuse y entré en el despacho para coger mi bolso.

—¿Ahora? —gritó María desde fuera.

—He dimitido y no pienso regalarles ni un solo minuto más de mi tiempo —solté al volver junto a ella.

Salí de allí agarrada a mi amiga y más feliz de lo que había estado en los últimos días. Era verdad que se trataba de una felicidad empañada, pues estaba lejos de tener todo lo que deseaba, pero era un pasito hacia delante.

39

El bufete

AITANA

Aquel día, María y yo pasamos la tarde en un bar, intercalando cervezas con agua, pues tenía claro que si no paraba acabaría emborrachándome y, a pesar de que quería celebrarlo, no me apetecía levantarme mala al día siguiente.

Sabía que estábamos actuando de manera muy irresponsable, que había cosas por hacer, como presentar formalmente mi dimisión, y también debería pensar en mi ático, un piso que resultaba evidente que no podría seguir manteniendo, pero aquella tarde ambas decidimos no pensar en nada que no fuera los dos palmos de narices con los que había dejado a los socios.

—Hubiera pagado por verles la cara, te lo juro —masculló María.

—Debería haberlo grabado, a mí también me gustaría volver a verlo. Con la emoción del momento, se me escaparon los detalles.

Las dos callamos unos instantes con una enorme sonrisa en la boca, estaba claro que visualizando ese momento.

—Hoy no, porque ya hemos quedado que nos tomaríamos la tarde para celebrarlo, pero mañana por la mañana en cuanto salga del

bufete, me paso por tu casa con unos churros y planeamos nuestros próximos movimientos. —María hablaba como si perteneciéramos a la mafia.

—¿Vas a ir?

—Claro, tú ya les has dicho que dimitías, pero yo no, y no puedo ausentarme sin más.

—De acuerdo, pues te espero para desayunar.

Continuamos hablando y terminamos despidiéndonos casi entrada la noche. Volví al ático y en cuanto entré, pareció caérseme todo encima.

Había sido un subidón decirle aquello a los socios, pero, por lo visto, ahora venía el bajón, porque me tocaba asumir las consecuencias.

En cuanto me puse el pijama, supe que iba a costarme conciliar el sueño: los acontecimientos del día, sumados a lo que ya arrastraba, hacían que mi cabeza estuviera a punto de explotar.

Salí al balcón con la intención de que me diera un poco el aire, me vendría bien para despejarme, pero en cuanto puse un pie fuera supe que no había sido buena idea: el ruido y el humo de los coches, el sonido de las personas casi gritando, la música de los bares… Todo me agobiaba. Me dejé caer en la silla y alcé la mirada al cielo con la esperanza de que contemplarlo lograra lo que no habían conseguido las vistas, pero la contaminación lumínica, acompañada de la polución y de que ese día el cielo estaba un poco nublado, me impidieron vislumbrar ni una sola estrella.

Desde mi regreso había echado de menos muchísimas cosas, a Abel más que nada, pero no quería pensar demasiado en él y en lo que había perdido porque me embargaba una tristeza demasiado

profunda. Ya lo dijo Encarna en una ocasión: yo era de las que preferían esquivar el duelo y, aunque no era uno propiamente dicho, yo lo vivía como tal. Pero es que además de a las personas, echaba mucho de menos la tranquilidad que se respiraba en el rancho, el paisaje, la calma, los olores…

Puede que con el tiempo me terminara cansando de vivir en un lugar como Monte Perdido, pues siempre pensé que era una mujer de ciudad. Pero luego me di cuenta de que ya no me retenía nada allí. Solo María. Suspiré agobiada, pues tampoco me apetecía marcharme y dejarla allí. Me había costado mucho hacer una amiga y no quería perderla.

Cuando esa noche me metí por fin en la cama, mi cabeza echaba humo, tardé horas en dormirme y me levanté con un dolor de cabeza horrible.

El timbre sonó cuando me estaba terminando el segundo café de la mañana.

—¡Buenos días! —soltó María casi gritando y con un paquete marrón entre las manos completamente impregnado en aceite—. Vamos a desayunar y te cuento cómo está el ambiente en el bufete.

Nos sentamos a la mesa con dos cafés con leche y el paquete de churros en medio. Lo abrí y cogí uno mientras escuchaba a María con atención.

—Parece que ha pasado un tsunami, los socios están alteradísimos y la gente corre de un lado a otro sin saber dónde acudir. Lo último que esperaban era que yo también me marchara, pero lo más alucinante ha sido que después de tu salida triunfal, Esperanza ha pedido un aumento; dice que lleva años trabajando sin parar y que

su trabajo no está reconocido. Me da la sensación de que hemos provocado una revolución, y por lo que he oído, no va a ser la única.

—No puedo creerlo, ¿Esperanza? —Me quedé con la boca abierta. Me había dejado perpleja.

—Alucinante, ¿verdad? —añadió María y le dio un bocado a un churro—. Pero ¿sabes a quién he visto por allí?

—¿A quién?

—A Víctor, y debo decirte que no parecía muy contento.

Víctor. Había dedicado muy poco tiempo a pensar en él, pero sabía que también era un cabo suelto que quería resolver.

—Debería hablar con él —dije en voz alta.

—No, lo cierto es que no, aunque si es para actuar del mismo modo que has hecho con los socios del bufete, me parecerá bien.

Las dos terminamos de desayunar en silencio y cuando estaba apurando el café, decidí exteriorizar lo que llevaba dándole vueltas toda la noche.

—María, he estado pensando…

—Una frase así, dicha por ti, no puede acabar bien —bromeó—. Vamos, dime.

—No puedo mantener el ático. Tengo bastante dinero ahorrado, pero no quiero gastármelo en pagarlo, la verdad. Y me da la sensación de que, desde que volvimos, la ciudad me ahoga y…

—Y vas a marcharte a Monte Perdido —terminó ella por mí.

—No, a Monte Perdido, no. Me gustaría seguir trabajando de abogada, ya sabes que mi trabajo me encanta, aunque no quiero continuar con casos como los que teníamos. Estoy pensando en volver a estudiar y especializarme en otras cosas…

—Deja que lo adivine: derecho ambiental.

No pude evitar sonreír y estaba casi convencida de que si le hubiera preguntado a ella antes, me hubiera evitado perder tantas horas de sueño, pues parecía que sabía lo que quería hacer incluso antes que yo.

—Exacto —respondí con una sonrisa—. ¿Cómo lo has sabido?

—Lo he imaginado, además de que yo también le he estado echando un ojo.

Mi sonrisa aún se ensanchó más. Hacía tiempo que sabía que María sería una maravillosa abogada; de hecho, ya lo era, solo le faltaba la oportunidad de llevar un caso ella sola.

—Será duro, pues nos tocará compaginar el trabajo con los estudios. No lo hago desde que tenía veinte años —aclaré.

—Sí, pero estoy convencida de que en un trabajo nuevo no estarás doce horas diarias pringando, así que tendrás más tiempo para dedicarlo a estudiar.

—¿Por qué crees que trabajaré menos horas?

—Porque ya te da igual demostrar que eres la mejor. Tus prioridades han cambiado. Además, si compartimos piso, tendremos menos gastos.

Me aclaré la garganta, puesto que no se lo había contado todo.

Me había pasado casi toda la noche anterior con la cabeza metida en el ordenador, buscando algo que me llamara la atención y, cuando estaba a punto de desistir, lo encontré y esa misma mañana, entre un café y otro, había llamado para informarme.

—He estado mirando un bufete en Huesca. Es pequeñito y, en realidad, Isabel, la dueña, está a punto de jubilarse y…

—Así que estás pensando en un cambio a lo grande, ¿eh? En ser tu propia jefa.

—Ni de coña es un cambio a lo grande. Es un sitio enano. Si se enteran nuestros exjefes de que he dejado mi puesto para irme a otro en medio de la montaña, donde el local de todo el bufete es más pequeño que el despacho que tenía aquí, alucinarían.

—Aitana, llegados a este punto, debería de darte exactamente igual lo que esa panda de momias retrógradas piense. Yo no creo que sea un paso atrás, sino todo lo contrario: serás tu propia jefa, estarás en un entorno privilegiado, te dará tiempo para estudiar y, lo más importante, podrás vivir, que ya te toca. Pasarse doce horas diarias trabajando no es sano.

—Sí, si sé que tienes razón. Lo único malo será que… que… —balbuceé, pues no quería emocionarme—. Que voy a echarte mucho de menos.

—Ah, que se trataba de eso. No sé cómo de pequeño es ese bufete, pero igual hay sitio para las dos, ¿no?

—¡¿Qué?! —grité—. ¿Vas a venir conmigo?

—No te emociones, que tengo mis condiciones. No quiero ser tu ayudante, quiero que seamos socias.

Sonreí.

—Vaya, parece que sabes negociar —bromeé y me recosté en la silla.

—He aprendido de la mejor. Además, quiero dar un paso con Lorena y la distancia no ayuda. Huesca está mucho más cerca —aclaró.

—Sí que lo está. En fin, si la condición para tenerte cerca es que seas mi socia, así será.

—¿En serio? —preguntó emocionada, como si yo no saliera ganando también con aquello.

—Muy en serio.

María no tardó nada en levantarse y abrazarme. Le devolví el abrazo mientras lloraba, pues jamás imaginé que no tuviera que renunciar a ella al marcharme. Al final iba a tenerlo todo. O casi todo.

Un par de semanas después caminaba con rapidez por las calles de Barcelona, pues llegaba tarde, para variar. Últimamente no sabía qué hacía con el tiempo, que se me pasaba volando.

Abrí la puerta del local donde habíamos quedado y lo vi enseguida. Estaba sentado en una de las mesas más apartadas. Llevaba un traje gris que le sentaba como un guante e iba perfectamente peinado. Era guapo, Víctor siempre lo había sido; sin embargo, en aquella ocasión lo único que sentí por él fue un enorme rechazo.

Me aclaré la garganta y esbocé mi sonrisa más falsa justo cuando me detuve frente a él.

—Buenos días —saludé, sin disculparme por llegar tarde, por supuesto.

—Vaya, Aitana, te veo… Muy diferente.

Entendía a lo que se refería. Había dejado los tacones y la ropa que utilizaba para el bufete y había encontrado mi propio estilo: cómodo y formal, pero sin pasarse. Llevaba unos vaqueros con una camiseta estrecha blanca y un blazer de color crudo. Había dejado atrás los zapatos de tacón para decantarme por unas botas planas.

—Sí, es que he cambiado, pero eso ya lo verás —murmuré ensanchando la sonrisa.

—La verdad es que me sorprendió tu llamada. Era lo último que esperaba, pero me alegro, porque así puedo aclararte lo sucedido en el rancho.

—Ah, no, no he venido aquí a que me aclares nada. Creo que no es necesario, así que por primera vez desde que nos conocemos, te vas a callar y me vas a dejar hablar a mí. Verás, llevo una semana trabajando sin parar para encontrar algo con lo que pillarte…

—Aitana, deja de fingir, los dos sabemos que te han despedido del bufete. —La superioridad en su voz y la forma de decirlo hizo que me cabreara un poco conmigo misma por no haberme dado cuenta antes de cómo era Víctor; sin embargo, tenía intención de cambiar eso.

—En realidad me he ido yo, pero eso ya no importa. Lo que quería decirte es que ahora soy dueña de otro bufete, uno mucho más pequeño que está lejos de aquí, y a pesar de que aún no nos hemos trasladado, pues estamos haciendo algunas reformas, sí lo hemos visitado en varias ocasiones para dejar el papeleo arreglado.

—No sé a dónde quieres llegar… —dijo con prepotencia.

—No seas impaciente y escucha. Resulta que en ese mismo bufete he encontrado algunas denuncias contra tu pista de esquí. Me sorprendió, porque había más de diez, pero es que al ponerme en contacto con otros bufetes de la zona, he logrado recopilar casi veinte…

—¿Y qué? Los dos sabemos que eso no va a llegar a nada…

—Seguramente, si las presentáramos por separado, no, pero si consigo convencerlos para que lo hagan juntos, la cosa cambiaría mucho.

—No puedes…

—Víctor, Víctor —susurré con condescendencia—, no me digas lo que puedo y lo que no puedo hacer. Perdiste ese poder sobre mí cuando me traicionaste. —Cogí uno de los pequeños cruasanes que había en su plato y me levanté—. ¡Que pases un buen día! —grité de camino a la puerta.

Sabía que estaría tan impactado que no sería capaz de hablar. También tenía muy claro que el proceso de aquellas demandas sería largo, pero es que yo no tenía ninguna prisa.

Sonreí durante todo el camino de regreso a casa. Por fin había cerrado eso también, y me daba la sensación de que ya podía marcharme de Barcelona sin dejar ningún cabo suelto.

40

Empezar de cero

AITANA

Ya lo tenía todo listo. Después de tanto esperar, había llegado el día. Tenía que ir a recoger a María en media hora, pero estaba tan emocionada que no fui capaz de esperar más.

Me detuve en la entrada del ático antes de marcharme y cerrar aquella puerta para siempre, pues, aunque no saliera bien lo de Huesca, sabía que nunca regresaría a ese piso. Al contrario de lo que me había ocurrido cuando me fui al pueblo, en esa ocasión me iba con ganas, con ganas de empezar de cero en otro lugar, de descubrir qué nuevos retos me tenía preparados la vida. Por eso la cerré con una enorme sonrisa.

Ya lo llevaba mejor, pero cuando menos lo esperaba una imagen de Abel se colaba en mi cabeza y me dejaba sin respiración. La más recurrente era una de los dos en el porche del rancho, con nuestros vasos calientes mirando las estrellas, pero también la de aquel maravilloso lugar que me enseñó y que se convirtió en uno de los sitios más hermosos que había visitado nunca. O de nosotros acurrucados en la cama después de que la pasión menguara y nos

hubiéramos saciado el uno del otro, por lo menos durante unas horas.

Cuando pensaba en él, tenía miedo de no ser capaz de borrar aquella pena jamás. Ya no solo porque lo había perdido, sino porque me daba la sensación de que lo nuestro no se había cerrado; de que, al no poder hablar con él, al no tener opción de explicarle nada, una parte había quedado abierta. Aunque estaba claro que eso nada más lo creía yo.

Abel no solo no me había llamado, sino que tampoco contestó jamás al único mensaje que le había enviado un par de días después de marcharme de Monte Perdido. Por lo que María me contó —con mucha reticencia—, seguía sin querer que nadie le hablara de mí. Aprendí a respetarlo, pues sabía que no me había portado bien con él, pero a veces me hubiera gustado ir al rancho y zarandearlo por testarudo.

Una cosa sí tenía clara: la relación que él y yo habíamos vivido no la encontraría con nadie más. Había sido tan intenso… Abel parecía entenderme a pesar de que no hacía tanto que nos conocíamos y, con una facilidad pasmosa, había conseguido sacar lo mejor de mí.

Me seguía sorprendiendo todo lo que sentía por él, todo lo que había despertado en mí en un periodo tan corto de tiempo. Pero no podía negar que los sentimientos estaban ahí y que cada día que pasaba, en lugar de empezar a olvidarlo, lo echaba más de menos.

Me aparté las lágrimas de un manotazo. Siempre que pensaba en él, ocurría lo mismo, y no quería seguir llorando, a pesar de que sabía que era inevitable.

María ya me estaba esperando abajo. Dejé el coche en doble fila y bajé para ayudarla con las maletas. Aunque habíamos enviado hacía

días una furgoneta llena de muebles y otros enseres, la ropa y el calzado lo llevábamos ahora.

—Aitana…, has vuelto a llorar —me soltó nada más verme.

—Sí, pero ya está, ya me he desahogado. ¡Venga, vámonos! —añadí para intentar cambiar de actitud, pues el paso que íbamos a dar era muy importante y quería hacerlo un poco más alegre.

Nos subimos al coche hablando de los planes que teníamos para los próximos días y eso, sumado a la presencia de María, hizo que me animara.

Llegamos a la hora de comer, pero decidimos descargar antes de ir a comprar. No era la primera vez que entrábamos en aquel piso; ya habíamos estado para colocar los muebles y limpiar; sin embargo, aquella ocasión era distinta, ya que veníamos para quedarnos.

Le dejé los honores de abrir la puerta a María. Entramos y nos quedamos paradas observando a nuestro alrededor. Era un piso pequeño, con dos habitaciones, un baño y un salón con cocina americana. Aunque no nos habíamos decantado por él por eso; habíamos visto pisos más grandes y bonitos, pero elegimos ese por la terraza que tenía en la parte de atrás y que daba a las montañas. La primera vez que salí a la terraza supe que habíamos encontrado el lugar adecuado y, menos mal, a María también se lo pareció.

—Aún no puedo creer que hayas dejado tu maravilloso ático por este cuchitril —dijo dando un par de pasos por el salón.

—Las dos sabemos qué tiene este de especial.

Como si lo hubiéramos decidido de antemano, las dos nos dirigimos hacia la puerta de la terraza, la abrimos y salimos.

—¡Joder, es que esto lo cambia todo! —exclamó María y yo asentí con la cabeza.

Nos pasamos el resto del día y el siguiente colocando cosas, limpiando, comprando e intentando dejarlo todo lo más decente posible. Ya habíamos empezado a trabajar en el nuevo bufete, pero lo hacíamos desde nuestros portátiles, ya que los equipos aún no estaban listos. Isabel pareció muy aliviada al saber que podría traspasar su negocio y decidió jubilarse en cuanto nos hicimos cargo de los casos que tenía abiertos. Eso nos supuso trabajar duro durante las semanas previas, pero ya lo teníamos todo más o menos al día.

En el piso, a pesar de que nos habíamos llevado algunos muebles, aún nos faltaban cosas por añadir. Así que poco a poco fuimos convirtiendo aquel pequeño piso en nuestro hogar.

Un par de semanas después de habernos instalado, me sonó el teléfono. Estuve a punto de no cogerlo, pues no conocía el número, pero acabábamos de hacernos cargo del negocio y podría tratarse de algún cliente nuevo.

—Dígame —respondí con seguridad.

—Hombre, qué caro es oírte.

En cuanto reconocí quién era, tuve que sentarme.

—Hola, Encarna —saludé con apenas un susurro, pues no me salía la voz.

—Hola, preciosa, espero que no te moleste que le haya pedido tu número a María.

—No, en absoluto. —Me callé que, en realidad, estaba sorprendida.

—Perfecto, porque ya que no cumplí con mi palabra de visitaros en Barcelona, quería hacerlo ahora que sé que estáis mucho más cerca.

—Claro, cuando quieras. —Intenté que la voz no se me rompiera, ya que estaba muy emocionada.

—Genial, iré a comer con vosotras el día que os parezca bien y, si os apetece, podemos cocinar algo en vuestro piso nuevo, me ofrezco voluntaria para hacerlo —bromeó, pero yo solo de pensar que volvería a probar alguno de sus platos, se me hizo la boca agua.

—Eso sería maravilloso.

—Entonces hablo con Lorena y que María y ella decidan el día que os venga mejor, yo puedo adaptarme. Nos vemos pronto, Aitana.

—Hasta pronto, Encarna —me despedí con un murmullo.

María se encontraba junto a mí y había oído toda la conversación.

—Lorena me lo había comentado, pero no quería decirte nada para que fuera una sorpresa —se excusó.

—Pues, desde luego, lo ha sido —afirmé.

Dos días más tarde, sentadas a la mesa de nuestro pequeño piso, comíamos el estofado de patata que había hecho Encarna y yo hasta gemí al meterme en la boca la primera cucharada.

—Madre mía, Encarna, lo mucho que había echado de menos tu comida.

—Hubiera tenido fácil solución si me hubieras llamado —dijo un poco a la defensiva—, pero voy a perdonarte porque os habéis venido a vivir al ladito y así podremos compartir comida y momentos mucho más a menudo.

Sus palabras me reconfortaron como no lo había hecho nada en mucho tiempo. Me dije a mí misma que convertiría aquellas cenas en algo habitual, que no dejaría pasar tanto tiempo hasta que volviéramos a vernos.

Y fue precisamente en una de esas cenas, que Encarna nos dio una sorpresa.

—Vale, chicas, quería contaros algo —dijo apretando las manos en un gesto de nerviosismo muy impropio de ella—. Ya sabéis que Fernando y yo no llevamos demasiado tiempo juntos, aunque hace mucho que nos conocemos, por eso… Bueno, pues que vamos a casarnos —soltó de carrerilla y yo estuve a punto de atragantarme con el agua—. No os penséis que va a ser algo grande ni fastuoso. De hecho, antes iremos a firmar al juzgado, pero queremos celebrar una comida en el rancho con los más allegados.

—Pero eso es maravilloso. ¡Enhorabuena! —exclamé muy contenta y supe que yo era la única que no conocía esa noticia. Por la expresión de María, deduje que Lorena se lo habría dicho, aunque me pareció extraño que no me hubiese comentado nada.

—Sí, ya era hora de que ese hombre se decidiera —se quejó Encarna, pero lo hizo con la boca pequeña—. La cuestión es que me gustaría que vinierais.

Entonces entendí por qué María no me lo había comentado. Que me invitasen a la boda supondría volver a encontrarme con Abel y, por más ganas que tuviera de verlo, no sabía si a él le ocurriría lo mismo ni si aquello era buena idea.

—Encarna —respondí cogiéndola de las manos—, entiendo que asista María, pues es la pareja de tu hija, pero yo no pinto nada allí…

—Ahora resulta que me vas a decir tú a quién puedo invitar a mi boda y a quién no.

—No es eso, simplemente es que no creo que sea buena idea. Abel no…

—Abel es un hombre adulto, y tarde o temprano tendrá que sacarse la cabeza del culo y afrontar la realidad.

Lo cierto era que poco podía añadir a eso. Me hacía muchísima ilusión y más todavía volver a Rancho Perdido. Y aunque tenía un pellizco enorme en el estómago —llamarlo «pellizco» era quedarse corto, pues sentía hasta náuseas—, me moría de ganas de ver a Abel.

—Estaré encantada de asistir a vuestra boda. Gracias por invitarme —dije y Encarna me dio uno de esos abrazos reparadores que solo ella sabía dar.

Aquel día brindamos por los novios, Encarna nos contó lo que tenía pensado cocinar —pues nadie había sido capaz de quitarle de la cabeza que no fuera ella la que cocinara el día de su boda—, y nos explicó su historia con Fernando, lo mucho que a este le había costado declararse y lo felices que estaban los dos de que por fin lo hubiera hecho.

Cuando esa noche me metí en la cama, me percaté de que me embargaban un montón de sentimientos. Estaba feliz por ellos y contenta de saber que regresaría al rancho, pero también asustada por la reacción de Abel. Me invadía el pánico cada vez que pensaba que, si decidía ignorarme, si continuaba tratándome con indiferencia, seguramente aquella fuera la última que coincidiéramos y, por lo tanto, debería sacármelo de la cabeza para siempre. ¿Cómo lo haría?

No tenía ni puta idea.

41

Una conversación pendiente

ABEL

Unas semanas después

Me coloqué bien el sombrero y agradecí enormemente que mi padre y Encarna hubieran decidido hacer una ceremonia informal y que no tuviera que ponerme ni traje ni corbata. Odiaba los trajes, pero más aún las corbatas.

Apenas había dormido aquella noche, y nada tenían que ver los nervios por el banquete inminente, sino porque hacía unos días Encarna me avisó de que había invitado a Aitana. Casi me da algo, pero tampoco tuve opción de replicar mucho —más bien nada—, pues Encarna no me dio pie a ello.

Desde que todo se destapó, había intentado no volver a pronunciar su nombre y obligué a todos los que me rodeaban a que no la mencionaran en mi presencia. No quería oír nada que pretendiera justificar un comportamiento que, para mí, no tenía perdón y también fue mi modo de intentar olvidarla lo antes posible.

Aunque nada de aquello funcionó, pues el recuerdo de Aitana se colaba con demasiada frecuencia.

Había dejado de acudir a la piscina natural y de salir al porche cada noche. Todo me recordaba a ella. Hasta eso me lo había quitado. Pero también era verdad que, con el paso del tiempo, mi enorme enfado se había rebajado de manera considerable, y más cuando me enteré de que a Víctor no le había quedado más remedio que retirar la demanda, pero, aun así, había demasiadas cosas que me dolían y es que Aitana parecía haberlo hecho todo mal.

Unos golpes en la puerta me sobresaltaron; había estado absorto en mis pensamientos.

—Hola, hermanito —ironizó Lorena, pues a los dos nos había hecho mucha gracia que la boda de nuestros padres nos convirtiera en lo que siempre habíamos parecido—. ¿Ya estás?

—Sí, estoy listo.

—¿Cómo lo llevas? —preguntó y supe exactamente a qué se refería.

—Bien —respondí escueto.

—Vale, ahora quiero la verdad. Mira, Abel, he respetado tu espacio durante todo este tiempo y no hemos hablado nunca de lo que ocurrió, pero creo que ya va siendo hora de que te enfrentes a ello.

—Lorena… —la advertí.

—Ni Lorena ni nada. Han pasado meses, por lo menos deberías escucharla.

—Que tú seas un trozo de pan y hayas decidido perdonar a María desde el minuto uno no quiere decir que yo sea igual.

—No, desde luego que no. Tú eres un rencoroso de mierda, pero eso no te va a llevar a ningún sitio.

A eso me refería cuando decía que nos tratábamos como hermanos. Teníamos cero filtros el uno con el otro.

—Podrías darme un respiro, ¿no crees?

—Todos te lo hemos dado desde que se marcharon, ya va siendo hora de que dejes de esconderte y actúes de una maldita vez.

—Lorena —dije; me presioné el puente de la nariz con los dedos —. Aitana me engañó de todas las maneras que se podía engañar a alguien, me utilizó y me traicionó. Lo que no entiendo es como tú puedes estar con María.

—Tal vez porque yo sí sé escuchar y porque no todo es como tú crees. No digo que hiciera las cosas bien, pero tampoco tan mal como imaginas. Solo te pido que hables con ella, que escuches lo que tenga que decirte; no creo que eso te suponga gran cosa. Total, si no te gusta lo que oyes, tampoco cambiará nada, pero ¿y si las cosas no fueron exactamente como te piensas?

Dicho esto, se dio media vuelta y volvió a dejarme solo. Tener a Lorena en mi vida me había aportado muchas cosas buenas, muchísimas, pero la mayoría de las veces resultaba exasperante.

Me dirigí a la cocina para ver si podía ayudar en algo a Encarna, a pesar de que ya sabía cuál iba a ser la respuesta.

Aún era temprano y todavía no había llegado nadie. La tarde anterior habíamos montado las mesas en la parte de atrás del rancho y habíamos quedado en que terminaríamos de dejarlas listas entre Lorena y yo, pero antes quería comprobar cómo iban los nervios de mi futura madrastra (hay que ver lo fea que es esa palabra).

—¡Buenos días! —saludé al entrar.

—Buenos días —respondió ella sin levantar la vista del horno—. Ya lo tengo casi todo preparado, así que subiré a arreglarme y, cuando baje, lo acabo de rematar.

—Anda, ven aquí —la animé abriendo los brazos, porque, por más que quisiera disimularlo, llevaba unos días un poco nerviosa.

Encarna no tardó nada en acurrucarse allí, pero en cuestión de segundos sentí que aquel abrazo me lo estaba dando ella a mí y no al revés.

—Todo va a salir bien —susurró cerca de mi oído, y yo tuve que tragarme el nudo que se me había formado en la garganta.

No dejé de mirarla hasta que salió de la cocina y tampoco dejé de repetirme lo afortunado que había sido mi padre de haberla encontrado y, de rebote, también yo. Que Lorena y ella formaran parte de nuestra vida había sido una suerte inmensa.

No paré en toda la mañana y cuando quise darme cuenta, los pocos invitados a la fiesta empezaron a llegar. Mis nervios fueron en aumento hasta que la oí antes de verla.

Cuando me di la vuelta, estaba abrazada a mi padre. Llevaba un vestido largo de flores pequeñas y bastante informal, pero es que yo nunca la había visto tan guapa. Me costó hasta respirar. No fui capaz de apartar la vista, así que cuando se separó de él, nuestros ojos se encontraron y yo tuve la sensación de que me ahogaba.

No tardó ni dos segundos en bajar la cabeza y alejarse de mí. Estaba tan concentrado contemplándola, absorbiendo cada gesto, cada mirada, que cuando alguien se me acercó para hablar, me

sorprendí y hasta casi me enfadé. Llevaba demasiado tiempo sin verla y no quería que me interrumpieran.

—Me ha dicho Lorena que te dé esto. —Sara me tendió un pañuelo de papel y yo fulminé a Lorena con la mirada, que sonreía abiertamente. Era tan graciosa, debía de haberse percatado de la forma en la que me comía a Aitana con los ojos y me mandaba un pañuelo para limpiarme las babas.

—Tenéis tanta gracia —dije con sarcasmo.

—Anda, deja de refunfuñar y vamos a sentarnos —soltó Sara y se agarró a mi brazo.

Entre Sara y yo jamás había ocurrido nada; de hecho, no era nada probable que sucediera, pues siempre estuvo encaprichada de Lorena, pero mi hermanastra no sentía lo mismo por ella. Aunque eso no había impedido que las habladurías en el pueblo cesaran y siempre se comentaba que entre nosotros había algo. En fin, hacía mucho tiempo que había dejado de pensar en ello.

La seguí y me senté a su lado. Como las mesas eran alargadas y Aitana se había sentado en mi lado, aunque bastante apartada, no volvimos a mirarnos durante toda la comida.

Mi padre y Encarna ya habían tenido la ceremonia hacía unos días, cuando se casaron en el juzgado, así que aquella era solo para celebrarlo rodeados de la gente que querían. Sin embargo, para el brindis habían preparado unos votos cortos pero emotivos. Aunque Encarna no nos dejó emocionarnos demasiado, porque enseguida pidió a los músicos que tocaran y casi nos arrastró a la pista de baile improvisada que habíamos montado.

Bailé con ella, con Lorena, con Sara y con María. Y fue esta última la que me cantó la caña.

—¿Sabes, Abel? No entiendo por qué bailas conmigo mientras a ella no has dejado de evitarla desde que hemos llegado. Yo también trabajaba en ese bufete, ¿qué diferencia hay?

—Que tú no tenías el poder de hacerme daño —dije llanamente.

—Ya, pero… —María no pudo continuar porque Aitana se plantó ante nosotros.

—¿Me permites? —le pidió a María sin mirarme a mí siquiera.

—Por supuesto —añadió esta antes de retirarse.

Cuando la chica se apartó y me vi estrechando a Aitana entre mis brazos, me embargó algo que hacía demasiado tiempo que no sentía. Y es que por más que había intentado esconderlo, ocultarlo o evitarlo, estaba claro que no había conseguido olvidarla. Y me asusté, me asusté muchísimo. Por lo que di un paso atrás y Aitana, al percatarse de que me alejaba, dijo:

—¿Damos una vuelta?

—No sé si…

—Por favor —suplicó, y fui incapaz de negarme.

Caminamos en silencio y sin darnos cuenta, terminamos en el porche. Me dio la sensación de que no podía ser de otra manera. Allí empezó todo y, con toda probabilidad, allí se acabaría.

Nos sentamos en nuestros sitios de siempre y ella se aclaró la garganta antes de empezar a hablar:

—Lo primero que quiero que sepas es que siento mucho lo que ocurrió. Tal y como te dije en su día, no era mi intención que las cosas terminaran así. Vine aquí para recabar pruebas sobre la demanda por maltrato que te habían interpuesto, pero no entraba en mis planes nada de lo que sucedió después.

—Aitana. —Respiré hondo, pues hacía tiempo que no pronunciaba su nombre—. Viniste a mi rancho, a mi casa, sabiendo que un tío estaba envenenando a mis caballos…

—¡No, claro que no! —exclamó, indignada—. Yo no tenía ni idea de eso. Ni siquiera estaba aquí cuando se destapó. Me marché al bufete para decirles que no podía continuar con el caso.

—¿No sabías que fue Raúl? —pregunté con reticencia.

—No tenía ni la menor idea.

—Y supongo que tampoco sabías que era tu amante el que estaba detrás de todo —solté con mucha más beligerancia de lo que pretendía.

—¿Qué? Víctor no es mi amante.

—¿No sales con él? —pregunté confuso.

—No, claro que no. Me gustaba cuando estaba en el instituto, pero nada más.

—¿Me estás diciendo que no ha pasado nada entre vosotros?

Aitana se quedó pensativa y supe que me diría la verdad, al igual que no iba a gustarme.

—Me dio un beso antes de que tú y yo empezáramos nada, pero no fue a más —confesó y yo casi suspiré aliviado.

Lo sopesé unos instantes, pues la versión que tenía de lo sucedido no era exactamente lo que había ocurrido. De todas maneras, sí me había mentido y eso no podría negarlo.

—Vale, pero me mentiste.

—Sí —reconoció sin fisuras—. Vine a hacer mi trabajo. No te conocía ni a ti ni a nadie de este rancho, pero a medida que transcurrían los días, me di cuenta de que nada tenía sentido.

—Sin embargo, lo seguiste haciendo.

—Seguí investigando hasta que supe que me había enamorado de ti. —Si hubiera sido un dibujo animado, la mandíbula se me habría caído al suelo—. En cuanto estuve segura, y a pesar de que me costó admitirlo, fui a hablar con el bufete para dejar el caso.

Yo no podía hablar. Aitana acababa de confesar que estaba enamorada de mí y, a pesar del tiempo que había pasado, algo bonito y cálido se había instalado en mi pecho. Sin embargo, había otra cosa que no podía ignorar: por muy enamorada que estuviera de mí, vivía en Barcelona y no iba a dejar la ciudad para venirse a vivir a un pueblo remoto. Por eso era una tontería ilusionarme con nada de lo que me contase.

—Aitana, creo que ya es tarde para esta conversación —solté y la tristeza que se reflejó en su rostro hizo que me arrepintiera, aunque no pensaba recular.

—No me has permitido tenerla antes.

—Lo siento —añadí antes de levantarme del sillón.

La dejé atrás y no paré de andar hasta que llegué al camino que llevaba a una de las montañas. Me adentré un poco, pues tampoco quería desaparecer durante demasiado tiempo, por eso decidí darme la vuelta en cuanto me percaté de que había subido más de lo que era mi intención.

Cuando volví al inicio del sendero y me disponía a regresar con los invitados, me detuve al escuchar que alguien me llamaba.

—¿De dónde vienes? —preguntó Lorena con preocupación.

—Necesitaba que me diera el aire —respondí de manera entrecortada.

—Has hablado con Aitana. —No era una pregunta.

—Sí, pero no sirve de nada.

—¿Qué quieres decir?

—Lorena, ¿qué más da lo que diga o lo que sintamos el uno por el otro si ella vive en Barcelona y yo, aquí?

No estuve seguro de si la enorme sonrisa que se dibujó en su rostro me gustó o no.

—Por lo visto no habéis hablado de todo.

—Lorena, no tengo ganas de intrigas, quiero volver a la fiesta. —Me di la vuelta para seguir mi camino, pero ella no había terminado conmigo.

—Abel, Aitana y María llevan semanas viviendo en Huesca. Dejaron el bufete de Barcelona y compraron uno aquí. Han puesto sus vidas patas arriba… Creo que el tiempo que pasaron en Rancho Perdido las cambió por completo. A las dos.

La miré, intentando procesar lo que acababa de decirme y, en cuanto lo hice, salí corriendo en busca de Aitana.

Cuando llegué al porche, su coche ya se alejaba.

42

Una visita inesperada

AITANA

Ya estaba, no había nada más que pudiera hacer por arreglar la situación. Por fin había logrado hablar con él, le aclaré todo lo que había sucedido y confesé que le quería, incluso que estaba enamorada, y Abel ni siquiera reaccionó.

Lo único que me quedaba era olvidarme de él y de todo lo que habíamos compartido durante las semanas que estuvimos juntos.

Sin embargo, por más que me lo repetía una y otra vez, no podía dejar de llorar y empezaba a estar cansada. No quería volver al punto de partida. Así que me puse un ultimátum a mí misma, ese sería el último día que lo haría.

Me permitiría hacerlo durante todas las horas que fuera posible. Abel pareció no darle ninguna importancia al hecho de que me hubiera declarado, porque era posible que él ni siquiera hubiera pensado en mí ni una sola vez desde que me marché. Lo había visto muy cómodo y demasiado a gusto con Sara.

Lloraría por lo que pudo haber sido y no sería, y porque parecía haber encontrado mi lugar en el mundo, me había sentido

comprendida y acompañada, querida y escuchada, y había creído que podría formar parte de algo, pero había vuelto a perderlo, tal y como me ocurría siempre. Durante toda mi vida, de una manera o de otra, terminaba perdiendo aquello que quería.

Ni siquiera recordaba cómo había llegado a casa. Por más que insistió, obligué a María a permanecer en el rancho, pues había quedado en pasar la noche con Lorena y se había pedido el lunes libre. Al día siguiente, ya me encargaría yo de abrir el bufete. No iba a consentir que cambiara los planes por mí.

Regresé sola a nuestro piso, y resultó ser una buena decisión, porque necesitaba lamerme las heridas en soledad. Quería despedirme de esa sensación que últimamente parecía no abandonarme. Tenía intención de poner todo de mi parte para pasar página, pues la actitud de Abel de esa noche y la oportunidad de haber hablado con él, aclarar las cosas y que, aun así, no hubiera servido para nada, me hizo llegar a la conclusión de que ya era el momento de avanzar.

No había dejado el trabajo y me había mudado allí por Abel, simplemente lo hice porque durante el tiempo que pasé en Rancho Perdido, me había enamorado de su entorno y de aquel lugar y, aunque Huesca estaba más cerca que Barcelona, era lo suficientemente grande como para que el bufete prosperara. María y yo habíamos hablado del tema y no queríamos hacer de nuestro pequeño negocio algo grande a lo que tener que dedicarle catorce horas diarias. Tampoco que nos llevara a la ruina, pero, como solía decir mi socia y amiga, había que encontrar el equilibrio. Ese fue nuestro objetivo desde el principio. No deseaba volver a volcarme en

el trabajo tal y como lo había hecho, no quería que todo girara en torno a él, y por eso iba a hacer lo posible por encauzar mi vida.

Por mucho que intenté descansar, pasé la noche regular, pero aquella mañana me había despertado un poco mejor. Por lo menos no lloraba, aunque no sabía si era por mi extrema —nótese aquí la ironía— fuerza de voluntad o porque me había quedado sin lágrimas que derramar, pues había cubierto el cupo para los siguientes diez años. O quizá fuera que había derramado todas las que no había vertido en los diez años anteriores, no lo tenía claro.

Me levanté de la cama a las seis de la mañana y, aunque podía quedarme en casa y trabajar desde allí, llegué a la conclusión de que me vendría bien salir. Vestirme, peinarme y largarme a la calle me mantendría ocupada.

Cuando salí de la ducha y abrí el armario, sonreí. No dejaba de sorprenderme lo mucho que había cambiado mi estilo desde que me mudé allí. No se trataba de que no vistiera bien para ir a trabajar, solo que el concepto de lo que era adecuado había variado. Había relegado todos y cada uno de mis zapatos de tacón; cuando comprobé lo cómoda que estaba sin ellos, fui incapaz de volver a calzarme unos. Lo mismo me ocurrió con las faldas de tubo y las blusas de seda. Los vestidos holgados y cómodos, junto con pantalones de pinza o tejanos, en algunas ocasiones, habían reemplazado a las otras prendas.

Esa mañana elegí un vestido corto con un fondo granate oscuro y flores marrones. Luego me decanté por unas botas tipo *cowboy* que María casi me había obligado a comprar y que se habían convertido

en mis preferidas. Cogí un bolso marrón a juego y una chaqueta del mismo color y salí a la calle. Antes de entrar en el bufete, di un pequeño rodeo para ir a una cafetería que hacía una tarta de zanahoria tremenda.

El día había amanecido soleado, así que decidí sentarme en la terraza. Me gustaba que algunos rayos de sol tocaran mi piel en aquellas primeras horas de la mañana; parecía que me daban energía para afrontar mejor el día.

Me tomé el café y el pastel con tranquilidad, pues, como me había levantado bastante pronto, aún era temprano y podía permitirme el lujo de no ir con prisas. Aun así, llegué al bufete pasados cinco minutos de la hora de apertura. Algo que hacía unos meses hubiera sido totalmente inaceptable para mí, en aquella ocasión no le di ni la menor importancia.

El local era tan pequeño que María y yo habíamos decidido hacerlo todo diáfano, así que ninguna de las dos tenía despacho propio. Habíamos colocado dos mesas grandes, una cerca de la otra, pero lo mejor de aquel lugar era la luz natural que entraba por la cristalera que cubría dos de sus cuatro paredes.

María y yo sabíamos que no era un sitio espectacular, pero es que eso no hubiera tenido ningún sentido allí, por lo que nos habíamos decantado por algo que nos gustara a las dos y con lo que nos sintiéramos cómodas. Al final, montamos un despacho acogedor y ecléctico con plantas y cuadros coloridos, pero con muebles, alfombras y lámparas en tonos neutros.

Me disponía a dejar el bolso en la mesa cuando el timbre me sobresaltó. Normalmente nos contactaban por teléfono antes de

venir a vernos, por eso me extrañó, porque no esperaba a nadie aquella mañana.

Cuando abrí, me faltó poco para gritar, pues allí estaba la última persona con la que esperaba encontrarme.

—Hola —saludó Abel en apenas un susurro.

—¿Qué haces aquí? —solté mucho más brusca de lo que era mi intención.

—Quería hablar contigo. ¿Puedo pasar? —pidió.

No estaba segura de que aquello fuera buena idea, pero tampoco quería mantener una conversación allí, más que nada porque no estaba convencida de que mis piernas fueran a sostenerme.

—Adelante —lo invité, y me hice a un lado para que pudiera entrar.

Como si hubiera sabido de antemano cuál era mi mesa, se sentó en una de las sillas que había frente a ella. Yo dudé entre ocupar la que había al lado o enfrente. Me pareció que aquello no era trabajo, así que opté por sentarme junto a él.

No tenía ni la menor idea de qué estaba haciendo Abel ahí cuando el día anterior creí que quedaba todo claro entre nosotros.

—Aitana… —Tragó saliva antes de continuar. Parecía nervioso—. Debo reconocer que ayer no reaccioné demasiado bien. Lo último que esperaba era que me dijeras que te habías enamorado de mí.

—Abel, yo… —lo interrumpí porque me moría de la vergüenza, aunque él no me permitió continuar.

—No, déjame que esta vez hable yo. Quiero que sepas por qué no fui capaz de reaccionar.

—No tienes que darme ningún tipo de explicación; si no sientes lo mismo que yo, no pasa nada. Si ya has encontrado a alguien, si…

—Pero ¿de qué estás hablando? —preguntó sorprendido.

—De Sara y de ti. Fuisteis juntos a la celebración y…

—Aitana, entre Sara y yo no hay nada más que una amistad —respondió sonriendo. Yo me callé, cortada, puesto que no tenía ninguna necesidad de mentirme y yo había dado las cosas por hecho —. Lo que he venido a decirte es que siento no haber escuchado a las personas de mi alrededor y haber mantenido esa conversación contigo mucho antes. Me pilló por sorpresa lo que me contaste, me lo imaginaba todo mucho peor y me costó gestionarlo. Lo siento.

—No me dejaste contactar contigo de ninguna manera. Sé que no lo hice bien, por eso insistía en que habláramos para pedirte perdón y…

—Te he perdonado.

Me volví a quedar callada durante unos segundos, intentando asimilarlo.

—¿En serio? —dije con la voz tomada.

—De verdad que sí —ratificó y fue como quitarme un peso enorme de encima. Casi no me había percatado de la importancia que tenía para mí que Abel me dijera aquellas palabras. Pero también tenía claro que no había hecho ni una sola referencia a lo que yo le había confesado que sentía por él.

—No sabes lo que me alegra oírlo —dije con una sonrisa afectada —. De verdad, me alegro de que al menos lo hayamos arreglado.

—Pero también quería decirte… —La intensidad con la que Abel me miraba empezaba a ponerme nerviosa—. Que si reaccioné así cuando me dijiste que te habías enamorado de mí, fue porque creía que seguías viviendo en Barcelona. Pensé que, por mucho que aclaráramos lo que sentíamos el uno por el otro, no serviría de nada,

pues tú regresarías a la ciudad y yo me quedaría en el rancho. Sin embargo, cuando Lorena me dijo que te habías mudado a Huesca, todo cambió.

—¿Qué es lo que ha cambiado? —pregunté con la boca pequeña, pues no estaba segura de entender a qué se refería.

—Aitana, yo también me he enamorado de ti. A pesar de tenerlo todo en contra, a pesar de haber intentado sacarte de la cabeza con todas mis fuerzas, a pesar de luchar contra lo que siento, la realidad es que te quiero.

Lo miré completamente perpleja. Estaba convencida de que mi cara debía de ser ridícula, pero es que no podía creer lo que acababa de decirme.

—¿Quieres estar conmigo? —Sabía que empezaba a sonar absurda, pero es que estaba estupefacta.

—Quiero estar contigo, salir contigo. Quiero volver a tenerte en el porche por las noches y que volvamos a bañarnos en nuestro paraíso particular, cosas que no he podido volver a hacer desde que te marchaste porque sin ti ya nada es lo mismo. Quiero levantarme junto a ti y que hagamos un montón de excursiones, quiero pasear de tu mano y que fabriquemos nuevos recuerdos juntos. Quiero sentir tu piel desnuda debajo o encima de la mía. Quiero besarte cuando me apetezca justo como deseo en este momento. Ya ves, por querer, quiero un montón de cosas. —A mí se me habían empañado los ojos y sabía que aquellas lágrimas caerían por mis mejillas en breve, pero por primera vez en mucho tiempo no serían de pena—. La cuestión es si las quieres tú también.

—Sí, las quiero —respondí sin titubear. Sin fisuras. Sin dudas.

—Eso es maravilloso, porque no sabes las ganas que tengo de besarte, princesa. —Por fin utilizó el mote que llevaba queriendo volver a escuchar desde hacía demasiado tiempo.

Y sin más me besó. Empezó con suavidad, pero llevábamos tantos días sin que nuestros labios se tocaran que en cuanto lo hicieron, fuimos incapaces de separarlos.

Así que no nos quedó más remedio que colocar el cartel de «cerrado» mientras nuestros labios y nuestros cuerpos se ponían al día.

Epílogo

AITANA

Tres años después

Aquella mañana me levanté bastante temprano para ser sábado, pero es que Abel se había marchado al alba para ayudar al veterinario, pues Wasabi se había puesto de parto.

Me preparé el desayuno y salí fuera a tomármelo, no sin antes coger una chaqueta, pues ya refrescaba.

Me senté en el porche y miré a mi alrededor. Tal y como había imaginado la primera vez que llegué aquí, el otoño le sentaba maravillosamente bien a aquel entorno. Los colores ocres, los marrones, los rojos y los amarillos se combinaban hasta formar un manto casi mágico. Único.

Hacía casi dos años que vivía allí y aún no podía creer que aquella casita amarilla de la que me había enamorado la primera vez que la vi fuera mi hogar.

Tuvimos que hacer reformas y adecuar algunos espacios, pues en una de las habitaciones pusimos mi despacho. Entre María y yo combinamos los horarios a la perfección para viajar a Huesca dos días cada una y el viernes, trabajábamos en remoto desde allí para

poner en común los casos y elegir los nuevos, ya que María también se había mudado con Lorena muy poco después de que retomasen la relación.

La realidad era que no podíamos quejarnos: el bufete iba muy bien y podíamos trabajar con los clientes que queríamos. Las dos nos especializamos en derecho ambiental y escogíamos los casos acordes a ello y a nuestros valores, y yo jamás había estado más feliz con mi trabajo; había aprendido que de nada sirve ser la mejor si no crees en lo que haces. Supongo que por eso no me costó absolutamente nada rechazar el ascenso y el aumento de sueldo que me ofrecieron desde el bufete de Barcelona para que regresara, pocos meses después de presentar mi dimisión. Ya no había nada que pudieran darme y que yo quisiera.

La convivencia con Abel era tal y como la había imaginado y, aunque había cosas que costaron más que otras, nos adaptamos muy bien el uno al otro. Resultó ser un compañero extraordinario y el entorno de aquel lugar terminó de ayudar a que nuestra relación fluyera a las mil maravillas.

Convertimos nuestro pequeño paraíso en una excursión recurrente durante los meses de verano y cuando el calor dejaba de apretar, recorríamos las montañas a caballo o explorábamos los alrededores. Era tan idílico como suena, pero es que a todo eso hay que añadir que teníamos a Encarna y a Fernando en la casa grande, con los que comíamos casi a diario y compartíamos muchas horas. Lorena y María se habían comprado una casita en el pueblo, pero pasaban la mayor parte del tiempo en el rancho. Así que, entre todos, nos convertimos en lo que yo llevaba años añorando: una familia.

Tan absorta estaba en mis pensamientos que no oí llegar a Abel.

—Buenos días, princesa —me saludó sin acercarse a mí—. Voy hecho un asco. Me ducho y me tomo un café contigo —aclaró.

—Vale.

Apenas tardó quince minutos en estar listo y se sentó frente a mí con una taza entre las manos.

—¿Qué tal ha ido?

—Wasabi y Sushi están perfectamente —anunció con una enorme sonrisa.

—Voy a tener que empezar a ponerle yo los nombres a esos pobres caballos.

—Será que no son chulos —soltó un poco indignado.

—Chulísimos —dije poniendo los ojos en blanco.

—Hablando de ellos, será mejor que vayas a ver a la tuya, está un poco revuelta esta mañana.

Cuando por fin accedí a mudarme aquí —Abel se había pasado meses insistiendo, pero yo quería estar segura, ya que era un paso muy importante—, me hizo el mejor regalo imaginable. Me llevó a los establos y me regaló a Furia, que estaba muy enfadada con el lazo rojo que le habían atado al cuello.

Lloré muchísimo. No creía que jamás me fueran a hacer un regalo que me gustase más que ese.

—En cuanto me termine el café, me paso a verla y la saco un rato.

Me gustaba montar a la yegua y lo hacía todos los días. Cuando me tocaba ir al bufete lo hacía un rato antes y los fines de semana aprovechaba y daba un paseo más largo.

—Ay que ver, detrás de esa fachada que tenías, de esa necesidad de controlarlo todo, de esa indiferencia, incluso de aquella frialdad

que parecías desprender la primera vez que llegaste aquí, resulta que eres tan indomable como ella.

—Somos tal para cual —bromeé, pero la verdad era que Furia solo se calmaba conmigo y solo permitía que la montara yo.

De vez en cuando dejaba que Belén se acercara a ella y la cepillara, pero a nadie más, y mucho menos a su hermano, que era un terremoto de cuatro años que no paraba quieto. Belén estaba muy orgullosa de que Furia solo consintiera que la tocáramos nosotras dos.

Nos quedamos unos segundos absortos mirando las montañas mientras nos tomábamos el café.

—¿Estás preparada para la fiesta? —preguntó rompiendo el silencio.

—Lo estoy. Es la mejor del año. Con diferencia, la fiesta de la cosecha es la que más me gusta.

—Es bonita, sí. Además, todo lo que sea mezclarte con el pueblo te encanta. Hay que reconocer que Monte Perdido te adora.

Unos meses después de abrir el bufete, María y yo llevamos a Víctor a juicio. A pesar de que lo ganamos y tuvo que indemnizar a todas las personas que representábamos, nuestro mayor éxito fue que toda la gente del pueblo se enteró de lo que había sucedido y empezaron a hablar mal de sus pistas de esquí. Las reseñas malas se sucedieron y las reservas descendieron tanto que Víctor terminó por cerrarlas y se marchó de allí. Además, también litigamos con personas que querían edificar en terrenos protegidos y también ganamos los juicios, lo que nos había convertido en una especie de heroínas de Monte Perdido.

—¿Tienes envidia, *cowboy*? —bromeé.

—¿Envidia? No te haces una idea de lo que te admiro y de lo orgulloso que estoy de ti y de la persona en la que te has convertido. O más bien diría que ya eras esa persona, pero que por fin has dejado que saliera a la luz. Y luz, princesa, es justo lo que transmites.

Abel solía decirme cosas preciosas, pero eso no hacía que dejara de emocionarme cada vez que las escuchaba.

—Cada día pienso que no puedo quererte más y siempre me sorprendo —confesé conmovida.

—Pues espero que sigas sorprendiéndote durante muchos años, al igual que yo.

Abel me pasó el brazo por los hombros y me acercó a él para besarme. Y como siempre nos ocurría, aquel beso se alargó en el tiempo.

—Te quiero, princesa —murmuró apartándose solo un poco de mi boca.

—Yo también te quiero, *cowboy* —respondí justo antes de volver a besarlo.

No era la primera fiesta de la cosecha a la que asistía, pero estaba tan asombrada y encantada como la primera vez.

En aquel pueblo se celebraban un buen puñado de festejos, pero aquel era especial, pues la decoración, el entorno y la música resultaban impresionantes.

La temática continuaba siendo del viejo Oeste, pero en aquella ocasión la habían combinado con una decoración otoñal y elementos típicos de la cosecha de la época. Por eso, en casi cada rincón había

calabazas enormes con grandes fardos de heno, cestas de mimbre con frutas de la temporada, puestos donde asaban manzanas, castañas y boniatos, hojas secas esparcidas estratégicamente, velas enormes en algunos rincones, centros de mesa con piñas, calabazas pequeñas de diferentes formas y colores.

Y la plaza del pueblo estaba cubierta por completo de farolillos naranjas. La mayoría colgaban de cuerdas que habían anudado entre farolas, dando la sensación de un falso techo. Otras brillaban en el suelo, alrededor de los árboles. Estaba todo tan bonito que resultaba difícil saber hacia dónde mirar.

Unos brazos me rodearon la cintura y salí de mi ensimismamiento.

—Lorena y María acaban de llegar —me susurró Abel al oído y la piel se me erizó—. Mi padre y Encarna han decidido quedarse en el rancho. Dicen que como todo el mundo está aquí, es la noche más tranquila del año y prefieren pasarla allí. Sabes que nos han robado nuestro porche, ¿verdad?

—Lo sé, los he visto allí sentados más de una noche. Pero el de nuestra casita no tiene nada que envidiarle.

—No, desde luego que no. Además de que es mucho más íntimo. —Su voz sonó ronca al decir aquello—. Venga, vamos a buscar a esas dos, que tengo hambre.

—Tú siempre tienes hambre —dije poniendo los ojos en blanco.

—No lo sabes tú bien, princesa —añadió clavando los ojos en mí.

—¿Dónde están? —pregunté, pues a ese paso terminaríamos yéndonos a casa y no era que no me apeteciera, solo que quería quedarme un ratito más allí.

—La última vez que las he visto estaban mirando los puestos.

Paseamos hasta que dimos con ellas y, a medida que me acercaba, me percaté de que el puesto en el que se habían detenido era el de jabones y velas, el de aquella mujer tan extraña a la que llamaban bruja. Y sin poder evitarlo, las palabras que me dijo hacía ya tanto tiempo regresaron a mí.

«Cuando todo se destape, vas a necesitar mucho más que una pastilla de jabón para relajarte, pero por algo hay que empezar. Recuerda: cuando no sepas qué hacer, piensa en ti y sigue tu instinto».

Se me puso la piel de gallina porque no había vuelto a pensar en ella ni en lo que me dijo.

—Hola, chicas —saludó Abel parándose frente al puesto. Yo me quedé un poco más rezagada.

—Hola —saludó María, pues Lorena estaba hablando con la mujer —. Ya casi estamos, quería comprar algún jabón.

Cuando Lorena pagó y estábamos a punto de marcharnos, la vendedora clavó sus ojos en mí y sonrió.

—Tú siempre has querido tener una familia y estás a punto de formar la tuya propia —soltó, y nada más decirlo, se puso a atender a una pareja que acababa de llegar.

Yo me quedé clavada en el sitio mientras intentaba procesar lo que acababa de decirme. Cuando María se colocó a mi lado, me dijo:

—Creo que acaba de soplarte que vas a ser madre —bromeó.

—Eso es una tontería, no creeréis a esa vieja chiflada, ¿verdad? —dijo Lorena.

—No… —negué titubeante, y sentí que María no apartaba los ojos de mí. Ella sabía que no era la primera vez que esa mujer daba en el clavo conmigo.

No lograba entender cómo demonios sabía algo de lo que yo acababa de enterarme aquella misma mañana.

Sonreí, y ya no fui capaz de borrar la sonrisa durante mucho tiempo.

Agradecimientos

Intentaré ser breve, lo prometo:

A mi madre, que era aragonesa, cocinera y se llamaba Encarna y que me hizo enamorarme de los libros y de las letras. Nada de esto hubiera sido posible sin ella. Te extraño cada día.

A mis hijas, por ser mi maravilloso y gran éxito en la vida.

A mi pareja y a mi hermano, por haceros cargo de todo mientras yo escribía esta novela. No lo hubiera conseguido sin vosotros.

A mi padre, por emocionarse con todo lo bueno que me pasa.

A Marta, por confiar en mí y darme esta oportunidad. Por tu cercanía y por hacerlo todo tan fácil y cómodo. Y, sobre todo, por emocionarte desde el primer momento con la historia de nuestro *cowboy*. Mil gracias.

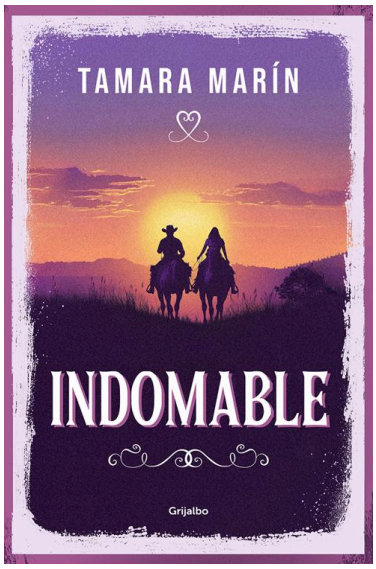
A Sara, muchas gracias por todo.

A Taira, por animarme y apoyarme siempre.

A todas las compañeras de letras que me acompañan día a día, todo sería sumamente aburrido sin vosotras.

Y a mis lectoras, siempre a vosotras. Deseo que hayáis disfrutado leyendo esta historia tanto como yo escribiéndola. Mil gracias, siempre.

Adéntrate en el paraíso *cowboy*.
Te damos la bienvenida a Rancho Perdido.



Aitana lleva mucho tiempo esforzándose por alcanzar la vida perfecta: un piso lujoso, un aspecto impecable y la promesa de un ascenso en el bufete donde trabaja. Para lograrlo deberá aceptar el caso más extraño de su carrera, una demanda a un rancho vaquero perdido entre montañas.

Al principio le parece una broma (¿existen siquiera los ranchos fuera de las películas del Oeste?), pero está dispuesta a todo por triunfar, así que decide infiltrarse como una turista más. Allí conocerá a Abel, un auténtico *cowboy*, a quien no le hace ninguna gracia tener a una chica de ciudad husmeando en sus tierras.

¿Qué está pasando en Rancho Perdido?

¿Qué secretos oculta Abel?
¿Y por qué Aitana no puede dejar de pensar en ese vaquero sarcástico y solitario?

Tamara Marín (Sabadell, 1980) siempre ha sido una apasionada de las historias. Por este motivo se lanzó a escribir sus propias novelas, entre las cuales se encuentran *No soy una princesa* (2018) o *Sígueme el juego* (2022), y que en total suman más de 30.000 ejemplares vendidos. Actualmente se dedica a la escritura a tiempo completo y debuta en Grijalbo con *Indomable*, un *cowboy romance* tan divertido como arrebatador.



Primera edición: octubre de 2025

© 2025, Tamara Marín
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Ilustración de portada: © Sophie Güet

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-253-7154-7

Compuesto en Comptex&Ass., S.L.

Facebook: penguinebooks

X: @penguinlibros
Instagram: @grijalbo_es
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Indomable
1. La llamada
2. Lo más parecido a una cita
3. Salir de mi zona de confort
4. El viaje
5. Mi hogar
6. El viejo Oeste
7. ¡Qué suerte la nuestra!
8. La princesita
9. Escuchar a escondidas
10. Día de mercado
11. Belén
12. Una actividad más tranquila (o no)
13. Estar sola
14. La discusión
15. ¿De dónde has salido?
16. Los muros de Aitana
17. Regresar al porche
18. La cena con Víctor
19. El concierto
20. Eres muy guapo
21. Bailar bajo la lluvia
22. ¿Cómo estás?
23. Sentido de pertenencia
24. Empezar a sentir
25. Vivir sin miedo
26. ¿Lo hacemos a tu manera?
27. Hacer las cosas mal
28. No quedarse con las ganas
29. Nuestro paraíso

30. Volver
31. La otra Aitana
32. Lluvia de estrellas
33. La despedida
34. Romperme
35. Paso a paso
36. La traición
37. Amigas
38. Abrir los ojos
39. El bufete
40. Empezar de cero
41. Una conversación pendiente
42. Una visita inesperada
Epílogo
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Tamara Marín
Créditos